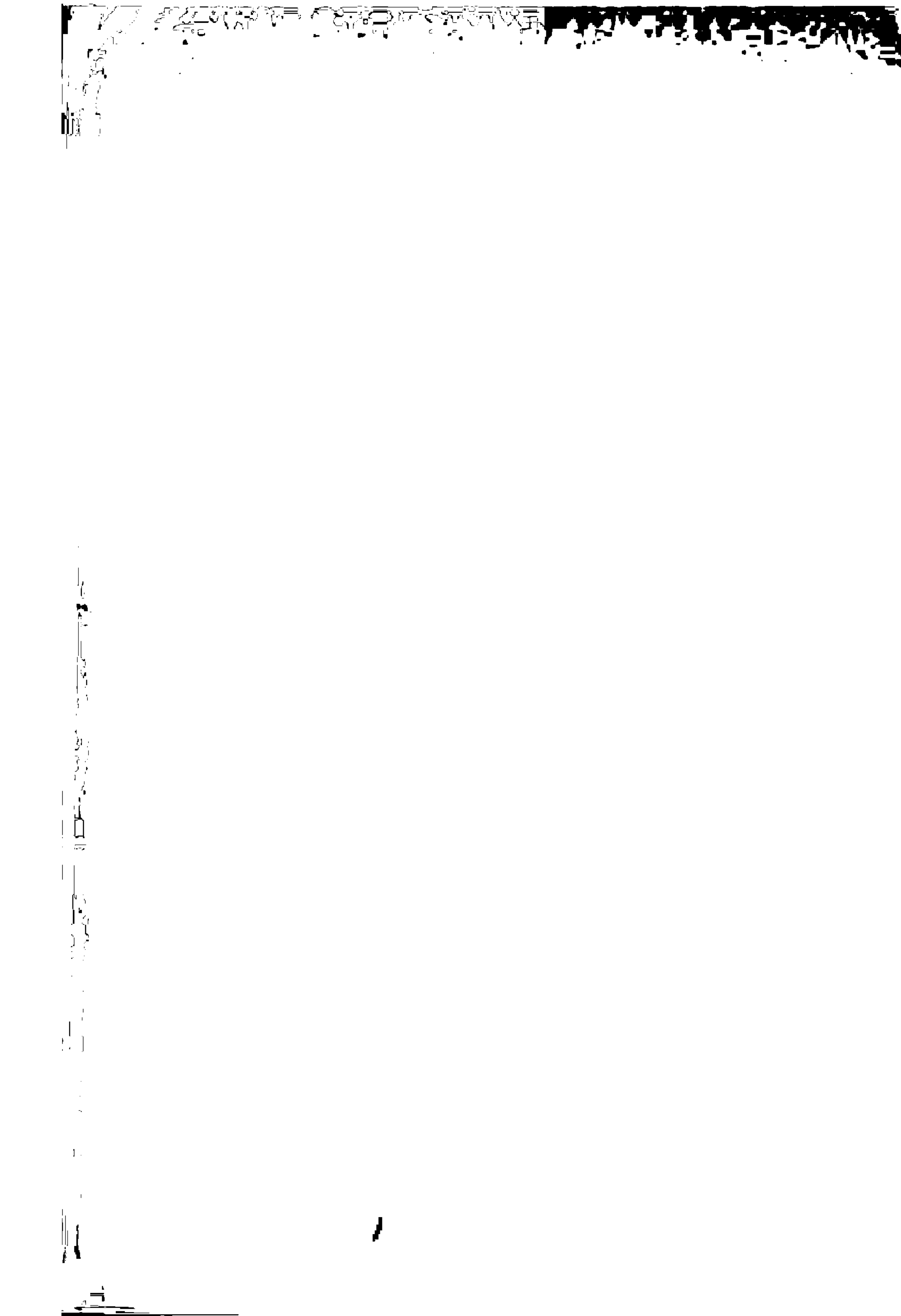
EDWARD HALLETT CARR

Los exiliados románticos
(Bakunin, Herzen, Ogarev)



BIBLIOTECA
DE LA HISTORIA



Edward Hallett Carr

Los exiliados románticos

(Bakunin, Herzen, Ogarev)

sarpe

ganz1912

Título original: The Romantic Exiles.
Traducción: Buenaventura Vallespinosa.

Pedro Teixeira, 8. 28020 **Madrid.**
Traducción cedida por Editorial Anagrama.

Depósito legal: M 12.778 - 1985.
ISBN: 84-7291-796-7 (tomo 16.º).
ISBN: 84-7291-736-6 (obra completa).
Impreso en España-Printed in Spain.
Imprime: Gráficas Futura.

En portada: *Barricadas levantadas en Berlín durante la revolución de 1848. Grabado en color. (Berlín Oeste, Kunst-bibliothek.)*

Edward Hallett Carr

Edward Hallett Carr nació en Inglaterra en el año 1892, y se educó en el célebre «Trinity College» de Cambridge. Al terminar sus estudios universitarios ingresó en la carrera diplomática en plena primera guerra mundial, en el año 1916, ocupando puestos en París y en la capital letona, Riga. Junto con su compatriota y también historiador Arnold J. Toynbee, participó en el Congreso de la Paz celebrado en Versalles al final de las hostilidades. Más tarde formaría parte de la asesoría de la empresa pacifista que fue la fracasada Sociedad de Naciones.

En 1936 ocuparía la cátedra de Relaciones Internacionales de la Universidad galesa de Cardiff. A partir de este momento, comienza a hacer público su pensamiento filosófico-histórico con una radical crítica del utopismo que había determinado la política internacional de su país en los últimos años. Gran realista, Carr considerará a la política como una permanente actuación en función del poder de que se disponga en cada caso. En el año 1939, al término de la guerra civil española y al comienzo de la segunda guerra mundial, el historiador británico observará nuestro conflicto interno como una verdadera guerra civil europea entre fascismo y liberalismo, librada sobre territorio español.

Durante la guerra —entre 1941 y 1946— ocupará el privilegiado puesto de subdirector del prestigioso diario londinense «The Times», desde donde lanzará aceradas críticas contra el idealismo mostrado por los Estados Unidos a la conclusión del conflicto, y su creencia en la posibilidad de que la recién creada organización de las Naciones Unidas podría servir como efectivo instrumento de contención y prevención de conflictos entablados entre países.

Cuando se encontraba próximo a la sesentena, el historiador británico se dedicó en exclusividad a la elaboración de su monumental «Historia de la Rusia Soviética», tarea que le ocuparía íntegramente los últimos tres decenios de su vida hasta el momento de su muerte, acaecida en el año de 1982.

«Los exiliados románticos»

La Europa de la segunda mitad del siglo XIX se encuentra pletórica de exiliados de corte liberal que han debido huir de sus países de origen como consecuencia de la imposición en ellos de regímenes tradicionales, en nada dispuestos a conceder el menor asomo de libertad a quienes mantienen posiciones de rompimiento con el pasado. En este libro, Carr se aparta en cierto sentido de su modo habitual de historiar, despersonalizado y riguroso, para pasar a tratar la existencia de estos exiliados románticos rusos por la Europa del momento.

Mezcla Carr en sus páginas los episodios de valor histórico con aquellos referidos a la intimidad familiar de sus protagonistas, Herzen, Bakunin y Ogarev. Estos intelectuales exiliados se aposentan en una Europa que ya va superando gradualmente los condicionantes románticos que poseyó en un principio el movimiento liberal. Ellos proseguirán todavía durante algún tiempo manteniendo estos postulados de acción política, instrumentados frecuentemente en el uso de la conspiración y de la intriga. Aquí podría —salvando distancias ideológicas— establecerse un parangón entre el liberalismo ruso y el español, abocados ambos al fracaso, a la regresión en el tiempo y al apartamiento físico de sus miembros componentes.

Estos teóricos de la revolución sirvieron posteriormente, con ocasión de la plasmación práctica de la misma tras 1917, para basar en el plano intelectual las acciones que los ejecutores de la misma efectuaban por entonces. Cabe preguntarse cuál hubiera sido el destino de estos hombres caso de haber vivido aquel Octubre; otras personalidades de índole similar no superarían las etapas iniciales del proceso revolucionario, al que condenaron por apartarse de unos planteamientos ideales a los que habían consagrado toda su dedicación hasta entonces. La obra se ensambla de esta forma perfectamente con el resto de la producción del historiador británico, que se alza como el más efectivo estudioso y tratadista de la historia de Rusia a partir del triunfo revolucionario.

Pero Carr, en otras de sus obras —que se incluyen en la bibliografía que sigue—, no sólo trata cuestiones estrictamente rusas. Por el contrario, observa con atención y agudeza temas como el de la Europa de entreguerras, la historia de Rusia, el judaísmo,

figuras políticas de especial significación o aspectos diversos del socialismo y del comunismo. Con la misma lucidez de siempre, Carr vuelve aquí a manifestarse como el mejor estudioso de la problemática del socialismo teórico y aplicado.

Lo que otorga, sin embargo, al historiador británico su verdadera significación en el plano bibliográfico es una gran historia de la Rusia Soviética. Dotado de la gran capacidad de síntesis cargada de elementos informativos que constituye el rasgo más acusado de las escuelas historiográficas británicas, Carr ha elevado una ordenada y vasta construcción que reúne perfectamente ensamblados tanto planteamientos teóricos como realizaciones prácticas plasmadas en la realidad contemporánea.

La mera relación de cada uno de los cuatro sectores que componen esta obra, a la que dedicó una labor de treinta años, sirve para expresar por sí misma el alcance de sus objetivos y la cobertura de su tratamiento. Entre los años 1917 y 1929, establece con profundidad los apartados referentes a la realización práctica de la revolución, el período denominado de «interregno» que contempla el ascenso de Stalin, la puesta en vigor de la política de un obligado «socialismo en un solo país», para pasar finalmente a tratar con gran minuciosidad de las bases de la economía planificada.

Adoptando las posiciones más objetivas posibles para todo historiador que trata de observar el pasado con rigor, Carr consigue vencer toda negativa posibilidad de fácil maniqueísmo, dominante de forma tan señalada en su tiempo con respecto a la tan mitificada y, a la vez, denostada revolución bolchevique. Si en el mundo tuvo una fuerte repercusión la aparición de esta obra a partir del año 1950, en España su publicación, veintidós años más tarde, vino a representar la presencia de un material dotado de una alta calidad en todos los sentidos, que superaba ya de forma definitiva a la mayor parte de la literatura histórica accesible en nuestro país acerca del fenómeno que ha determinado la evolución del mundo durante todo este agitado y convulso siglo.

Liberalismo y romanticismo

Los antecedentes

Todavía durante la primera mitad del siglo XIX, el liberalismo aparece como la primera fuerza dirigida en contra de los restos del ordenamiento anterior, que se mantenían en diferente grado en algunos países o que habían sido restaurados tras la caída del sistema bonapartista. La ideología liberal, considerada en sentido amplio, tiene una validez prácticamente general para los países europeos, independientemente de sus mismas características, que son las determinantes de cada una de las formas particulares adoptadas por el común pensamiento general.

Todos los autores que han tratado el tema del liberalismo coinciden en que esta forma especial de pensamiento tenía unas perspectivas globalizantes, teóricamente consideradas, de todos los aspectos componentes de la vida de los hombres en sentido individual y de las comunidades en sentido general. Sus rasgos individualistas y dirigidos hacia los principios del conocimiento y la verdad le harán parecer un elemento subversivo para el sistema establecido, negador de ambas posibilidades.

Tanto en el plano político como en el económico —y en el social en general—, el liberalismo plantea la posibilidad de adopción de una amplia serie de fórmulas de ordenación. El plano político, donde exige una plena separación de poderes —legislativo, ejecutivo y judicial—, se muestra como la amenaza más peligrosa para la autoridad constituida de forma incontestable. Pero todavía en esta etapa de la historia de Europa los adversarios del poder son los burgueses, que han conocido por un momento los disfrutes del poder efectivo, y retornan una y otra vez en sus intentos por recuperarlo. La burguesía, defendiendo de forma manifiesta sus intereses como clase dotada de cohesión, lucha repetidamente por la imposición de los principios que la informan, y que por supuesto nada tienen que ver con los intereses de las clases trabajadoras, todavía en estado de desunión en esos momentos.

El liberalismo se presenta, a la vista del poder, como un elemento subversivo, mientras que a la vista de las teorías socializantes que comenzarán a hacer su aparición constituirá una fuerza conservadora y en alta medida mantenedora de algunos de los principios propios del Antiguo Régimen. Esta doble naturaleza marcará a la ideología liberal durante toda su evolución hasta hoy mismo, siendo más flagrante su presencia cuando la situación se hallaba todavía situada en planos confusos y de dificultosa delimitación. Un nuevo sentido de la democracia iba a ir imponiéndose de forma gradual sobre Europa a medida que los amplios sectores sociales constituidos por la población trabajadora fuesen conquistando, por medio de una ardua lucha, sus derechos personales y públicos.

Los hechos

A partir de la restauración de 1815, el continente europeo vivió las consecuencias de tres oleadas de índole revolucionaria, las correspondientes a 1820, 1830 y 1848; esta última es la que aquí interesa debido a correspondencias cronológicas con la obra que se prologa. En ese último año, la práctica totalidad de Europa, salvo algunos países aislados, se vio sacudida por la violencia, generada en gran medida como efecto de la crisis económica que afectaba sobre todo a las clases más desasistidas. En Europa central, la revolución barrería los restos feudales todavía existentes, mientras que en otras latitudes tendría un significado más político.

Dos años más tarde, los efectos más llamativos de este hecho habían sido oscurecidos por la reimplantación de formas muy similares a las del viejo orden, conservándose, con todo, algunas obtenciones efectivas como la abolición de los vestigios medievales existentes, salvo en Rusia, que no vería la desaparición del sistema servil hasta la década de los años sesenta. La etapa que sigue a esta última revolución liberal y obrera de carácter general vendrá constituida por formas políticas encaminadas ante todo hacia aspectos económicos. Es la época dorada de la burguesía, que ya ha conquistado definitivamente el poder político y todavía no se ve enfrentada al peligro que para ella supone el obrerismo organizado y dotado de un sentido de clase.

Durante veinte años, Europa se ordenará bajo el poder compensado situado en las manos de Napoleón III por una parte y Bismarck por otra. Mientras, en Rusia los escasos liberales existentes irían inclinándose, dentro de unas condiciones generales negativas, hacia posiciones socializantes, marcadas por aquellos elementos que, como Herzen y Bekunin, tenían directo conocimiento con los planteamientos occidentales de la cuestión. En 1861, Alejandro II decretaría la liberación de los siervos, en una medida que reportaría a los afectados más elementos negativos que una obtención de ventajas concretas. A partir de las reformas emprendidas, Rusia se lanzaría por el camino de la industrialización, lo que crearía en su seno una posibilidad revolucionaria imparable: la ostentada por el poder obrero, que venía a unirse a la oposición liberal socializante y al secular descontento campesino.

La sofocante situación social que Rusia mantendría durante esta prolongada etapa no dispondría de válvulas de escape de suficiente validez para todos los sectores implicados, lo que generaría un estado de ánimo colectivo perfectamente preparado para tomas de posición carentes de matizaciones de cara al derrocamiento de la autocracia zarista. En Europa, los movimientos obreros se manifestaban por doquier, siendo dirigidos en contra del poder, y gradualmente van consiguiendo el reconocimiento de sus derechos laborales y civiles. En 1871, el movimiento insurreccional de la Comuna parisiense *supondrá el más desastroso* fracaso de las tentativas de acción directa dirigidas hacia la subversión de la situación existente. Es el mayor punto de inflexión aportado por la lucha obrera desde el inicio de su proceso originador.

La década de los años sesenta observará en el continente la sucesiva formación de partidos y sindicatos socialistas de base obrera, creados con la finalidad de participar en los usos demoliberales que hasta entonces habían constituido espacio de exclusiva actuación burguesa. En Rusia, esta posibilidad se presentaba por entonces como una fantasía de imposible realización. En efecto, el *régimen zarista, petrificado en sus concepciones* seculares acerca de la ordenación social, no permitía el menor asomo de libertades democráticas en el enorme territorio sobre el que mantenía su autoridad. Las últimas décadas del siglo XIX constituirían para Rusia

la época de los grandes atentados. Las fuerzas situadas en la clandestinidad —sobre todo los anarquistas inspirados por las doctrinas de Bakunin— actuaban en el plano terrorista dirigiendo sus acciones hasta el mismo corazón del Estado.

Este clima de subversión permanente persistiría hasta el estallido de la denominada «primera revolución rusa», que contó con gran cantidad de ingredientes, entre los que cabe destacar los siguientes: carestía material entre las clases bajas; sentimiento de derrota ante el desastre obtenido en la guerra contra Japón; descrédito del mismo régimen, que se mostraba incapaz de adoptar medidas para actualizar una situación que daba muestras de determinantes rasgos arcaizantes; todo ello, cohesionado de forma inconsciente por la acción de los opositores organizados que esperaban el momento del derribo del zarismo. El fracaso de este intento, aun a pesar de haber sido seguido por una serie de tibias medidas reformistas, agravaría todavía más la situación del régimen de cara a la población. Esto haría posible el significado apoyo que la solución liberal-burguesa de febrero de 1917 obtuvo entre sectores en todo apartados de postulados revolucionarios en el sentido estricto de la palabra.

Las consecuencias

Karl Marx había previsto la posibilidad de imposición de sus principios de ordenación social y económica en un país como Alemania, pero en ningún momento había imaginado que la atrasada Rusia pudiera alzarse al primer plano de la plasmación práctica del revolucionarismo obrero. La mera observación del proceso seguido por los movimientos obreros en los países desarrollados, por una parte, y en Rusia por otra, explica hoy de forma muy ilustrativa las diferentes situaciones de partida y los efectos que las mismas fomentaron y contribuyeron a decidir.

Llegado el año 1914, cuando el enfrentamiento económico establecido entre los dos bloques de países implicados adquiera tonos bélicos, las clases proletarias de la Europa occidental se alinearán con sus respectivos gobiernos en una lucha común. Con ello se desintegrará la teórica solidaridad proletaria internacional

que tantas promesas de común fidelidad había emitido hasta entonces. El socialismo como fuerza política organizada había ido instalándose de forma progresiva en el interior de aquellos países, ganando al mismo tiempo respaldos sociales progresistas procedentes de otros sectores. Esto había otorgado a los partidos de origen proletario una credibilidad básica ante la sociedad y, al mismo tiempo, les había otorgado unos conocimientos prácticos de comportamiento público suficiente para hacerles superar etapas de pretendido revolucionarismo de acción directa.

Además, las condiciones materiales en que se hallaban las clases obreras occidentales llegado el siglo XX, aun dentro de unos caracteres de manifiesta desigualdad con respecto a las mantenidas por la burguesía dominante, distaban mucho de las que habían servido de marco a los orígenes de los movimientos obreros. La conquista de los derechos se había desarrollado por dos vías diferentes y estrechamente complementarias. Por una parte, la consecución de los derechos laborales había ido paulatinamente mejorando sus condiciones humanas y laborales, permitiendo al obrero una superación de etapas anteriores; por otra, el reconocimiento de sus plenos derechos como ciudadano le había incluido al fin en la sociedad de la que formaba parte de hecho, pero de cuya ordenación había sido considerado enemigo hasta entonces.

El panorama era totalmente opuesto en la Rusia zarista, donde la clase obrera carecía de todo derecho reconocido en ninguno de los dos planos de manera significativa que repercutiese en sus intereses de forma positiva. Además, en la atrasada Rusia de la etapa previa a la revolución existía un amplísimo sector social potencialmente revolucionario constituido por la masiva clase campesina, que desenvolvía su existencia en condiciones incluso inferiores a las soportadas por los trabajadores industriales. Esta presencia del campesinado da idea de la situación que determinaba el marco social ruso, en contraposición con el referido a las situaciones de desarrollo donde la tónica venía marcada por otros sectores más evolucionados en esos momentos.

Motivos éstos, entre otros, suficientes para hallar una explicación en el concepto social al victorioso estallido revolucionario llevado a efecto en las dos etapas que cubren el año 1917. El desti-

no de un Herzen, de un Bakunin o de un Ogarev por entonces queda como una incógnita. Muchos utópicos que habían prestado bases teóricas a una transformación de Rusia serían los primeros en caer bajo los efectos del pragmatismo revolucionario. Las posiciones «occidentalistas» no constituían precisamente un acertado campo de localización para nadie en la Rusia dedicada a la estabilidad y mantenimiento de su fenómeno revolucionario.

Fechas clave

1847 Celebración de dos conferencias internacionales obreras en Londres. En el curso de la segunda, Karl Marx y Friedrich Engels leen su «Manifiesto Comunista». Es introducida la jornada laboral de diez horas para mujeres y menores en Gran Bretaña. Considérant publica «Principios del socialismo», y Engels, «Fundamentos del comunismo».

1848 Entre los meses de febrero y mayo, auge de los movimientos revolucionarios liberales en Europa: destronamiento del rey francés Luis Felipe (febrero) y apartamiento del poder de Metternich en Austria (marzo). Movimientos revolucionarios en Milán, Venecia y Berlín (marzo). Asamblea Constituyente para Alemania reunida en Frankfurt (mayo). Represión de la insurrección proletaria en París (junio). Bombardeo y ocupación de la Viena insurrecta (octubre). Luis Napoleón es elegido Presidente de la II República Francesa (octubre). Publicación del Manifiesto del Partido Comunista, de Marx y Engels, y de los «Principios de economía política», de Stuart Mill.

1849 Mazzini proclama la República Italiana en Roma (febrero). El Papado, por medio de las armas francesas, recupera la ciudad de Roma (julio).

1850 Leyes en Francia que extienden los derechos del clero en materia educativa; disposiciones legales que restringen el derecho del ciudadano a la participación política. Imposición de la jornada laboral de diez horas para los trabajadores ingleses, tras duros enfrentamientos con la patronal.

1851 Mediante un golpe de Estado, Luis Bonaparte proclama un sistema de dictadura personal en Francia (diciembre). Inauguración en Londres de la I Exposición Universal.

1852 Luis Napoleón declara constituido el II Imperio francés, situándose él mismo a su cabeza con el nombre de Napoleón III (noviembre). En Francia surgen importantes entidades

dedicadas a la ores ación de créditos de diferente naturaleza. Publicación de «El 18 Brumario de Luis Bonaparte», de Karl Marx.

1853 Inicios de la guerra de Crimea, que opondrá al Imperio ruso a la coalición formada por Francia, Inglaterra, Turquía y Piamonte. Gran huelga de trabajadores mecánicos en Inglaterra, en reivindicación de mejoras laborales.

1854 El Parlamento alemán prohíbe toda clase de asociación de carácter obrero. El gobierno de Prusia prohíbe el trabajo mecánico para los ciudadanos menores de doce años.

1857 Auge de los movimientos huelguísticos entre los trabajadores franceses, que, mediante ellos, se sitúan frente a los poderes gubernamentales.

1859 Napoleón III realiza decisivas intervenciones en las guerras de la independencia de Italia. Entre las batallas más destacadas que tienen lugar en esta etapa pueden ser citadas las de Magenta y Solferino. Prolongada huelga de los trabajadores de la construcción londinenses. Charles Darwin publica su famosa obra «Ensayo sobre el origen de las especies».

1860 Reunión en Turín del primer Parlamento italiano (marzo), y proclamación por Garibaldi de Víctor Manuel como rey de Italia (octubre).

1861 Comienzo de la guerra de Secesión de los Estados Unidos (febrero). Emancipación del sistema de servidumbre en Rusia. Proclamación del Reino de Italia (marzo).

1862 Bismarck es nombrado primer ministro de Prusia (septiembre). Ferdinand Lasalle aboga por un socialismo de Estado y funda la «Asociación General de Trabajadores de Alemania».

1864 En Londres es fundada la primera «Asociación Internacional de Trabajadores» —A.I.T.— (septiembre-noviembre), para la que Karl Marx aporta los estatutos provisionales. En Francia es reconocido el derecho a la huelga y se crea el primer fondo de socorro para los huelguistas.

1866 Primer Congreso, en Ginebra, de la Primera Internacional, que resuelve sobre la cuestión planteada por los sindicatos.

1867 Karl Marx publica el primer tomo de «El Capital». La reforma electoral británica amplía la participación de la clase trabajadora en las tareas públicas y oficiales.

1868 Revolución en España (septiembre) y destronamiento de la reina Isabel II. Creación del congreso de las «Trade Unions» —sindicatos— en Gran Bretaña.

1869 *Fundación del Partido Alemán Socialdemócrata de Trabajadores, que alcanzará un gran auge.*

1870 Derrota francesa en Sedán ante Prusia (septiembre), seguida por la caída del régimen imperial y la proclamación de la III República por un Gobierno de seguridad nacional. Los ejércitos italianos entran en Roma, con lo que concluye el proceso unificador de Italia (septiembre).

1871 Guillermo I de Prusia es proclamado en Versalles emperador de Alemania (enero). Estallido de la insurgencia de la Comuna de París, que es finalmente aplastada (marzo-mayo), con el saldo de 25.000 fusilados en la represión que sigue.

1872 En el congreso de la Internacional de La Haya se escinden marxistas y partidarios de Rakunin. Represión en Francia contra las organizaciones obreras por parte del Gobierno.

1873 El Gobierno británico reconoce el derecho a la huelga. Proclamación de la I República Española (febrero).

1875 Fundación del Partido Socialdemócrata Alemán en la ciudad de Gotha, *con una gran actividad.*

1879 Fundación del Partido Obrero Francés y del Partido Socialista Obrero Español, este último bajo la dirección de su famoso líder, Pablo Iglesias.

1883 Fundación de la «Sociedad Fabiana» en Inglaterra. Muere Karl Marx, principal teórico socialista.

1884 Reconocimiento legal de los sindicatos en Francia. Importante conjunto de leyes de carácter social en Alemania. Reforma electoral e incremento de la presencia obrera en la política británica. Publicación del segundo volumen de «El Capital», la obra más conocida de Karl Marx.

1886 El general Boulanger fracasa en Francia en su intento por derrocar al régimen republicano, que a partir de esos momentos comienza su definitiva consolidación. Creación de la primera fundación nacional de sindicatos en Francia. La futura historia de la III República francesa estará jalonada de problemas y crisis gubernamentales.

1888 Fundación definitiva del Partido Socialista Obrero Español y constitución de la Unión General de Trabajadores, más conocida por sus siglas, U.G.T.

1889 El congreso celebrado en París decide la creación de la II Internacional (julio). Se producen las grandes huelgas obreras en Alemania y Gran Bretaña.

1890 Destitución de Bismarck (marzo). Institución de la «Fiesta del Trabajo» el día 1 de mayo para la reivindicación de la jornada laboral de ocho horas.

1891 El papa León XIII, en su encíclica «Rerum Novarum», adopta posturas de amplio significado social.

1893 Creación del Partido Laborista independiente en Gran Bretaña. Creación del Partido Socialista Italiano.

1895 Fundación de la Confederación General del Trabajo, más conocida por sus siglas, C.G.T., en Francia.

1896 En el IV congreso de la II Internacional, celebrado en Londres, se produce la definitiva expulsión de los anarquistas, liderados por Bakunin.

1898 Estallido del «affaire Dreyfus» en Francia, y primer acceso al Gobierno del Partido Socialista. Fundación del Partido Obrero Socialdemócrata en Rusia.

1900 Aprobación de la jornada laboral de diez horas en Francia, tras duras luchas.

1901 El congreso de Copenhague decide la creación de la federación Sindical Internacional. Escisión socialista en Francia

1903 Escisión de la socialdemocracia rusa entre mencheviques (minimalistas) y bolcheviques (maximalistas).

1904 Inicio de la guerra ruso-japonesa (febrero), que acabará con la derrota del primero de estos dos países.

1905 Aplastamiento de la primera revolución rusa (enero). Se instaura un régimen supuestamente liberal.

1906 Primera reunión de la Duma —Parlamento— en Rusia y puesta en vigor de una serie de medidas reformistas, sobre todo agrarias, elaboradas por Stolipin.

1908 El grupo «los Jóvenes Turcos» dirige la revolución que depone al sultán y al régimen que representaba. Se instaura en ese país un régimen liberal.

1909 Huelga general en España y estallido de la «Semana Trágica» o Comuna de Barcelona (*junio*).

1910 Reunión en Budapest de la conferencia sindical internacional. Creación en España de la Confederación Nacional del Trabajo, C.N.T.

1912 Lenin publica «¿Qué hacer?» en el exilio. Su acción revolucionaria es incesante.

1914 Declaración de guerra entre los aliados —Francia, Rusia y Gran Bretaña—, por una parte, y las potencias centrales —Alemania, Austria-Hungría y Turquía—, por otra. Con el desarrollo del conflicto, que se extenderá a lo largo de más de cuatro años, numerosos países irán aunando posiciones a uno u otro de los dos bandos. Será esta circunstancia la que por vez primera en la historia otorgue a esta guerra el calificativo de «mundial». Ante el peligro del estallido del conflicto, la reunión de la Internacional Obrera había tratado de evitarlo, llamando a la unidad proletaria en contra de los intereses burgueses, decididos a la confrontación. La inmediata comprobación del fracaso de este intento produciría la desintegración de la unidad. El máximo dirigente socialista francés, Jean Jaurés, es asesinado (julio) en medio de una oleada de nacionalismo que culpa al poder obrero organizado de actitudes entreguistas frente al enemigo.

Bibliografía

De Carr

Estudios sobre la revolución. Madrid, Alianza, 1970.
La revolución rusa, de Lenin a Stalin. 1917-1929. Madrid, Alianza, 1981.
De Napoleón a Stalin y otros estudios de historia contemporánea. Barcelona, Crítica, 1983.
Historia de la Rusia Soviética. Madrid, Alianza, 1972.

Sobre las revoluciones liberales

ABENDROTH, W., *Historia social del movimiento obrero europeo.* Barcelona, Laia, 1975.
AVRICH, P., *Los anarquistas rusos.* Madrid, Alianza, 1974.
BAECHLER, J., *Los fenómenos revolucionarios.* Barcelona, Península, 1974.
BERGERON, L., *La época de las revoluciones europeas, 1789-1848.* Madrid, Siglo XXI, 1979.
BERLIN, I., *Karl Marx.* Madrid, Alianza, 1973.
DROZ, J., *Europa, Restauración y revolución.* Madrid, Siglo XXI, 1979.
GOEHRKE, C., y otros. *Rusia.* Madrid, Siglo XXI, 1980.
GRENVILLE, J., *La Europa remodelada.* Madrid, Siglo XXI, 1979.
HEER, F., *Europa, madre de revoluciones.* Madrid, Alianza, 1980.

MELLOTTI, U., *Revolución y sociedad.* México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
MOLNAR, Th., *La contrarrevolución.* Madrid, Unión, 1975.
OLLIVIER, A., *La Comuna.* Madrid, Alianza, 1967.
PALMADE, G., *La época de la burguesía.* Madrid, Siglo XXI, 1978.

RAMA, C. M., *Las ideas socialistas en el siglo XIX*. Barcelona, Laia, 1976.

RUDE, G., *La Europa revolucionaria, 1783-1815*. Madrid. Siglo XXI, 1978.

SANDOZ, G., *La izquierda alemana, desde Karl Marx a Willi Brandt*. Barcelona, Península, 1971.

SHUB, D., *Lenin*. Madrid, Alianza, 1977.

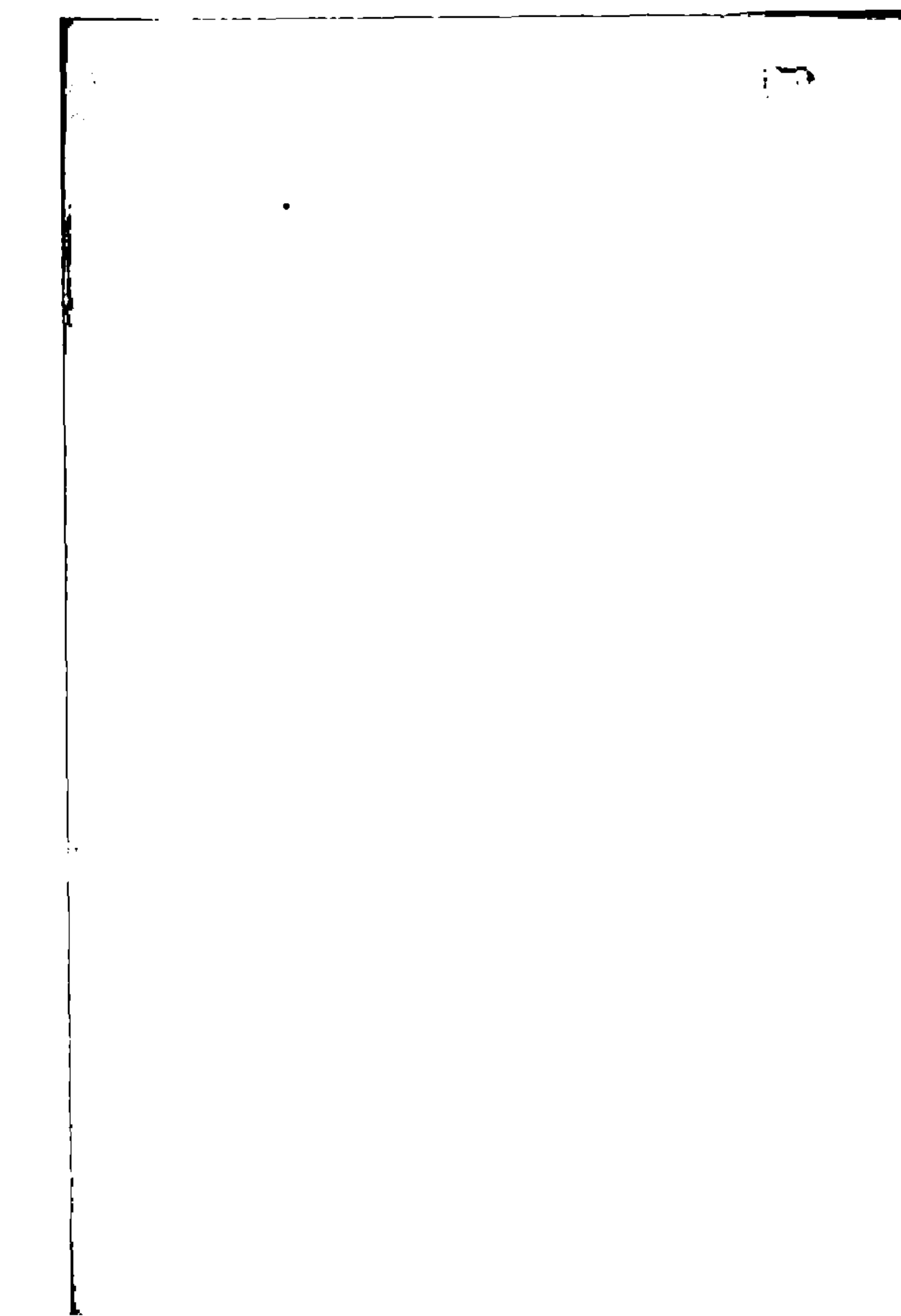
SIGMANN, J., *1848. Las revoluciones románticas y democráticas en Europa*. Madrid, Siglo XXI, 1979.

VIÑAS, I., *Las revoluciones obreras, campesinas y burguesas*. Buenos Aires, Granica, 1974.

WILLARD, C., *Problemática del socialismo*. Madrid, Istmo, 1972.

Los exiliados románticos

(Bakunin, Herzen, Ogarev)



Capítulo Primero

LA PARTIDA

El sábado 18 de enero de 1847 un grupo de viajeros dejó Moscú en dos carruajes forrados con pieles para protegerse del frío invernal. El grupo constaba de diez personas: Alejandro Herzen, su esposa, Natalia; sus tres hijos —Alejandro (o Sacha, en diminutivo), de siete años; Kolya, de tres, sordomudo, y Natalia, la más pequeña, que contaba dos años—, la madre de Herzen, Luisa Haag; dos amigas que vivían a expensas de la familia, un alemán báltico llamado Karl Sonnenberg, que años atrás había sido traído de Reval como ayo de Herzen y que actualmente desempeñaba el cometido de mayordomo, y una niñera. En el pasaporte de Herzen, valedero para seis meses, se hacía constar que viajaba con su familia hacia Alemania e Italia por razones de salud de su esposa.

Una pequeña cohorte de amigos, unos veinte en total, acompañóles hasta la primera posta más allá de Moscú. Su nombre —en traducción «Barro Negro»— hubiera constituido una amenaza para los viajeros en la última estación del año, pero en aquellos momentos la nieve cubría la tierra, lo que resultaba excelente para los carruajes provistos de deslizantes. Reinaba en el grupo cordialidad y buen humor. Nadie pensaba que Herzen estuviera volviendo la espalda a Moscú por última vez.

Al día siguiente llegaron a Tver y Herzen mandó una jocosa nota a Granovsky, uno de los amigos que dejaron en Barro Negro.

> Como puedes ver estamos haciendo un excelente viaje y gozamos también de una excelente comida, especialmente esturión, en la lejana ciudad de Tver. Te escribo porque el día 22 de enero es tu santo. Presenta mis excusas a Liza Bogdánovna por no acudir a charlar con ella en ese día: la razón es miserable: tengo que estar en Novgord. Suplico perdón.

Nosotros estamos todos bien. Sacha está contento, Natalia [la segunda [1]] está contenta también y Kolya, magnífico, acepta todas las incomodidades propias de un viaje, que no contribuye precisamente al *bien-être* de la vida en el interior de un coche, con cuatro nalgas por delante y Sonnenberg por detrás en verde espinaca.

Te hablaré de las despedidas de los días 18 y 19 cuando esté descansado.

La niñera tropezó con Natalia y se dio con la cabeza en el suelo, lo que añadió mucho regocijo a nuestra *partie de plaisir*.

Bueno, saludos para todos, incluyendo Korsh y Cía., y mi profunda gratitud por vuestros pensamientos y sentimientos, que me han acompañado en esta jornada. Adiós. El camino es bueno...

Dice Melgunov que en la amistad es menester algún elemento, algo más relacionado con los sentimientos que con nuestra inteligencia o nuestra simpatía. Pero no; soy incapaz de expresarme; he comido demasiado bien a base de esturión y jerez.

Natalia Herzen añadió una posdata en parecido humor:

¡Queridos, imponderables e incomparables amigos! ¡Todos, todos nuestros amigos de Moscú! De nuevo os abrazo y os beso a todos. El buen humor de ayer tarde está vivo en mi corazón [*a pesar de veinticuatro horas de continuo ajetreo* [2]], sí, y a pesar de una terrible jaqueca como consecuencia... Nuevamente os abrazo a todos. ¡Adiós! Escribidnos a Riga. Los niños están bien y contentos.

Los Herzen, marido y mujer, no eran únicamente primos hermanos, sino que, además, ambos procedían de origen irregular. Ambos eran hijos ilegítimos de dos ricos hermanos llamados Yakovlev. Los Yakovlev eran una antigua familia de la nobleza moscovita, pero durante varias generaciones no habían ocupado ninguna posición sobresaliente. La autoindulgencia se había convertido en una tradición que los dos hermanos mantuvieron dignamente. Ambos se retiraron de todo servicio público a temprana edad para vivir una vida ociosa. Ambos prefirieron huir de las limitaciones y obligaciones de un matrimonio legal y aprovecharon al máximo los privilegios feudales que les confería el sistema de servitud. Todos sus hijos nacieron de uniones irregulares.

Sin embargo, a pesar de la sorprendente similitud de condiciones del respectivo nacimiento, la educación de los dos primos fue muy distinta. Iván Yakovlev, padre de Alejandro Herzen, había servido como capitán de la guardia, si bien renunció a su cargo para el más cómodo papel de *malade imaginaire*. De una visita a Alemania trájose con él a Enriqueta-Guillermina-Luisa Haag, de dieciséis años, hija de un respetable pero nada distinguido funcionario de Stuttgart, que se convirtió en su concubina y, en los últimos años, en su enfermera; y aunque nunca se casó con ella, ocupó siempre, reconocidamente, la posición de cabeza de familia. Alejandro, nacido en 1812, fue el fruto de su primera unión. Se le

[1] Palabras añadidas de mano de Natalia Herzen.

[2] Palabras añadidas de mano de Herzen.

dio el imaginario apellido de Herzen, acordado igualmente a un hijo que Yakovlev tuvo de una sierva unos años antes. El padre, no inclinado nunca a excesivos sentimientos, derramó, sin embargo, sobre su ilegítimo vástago todo el limitado grado de afecto de que su naturaleza era capaz. Alejandro, que heredó la excepcional inteligencia de su padre, creció como el hijo de la casa y fue tratado por él como hijo favorito, con particular indulgencia.

A los veinticinco años, Herzen reflexionó sobre «las humillaciones y los ultrajes sufridos durante su educación» atribuyéndolos a su «cerrado y tímido exterior, que no permitía sospechar lo que ocurría en el interior de su alma». Sus sufrimientos, quizá algo exagerados en su visión retrospectiva, fueron morales, no físicos, y residían más en la propia conciencia que en la actitud del mundo que le rodeaba; sin embargo, no por ello influyeron menos en su carácter. La máscara de ironía adoptada con finalidades de defensa contra la crítica, real o imaginada, de sus compañeros, convirtióse pronto en su segunda naturaleza.

> Los hombres realmente virtuosos [escribió más tarde] están libres de ironía... La ironía emana de la fealdad del alma —Voltaire— o del odio hacia la humanidad —Shakespeare, Byron—. Es la respuesta a las humillaciones sufridas, la réplica al insulto, pero es una réplica de orgulloso, no de cristiano.

En otros aspectos más tangibles, poco sufrió el joven Herzen. La única queja registrada contra Iván Yakovlev como padre es que éste infligió a su hijo de dieciséis años «un sermón que duró días enteros» por haberlo sorprendido leyendo subrepticiamente las *Confessions* de Rousseau, actitud que, a pesar de haber disgustado al joven Herzen, debe considerarse como una de las normales prerrogativas de la paternidad ortodoxa. La sociedad rusa era lógicamente tolerante frente a tales accidentes de nacimiento, que además eran estimulados por el régimen social existente, y no hay evidencia alguna de que el joven Herzen hubiera padecido algún reproche o hubiera visto obstaculizada su carrera a causa de su origen. Su educación fue la normal de un joven aristócrata ruso, y en 1829, habiendo alcanzado la edad de diecisiete años, ingresó en la Universidad de Moscú.

El joven Alejandro Herzen no esperó a llegar a los dieciséis años para empaparse de las ideas radicales que en los primeros años del pasado siglo se extendieron hacia el Este por toda Europa, procedentes de la semilla que la Revolución francesa sembró. El primer estallido revolucionario de la moderna historia de Rusia tuvo lugar en Petersburgo al ascender al trono imperial Nicolás I, en diciembre de 1825; los bien intencionados pero nada prácticos conspiradores han sido honrados por la posteridad con la denominación de «decembristas». La subversión fue sofocada con la mayor facilidad por las tropas locales. Cinco de los insurgentes fueron ahorcados y muchos más enviados a Siberia de por vida. Estos sucesos, acaecidos cuando contaba quince años, produjeron

una enorme impresión en Alejandro Herzen, y él y su amigo Nicolás Ogarev, un chico con un par de años menos, en la Colina de los Gorriones, en las afueras de Moscú, de pie uno junto al otro, solemnemente, juraron poner su vida al servicio de la causa sagrada por la que los «decembristas» habían sufrido.

En la Universidad de Moscú, donde pronto lo siguió Ogarev, halló Herzen un cauce para sus juveniles ambiciones. Las universidades rusas, en contraste con la tradición anglosajona, han sido siempre la sede de las ideas «avanzadas». En los intervalos de sus estudios de Física y Matemáticas, Herzen y Ogarev reunieron a su alrededor a los más inteligentes y emprendedores de sus contemporáneos. En el año 1834, cuando contaba veintidós años, Herzen fue detenido, junto con varios de sus amigos, por una alegada complicidad en la «conspiración» de un estudiante llamado Sokolovsky, conspiración que, al parecer, se reducía a discusiones de cerebros recalentados sobre las teorías del socialismo y a la circulación de libelos en los que se trataba a la persona del zar Nicolás I con insuficiente respeto. Pero las autoridades no deseaban correr riesgos e impusieron severos castigos a los principales conspiradores. El papel de Herzen en el asunto fue, en realidad, insignificante, pero tras nueve meses de cárcel fue desterrado a la lejana capital de provincia Vyatka, a mitad de camino de los Urales, donde le dieron un puesto de poca importancia en la administración local. Transcurrieron más de tres años antes de que se le permitiera el regreso a Moscú.

En el ínterin, los sufrimientos de Natalia eran de otro orden. El carácter de su padre, Alejandro Yakovlev, era más tosco y brutal que el de su hermano Iván. Había servido por breve tiempo, bajo Alejandro I, como procurador del Santo Sínodo, singular ocupación para quien no perdía oportunidad de mostrar su desdén por la religión y la moral ortodoxas; y no se mantuvo en él por mucho tiempo. Lo mismo que su hermano, prefirió retirarse de los cuidados del servicio público y, tras renunciar al cargo, empleó el tiempo en querellas contra la parentela y en el disfrute de un harén de siervas recluidas en el ala de su caserón de Moscú, destinadas al servicio. La madre de Natalia fue una de estas concubinas. Tatyana Passek, una prima de Herzen que nos ha dejado en cartas y relatos muchos detalles de sus años tempranos, la recuerda como «una simple labriega, robusta e ineducada». El registro parroquial del matrimonio de Herzen describe a la madre de la novia como una «extranjera», pero se trata claramente de una ingenua ficción sugerida por el similar origen de la madre de Herzen. Para Natalia no podía ser agradable reflexionar sobre su familia.

Natalia nació en 1817, y pasó los primeros años de su vida en compañía de otra media docena de niños de origen similar al suyo. Por un curioso capricho, el padre mantenía su ilegítima prole en la parte de la casa que ocupara él, mientras que las madres permanecían en el ala reservada para serrallo y sólo veían a sus hijos los días de fiesta. Tales eran las condiciones en que vivió Natalia en su primera infancia. Sin

embargo, al cumplir los siete años, una serie de imprevisibles aconteceres situó su futuro en una línea totalmente inesperada.

Aquel año, su padre, que acababa de dejar su residencia de Moscú para establecerse en Petersburgo, cayó enfermo de una fatal dolencia. Consciente de que su fin estaba próximo, Alejandro Yakovlev se apercibía, con aversión creciente, de la perspectiva de dejar sus bienes mundanales a una parentela a la que, durante años, había tratado con despreciativa indiferencia, y un maligno impulso decidióle a defraudarla en sus ilusiones. Adoptó el simple expediente de contraer matrimonio con la madre de su hijo mayor, Alexis, y hacer a éste, que había ya llegado a la edad legal, su legítimo y único heredero. Saboreando el último y más sutil de sus placeres, el viejo epicúreo expiró y Alexis heredó una amplia fortuna. Era un chico serio, conocido en la familia, por razón de sus estudios, como «el químico». Pero uno —y no el menos embarazoso— de los aspectos de su herencia era la bandada de medios hermanos y medias hermanas de diversas edades que, junto con sus madres, habían sido dejados a su absoluto arbitrio.

Hubiera sido mucho esperar que Alexis mostrara algún interés sentimental respecto a esta parte de sus propiedades. Decidió despachar a toda la tropa a una posesión distante; allí encontrarían todos su nivel natural entre los otros siervos, y no le molestarían a él. Tal fue el destino al que, sin embargo, Natalia escapó por muy poco y sólo nos queda preguntarnos si fue una estrella afortunada o infortunada, la que la reservó para otra suerte.

Los Yakovlev tenían una hermana viuda y rica: la princesa María Khovansky. Esta señora, por motivos de bondad o de curiosidad, se interesó por las reliquias de su hermano tanto como para enviarles a su compañero a visitarlas en ocasión de su paso por Moscú, el cual volvió con dos niñas para que las inspeccionara. Una de ellas, Natalia, de siete años, complació a la gran señora por su pálida y delicada tez, sus ojos azul oscuro y su tímido porte. La princesa carecía de hijos y resolvió satisfacer su pasajero capricho trayendo a su casa a la atractiva huerfanita.

La princesa María participaba de una manera total del carácter despreocupado de los Yakovlev, y su interés para con su *protegée* fue superficial e intermitente. Natalia disponía de una doncella para su cuidado y de un número adecuado de mentores y maestros, pero sin que sobre ella recayera mucho cariño. La vida se deslizaba en el caserón lenta y monótona, y Natalia llenó luego muchas páginas de su diario con reflexiones del más puro estilo romántico sobre su infeliz infancia sin amor.

Siempre me pareció que me había perdido en aquella vida por error, y pronto me entraron deseos de volver a mi casa. Pero ¿dónde estaba mi casa? Mi infancia fue la más triste y amarga que pueda imaginarse. ¡Cuán a menudo vertí lágrimas que no eran vistas por nadie! ¡Cuán a menudo, aun no comprendiendo lo que significaba la plegaria, había elevado, en el secreto de la noche (no cuando rezar

excepto en los momentos señalados), mi ruego a Dios y le había pedido que me enviara a alguien que me quisiera y me acariciara! Carecía de juguetes o chucherías con que distraerme y consolarme, y si algo me daban iba acompañado con palabras de reproche y con el inevitable comentario: «Es más de lo que mereces.» Todas las pequeñeces que me dieron fueron bañadas con mis lágrimas.

El primo de Natalia Alejandro Herzen, que contaba cinco años más que ella, visitaba con frecuencia la casa de la princesa María durante el tiempo de sus estudios universitarios. Ambos eran jóvenes con inclinaciones románticas, y las circunstancias de su nacimiento crearon entre ellos lazos de mutua simpatía. Sus primeras relaciones fueron como de hermanos. Natalia incluso hizo a Alejandro confidente de sus primeros amores con un joven llamado Biryukov. Pero las cartas que entre ellos se cruzaron durante el encarcelamiento y el exilio de Herzen adquirieron poco a poco un tono distinto: fue un caso de amor por correspondencia. A comienzos de 1836, más de dos años después de su último encuentro, juráronse fidelidad por carta.

La correspondencia entre Alejandro y Natalia durante estos años ha sido conservada, y proporciona a la posteridad un instructivo ejemplo del estilo literario con que la juventud inteligente de 1830 conducía sus asuntos de corazón. Los enamorados se movían en un plano de exaltación permanente y la atmósfera en que intercambiaban sus arrebatos aparece para los gustos más materialistas de una edad más avanzada, rarificada e irreal. Natalia, en particular, había asimilado de una manera total la corriente del lenguaje romántico. El amor terreno es un reflejo del amor celestial e incluso, a veces, parece apenas algo más que una irrelevante excrecencia.

Sentía que era tu hermana y daba gracias a Dios por ello [escribe Natalia]. Dios se ha dignado ahora abrir en mí otro cielo, demostrándome que el alma puede soportar la mayor felicidad, que no existen límites en la ventura de aquellos a quien El ama, que el amor está por encima de la amistad... ¡Oh, Alejandro! Tú ya conoces este paraíso del alma; has oído su canto y tú mismo lo has entonado; *pero a mí es ésta la primera vez que la luz me inunda el alma*. Y adoro, rezo y amo.

Un poco más tarde considera el amor desde otro punto de vista *también religioso:*

Me conducirás ante Dios como él que quiere que yo sea. Si careciera de esta fe no podría, a pesar de mi gran amor, entregarme a ti.

Y, en determinado momento, pasa repentinamente al verso para celebrar la «celestial vocación», los «sueños divinos» de un «amor sagrado», y declara que ha perdido el ansia de «alcanzar el cielo» desde que él le ha revelado «otro cielo, otro paraíso». El lenguaje del poema parece, a primera vista, incompatible con el carácter especialmente devoto de las cartas que acabamos de reseñar. Pero esta incompati-

bilidad es tan sólo aparente. Su *amor* y su religión son una sola cosa y establece pocas diferencias entre los términos de la ecuación[3]. Página tras página, estas y otras frases parecidas fluyen de la pluma de Natalia con la infatigable reiteración que ofrecen a menudo las cartas de amor y que las hacen de lectura insípida para la posteridad.

Herzen responde en el mismo tono, aunque con una tendencia menos marcada a la hipérbole y a lo religioso. Una o dos veces, ciertamente, es visible su lucha con la demasiado francamente terrestre calidad de su pasión; y cuando firma: «tuyo hasta la tumba» descubre en sí mismo, complacidamente, ecos de la «aspiración al Más Allá» que Natalia había concebido en el triste palacio de la princesa Khovansky y que persistía en ella como una de las más profundas ansias de su naturaleza. Herzen está enamorado y se esfuerza por ponerse en armonía con este exaltado talante. Adopta, pues, el tono usado de la iglesia y tras cantarse a sí mismo (no sin un ligero asomo de jocosidad) «tuyo hasta más allá de la tumba», declara que ella es para él lo que Cristo para el género humano, compara a los parientes de corazón de piedra, que pudieran haber impedido su matrimonio, con aquellos que traicionaron a Cristo y aún escribe, mostrando cierta convicción, algo sobre la felicidad de morir tras un solo beso. No resulta falto de gracia, pero nosotros creemos que estas concesiones al misticismo romántico eran extrañas a su naturaleza y difícilmente sobrevivirían a los primeros éxtasis de la pasión.

Existían otras incompatibilidades, quizá más profundas que las del sentimiento religioso. Natalia ofrecía a su prometido la virginidad de su primer amor. Herzen era un joven vigoroso, bien parecido e inteligente, que había hecho conquistas y había gozado en ello. En Vyatka había proporcionado consuelo a la encantadora y apasionada joven esposa de un viejo inválido. El declinar del apasionamiento por esta dama dio paso al desarrollo del amor hacia su joven prima y sus cartas a Natalia estaban llenas de referencias a tal asunto. Es una rara coincidencia que su primera declaración de amor a Natalia fuera escrita el mismo día en que el viejo marido sucumbió a la enfermedad, y el impiadoso comentarista puede alimentar la sospecha que esta declaración fue precipitada por el deseo de levantar un baluarte defensivo contra la demasiado ardiente persecución de su ahora libre *inamorata*.

Te ofrecí mi mano de amigo [escribe a Natalia]. Varias veces le hablé abiertamente de ti mostrándole el brazalete, el medallón

Pero la dama rehusaba comprender estas tímidas alusiones.

Lo peor de todo [continúa Herzen una semana más tarde] es que me falta osadía para hablarle francamente de ti. Mil veces he estado a punto de hacerlo,

---

[3] Novalis, el más germano de los románticos alemanes, declara que sus sentimientos para con Sofía «no son amor sino religión», y tras la muerte de ella escribe un poema en el que la identifica con la Virgen María.

pero no he podido. ¿Qué debe parecer ahora mi forma de actuar?, la actuación de un hombre al que llamas perfecto, divino. Pero no existe alternativa: o la destruyo con una sola palabra o, con silencios y medias verdades, comportarme como un cobarde y dejar que el tiempo consume su obra.

Es perfectamente humano y natural este cuidadoso apagar las llamas de una pasión descartada, pero, decididamente, no tiene nada de romántico. Herzen entró en el amor de Natalia, pero no podía, debido a la propia naturaleza de las cosas, corresponder a la inocencia pura y sin cálculo de la exaltación que ella sentía por él.

Existía, asimismo, una no menor discrepancia en la actitud de los enamorados en otro aspecto del amor matrimonial. Herzen era expansivo por temperamento, un hombre de inclinaciones sociales, de ambiciones políticas y de vehementes y variados intereses intelectuales. Natalia, por el contrario, era puramente emocional. Vivía sólo con el corazón, y había manifestado una y otra vez que su único talento y su única ambición residía en amar. No tenía otros intereses. Pero esta diversidad, vista desde el exterior, parecía, en este estadio, simplemente un cemento de unión. «Mi alma se ha perdido en ti —exclama Natalia— como una estrella en el sol.» Su apasionada naturaleza pedía solamente ser absorbida en el objeto amado, y Herzen estaba bastante dispuesto a aceptar este diagnóstico de sus relaciones. Incluso le expuso, con cierta extensión, su filosofía sobre la materia:

Tu vida ha encontrado su fin, su destino; tu vida ha culminado su circuito en la tierra. Tu existencia separada desaparecerá en mis brazos; todas tus necesidades, todos tus pensamientos se ahogarán en mi amor. En una palabra, tu alma es parte de mi alma, ha vuelto a integrarse completamente en el todo y su existencia individual ha terminado. Así el amor estaba destinado a completar y desarrollar tu alma. El amor estaba destinado a llevarte a mí y el amor te llevará a Dios. Pero mi vida aún no está colmada; porque es una vida no de una parte sino de un todo. Por encima y más allá de mi vida privada, estoy obligado a participar en la vida común, en la vida universal, en la común actividad para el bien del género humano, y los solos sentimientos no podrían satisfacerme... Tú eres *YO*; Alejandro y Natalia no forman un *NOSOTROS*, sino mi propio *YO*. Mi *YO* se completa por cuanto tú has sido totalmente absorbida y *tú* ya no existes.

El conocido texto de Byron

«Man'love is of his life a thing apart,
'tis woman's whole existence.»[4]

raramente ha sido más perfectamente —casi diríamos más ingenuamente— expresado. Pero Herzen bien hubiera podido, si la exaltación no hubiese sustituido a la reflexión, haberse detenido a

[4] El amor en el hombre es algo aparte en su vida, pero es la existencia entera de la mujer. *(N. del T.)*.

interrogarse si para una Natalia de treinta años no hubiese sido más fácil aceptar esta explicación que para una Natalia de diecinueve.

Una mayor insistencia sobre estos gérmenes de potencial desacuerdo resultaría superflua. Tales semillas, cuando no se han transformado en flor, se mantienen en estado latente en muchos matrimonios. Alejandro y Natalia estaban apasionadamente enamorados y se hallaban, salvo por su forzada separación, en el éxtasis de la felicidad, y el *dénouement* de sus relaciones epistolares fue todo lo teatral que una muchacha de corazón romántico podía desear. En marzo de 1838 Herzen, cuyo lugar de destierro en Vyatka le había sido cambiado por el menos lejano de Vladimir, fue secretamente a Moscú, con pasaporte falso, para visitar a su amada. Y se encontró con que la princesa trataba de casarla con otro pretendiente. La posición de la huérfana, ante una imperiosa bienhechora no acostumbrada a hallar obstáculos en las personas que de ella dependían, era imposible. Y Herzen trazó sus planes. Pocas semanas más tarde volvió a Moscú, esta vez con un doble motivo para el secreto. Natalia estaba dispuesta. «Las cartas palidecen ante la unión —escribía a Alejandro la víspera de la fuga—, como palidecen las estrellas ante el sol. ¡Rápido, rápido!» El enamorado galán no se hizo el sordo a la llamada: se llevó a Natalia con él a Vladimir y se casaron en los primeros días de mayo.

La fragancia completa del romance envolvió los primeros meses de su arrobamiento matrimonial.

> Pues bien, ¿qué puedo decir de mí mismo? [escribió a un amigo, en julio]. Soy feliz, todo lo feliz que pudiera ser un hombre en la tierra, tan feliz como pueda serlo un hombre cuando tiene un alma abierta a la luz y al bien y que simpatiza con los que sufren.
>
> Natalia es un poeta etéreo y ultraterreno, todo en ella es único. Es tímida, teme a la multitud, y conmigo es siempre noble y delicada.

Su diario del mes de enero siguiente muestra imbatido su entusiasmo:

> Nuestro sueño ha sido realizado, realizado en toda su inconmensurable totalidad. Nosotros necesitábamos estar juntos. La Providencia nos ha unido y nos ha dejado solos: a un lado, nosotros; al otro, el mundo. Nos pertenecemos el uno al otro y a nuestro alrededor se ha trazado una línea que nadie cruza.

Y concluye que no ha conocido mejor año en su vida que el de 1838.

La profecía se cumplió en líneas generales, pues aunque parte de la gloria de 1838 se colmó al año siguiente, pronto empezaron a predominar los colores oscuros. A comienzos de 1840 Herzen obtuvo, gracias a la influencia de su padre, un puesto en el Ministerio del Interior de Petersburgo. Es dudoso que su espíritu inquieto e investigador hubiera encontrado satisfacción en la rutina del servicio de funcionario, pero el caso es que no habían pasado todavía seis meses cuando un característico incidente terminó con su carrera oficial. Sucedió que en

una carta a su padre, en la que contaba que cierto lugar de Petersburgo, cerca del amado puente azul, había sido recientemente escenario de seis asesinatos sucesivos, añadió al trivial suceso el comentario apropiado: «Podéis juzgar por ello qué clase de policía tenemos aquí.» Herzen no se paró a pensar que la correspondencia de un antiguo adversario político tenía un atractivo especial para la atención de la censura. Su carta fue abierta y se dio conocimiento al zar de que un funcionario del Ministerio del Interior, ya condenado en otro tiempo por actividades subversivas, había invertido infamantes conceptos sobre los leales y eficaces defensores de la autocracia: la policía de Petersburgo. El zar tomó muy en serio tal infracción de la disciplina y ordenó la destitución del culpable, así como su destierro por un año a Novgorod, donde aprendería a respetar las instituciones de su país.

Herzen era a la sazón un hombre casado, de cerca de treinta años, y este castigo, relativamente leve, le causó una desazón más profunda que la mucho más severa sentencia de seis años antes. Después de aquel año en Novgorod regresó a Moscú convertido en un hombre amargado. Sus opiniones políticas, hasta entonces expresión de un vago e indefinido idealismo, cristalizaron en un odio amargo y de por vida a la autocracia rusa. Agrióse le el carácter, a la juventud sucedió la mediana edad y el cinismo reemplazó al romance. Sus propios amigos se lamentaban de que fuera tan indulgente consigo mismo y tan obstinado. Sobre él se cernió la intranquilidad, y cuando en 1846 falleció su padre dejándole una abundante fortuna, vio por primera vez la posibilidad de escapar, por lo menos por pocos meses, de la tensa y sofocante atmósfera de la Rusia de Nicolás I. El aire refrescante de Europa occidental, donde había libertad de opinión, donde se practicaba la democracia y donde la discusión, aunque versara sobre socialismo, no constituía ningún acto criminal le proporcionaría la mágica e inefable curación de todos sus males.

Estos años habían traído también a Natalia su parte de trastornos y desilusiones. Aquella delicada tez que, por ser del gusto de la exigente princesa, jugó tan decisivo papel en su vida, no era de ningún modo indicio de constitución robusta, y su salud no resistió los sucesivos embarazos que siguieron a su boda. Además de los tres hijos que acompañaban a sus padres al extranjero, otros tres habían muerto en la infancia. Todos estos golpes fueron muy dolorosos y relajaron, en vez de estrecharlos, los lazos de afecto entre Natalia y su marido. Herzen no había compartido nunca, ni aun en los primeros y ciegos momentos de pasión, la idea de Natalia de considerar a una pareja de esposos como «ermitaños en un bosque, sin relación con los demás hombres», y había cruzado, desde hacía mucho tiempo, la línea que en los días de la luna de miel en Vladímir separaba a Natalia y a él del resto del mundo. La vida le reclamaba y permanecer junto al lecho de una esposa perpetuamente doliente no podía absorber sus energías. Él desbordaba de brío, vigor y noble indignación mientras que ella batallaba indiferentemente con las

alternadas agonías de nacimientos y muertes. Pero había algo peor en reserva. El descubrimiento, durante uno de sus embarazos, de que su marido le era infiel con una linda camarera, una de las siervas de su padre, echó abajo rudamente el halo romántico con que hasta el momento había envuelto su matrimonio, y la ofensa ocupó un lugar en su introspectiva mente largo tiempo después de la confesión y el perdón.

Cierto que el amor de Natalia, templado en el crisol de muchos momentos amargos, sobrevivió a la dura prueba. Pero un duro cambio se operó en su espíritu. Decíase siempre a sí misma que era feliz en sus afectos, pero, lo mismo que Herzen, también ella se volvió inquieta e intranquila y empezó a desear otro clima. Su desilusión, aunque menos abiertamente expresada, no fue menos profunda que la de su marido. Incluso puede que fuera mayor. Porque Natalia conocía poco del mundo y no entraba en la composición que de él se había hecho, nada del irónico despego que, cada vez más, constituía el arma defensiva favorita de Herzen. Existen dos curiosas cartas escritas a su marido en otoño de 1846 en las que parece hablar no tanto con él como consigo misma, intentando mediante todos los recursos de la razón, convencerse de su felicidad sin nubes.

> Sí, Alejandro, siento claramente que la madurez ha descendido sobre nosotros, el romance, con sus vagos anhelos, su mirada perdida en la nebulosa lejanía, su esforzarse hacia otros horizontes, su palpitar, su doloroso amor por la humanidad nos ha dejado para siempre. Veo cuánto sentido común han traído los últimos años a nuestras vidas, pero considero que el sentido común no debe secarnos el alma, sería un desatino.
>
> Sí, es la madurez; no es cansancio, no es resignación... Puedo sentirla a cada paso. Era bello vivir en aquellos días: tu corazón se agitaba sin cesar, te hallabas constantemente empujado de aquí para allá, estabas colmado de afanes; ahora, en cambio, apenas puedes con lo que ya tienes. Pero también es bello alcanzar el retiro. Sí, Alejandro, nos ha dejado el romance y ya hace tiempo que no tenemos niños, sino hijos crecidos. Vemos con mayor claridad y mayor penetración y sentimos más claramente. No existe ya el exaltado entusiasmo de antaño, juventud rebosante de vida adorando sus ídolos... Todo ha quedado atrás, lejos. Ya no te veo, como solía hacerlo antes, sobre un pedestal, ni veo una aureola alrededor de tu cabeza. Ya no creo que pienses en mí y mires una estrella en el mismo instante en que, pensando en ti, la mire yo. Y, con todo, veo claramente y siento profundamente que te amo mucho, que todo mi ser está lleno de este amor, que está moldeado por él, y que este amor es mi vida.

Está admirablemente dicho, y el lector no informado de las primeras cartas de amor de Natalia podría engañarse. Sin embargo, el corazón de Natalia había vibrado demasiado salvajemente con la acariciadora música de Alejandro para que pudiera ser fácil y totalmente dominado por una monótona conformidad. Las protestas de felicidad de esta joven esposa, fría y sin emociones, son excesivas. Puede que se persuada a sí misma, pero a nosotros no nos convence. El elogio de la cordura tiene menos vivacidad que la oración fúnebre sobre la tumba de

la sensibilidad. Al lado de estas cartas a su marido podemos poner otra, escrita inmediatamente después a Ogarev, amigo de aquél:

Solía ser mejor. Por una simple palabra, por un simple pensamiento, estaba dispuesta a crucificar a un hombre o ser crucificada por él. Ahora ya estoy demasiado gastada para todo. Ya no se encienden las mejillas, ya no arde el corazón dentro del pecho; una especie de veneno corre a través de todo el ser y una sufre calladamente o —¿cómo decirlo?— sumisamente, muda y sin el más leve deseo de salvarse o de sacrificarse.

Natalia no había cumplido aún los treinta años. En las profundidades de su alma sentimental no podía convencerse a sí misma de que su vida ya había terminado y de que la luminosa visión del amor celestial se había desvanecido para siempre de su firmamento. Lo mismo que Herzen, apenas sabía lo que deseaba y lo que añoraba. Pero ambos, gente joven desilusionada, precozmente madura, sabían que algún yerro hubo y los dos creían, conscientemente o inconscientemente, en las propiedades curativas de un peregrinaje por el extranjero. La capital francesa, que habían escogido como destino, no era tan sólo el dominio de Luis-Felipe Guizot, sino también el de George Sand y Musset. Para Herzen, el horizonte de Europa occidental brillaba con el espejismo de la Libertad Política; para Natalia, con la no menos engañosa estrella polar del Romance.

CAPÍTULO II

LA TIERRA PROMETIDA

Los ecos del Romanticismo y la Revolución resonaron de un modo forzado y más bien irreal en la mayoría de oídos ingleses. En Inglaterra el movimiento romántico se redujo (excepto para Byron y en parte para Shelley, a los que, en virtud de esa excepción, se les consideró espíritus proscritos) a un movimiento dedicado al culto de la Naturaleza y a la liberación de la literatura de las difuntas manos de la convención. Existía en Europa un movimiento en favor del culto de la Naturaleza y de la liberación del individuo de yugo del absolutismo moral y político.

En su primera y más característica fase, no fue un movimiento contra la religión y la moral en sí mismas. Los que atacaban la moral convencional no pretendían negar la existencia de sanciones morales. El culto a la Naturaleza Humana colmó el vacío y entonces establecieron nuevos códigos de moral, como el de Rousseau, basados en la apoteosis de los sentimientos, o, como el de George Sand, en la religión del amor. A los que negaban el derecho divino de los reyes no se les ocurrió negar la divinidad; se limitaron a sustituir el derecho divino de los reyes por el derecho divino del pueblo. El Romanticismo abarcó todos los aspectos del pensamiento humano. Su contrapartida metafísica fue el Idealismo de Fichte, Schelling y Hegel: «Romanticismo para el corazón —como decía Herzen— e Idealismo para la cabeza.» Su suprema expresión política fue la Revolución francesa. El movimiento romántico, nacido del germen sembrado por Rousseau; extendióse por toda Europa, floreció, decayó y, finalmente, desapareció (aunque con algún brote esporádico en años posteriores), tras las fracasadas revoluciones de 1848 y 1849. Más allá del Vístula y el Niemen, su aparición se hizo perceptible más tarde. Rusia apenas se dio cuenta antes de 1830; floreció allí por los años treinta y cuarenta para luego languidecer hasta que, en los

comienzos de los sesenta, la reacción y el nihilismo se unieron para darle el *coup de grâce*. Es esta tardía floración, específicamente rusa, del Romanticismo —la generación de los treinta y de los cuarenta— la que está representada aquí en las personas de los exilados románticos.

A fines de marzo de 1847 los peregrinos, tras un viaje de sesenta días, alzaron por fin la Tierra Prometida y descendieron ante la puerta del Hôtel du Rhin, en la place Vendôme. El mismo día, sin esperar a regalar sus ojos con las maravillas de la capital, Herzen cumplió el más elemental rito de los turistas rusos que visitaban París: rindió visita a Paul Annenkov. Annenkov era, por nacimiento, un rico hacendado ruso y, por vocación, un trotamundos, en aquella época en que el mundo era, para estos fines, sinónimo de continente europeo. El año anterior había vivido en un lujoso piso de la rue Caumartin. Hubo un período en que todos los aristócratas rusos daban, más tarde o más temprano, la vuelta a Europa, y Annenkov ejercía, en perfecta combinación, las funciones de agencia turística y de cronista de la sociedad, mucho antes de que ambas instituciones existieran. Le encantaba indicar adónde había que ir, qué se debía ver y a quién se iba a encontrar allí. Conocía el paradero y los planes futuros de todo aquel que contaba para algo. No participaba de los estrechos prejuicios de los de su clase, y se codeaba no sólo con sus compañeros rusos poseedores de siervos sino también con los políticos liberales franceses. Conocía a Karl Marx, un periodista expulsado de Alemania por sus opiniones revolucionarias y refugiado en París, y se relacionaba con Weitling, un sastre de Magdeburgo, el primer obrero comunista. Annenkov se movía en todos los círculos. Sin embargo, eran tan transparentes su honestidad y los límites de su inteligencia, que, a pesar de vivir en medio de intrigas de toda clase, nunca se hizo sospechoso ni al gobierno ruso de ser un revolucionario ni a los revolucionarios de ser un agente secreto ruso. Tenía el temperamento inquisitivo del hombre a quien la naturaleza ha creado para observar y no para reflexionar. Ha dejado una admirable pintura de Herzen en sus primeros días en París, recién salido del sastre de Moscú, luciendo una larga levita que parecía habérsela encontrado en la calle; y es él quien registra la rápida transformación de Herzen en un ciudadano mundano «con una elegante barba de correcta línea, y una chaqueta de suelto y elegante corte», y de la sencilla y casera Natalia en una «brillante turista completamente merecedora de ocupar un lugar de honor en la gran capital del mundo».

Han pasado muchas décadas desde que Francia era considerada comúnmente en Europa como la sede espiritual de la revolución, y a nosotros, ahora, nos es difícil compartir las emociones que la visión de París despertó en el corazón de nuestros románticos viajeros. En los años cuarenta del pasado siglo existía quizá una más real democracia en las instituciones inglesas que en las francesas. Pero la democracia británica era poco conocida en el resto de Europa y completamente ignorada en Rusia. Lo que contaba era la tradición, y en 1847 la

Revolución francesa todavía gozaba de fuerza vital. Habían transcurrido cincuenta años desde que Napoleón había pateado el rescoldo de la gran conflagración, pero ésta tenía aún la fuerza suficiente —en Rusia por lo menos— para encender, en el corazón de los hombres, sentimientos de esperanza y temor. Un escritor ruso reciente apenas exagera al comparar la reputación de que gozaba el París de Luis-Felipe entre los súbditos de Nicolás I, con la posición que ocupa actualmente Moscú a los ojos de la Europa occidental. El París de 1847 era el espantajo de los conservadores y *La Meca de los extremistas.*

> Estábamos acostumbrados [escribe Herzen] a conectar la palabra París con los grandes acontecimientos, las grandes masas, los grandes hombres de 1789 y 1793, recuerdos de una colosal lucha por una idea, por los derechos, por la dignidad humana... El nombre de París iba estrechamente unido a los más nobles entusiasmos de la humanidad contemporánea. Entré en París con reverencia, como se entra en Jerusalén y en Roma.

A través de Annenkov supo Herzen que su viejo amigo Sazonov estaba en París. Herzen y Sazonov habían estado sentados juntos, uno al lado del otro, a los diecinueve años, cuando ambos estudiaban física y matemáticas en la Universidad de Moscú. Los sentimientos del uno por el otro conservaron el tinte romántico de la camaradería juvenil, y cuando Herzen, en los últimos años de su vida, escribió sus memorias (bajo el título *Mi pasado y mis pensamientos*), consagró un largo capítulo necrológico a aquella temprana amistad. Sazonov fue uno de los más brillantes y osados miembros del grupo de Herzen en Moscú, y nadie hubiese puesto en duda que estaba destinado a dejar su huella en el mundo. Había estado tan complicado como cualquiera de los demás en el asunto Sokolovsky, y si escapó al arresto fue únicamente debido a que tenía la costumbre de «hablar mucho y escribir poco», con lo que escasos papeles suyos cayeron en poder de la policía. La detención y destierro de sus amigos le privó de toda visible ocupación en Moscú, y, sin objetivo fijo, se dirigió a París. Probablemente tenía la impresión de que alguna ocupación adecuada se le presentaría inevitablemente en aquella sede de la hirviente actividad revolucionaria.

Sazonov fue uno de aquellos hombres dotados cuyo brillante futuro retrocede imperceptiblemente hacia el pasado sin haberse realizado en el presente. Descubrió que París no ofrecía ninguna salida más inmediata que Moscú para su ardor revolucionario. Pero ofrecía a la juventud poseedora de una gran fortuna inigualadas oportunidades de disipación; y de éstas usó largamente Sazonov de forma que rápidamente hicieron tabla rasa de sus recursos económicos. Sin embargo, no disminuyó su fe en las vueltas de la rueda de la fortuna y en que algún día se implantaría en Rusia un gobierno constitucional que le conferiría una importante cartera en el primer ministerio liberal ruso. Mantuvo sus ilusiones y su dilapidada manera de vivir durante unos quince años, y así con el tiempo las diversiones se tornaron, con el paso del tiempo, algo zafias y

marchitas, sus esperanzas se conservaron siempre vivas. Saludó entusiásticamente a Herzen, pidióle las últimas noticias de Rusia y se llevó un disgusto ante el cinismo de su visitante, que le aseguró que la revolución rusa estaba más distante que nunca.

El resto de la historia de Sazonov es un continuo declinar. La revolución europea de 1848 pareció por un momento justificar y halagar sus ambiciones. Fundó un Club Internacional que después de publicar un programa y celebrar un mitin falleció. Entregóse a una o dos empresas periodísticas de corta vida, a las que nadie ayudó. Sazonov cada vez descendía más rápidamente. En un momento dado estuvo en prisión por deudas, y entonces las autoridades francesas lo expulsaron. Recaló en Ginebra acompañado de una dama italiana con quien se casó y entonces desertó. Murió en Ginebra unos años más tarde, olvidado de todos sus viejos amigos, y Herzen anota, como culminación de su tragedia, que ni un solo ruso acudió a sus exequias.

Es innecesario continuar el catálogo de los antiguos conocidos que se cruzaron en París en el camino de Herzen. Pero uno de ellos debe ocupar un lugar demasiado conspicuo en esta galería de retratos de los exiliados románticos como para pasarlo ahora por alto. Herzen empleó muchos de sus primeros días de estancia en París en peregrinajes al Palais-Royal, la Bastilla, el Panteón, los Campos Elíseos y una docena más de lugares históricos cuyos nombres le eran tan familiares como la Perspectiva Nevsky de Petersburgo o la Arbat de Moscú. Fue en una de estas expediciones cuando vio en una esquina la familiar y gigantesca figura de Michael Bakunin, vestido de una forma entre elegante y desaliñada, blandiendo un cigarrillo y discurseando ante un grupo de amigos y admiradores sobre problemas de fiolosofía, exactamente como siete o más años atrás lo había hecho en las calles y los salones de Moscú. Igual a sí mismo.

La amistad anterior entre Herzen y Bakunin había sido de corta duración, pero los pocos que habían conocido a Bakunin y habían experimentado el sabor de su dominante personalidad no lo olvidaban jamás. Herzen lo conoció en Moscú a fines de 1839, enzarzado, como otros jóvenes intelectuales del día, en apasionados debates sobre las implicaciones políticas de la filosofía de Hegel. Ambos militaban en campos opuestos y la impresión que se causaron mutuamente fue a la vez vívida y duradera. La primavera siguiente, Bakunin halló ocasión de renovar sus relaciones. Sus ambiciones se centraban en un viaje al extranjero, y las relaciones que mantenía con sus padres hacían imposible toda esperanza de poder sufragar sus gastos con los fondos familiares. Pidió un préstamo a su nuevo amigo. Bakunin hacía generalmente este tipo de peticiones a sus amigos recientes; los viejos amigos habían agotado ya generalmente los fondos o la paciencia. Existe una carta de abril de 1840 en la que Bakunin pide a Herzen un préstamo de 5.000 rublos, de los cuales 2.000 deberían ser devueltos prontamente y el resto durante los dos años siguientes. Herzen, cautelosamente, ofreció

1.000; en julio vio a su amigo salir de Petersburgo, en el barco de Stettin. Es poco probable que jamás volviera a ver su dinero. Bakunin, a través de toda su variopinta carrera, permaneció fiel a su peculiar interpretación de la palabra «prestamo».

En los días de Moscú, Herzen era más radical que Bakunin; el futuro anarquista seguía todavía el camino del famoso y equívoco aserto hegeliano: «Todo lo que es, es racional.» Pero Bakunin había recorrido mucho camino desde entonces. En Berlín se había empapado de las doctrinas de la nueva escuela de filósofos radicales conocidos, en la *jerga* del día, como los «hegelianos de izquierda», y se había convertido en un materialista convencido. En Dresde estuvo asociado con Arnold Ruge, el publicista de la escuela, y había colaborado en su diario con inflamados artículos, inventando la célebre frase que luego resultó ser el lema de todas sus actividades subsiguientes: «La pasión destructora es una pasión creadora». Huyó de Dresde, amenazado por la persecución policíaca, en compañía del joven poeta radical alemán Herwegh. En Suiza se había unido al comunista Weitling y, al ser expulsado del país por la policía, se había refugiado primero en Bruselas y luego en París, donde se convirtió en el centro, constantemente errátil, de un polifacético círculo de refugiados y agitadores políticos, pertenecientes en su mayor parte a las razas eslavas menores.

Herzen había seguido, admirado, la evolución de Bakunin que se había convertido, bajo la influencia occidental, en un luchador revolucionario. Cierto es que el entusiasmo no lo cegaba (una de las debilidades de Herzen era que raramente se dejaba cegar por el entusiasmo) ante los bastante conspicuos defectos de su amigo. En su diario de 1843 había ya resumido su juicio sobre Bakunin en esta corta frase: «Gran habilidad y un carácter sin valor.» Pero más tarde, en el mismo diario, hizo constar que Bakunin se estaba «redimiendo de sus anteriores pecados», y, por otra parte, la alegría de ver una cara rusa conocida en las calles de París hubiera hecho que Herzen diera la bienvenida al compañero menos apto para congeniar con él. Bakunin le presentó al poeta Herwegh, destinado a ejercer unos años más tarde un papel nefasto en su vida.

Pero ni el prestigio revolucionario de la capital francesa, ni las caras familiares de sus amigos rusos, ni las nuevas amistades hechas entre los *émigrés* de otras nacionalidades lograron satisfacer por mucho tiempo al crítico y exigente Herzen. Pronto se dio cuenta de que el París de la realidad tenía muy poca relación con el París de la romántica imaginación rusa.

Conocemos Europa a través de la escuela y de la literatura, que es como decir que no la conocemos, y la imaginamos según los libros de texto y las descripciones, del mismo modo que los chicos se imaginan el mundo real a través de su *Orbis Pictus* y creen que las mujeres de las islas Sandwich van con las manos en la cabeza y llevan tamboriles, y que dondequiera que se halle un salvaje

desnudo es seguro encontrar, cinco yardas más allá, un león de ondeante melena o un tigre de fieros ojos.

La burguesa monarquía francesa no representaba nada más que «diecisiete años de un creado de vil egoísmo, de una baja adoración de las ganancias materiales y de la tranquilidad». El París con que se encontraba Herzen no era el París de sus sueños, el París de la Revolución y de los Derechos del Hombre, sino el París de Fígaro, del tendero triunfante, el París del rey que llevaba sombrilla, de las toscas e interminables novelas de Eugenio Sué y de las aburridas comedias de clase media de Scribe. La época heroica era ya, decididamente, cosa del pasado.

Los intereses materiales se han convertido en la obsesión de todas las clases y han extinguido cualquier otro interés. Las grandes ideas, las palabras que antaño sacudían las masas y les hacían abandonar casa y familia han desaparecido o son repetidas por mero hábito y cortesía de la misma forma como los poetas invocan el Olimpo y las Musas, o los deístas el «Bien Supremo».

En todo cuanto le rodeaba percibía la triste palidez de la muerte.

Muerte en literatura, muerte en teatro, muerte en política, muerte en la Cámara: a un lado Guizot, un cadáver viviente, y al otro la infantil palabrería de una oposición senil.

Las románticas esperanzas habían dejado su sitio a la romántica desilusión, y tras seis meses de vida en París, los Herzen, en busca todavía de la tierra prometida, se dirigieron a Italia.

Tan pronto se dejó atrás la opresiva atmósfera de París, el viaje resultó encantador. Ya en Avignon, estos nativos de un clima severo tuvieron conciencia del sonriente Sur. Las ciudades italianas que atravesaron —Niza, Génova, Livorna, Pisa— permanecieron en su memoria como otros tantos «puntos luminosos», y en los últimos días de noviembre llegaron a Roma. «Hay un país en Europa —escribió Herzen poco después a sus amigos de Moscú—, capaz de sosegaros, reconfortaros y haceros derramar lágrimas, pero no de disgusto ni de desilusión, sino de delicia: este país es Italia.»

No obstante, la alegría del suave Sur no habría sido suficiente por sí sola para encantar y reanimar a nuestro austero y escéptico turista; la transformación debe ser atribuida a causas políticas más que climáticas. Había sido singularmente afortunado al escoger el momento del viaje. Por primera vez desde la Edad Media, la tan dividida y acosada península se había colocado en aquellos últimos meses de 1847 a la vanguardia de la política europea. Mientras el resto de Europa dormitaba, en toda Italia se producían movimientos populares.

Fuera por casualidad o de forma intencionada, el Papa Pío IX había hecho revivir la tradición medieval del Papado como campeón del

pueblo italiano contra la opresión del Imperio secular. Su entronización en 1846 se había caracterizado por una insólita y liberal amnistía política en todos sus dominios, y en 1847 había confiado la administración a un consejo consultivo, medida que todo el mundo consideraba como el primer paso hacia el gobierno constitucional. La levadura del ejemplo papal fermentó en toda Italia, las provincias austríacas se agitaron inquietas y en los Estados independientes el pueblo pidió constituciones y se crearon guardias cívicas.

Esta excitación, presenciada por Herzen en su viaje hacia el Sur, le proporcionó el tónico que con tanta urgencia necesitaba. Por fin había encontrado la Europa de sus sueños, una Europa pronta a la ebullición con el divino descontento democrático. «Estos movimientos —escribió después de su llegada a Roma—, son sagrados. Ellos me han traído la recuperación moral, por lo que estoy inmensamente agradecido a Italia.» En su entusiasmo, descubrió una mística afinidad entre los labriegos rusos e italianos:

> En ninguna parte, excepto en Italia Central y en la gran Rusia, he visto la pobreza y la fatiga reflejarse tan lastimosamente en el semblante de las gentes sin deformar la nobleza de sus líneas. Estas gentes poseen una oculta capacidad de meditación o, para expresarlo mejor, un principio de autoconfianza, principio a menudo desconocido por ellas mismas, que les confiere un poder de autodefensa y resistencia al sufrimiento capaz de rechazar, como un duro peñasco, todo cuanto amenace destruir su independencia.

Tras haberse establecido los Herzen en Roma, los acontecimientos se sucedieron aún más rápidamente. El 2 de enero de 1848 fueron testigos, desde sus ventanas de la Via del Corso, de una gran manifestación popular en la que, sin ninguna sensación de incongruencia, la multitud mezclaba vítores a Pío IX con gritos de «¡Prensa libre!» y «¡Abajo los jesuitas!». Diez días después estallaba la revolución en Palermo, y en una quincena fueron barridas de Sicilia las guarniciones napolitanas. El rey Fernando de Nápoles (llamado Bomba por su declarada afición a usar bombas como arma administrativa) fue obligado a conceder una constitución. Herzen visitó Nápoles en febrero, y pudo ver al rey Bomba en el balcón de su palacio, quitándose el sombrero e inclinándose —doblándose literalmente hasta la cintura— ante sus leales súbditos que le aplaudían. El ejemplo napolitano resultó contagioso, y a los pocos días Pío IX, Leopoldo de Toscana y Carlos Alberto de Piamonte instituyeron gobiernos constitucionales en sus respectivos dominios.

> Me gusta el Piamonte [escribía Herzen poco después]. Este pueblo parece muy joven. Se halla en su luna de miel con las instituciones libres y el rey luce unos bigotes tan largos y una barba tan magnífica, que, de grado o por fuerza, tiene que estar de parte del progreso.

Verdaderamente, era necesaria una orgía de entusiasmo para transformar al vacilante Carlos Alberto en héroe nacional.

Entonces, en medio de esta *débâcle* del absolutismo, llegó la noticia de la revolución de París y de la abdicación de Luis-Felipe. La exaltación de Herzen llegó al delirio. Las cartas de dos o tres meses atrás le parecían, al releerlas ahora, tener un centenar de años.

Han adquirido un interés histórico [escribe extasiado], conservan el recuerdo de un tiempo que, súbitamente, se ha alejado de nosotros, hasta tal extremo, que ya apenas es visible. Empezamos a olvidar los verdaderos rasgos de la vieja Francia y de la adolescente Italia, ahora que la primera ha dado su alma a Dios y la última ha alcanzado la edad adulta.

Sin embargo, Herzen no encontró dificultad alguna a la hora de escoger entre las dos revoluciones. Había buscado un consuelo transitorio en Italia, y se había sumergido en su belleza y en el delirio de sus ideales democráticos. Pero pensaba siempre en la infidelidad de su primer amor. Su corazón estaba en París, y ahora que Francia, arrepentida, se había vuelto hacia la luz, su lugar estaba allí. Siguió en Italia, pero cada vez más impaciente, hasta finales de abril. Entonces el grupo rehízo su camino hacia el Norte, embarcando en Civita Vecchia para Marsella.

Esta vez los Herzen ya no viajaban solos. A mediados de enero se habían encontrado en Roma con una familia rusa llamada Tuchkov, constituida por el padre y dos hijas, Elena y Natalia, de diecinueve y dieciocho años, respectivamente. Alexis Tuchkov era un hacendado con vagas aspiraciones liberales, conocido de Herzen y vecino del más querido amigo de éste, Nick Ogarev, en la provincia de Penza. La simple amistad en el propio país se transformó en el extranjero, como sucede a menudo, en intimidad. Los Tuchkov participaron de las emociones y esperanzas de Herzen durante su estancia en Italia y se fueron con ellos a París, donde ambas familias tomaron apartamentos en los Campos Elíseos, los Tuchkov cerca del Rond Point y los Herzen más arriba, cerca del recién terminado Arco de Triunfo.

La llegada de estos amigos de Rusia fue un venturoso acontecimiento para Herzen. Los nuevos compañeros, rusos o no, con los que se había encontrado en el extranjero no reemplazaban la vida social que había conocido en Petersburgo y Moscú, y que tanto le gustaba. A pesar de sus opiniones, había en Herzen una buena dosis de fastidiosa aristócrata, mezclado con el fondo de timidez que generalmente acompaña a las naturalezas escépticas. No se hallaba, como Bakunin, instantánea y automáticamente como en su propia casa en cualquier reunión internacional de aventureros desprovistos de dinero, y la novedad no constituía para él una indefectible atracción social. Alexis Tuchkov no era persona notable o distinguida; perezoso por naturaleza y no particularmente inteligente, era en edad y en temperamento, decididamente una medianía, pero trajo a Herzen, mientras viajaba por tierras extranjeras, el completo y satisfactorio sabor de su país nativo y de su casta. Resultaba un compañero confortable, si no estimulante.

Pero si la llegada de los Tuchkov trajo a Herzen una agradable distracción, para Natalia Herzen significó algo mucho más fundamental. Natalia carecía totalmente de la conciencia de clase de su marido, pues las circunstancias de su educación no se lo permitían, y no estaba sujeta a los intermitentes ataques de nostalgia de Rusia que sufría aquél. Sin embargo, aunque apenas se diera cuenta de ello, era víctima de una profunda *malaise*. Había llegado a Europa llena de esperanzas y ambiciones, lo mismo que Herzen; pero, a diferencia de éste, no tenía una idea clara de qué estaba buscando. En París experimentó la misma desilusión que su esposo, sintió, al igual que él, la influencia suave y bienhechora de los cielos de Italia; saludó también con él —aunque sus arrebatos fueran tal vez menos espontáneos y sentidos— la luz del amanecer de la libertad política. Era una buena esposa y una madre cariñosa. Pero había algo que echaba de menos, algo cuya carencia la mantenía tan inquieta e insatisfecha como durante los últimos años de su vida en Moscú. En otras épocas hubiese podido expresarse a sí misma de otras formas; pero Natalia era una auténtica hija de románticos. Era sencilla, honesta e ingenua. Anhelaba amistades más apasionadas, emociones más palpitantes, sentimientos más elevados; en una palabra, una vida sentimental más rica y más excitante.

A primera vista no parecía probable que la familia Tuchkov pudiese satisfacer esta necesidad. Natalia Herzen, madre de tres hijos, había apenas sobrepasado los treinta años. Ni Elena ni Natalia Tuchkov habían alcanzado los veinte. Pero Natalia Herzen seguía joven. En muchos aspectos era el polo opuesto de su marido, y no tenía en su naturaleza ni una sola partícula de aquel fermento de escepticismo que acelera y hace tolerable el paso a la mediana edad. Sus emociones eran todavía frescas, sus ilusiones constantemente reverdecidas. No se le ocurría que la diferencia de edad pudiera dar lugar a cualquier incompatibilidad entre ella y las dos muchachas Tuchkov, y parecía no existir razón alguna para que éstas no satisficieran su sed de compañía sentimental. En los comienzos, Natalia Herzen apenas establecía diferencia alguna entre las dos hermanas, pero gradualmente la más joven y vivaz de ellas empezó a atraerla más y más; pocas semanas después de su encuentro en Roma, Natalia Herzen —para usar una frase a sabiendas de todo su contenido emocional— estaba enamorada de Natalia Tuchkov.

Natalia Tuchkov, entonces en el umbral de una vida llena de acontecimientos que perduró hasta 1913, estaba dotada de una interesante y atractiva personalidad. No era especialmente bien parecida: sus rasgos fisionómicos eran insignificantes, su figura, rechoncha; en sus últimos tiempos se calificaba a sí misma de «monstruosidad». De inteligencia vivaracha pero superficial, no había recibido una seria educación. Pertenecía al tipo de personas cuyo atractivo reside en la directa y libre expresión de sus emociones, característica que al llegar a la edad madura puede transformarse en una histérica autoafirmación, pero

que a los dieciocho años lleva consigo el encanto y la gracia de una espontánea franqueza y simplicidad. También ella era romántica y sus impacientes emociones estaban prestas para exteriorizarse. Un chispazo respondió a otro chispazo y prendió la llama que, durante varios meses, llevó a las dos Natalias, por encima del tedio terrenal, a una romántica ensoñación cuya real existencia ninguna de las dos había, hasta el momento, sospechado.

Para una muchacha de dieciocho años, este raro suceso sólo era un interludio en un normal desarrollo emocional; pero, para una mujer de treinta, era un momento decisivo en su vida, «una segunda juventud más brillante, más rica y más real que la primera».

> No he visto nunca una mujer tan atractiva como Natalia Alexandrovna [escribe la más joven de las Natalias refiriéndose a la mayor]. Una hermosa frente despejada, unos pensativos, profundos ojos azul oscuro, gruesas cejas negras, algo sereno, un poco orgulloso en sus movimientos y, sobre todo, mucha feminidad, ternura, gentileza... Estoy asombrada de que la mayoría de nuestros conocidos consideren a Natalia fría: a mí me parece la más apasionada y ardiente naturaleza en una delicada y gentil figura.

Hay abundantes testimonios de la reputación de «frialdad» de Natalia Herzen. El propio Herzen, cuando, siendo ella todavía una niña, la vio por primera vez en casa de la princesa Khovansky, la designó como «*une froide anglaise*». A raíz de su matrimonio las más criticonas de sus amistades de Moscú la encontraron presumida, irresponsable y autosatisfecha. Parecía ser todo cabeza y carecer de corazón, y miraba a todo el mundo con un aire distanciado y desaprobador del que únicamente su marido y sus hijos eran exceptuados. No obstante, el hielo se derritió bruscamente bajo los dinámicos rayos emanados de su nueva amiga. Se abatieron las barreras y Natalia Herzen, con un nuevo sentimiento de liberación y autorrealización y con toda la fuerza proveniente de una larga costumbre de represión, abandonándose a las delicias de una desenfrenada, aunque inocente, pasión.

La duración real de esta sentimental amistad no excedió de siete meses, desde enero, cuando las dos mujeres se encontraron en Roma, hasta agosto, cuando Tuchkov dejó París para regresar a Rusia. De la correspondencia cruzada entre las dos enamoradas, solamente existen las cartas de la mayor a la menor de las dos Natalias. Algunas de ellas datan de la época en que vivían ambas en Italia o en París, y se reunían varias veces al día: escribir cartas fue una convención esencial de la pasión romántica. Las restantes fueron escritas tras la partida de la más joven. El tono no varía mucho de las primeras a las últimas, pues el apasionamiento fue inmediato y total.

> Desde que te he conocido [reza una de las primeras], tu existencia se halla a la misma altura que los más íntimos y vitales objetos de mi pensamiento. Raramente transcurre un día —verdaderamente no sé si ha habido un solo día—

un que haya pensado en ti en el momento de dormirme y de nuevo al despertarme. La misma emoción que me produce el amor por los niños la siento en mi amor por ti; ha llegado a ser un elemento esencial de mi vida, y creo que continuará siéndolo hasta el fin de mis días.

Mi unión contigo ha traído mucha belleza a mi alma, me ha hecho mucho mejor. ¡Sí, sí! No te rías. Todavía no he contraído la enfermedad de hacer cumplidos o, si realmente es así, debe de haber sido desde hace tanto tiempo, que puedo considerarla como mi condición normal, y repito, una y mil veces, que el sentimiento que despertaste en mí con tu llegada me ha proporcionado infinidad de delicias. A menudo cuando más triste y agobiada me siento, pensar en ti me sosiega, restaura mis fuerzas, y empiezo a vivir de nuevo con renovada energía.

Se colocaban a sí mismas bajo el patrocinio de la mujer romántica modelo: George Sand. Y Natalia Herzen designaba a su bienamada con el nombre de Consuelo, una de las heroínas de la escritora francesa. *La carta siguiente fue escrita poco después de la partida:*

Ha llegado tu turno, Tata mía, ¡mi maravillosa Consuelo *di mi alma!* No sé por qué, pero quería escribirte a ti al final de todo. ¡Cuánto siento que no estés conmigo! Y, sin embargo, siento claramente que te tengo aquí. ¡Cuánto más llena y armoniosa se ha vuelto mi vida desde que se fundió con la tuya y tú te convertiste en una de mis más vitales ataduras! Ya sabes que mi vida es variada en matices, pero tú relices en ella como una de sus hebras más brillantes... Desde tu partida mi alma siente lo que sentiría un cuerpo que le hubieran amputado un miembro: un dolor sordo, estúpido, mudo y carente de sentido. Si te cortan un brazo, es tan fuerte el hábito, que constantemente quisieras moverlo, y se encuentra con que ya no está en su sitio. Pero lo malo es que no se pueden amputar miembros al alma: sólo pueden vivir y morir con ella.

En octubre continúa con el mismo acento:

A menudo estoy contigo. Para mí eres a veces como el sol en día nublado: pienso y pienso en ti, y eso me da calor, de forma que parece que las cosas que nos separan no existen... Te veo, noto tu aliento, suspiro por abrazarte estrechamente, ¿o es sólo una hoja de papel, y, en vez de estrechar tus manos, estrecho sólo una pluma, que aprieto y rompo y arrojo lejos de mí?

En otra carta escrita el último mes del año, alcanza el clímax de hipérbole romántica:

¡Consuelo *di mi alma*, querida niña, amada mía, Natalia mía! Te hablo desde las profundidades de mi alma, con todas mis fuerzas, con toda mi plenitud, con toda mi pasión. ¡Sí, te amo terriblemente! Tus cartas iluminan mi amor por ti. Este amor me hace feliz, y me haría feliz aunque tu no me amaras. En Italia nací por segunda vez. ¡Qué bellos tiempos aquéllos, cómo quisiera volverlos a vivir! Amaría el sol, el calor, las montañas circundantes, los horizontes lejanos, el mar; teniéndote estrechamente abrazada me gustaría marchar lejos, muy lejos, llevarte conmigo arriba, arriba, tiempo, mucho tiempo... Y luego volver al hogar y en el hogar todo sería bello. Estoy desvariando, Natalia, y te envío mis desvaríos. Si estuvieras conmigo, estarías sentada ahí, junto a mi cama...

Natalia Herzen pasó gran parte del año de la revolución de 1848 en un peligroso paroxismo de excitación erótica, como reacción contra la contemplación excesivamente cerebral del ideal romántico.

Cuando los Herzen y los Tuchkov, que viajaban juntos, llegaron a París el 5 de mayo, la primera floración primaveral ya había pasado, y los laureles de la revolución, que ya contaban con diez semanas de existencia, estaban mustios y polvorientos. El entusiasmo inicial había cedido, los tumultos de Rouen habían sido ahogados en sangre, y en la Asamblea Constituyente, que reunió por primera vez el 4 de mayo, los republicanos no sólo estaban divididos entre sí, sino que, además, se hallaban enfrentados a una poderosa y respetable minoría de monárquicos y reaccionarios declarados. Las actividades revolucionarias de Herzen se redujeron a tres o cuatro banquetes donde «comió carne de cordero fría, bebió vino agrio, escuchó a Pierre Leroux y al padre Cabet, y entonó la "Marsellesa"», y llegó al mismo tiempo que Lamennais —aunque no lo expresó con tanta precisión como éste— a la deprimente conclusión de que «les républicains sont faits pour rendre la république impossible». Su ardiente fe en la revolución sobrevivió exactamente diez días a su regreso. El 15 de mayo una manifestación de parados marchó a través de París hasta el Hôtel de Ville pidiendo trabajo, cantando la «Marsellesa» y profiriendo amenazas contra la Asamblea Constituyente. Fueron rechazados y dispersados por la guardia nacional, y varios de sus dirigentes —hombres que habían sido héroes de la revolución de febrero— fueron encarcelados sin acusación formal y sin pruebas de ninguna clase. El gobierno revolucionario se mostró totalmente inclinado a defenderse del proletariado, por medio de la fuerza.

Pero lo peor se hallaba en reserva. El 23 de junio volvieron a estallar motines en París. El gobierno decidió encargarse totalmente del asunto. La Asamblea, obediente, proclamó la ley marcial, disolvió los Talleres Nacionales, que habían sido constituidos tras la revolución, y dio plenos poderes al general Cavaignac para restablecer el orden. Durante tres días se combatió en las calles. El 25 de junio Herzen y Annenkov, que se habían aventurado temerariamente a salir a la calle, fueron detenidos por un destacamento de la guardia nacional y conducidos apresuradamente de puesto en puesto, en su destino pendiente de un hilo hasta que, tras algunas horas de arresto, pudieron demostrar su identidad y fueron puestos en libertad. Al día siguiente cesaron las luchas. El Faubourg Saint-Antoine, donde la resistencia había sido más prolongada, estaba medio en ruinas. Los Herzen podían oír, desde su piso de los Campos Elíseos, las descargas de los pelotones de ejecución que actuaban al otro lado del río, en el Campo de Marte; varios millares de proletarios que escaparon a la ejecución fueron condenados a destierro por haber participado en la insurrección. París, bajo Cavaignac, parecióle a Herzen mucho peor que Petersburgo bajo Nicolás I, y declaró que los cosacos y los croatas resultaban «mansos corderos» en comparación con la *bourgeoise* Guardia Nacional francesa

La *bourgeoise* victoriosa continuó paso a paso la consolidación de sus conquistas hasta que, en diciembre de 1848, la tragicomedia de la II República culminó en la elección del príncipe Luis Napoleón como presidente de la República. Herzen observaba estos procedimientos con angustiada repulsa. Se desahogaba un poco escribiendo cartas a sus amigos de Moscú, en las cuales se refería amablemente al «sifilítico Cavaignac» y «este bizco *cretín* Luis Bonaparte» y comparaba desfavorablemente a los electores franceses con orangutanes. Descubrió, asimismo, la futilidad del sufragio universal:

> ¿Qué hombre que respete la verdad va a preguntar la opinión del primero con que se encuentre? ¿Podéis suponer que Colón o Copérnico hubiesen puesto a votación la existencia de América o el movimiento de la Tierra?

No era un descubrimiento original; lo raro es que lo hiciera alguien que fue y siguió siendo durante mucho tiempo el más destacado defensor ruso de la democracia constitucional.

Los Herzen se encontraron entonces casi solos en París. Los Tuchkov habían regresado a Rusia en agosto y Annekov, en septiembre. Bakunin se hallaba en Bohemia incitando a la revolución y, de todos sus amigos rusos, únicamente Turguenev permaneció en París en el invierno del 1848-49. Turguenev era un visitante regular del piso de Herzen. Durante mucho tiempo, cuando los Tuchkov residían en París, había jugado partidas de ajedrez con Alexis y cumplimentado a Natalia, y ahora, al regreso de éstos, continuó sus conversaciones con Natalia Herzen sobre el estado de su corazón, sin traicionar, no obstante, el secreto —que todavía lo es para la posteridad— de sus relaciones con Paulina Viardot. Pero, a pesar de sus visitas, el invierno transcurrió con monótona melancolía. Tata, entonces de cuatro años, cayó enferma de fiebre tifoidea y durante días su vida estuvo pendiente de un hilo. La angustia y el aislamiento acentuaron en Herzen la apatía y el desesperante sentimiento de vacío.

Sin embargo, era demasiado tarde para soñar con volver a Rusia. Alguna vez, estando en Italia, había pensado en regresar, y había hablado de ello, pero el entusiasmo con que había acogido la nueva República Francesa era bien conocido por las autoridades rusas, y desde que se marchó de Italia no se había preocupado de renovar su pasaporte. Si ahora volvía, sólo podía ser en calidad de apóstata arrepentido; y, considerando su pasado, poca gracia podía esperar si se ponía al alcance de los gendarmes de Nicolás. Entonces se dio cuenta de que se había hecho, por sí mismo y para siempre, un exiliado, un desterrado de su país. Durante el invierno de 1848-49 ocupóse en transferir su considerable fortuna de Rusia y emplearla, bajo el consejo de James Rothschild, en bonos americanos y en propiedades en París. Apenas terminada la transacción, apareció en Petersburgo un decreto embargando sus posesiones y las de su familia. Las propiedades de su madre

sólo se salvaron gracias a una fingida venta a Rothschild, quien, tratando con el gobierno imperial de potencia a potencia, pudo obtener la cesión. El revolucionario Herzen era un buen negociante y sabía cómo obtener la amistad del becerro de oro de la injusticia.

La reacción de los sentimientos de Herzen en la segunda mitad de 1848 fue más profunda y fundamental, que la desilusión que experimentó al llegar por primera vez a París el año anterior. El pesimismo engendrado por una revolución que no había logrado materializarse, no era nada en comparación con el desespero ante una revolución que, una vez llevada a la práctica había traicionado las esperanzas e ideales que le eran inherentes. Y empezó a desear haber muerto, fusil en mano, en las barricadas; entonces, se decía a sí mismo, «por lo menos me habría llevado conmigo a la tumba dos o tres convicciones», mientras que ahora perdido la fe en sí mismo y en los demás. Durante los años que siguieron, Herzen echó mano libremente del pasatiempo de analizar las propias sensaciones. Consideróse algo así como un Byron: la tragedia de Byron fue «no la de que sus aspiraciones fuesen falsas, sino la de que Inglaterra y Byron pertenecían a dos épocas distintas y a dos distintas culturas». El, Herzen, como Byron, había nacido a destiempo y se había encontrado en desarmonía no sólo, como en principio había supuesto, con su país, con Rusia, sino con su época, el *bourgeois* siglo XIX. Había nacido demasiado pronto o demasiado tarde. La ironía y el escepticismo que habían estado siempre latentes en su carácter hallaron una salida y una justificación.

El racionalista siglo XVIII era todavía, como Herzen observaba agudamente, una época de fe. «El padre Voltaire, cuando bendijo, en nombre de Dios y de la Libertad, al nieto de Franklin, ¿no era un fanático de la religión de la humanidad?» El escepticismo era hijo de la Revolución y el Romanticismo de la gran época que había creído en el idealismo y en el progreso, en la democracia y en la perfectibilidad de la naturaleza humana y que, por el más despreciable anticlímax de la historia, sólo había culminado en el complaciente triunfo de la plutocracia *bourgeoise*.

Bastante largo tiempo hemos estado maravillados (escribió después) ante la abstracta sabiduría de la naturaleza y del proceso histórico. Ya es hora de que comprendamos que en la naturaleza y en la historia hay mucha cosa fortuita, estúpida, intrascendente y equivocada. Generalmente, en la naturaleza, en la historia y en la vida nos damos más cuenta de los afortunados y del éxito; sólo ahora empezamos a ver que las cartas no se nos dan tan bien como pensábamos, porque nosotros mismos somos un fracaso, una carta que se ha jugado y perdido.

Conscientes de la bancarrota de las ideas, de la carencia de todo poder de control de la verdad en el mundo de la realidad, nos volvemos amargos. Se apodera de nosotros una nueva clase de maniqueísmo y *par dépit*, estamos dispuestos a creer en la maldad racional (es decir, intencionada) exactamente como creíamos en la bondad racional. He aquí el último tributo que pagamos al idealismo.

Con el tiempo la tortura pasará y su trágico y apasionado dolor se suavizará. Apenas existe en el mundo *nuevo* de los Estados Unidos. Este pueblo joven y emprendedor, más activo *que inteligente, está tan ocupado con la ordenación* material de su vida, que desconoce nuestros torturantes dolores. En ese país, *en* especial, no existen dos culturas. La gente que forma los grados de su sociedad *está cambiando constantemente*: sube y baja según el estado de sus respectivos balances bancarios. La osada raza de los colonialistas ingleses se multiplicaba sobremanera y, cuando llegue a la cumbre, la gente será, no sé si más *feliz*, pero sí más alegre. Su contenido será más pobre, más vulgar, más árido que el soñado en los ideales de la romántica Europa, pero no traerá consigo ni *zares*, ni centralización, ni quizá hambre. A quien pueda abandonar el viejo Adán europeo y adoptar el nuevo Jonatán, dejadle tomar el primer vapor para algún lugar de Wisconsin o Kansas. Mejor estará allá que en la decadente Europa.

Los que no puedan hacerlo seguirán viviendo, fuera de su época, fragmentos de un bello sueño con el que la humanidad adormecida se arrulla a sí misma. Han vivido *demasiado a base de fantasía e ideales para penetrar en la época* racional americana.

No salen todos los días grandes individualidades. Pocos hay entre nosotros y *nosotros pronto moriremos.*

Herzen permaneció en Europa, y sus ideales románticos, derrotados en los tumultos políticos de 1848, viéronse una vez más expuestos al vendaval de una íntima tragedia doméstica.

CAPÍTULO III

UNA TRAGEDIA FAMILIAR - I

Unos dos años antes de dejar Moscú, Herzen había escrito y publicado una novela titulada *¿A quién culpar?* En ella, un joven romántico, Dmitri Krutsifersky, se casa con una romántica muchacha llamada Lyubov, huérfana y protegida de una *grande dame* sin corazón. Algunos años después de la boda aparece en escena un joven rico, inteligente y de tendencias escépticas, llamado Beltov. Debido principalmente a que carecen de cualquier otra ocupación, Beltov se enamora de Lyubov, y ésta de él; pero ambos son incapaces de ocultar su pasión al marido. Tienen ideas demasiado elevadas para cometer adulterio, por lo que a Beltov sólo le queda el camino de retirarse. El mal, sin embargo, ya está hecho, y el autor, dejando a sus personajes con el corazón hecho trizas por el dolor, invita al lector a preguntarse a sí mismo, con las palabras del título, *¿A quién culpar?*

Muchos novelistas han encontrado inspiración en aconteceres domésticos en los que han participado. Pero es raro que un escritor participe —tan directamente como lo hizo Herzen en *¿A quién culpar?*— en un drama familiar representado cinco o más años después de haber sido escrito. No obstante, Herzen, en su primera novela, divergía en un aspecto vital de la realidad de su actual experiencia. En efecto, él se había descrito a sí mismo, no bajo los rasgos del débil Dmitri, «siempre a punto de llorar», y que «en los tranquilos atardeceres gustaba de mirar al cielo horas y horas», sino bajo los del escéptico conquistador Beltov, tan seguro de sí mismo. El drama de la vida real invirtió los papeles. El fuerte y escéptico Herzen, que cargó con el del marido, vio su felicidad destruida por el sentimental y enfermizo Herwegh.

El padre de George Herwegh era un distinguido *restaurateur* de Stuttgart, a quien sus agradecidos clientes saludaban como el *Vatel*[1] de

Wurtemberg. George fue el primer y único hijo de sus padres, y su madre lo idolatró en seguida. Tenía una prestancia física poco frecuente, y era inteligente y estudioso, pero desde sus primeros años su constitución mostró señales de una cierta inestabilidad y a los catorce años su carrera escolar se vio interrumpida por una misteriosa enfermedad. Según el diagnóstico, se trataba del baile del San Vito, pero cedió ante el tratamiento a base de magnetismo animal, que estaba entonces de moda. El joven Herwegh se convirtió en un caso famoso, y un profesor de medicina de Tübingen dedicó una lectura inaugural a esta sorprendente indicación de la ciencia de Mesmer. Animada por esta notable curación, la satisfecha madre (que por esta época se separó de su marido) destinó a su hijo al sacerdocio luterano; el chico fue enviado con una beca al seminario teológico del que, a los dieciocho años, pasó a la Universidad de Tübingen. Allí, sin embargo, nuevas influencias lo indujeron a abandonar la carrera que le había sido señalada y desertó de la teología para pasarse a las leyes, y de las leyes a la literatura. Más adelante fue un distinguido *amateur* en más de una rama de las ciencias naturales, y se consideraba lo bastante calificado para practicar la medicina, a pesar de no poseer ningún título médico. George Herwegh fue un *dilettante* en muchas cosas.

El punto crucial de su vida se presentó cuando fue llamado a prestar el reglamentario servicio militar. A Herwegh no le gustaba la disciplina y por dos veces sucesivas entró en conflicto con sus oficiales. En la segunda ocasión decidió abandonar su poco grata tierra natal y huyó cruzando la frontera suiza. En Suiza desarrolló su talento literario y en 1841 publicó en Zurich un volumen de poemas de tema político. Las *Cartas de un muerto*, las cínicas reflexiones del conocido príncipe Puckler-Muskau, habían alcanzado por aquel tiempo la cumbre de su poco duradera popularidad. El joven Herwegh recogió la sugestión y, no menos apropiadamente, puso a sus versos el título de *Poemas de un vivo*. En ellos se traducía el estado de ánimo de la joven Alemania, en la que el fermento de la democracia ya había penetrado; su fogosa versificación y su fervor revolucionario otorgan todavía hoy al poeta un lugar modesto pero digno de atención en la historia de la literatura alemana.

El hijo mimado de su madre convirtióse en el niño mimado de la fortuna. Los *Poemas de un vivo* hicieron famoso a Herwegh en un solo día. Se llegó a media docena de ediciones en dos años, con la formidable venta total de quince mil ejemplares. Herwegh se transformó en el ídolo de la democracia alemana e hizo un recorrido triunfal por todo el país, que tan vergonzosamente había abandonado dos años antes. Fue recibido por el rey Guillermo de Prusia, quien, en una explosión de excéntrica generosidad, declaró que él respetaba a los «antagonistas honorables». El joven poeta, guapo, romántico y famoso, conquistó

Palabra alemana que podría traducirse por padre o padrino (*N. del T.*)

todos los corazones y, entre ellos, el de Emma Siegmund, hija de un rico comerciante de Berlín, proveedor de sedas de la corte de Federico Guillermo y judío converso. La atracción fue mutua y el noviazgo siguió rápidamente al primer encuentro de la joven pareja. La novia no podía competir con su enamorado en cuanto a belleza, y su larga nariz fue conspicuamente introducida, por cuestiones de rima, en el bien conocido libelo de Heine sobre su hermano-poeta. Pero era inteligente y cultivada, aportó a Herwegh una sustancial fortuna y, sin lugar a dudas, estaba apasionadamente enamorada de él. Parecía, por lo tanto, que Herwegh tenía asegurado no sólo el bienestar material, sino también el papel de héroe adorado que se había hecho igualmente indispensable a su autoindulgente naturaleza. Cuando se vio forzado a abandonar de nuevo Alemania, Emma lo siguió a Zurich y contrajeron matrimonio en la pequeña población suiza de Baden, en la primavera de 1843. Bakunin fue uno de los testigos de la boda.

Las ambiciones de la feliz pareja no se conformaron con los estrechos límites de Suiza, y tras una prolongada luna de miel en Italia emigraron a París, donde el romántico ambiente, las convicciones democráticas y la fama poética de Herwegh, junto con la fortuna e inteligencia de su esposa, lo convirtieron en prominente figura de la colonia extranjera. Herwegh poseyó siempre una distinción que ocultaba su origen plebeyo, y su carácter —como observó, años más tarde, uno de sus amigos— «encajaba mejor en un marqués de la Regencia que en un héroe de la Revolución». Pronto fue entronizado en los círculos literarios franceses, donde gozó del fervor y el patronazgo de una notable mujer de letras, la condesa de Agoult y, a su vez, conoció a casi todos los rusos que visitaron París durante esta época: Turguenev y Annenkov, Ogarev y Bakunin y, finalmente, Herzen. Su vida fluyó fácil y sin complicaciones hasta el revolucionario año 1848. Los Herwegh participaron del entusiasmo de los días de febrero en París y prestaron ávida atención a los primeros rumores de revuelta allende el Rin. Nuevas ambiciones se agitaron en el pecho de Emma, no para ella sino para su adorado marido. ¿No se había saludado a un poeta, Lamartine, como el padre de la República francesa? ¿Por qué no podía suceder que la República alemana ostentara la paternidad de otro poeta? A comienzos de marzo se formó un comité de alemanes demócratas residentes en París, con la doble misión de votar un manifiesto de felicitación a la democracia francesa y apoyar la causa de la revolución en Alemania. Herwegh, a pesar de haber trocado recientemente su nacionalidad alemana por la suiza, fue elegido presidente. La primera parte de las tareas del comité fue puntualmente cumplida mediante la celebración de un mitin monstruo en la *place* de L'Hôtel de Ville, en el que se afirmó entusiásticamente la hermandad de las repúblicas francesa y alemana. La segunda tarea era más ardua. Se trazaron planes para organizar y equipar en París a una legión de alemanes demócratas que debería tomar parte en las luchas revolucionarias de la patria. Pero cuando el Gobierno

francés fue requerido para que prestara su ayuda, rehusó suministrar armas y ofreció una aportación de 5.000 francos, miserable donación que evidenciaba el deseo de librar a Francia de un puñado de peligrosos exaltados más que el de ayudar seriamente la empresa. A pesar de este desaliento, la legión se formó. Emma Herwegh mostró un brioso espíritu en todos los preparativos, su fortuna resultó invaluable cuando se trató de sufragar las necesidades económicas de la legión; completó su aportación de dinero efectivo vendiendo incluso la plata familiar. A mediados de abril Herwegh salió osadamente de Estrasburgo, acompañado de su esposa, vestida en ropas masculinas y de unos seiscientos legionarios. Su destino era Baden, donde los revolucionarios locales, según se decía, habían derribado ya el gobierno del Gran Ducado. Todo lo que Emma Herwegh pudo poner a contribución para el éxito de la empresa fue generosamente aportado. Pero ni los poetas ni las esposas de los poetas son, de ordinario, buenos generales, y en la expedición faltaba por completo el talento militar. La idea era efectuar la unión con otras dos columnas de demócratas que, según se creía, iban a converger igualmente en Baden. Pero no se había efectuado la conjunción cuando la legión tuvo noticias de que se aproximaban tropas gubernamentales. Fue adoptada apresuradamente la decisión de retirarse hacia el Sur, en dirección a la frontera suiza. Pero mientras tenía lugar la retirada, el 27 de abril, los legionarios fueron sorprendidos en Dossenbach por las tropas regulares. Una cincuentena fueron muertos y muchos más cayeron prisioneros. Los restantes dieron vuelta sobre sus talones y la expedición terminó ignominiosamente. Para la opinión popular, el desventurado caudillo fue el principal responsable del desastre. El comandante de las tropas regulares, deseoso de excusar su fracaso en cuanto a la captura de tan importante presa, comunicó a Baden que Herwegh y su esposa habían huido «antes de la batalla, tan pronto como llegó a sus oídos que se acercaban las tropas». Otra autoridad alegó que Emma se llevó a su marido del campo de batalla escondido en la capota de su carruaje, mientras Heine declaraba que «nuestro héroe no podía soportar mejor el olor de la pólvora que Goethe el del tabaco», y describía con tosquedad de mal gusto los síntomas excretorios de la cobardía de Herwegh. Estas anécdotas, por gráficas y minuciosas que sean, deben ser desmentidas como apócrifas. Parece que Herwegh y su esposa estuvieron ocupados durante la batalla en el menester prosaico pero necesario de proveer de cartuchos a los combatientes. Cuando se hundió la legión, tuvieron que emprender rápidamente la retirada en el rústico carro que había hecho las veces de cuartel general. Las autoridades hicieron a Herwegh el honor de poner precio a su cabeza. Él, prudentemente, se desfiguró afeitándose la magnífica barba y las patillas, y se ocultó en una zanja, de donde fue rescatado por un amistoso granjero; una vez apagados clamor y griterío, dio media vuelta y pasó la frontera francesa. Fue el primer revés de una carrera que hasta entonces había conocido sólo una ininterrumpida serie de triunfos. El poeta

volvió a París, donde sus laureles se habían marchitado y su carácter empeoró.

Fue después de este desafortunado episodio, en invierno de 1848-49, cuando la relación establecida anteriormente entre los Herwegh y los Herzen maduró hasta transformarse en intimidad. Era un momento difícil para el *ménage* Herwegh. Herwegh no sólo estaba amargado por el afrentoso fracaso y la pérdida de prestigio, sino que, por primera vez, se enfrentaba con dificultades económicas. Herr Siegmund, el proveedor de la corte, había acogido de buen grado como yerno a un poeta demócrata en el momento culminante de su fama y popularidad. Pero el fracasado promotor de una sedición activa tomaba un aspecto distinto para sus ojos ortodoxos. El comerciante de sedas había especulado larga y lucrativamente con propiedades inmuebles en el suburbio oeste de Berlín, y la revolución que su hija y el marido de ésta tan alocadamente *habían alentado provocó una desastrosa caída en los valores. Herr* Siegmund estuvo obligado a vender a bajo precio y se vio reducido, en el transcurso de pocos meses, de una opulencia extrema a un moderado confort. No sentía ya inclinación alguna a continuar con los generosos subsidios con que durante los últimos cinco años había contribuido a mantener el tren de vida de los Herwegh. A aquellos jóvenes extravagantes e irresponsables no les haría ningún mal probar un poco de pobreza; tal vez eso estimularía al poeta incluso a ganarse la vida. Las súplicas de Emma, a pesar de ser capaces de destrozar cualquier corazón, no tuvieron eficacia. Emma, hasta el momento, había considerado en la vida dos cosas como axiomáticas: que la fortuna de su padre era ilimitada e indestructible y que *las necesidades de su marido tenían* preferencia por encima de todo. Fue para ella un golpe el descubrir que el primero de estos axiomas se desvanecía y que había gente lo bastante obtusa para negar el segundo. La lujosa decoración del piso de la Rue du Cirque quedó como un irónico recuerdo de la anterior abundancia y contrastaba tristemente con las estrecheces en que actualmente se veían obligados a vivir.

En aquellos tiempos de desgracia política y de dificultades hogareñas, Herwegh se convirtió en asiduo visitante —iba casi cada noche— del piso de Herzen, cerca de la Magdalena. No era hombre que tuviera dentro de sí suficiente reserva de fuerzas para soportar la adversidad sin ayuda. La humillación de Dossenbach le había llenado el alma de amargura y acudía a casa de los Herzen, sobre todo en busca de consuelo y aliento.

> Hace dos años [escribió en verano de 1850] me hallaba hundido, desilusionado, *había caído al suelo cuan largo era. Busqué y encontré al hombre de quien* no tenía miedo y al que podía vincularme.

La mayor parte de las veces, iba solo. Transcurridos seis años de matrimonio, la adoración que le profesaba Emma había empezado a

bastarlo. Quizá pensaba que había sido el irreflexivo entusiasmo de su mujer lo que le había empujado a la ridícula expedición de Baden. Pero el afecto de Emma se mostraba infatigable. Se dio cuenta de que Emma tenía la voz chillona y de que sus maneras eran, a veces, agresivas; se encontraba, además, en su tercer embarazo. Llegó a la conclusión, como contó luego Herzen, de que tenía «poca afición y menos talento» para esta «abominable institución» que es la vida familiar [3]. No se le ocurrió que tal afirmación era incompatible con el hecho de que encontrara el sedante contra la exigente devoción de Emma en la idílica calma reinante en el hogar de Alejandro y Natalia Herzen.

El propio Herzen alentaba estas visitas. Tenía pocas amistades entre los franceses y ninguna de ellas íntima, y sus amigos rusos, con la única excepción de Turguenev, habían huido de París cuando la revolución. Herzen era todavía lo bastante joven para sentir la necesidad de una constante relación. Estaba sediento de camaradería y, como tantos otros, se dejó prender por la vívida inteligencia y el encanto personal del poeta alemán tan pronto lo vio. Las afinidades políticas sellaron su amistad. Herwegh no era meramente un demócrata, sino un mártir de la causa de la revolución. Herzen estaba muy lejos, en aquellos momentos, de aceptar las historias de la cobardía de Herwegh en Dossenbach, historias que luego detalló con mucho placer en *Mi pasado y mis pensamientos*.

Su intento [escribió cuatro meses después del suceso] fue uno de aquellos brillantes sueños que en marzo parecían factibles y que ahora, en agosto, parecen una locura.

Herwegh, al ser admitido en el hogar de los Herzen, tenía el aspecto de un puro y nada práctico idealista; afectaba una soberbia indiferencia hacia las sórdidas preocupaciones de la vida cotidiana, que Herzen nunca consiguió pero que siempre envidiaba y admiraba en los otros. En resumen, cayóle a Herzen como un ser excepcional, casi etéreo, algo fuera del convencional mundo *bourgeois* dentro del cual se había extraviado.

George es el único ruso que hay aquí [escribía entusiásticamente en aquella época], es decir, el único extranjero en quien no se encuentra ni rastro de esta estupidez occidental impermeable a la lógica o al sentimiento, de esta pobreza propia de la naturaleza humana en su decadencia, de este cretinismo en su agonía mortal. En una palabra, tiene personalidad ... no es un maniquí social como los franceses, o una abstracción linfática como los alemanes, o una repugnante criatura de hábitos fijos como los ingleses.

Había en la debilidad de Herwegh algo casi femenino. Se hallaba en una patética necesidad de simpatía, consejo y apoyo, y consideraba con naturalidad a Herzen como su mentor y su director espiritual.

---

[3] Jacques, en la novela de este título de George Sand, llama al matrimonio «una de las más bárbaras instituciones que ha inventado la humanidad».

Me pareció [confesó Herzen más tarde], y esta fue mi peor equivocación, que el lado débil de su naturaleza iba cambiando. Me pareció que yo podía ayudarle más que nadie.

En Herzen había una dosis considerable de la protectora vanidad de macho, y la confianza que en él demostraba el desvalido Herwegh era la más sutil y fatal forma de adulación.

La atracción inicial de Herwegh hacia Natalia fue más complicada. La fascinación que sentía por las mujeres la atestiguan la larga lista de sus conquistas. Natalia, a sus treinta años, había conservado, en un grado inhabitual, la tímida inocencia de la muchacha, si bien bajo la tranquila superficie yacía una profunda sensualidad. Herwegh, con sus centelleantes ojos y la delicada perfección de su perfil, parecía personificar su ideal de belleza varonil [1]; la fama poética completaba el cuadro del héroe romántico. No se hallaban menos afectados sus instintos maternales, los cuales acudieron en ayuda del vacilante, irresponsable y confiado Herwegh, que parecía tan dispuesto a ponerse a su merced. Eran prerrogativas del poeta romántico el hallarse solitario y el ser incomprendido y Herwegh respondía tan perfectamente a ambas condiciones, que ella no podía menos de creer en su genio. Aceptó al pie de la letra las declaraciones de soledad espiritual del poeta. Lo compadeció (lo mismo que él estaba dispuesto a apiadarse de sí mismo) por tener (al revés de Alejandro) una esposa incapaz de apreciarlo en su valor. Las intenciones de Natalia, como las de su marido, eran filantrópicas. «La misión terrena de la mujer romántica es —como señala uno de los héroes de George Sand— consolar al desventurado.» Natalia sintió que sólo ella podía *salvar* a Herwegh, salvarlo de su propia debilidad y del desdén de un mundo desdeñoso y estúpido. Derramó sobre él toda su nueva abundancia de calurosa afección y solicitud. A su admiración de colegiala por el moreno y guapo poeta y a la ternura maternal para con un desterrado solitario y abandonado mezclábase, sin que la propia Natalia se apercibiera, aquellos impulsos eróticos que habían hallado una expresión tan curiosa en su amor por Natalia Tuchkov. Inconscientemente, empezó a reservarle en sus sentimientos el lugar ocupado últimamente por su querida Consuelo; es significativo que, después de la primavera de 1849, sus cartas a Natalia Tuchkov se hacen más escasas y menos efusivas. «Es agradable estar con Herwegh —observa en una de las últimas—, incluso cuando los dos estamos silenciosos.»

La intimidad triangular que se estableció entonces entre Herwegh, Natalia y Herzen (con Emma como desmañado e innecesario *quartum quid*) les pareció a aquellos fervorosos románticos la realización del más alto ideal de amistad humana. La relación era perfecta. Sólo faltaba

[1] Herwegh ha sido descrito en esa época, por uno de sus compatriotas, como «un hombre notablemente guapo, cabello negro sedoso con algún toque gris, barba bien cuidada, ojos centelleantes, tez bronceada, facciones suaves y manos delicadas.» Bamberger, *Erinnerungen*

encontrarle un ritual y una terminología románticos, y esto fue hallado, de forma bastante apropiada, en la más reciente novela de George Sand. *La petite Fadette* es una de aquellas novelas pastorales del período medio de George Sand, mucho mejores que las producciones más temperamentales y volcánicas de su juventud. Se trata de la historia de los dos hijos gemelos de un granjero. El mayor y más fuerte, Landry, es «alegre y valiente» y le gusta «el placer y la turbulencia»; el más joven, Sylvain o Sylvinet, es sutil y delicado y tiene «un corazón demasiado sensible y apasionado» para la felicidad de los mortales ordinarios. Sylvinet exige que el afecto de su hermano gemelo por él sea exclusivo e íntegro, y cuando Landry encuentra otros intereses, él enferma:

> Pretendía que nadie lo amaba, aunque había sido siempre el más consentido y mimado de la familia.

Tan sólo la pequeña Fadette, la amada de Landry, puede tranquilizarlo; pero antes que ser un obstáculo para la felicidad de su hermano, Sylvinet, en un momento de supremo sacrificio, deja a Landry y Fadette uno en brazos del otro y se enrola en el ejército.

A nuestros entusiastas románticos se les ocurrió inmediatamente una aplicación de esta inocente historia. El jovial y activo Herzen era Landry; el delicado y sensitivo Herwegh, tan bien dispuesto para creer que nadie le amaba, era Sylvinet, y, como este Sylvinet no mostraba inclinación alguna a repartir su desgraciada experiencia militar, se disponía a recibir —sin, naturalmente, ningún deseo de usurpar los derechos de Landry— los consuelos de Fadette. Hay que decir en justicia que Herzen se prestó de mala gana y con algo de vergüenza a este bobo juego. En lo que ha quedado de la correspondencia cruzada entre ellos, Herwegh se dirige constantemente a él llamándole «Landry» y «hermano»; Herzen raramente le responde de igual forma, y si lo hace, es medio en chanza. Pero Herwegh y Natalia no conocían tal restricción. «Hermano mío» se convirtió en el modo de llamarse entre ellos, y en momentos de emoción o tensión pasaban fácilmente a «Sylvinet» y «Fadette». Natalia, crecida en la Rusia de los románticos años treinta, no veía ningún peligro en esta apasionada amistad. Herwegh, el occidental, podía alguna vez haber tenido sus dudas. En la civilización occidental prevalecían otras convenciones. El triángulo estaba condicionado por postulados distintos.

Entre tanto la II República Francesa se había consolidado. Usando a conciencia de las prerrogativas de autoridad que se le reconocían, empezó a detener, encarcelar y desterrar a quienes se oponían a ella, incluyendo a algunos de los revolucionarios entusiastas que, un año antes, habían celebrado triunfalmente su advenimiento. Eran particularmente sospechosos los revolucionarios extranjeros, y la casa de la villa de Avray, donde Herzen residía en verano, fue registrada por la policía, en busca de personas perseguidas. Herzen, con razón o sin ella, tuvo

miedo y a mediados de junio, con un pasaporte prestado por un nativo de Valaquia, huyó a Ginebra, disponiendo que Natalia lo siguiera lo antes posible con los niños. Herwegh no vio razón alguna para considerarse inmune de los peligros que amenazaban a su amigo y, además, veía con disgusto la perspectiva de separarse de los Herzen. Decidió levantar también el vuelo. ¿Y qué ocasión más apropiada podía presentarse que la de escoltar a Natalia y a sus hijos en el aburrido viaje? Muy poco antes de la partida hicieron una salida al campo, a Saint-Cloud; fue en esta ocasión cuando los ojos de lince de Emma (que no había sido invitada a participar en el vuelo hacia Ginebra) percibieron en su marido los familiares síntomas de un interés sentimental por Natalia. Aquella misma noche se lo recriminó. Herwegh le aseguró que no había ninguna razón para ello y la llamó «querida tonta». Dos días más tarde, el 7 de julio, los viajeros se pusieron en camino y el 10 de julio, ya anochecido, el coche correo hizo su entrada en Ginebra, en medio de la más extraordinaria tempestad que podían recordar.

El viaje a Ginebra es el comienzo de una historia que, a partir de este instante, avanza cada vez con mayor ímpetu hacia su trágico final. Al día siguiente, Natalia contemplaba desde su ventana del Hôtel del Bergues las nubes que cubrían la cúspide del Mont-Blanc, a unas cuarenta millas más allá, y la isla de Rousseau, «bañada por el lago», situada ante sus ojos, y en el estado sentimental propio de los visitantes recién llegados a Ginebra, escribió una larga carta a Emma.

Tu marido (decía el pasaje que más interesaba quizá a la destinataria) es realmente magnífico. No puedes imaginarte lo bondadoso que ha sido con nosotros, especialmente con Tata. Estoy muy contenta de haber tenido la oportunidad de conocerlo en este aspecto. ¡Qué naturaleza más bien dotada! Y no lo digo para adularte.

Herzen, a quien la reunión de la familia había puesto de excelente humor, condujo a Herwegh y Natalia a visitar lo más sobresaliente de la ciudad. Bromeaba acerca de todo y hasta los gatos y los perros de Ginebra, parecían, por una u otras razones, divertirlo extraordinariamente. Un año después, escribiendo a Herwegh, Natalia recordaba la «loca risa» de esa primera excursión conjunta por la ciudad de Calvino, la risa de unos enamorados todavía no declarados e inconscientes de la fuerza que estaba transformando el mundo para ellos. Al mismo tiempo, Emma, en París, recibía, no de su marido, sino de Natalia, el ingenuo y entusiástico relato de los acontecimientos de estos días.

La vida en Ginebra siguió pronto una rutina regular. Herzen, eternamente metido en política, estaba ocupado tratando con los políticos ginebrinos y con los refugiados extranjeros, y sosteniendo correspondencia con los amigos de París a los que había provisto de fondos para un nuevo periódico democrático e internacionalista, que Proudhon quería editar. Herwegh y Natalia estaban más interesados en sus propios progresos. Todas las mañanas, a las diez, Herwegh se

presentaba en la habitación de Natalia para la lección de ruso («me paso la mitad del día aprendiendo ruso», escribió en una de sus raras cartas a Emma por aquellos días, «He encontrado en ello una nueva fuente de poesía»). Después de comer, Natalia iba con Sacha a ver a Herwegh para la lección de botánica. El resto del día se iba en paseos y excursiones, y Natalia, inspirada por la constante visión de la isla de Rousseau, leía *La Nouvelle Eloïse*. Su corazón estaba lleno a rebosar, y seguía vertiéndolo en sus cartas a la poco apreciativa Emma.

La sola naturaleza no es suficiente. Hay que vivir como vivimos nosotros en estos momentos; es entonces cuando siento renovado todo el propio ser, toda la criatura que soy. No te enfades, Emma, sé paciente conmigo. Soy demasiado chiquilla y siento la necesidad de derramar el contenido de mi corazón, tan lleno de todo lo que le rodea, pues todo lo que le rodea ¡es tan bello! Me siento como podría sentirse una muchachita de catorce años; no importa, quiero ser una chiquilla; ya pueden reírse de mí, tratarme como a tal, no me importa, peor para ellos.

El hecho de que, en esta época, muchas de las cartas de Natalia fueran escritas con el papel de George, que llevaba el monograma G. H., no era como para contribuir a que fueran bien acogidas por parte de Emma.

En agosto, Herwegh y Natalia hicieron una excursión a Montreux y subieron al Dent de Jaman. Allí Herwegh dio a Natalia una ramita de hiedra que ella se puso en el sombrero, donde la mantuvo siempre; allí comieron juntos *Vielliebchen**; y allí se declararon, al fin, su mutuo amor. La cumbre de la montaña que domina el lago de Ginebra quedó como un hito en la vida de los dos amantes y como símbolo de su unión: ello se tradujo en la rudimentaria representación gráfica de una montaña, que fue «nuestro signo», y con el que Natalia constantemente embellecía sus cartas a Herwegh. Natalia todavía no había despertado de su primer e irreflexivo rapto de amor a la conciencia de la culpa y a la imperativa necesidad de ocultarlo. Con el diamante de su sortija grabó en tres caras del mango octogonal del sello de cristal de Herwegh, primero el signo de la montaña coronado con la fecha, «1849», luego «George» y, finalmente, la cabalística inscripción «Cela doit être». En una carta escrita más de seis meses después encontramos el desarrollo completo de este simbolismo gráfico. El vértice de la montaña, marcado con una cruz, sostiene la inscripción «Toujours ici avec toi» y debajo lleva representadas las aguas tranquilas del lago con la frase: «C'est le reste de ma vie». De esta forma exaltada y ratificada, Natalia cayó, atolondrada y ciegamente, en los abiertos brazos de George Herwegh.

Pocas veces resulta fácil —y menos aún vale la pena— establecer las respectivas responsabilidades de los protagonistas de unas relaciones

* En alemán se da este nombre sentimental al castaño con fruto gemelo.

amorosas ilícitas, pero esta delicada situación adquirió tal importancia en las recriminaciones provocadas por este asunto, que no puede ser completamente evadida. En la subsiguiente correspondencia con Natalia, Herwegh manifiesta una patética pero, sin duda, sincera inquietud por si ella intentaba atribuirle la mayor parte de la culpa, y en una carta a Emma, tras la *débâcle*, se muestra todavía más explícito:

En las cosas del corazón no existe la iniciativa. O sucede todo simultáneamente o no sucede nada. Pero sí existe una iniciativa en la exteriorización de un sentimiento, y *esta* iniciativa yo no la tuve. Fue Natalia quien empezó diciéndome que me ofrecía algo que nadie poseía ni podría poseer, y confesándome que nunca había pertenecido a Herzen. Así lo hizo. Diome todas las pruebas que una mujer puede dar. Lo creí porque lo sentía, y creyendo en su inmenso amor hice lo que hice... Natalia no puede pertenecer a Herzen, cuando por su misma declaración —a pesar de su mucha gratitud y afecto para con él— nunca le perteneció. Ella me hizo olvidar al mundo entero y todo cuanto me era querido.

La explicación, aunque hecha con propósitos de autoexculpación, suena a verdad. En la duda de si, en este caso, fue el hombre o la mujer quien dio el primer paso, el hombre puede reclamar en su favor; en realidad, en toda la historia de la *liaison*, Herwegh representa un papel más lastimoso que culpable. Nunca, excepto quizá durante las primeras semanas de irresponsable apasionamiento, se libró del temor de las consecuencias. Nunca llegó a las alturas de desenfrenada exaltación y dichoso olvido de sí misma en que Natalia se mantenía casi constantemente.

En los últimos días de agosto, Herzen y Herwegh salieron juntos de Ginebra en una excursión que aquél describió en *Mi pasado y mis pensamientos*. Fuéronse cabalgando hacia Zermatt, donde un lugareño acogió a los «raros viajeros» en su casa, y de allí ascendieron al Gorner Glacier para contemplar el magnífico panorama del Monte Rosa y el Matterhorn.

Qué melodramático parecería [concluye Herzen en su narración] si completara este cuadro del Monte Rosa diciendo que uno de los dos viajeros suspendidos en aquella altura, en medio de aquella blancura, pureza y calma..., uno de los dos viajeros, que habían sido hasta el momento amigos íntimos, estaba meditando una negra traición contra el otro. Sí, la vida tiene a veces sus efectos melodramáticos, sus *coups de théâtre*, que parecen totalmente artificiales.

Herzen quizás nunca supo (en las confesiones rara vez se confiesa todo) que en aquel momento la «negra traición» se había ya consumado y que durante la ausencia de su marido y de su amante, Natalia había estado muy ocupada proporcionando a la posteridad la primera evidencia documental de su culpa. Tomó un libro de notas de Herwegh con cubiertas de cuero, que había sido obsequio de Emma y que ostentaba en la primera página la inscripción: «A mi amor, el día de Año

Nuevo, 1849». La mitad de este libro contiene versos y notas de puño y letra de Herwegh, algunas de ellas tachadas quizá por Natalia, quizá por el propio Herwegh. Luego sigue una serie de anotaciones de Natalia:

Agosto, 1849

29. Tomo este libro como mi única salvación; como tu mano, lo aprieto contra mi corazón. ¿Puedo leerlo? Sí, sí, sí, a pesar de todo, tú eres mío. ¡Ah! No tengo nada, ni siento nada sino a ti...

Pongo el libro debajo de mi almohada.

30. Estás lejos, pero no veo nada, ni siento nada, ni respiro nada sino a ti, a ti, a ti.

A ti, a quien he buscado, desde que era una chiquilla, por todas partes y en todas las cosas.

1 sept. ¡Oh!... Estoy asustada... No, nada, nada, no quiero nada, no quiero pruebas. Quemaría incluso este libro, si fuera mío... Nada, ni escribir ni hablar. No necesito nada. Solamente tu proximidad, tu aliento.

2 sept. ¡Al fin contigo! ¡Contigo!

Es media noche. Estoy en tu cuarto, sola, contigo... ¡Cómo desearía destruir este cuerpo mío, no depender de nada!

Empiezo a creer en una existencia inmaterial... Nada de revoluciones, nada de repúblicas; el mundo se salvará si nos comprende. E incluso si perece, no me inquieta, tú serás siempre para mí lo que eres.

El día siguiente contiene sólo una frase en griego, reminiscencia de *La muchacha de Atenas*, de Byron: *ζωή μου, σας ἀγαπῶ*[*]. Al anochecer del día 4 regresaron los montañeros de Zermatt. Hay algunas otras anotaciones, la mayoría sin fecha (una reza: «La realidad ha sobrepasado al sueño»; otra dice: «¿Qué será?... ¿Quién sabe? ¡Ah! ¿Por qué saber?»). Hay una página con dibujos infantiles, obra de Tata y, finalmente, aparecen los signos cabalísticos, X y O, que, solos o acompañados de A, seguirán decorando hasta el final, la correspondencia de Natalia con su amante.

Basándonos en el estudio de esta curiosa confesión y en el conjunto de las cartas de amor de Natalia a Herwegh, no resulta difícil discernir en la pasión de esta mujer la característica peculiar de la época a que pertenecía. La doctrina romántica, que causó tantos estragos en la familia Herzen, brota como tantas otras cosas del mundo moderno, del fértil genio de Jean-Jacques Rousseau, quien proclamó la bondad natural de los sentimientos humanos y su suficiencia como guía de la conducta humana. Cuenta en las *Confesiones*, como resolvió «hacer saltar en pedazos las trabas de la opinión, haciendo osadamente lo que le parecía bueno, y no haciendo caso alguno del juicio de los demás» y

[*] Estas palabras tal como las usa Natalia hacen especial referencia a Herwegh. Como el autor de *Poemas de un vivo*, toma la palabra griega ζωή (vida) como lema, y la usa para la marca antes descrita.

modestamente añade que es «quizá la más grande o, en cualquier caso, la más útil para la virtud de todas las resoluciones concebidas jamás por el hombre». La moralidad inmanente ocupa el lugar de la ley externa y todas las cosas serán perfectas en un mundo donde todos siguen los impulsos de su propia naturaleza no corrompida. Pero si el autor del credo romántico fue Rousseau, su popularizador y vulgarizador fue George Sand. El lector moderno sólo ve en esta mujer una ingenua y ultrasentimental narradora de historias ni lo bastante vivaces para ser leídas como distracción ni lo bastante sólidas para respetar a su autora como a un clásico. Sin embargo, la Europa del siglo XIX, en particular la Europa femenina, no sólo devoraba sus novelas, sino que la adoraba como profeta. George Sand practicó consistentemente y predicó, con una asombrosa fluencia, un desarrollo de la doctrina rousseauniana que ya había sido enunciada, en sus líneas principales, por la formidable Madame de Staël. Si la virtud reside en los sentimientos humanos, el más noble de estos sentimientos es, incuestionablemente, el amor, y por lo tanto, amar debe ser el supremo acto de virtud. En el clásico siglo XVIII, el amor había sido celebrado como la más alborozada de las diversiones humanas. Dejóse al siglo XIX el cometido de tejer la corona de la virtud romántica y el sacramento de la religión romántica.

¿Por qué iba a ser un pecado abandonarse al propio corazón? (exclama la heroína del *Jacques*, de George Sand) Es cuando uno ya no puede amar cuando uno debería llorar por sí mismo y abochornarse por haber dejado extinguir el fuego sagrado.

La mujer nueva se ruborizaba, no cuando amaba, sino cuando no conseguía encontrar un amante. El ideal frío y estéril, de la fidelidad conyugal o de la casta virginidad, no podía satisfacerla más de lo que nunca habían satisfecho al hombre. Ante el dios del amor, los sexos eran, por primera vez, iguales. La llama sagrada reivindicaba por igual sus derechos sobre hombre y mujer. Era irresistible y divina, y oponerse a ella era tan sacrílego como fútil. Se labraba camino a través del corazón humano; la tan cacareada cortina a prueba de fuego del matrimonio resultó ser únicamente oropel inflamable.

La revelación romántica había llegado a Rusia tardíamente, y con deslumbradora precipitación. Pushkin en 1831, al publicar el último canto de su *Evgin Onegin*, pudo aún anunciar con acento claro y seguro, la solución clásica del eterno triángulo. La mujer casada cuyos pensamientos se inclinaban hacia otro hombre podría hallar la felicidad mediante el sacrificio de sus inclinaciones en el altar del deber. «Me he dado a otro —dice Tatiana cuando ha confesado su amor a Onegin—, y a él seré fiel para siempre.» Pero Pushkin había muerto en 1837, y unos pocos años más tarde George Sand hizo que Tatiana y Onegin tuvieran el aspecto de mamíferos extinguidos de la Era Glacial. Su influencia fue más poderosa e intoxicante en Rusia que en ningún otro lugar de Europa; y había poca gente tan claramente predestinada a sucumbir a

ella como la dulce y emotiva Natalia Herzen. No es una mera coincidencia que designara tanto a Natalia Tuchkov y a Georges Herwegh con nombres de personajes de novelas de George Sand, convirtiéndose una en «Consuelo» y el otro en «Sylvinet». La confesión de tal devoción había sido ya consignada en las páginas de su diario dos meses antes de salir de Rusia:

¡Oh, gran Sand! ¡Cuán profundamente ha penetrado esta mujer en la naturaleza humana! ¡Con qué osadía ha conducido al alma viviente a través del pecado y del libertinaje, sacándola ilesa de esta llama que todo lo devora! Hace cuatro años, Botkin decía de ella que era un Cristo femenino. Parece cómico, pero hay mucha verdad en ello. ¿Qué hubiéramos hecho, sin *ella*, de la pobre Lucrecia Floriani, que a los veinticinco años tenía ya cuatro hijos de distintos padres de los cuales se había olvidado y cuyo paradero no quería ni siquiera saber? Hasta el hablar de ella hubiese parecido un pecado. Pero ahora estamos dispuestos a caer de rodillas ante esa mujer...

¡Oh, si no hubiera otro camino, preferiría mil veces que una hija mía cayera, con tal que su alma permaneciera viva! ¡Y la recibiría con el mismo amor y el mismo respeto! Con la pasión todo pasa a través del fuego, toda impureza desaparece calcinada, y lo que queda es oro puro.

La divinidad del amor era para Natalia, como para Madame Dudevant, el artículo esencial de la religión. Y ambas creían que los artículos de la religión se han hecho para ser aplicados a la vida práctica. Era imposible que amar fuese algo malo, y el amor, por ser divino, debía derramar la felicidad no sólo sobre quienes estuvieran gozando de él de un modo inmediato, sino sobre todo el mundo.

Amo a mi marido, a mi hermana Silvia y a mis hijos más que a nada [escribía la heroína de *Jacques* a su amante]. Y por ti, Octavio, siento un afecto al que no voy a tratar de hallar un nombre, pero que Dios inspira y Dios bendice.

La heroína de la vida real es aún más lírica:

Me siento transportada al futuro [escribe Natalia a Herwegh], todos, todos serán dichosos, nosotros les habremos hecho felices a todos, habremos logrado la tranquilidad y armonía de los que están a nuestro alrededor... los niños contentos, simpatizarán incluso entre ellos... ¡Qué sublime será nuestro desarrollo en esta atmósfera de tranquilidad y perfección! ¡La hermosura de la naturaleza! Y sobre este fondo de azul *aquellos* momentos que brillan como luceros.

Cuando Natalia escribió a Emma rogándole que fuera a juntarse con la feliz cuadrilla de Ginebra, Emma consideró sus cartas como la prueba suprema de su hipocresía. Pero, en realidad, nunca fue Natalia más sincera. Rehusaba aceptar y encararse con la posibilidad de derechos exclusivos en el amor: excluir, en efecto, significaba necesariamente despojar al amor de sus propiedades divinas. Para ella era increíble

—demasiado malo para ser cierto— que la armonía doméstica atemperada por el adulterio fuese un ideal irrealizable, y ni la más amarga experiencia logró desilusionarla sobre este punto. Si las cosas iban mal era porque los otros fallaban, era porque George no la amaba lo bastante, o porque Alejandro no comprendía, fue una íntima convicción de que Alejandro no comprendería lo que la llevó a los sofismas y al engaño. Hasta el último momento estuvo profundamente convencida de la pureza de sus motivos y de su conducta. Cuando todo lo demás se hundió, su fe en el amor permaneció intacta. «Necesito vivir —reza una patética peroración en una de sus últimas cartas a Herwegh, escrita poco antes de morir— para amar, amar, amar...».

No existen documentos que nos permiten determinar con igual precisión el estado de ánimo del amante de Natalia. Las cartas de amor de Herwegh fueron destruidas, como medida de precaución, por la propia Natalia, y si en ellas siguió la norma que formuló en su correspondencia con Madame d'Agoult («Nunca ha puesto en el papel las cosas más apasionadas») debieron de haber sido, evidentemente, menos valiosas que las de Natalia. Herwegh era demasiado hombre de mundo para creer en el adulterio como fuente de felicidad universal, pero en una carta que escribió a Herzen después de la *débâcle* afirma la santidad del amor en términos que podían haber sido, y quizás efectivamente lo eran, tomados de la misma Natalia:

> Todo lo que hay entre N. y yo está santificado por un completo abandono del uno en el otro, por la fusión de un alma en otra alma, hasta el punto de hallarnos unidos en regiones no empañadas por el aliento humano, en regiones donde el individuo permanece temblando ante sí mismo, pero donde puede ser divinizado por otro, por un ser único en el universo, allí encontré a Natalia. ¡Cuántas veces hemos exclamado: ¡Si Alejandro comprendiera! ¡Si comprendiera! ¡Se postraría y veneraría!

Y complementa esta defensa, diestramente, con una apelación a otro dogma romántico: la irresistibilidad del amor.

> La irresistibilidad de una atracción arraigada en la esencia, y aun en la quintaesencia, de nuestras naturalezas, la de Natalia y la mía, la necesidad que une nuestras dos almas... Alejandro, ¡no tengo fuerzas para huir, ni tengo derecho a hacerlo! Y, además, ¿puede uno huir de sí mismo? Y, sin embargo, habría huido de ser yo quien, por cualquier acto mío, hubiese despertado o provocado en ella este sentimiento, si no hubiese habido reciprocidad, simultaneidad, como el llamear del relámpago... El amor estaba allí, más fuerte que nosotros.

El otoño de 1849 se deslizó pacíficamente en Ginebra, con los amantes sumergidos en sus subrepticios raptos y Herzen en sus ocupaciones políticas y literarias. Aquellos meses apareció un importante trabajo literario de Herzen —un folleto en francés titulado *Sobre*

Rusia— con la dedicatoria a «G. H.». Emma era la única que, en París, se encontraba inquieta y desdichada, sospechando y negándose a sospechar al mismo tiempo el curso de los acontecimientos. Se habló de obtener permiso de las autoridades francesas para el retorno a París de Herzen y Herwegh. Se habló de que Emma se fuera a Suiza con los niños y que las dos familias se reuniesen en Veytaux, en la parte alta de Ginebra. Pero ninguno de estos proyectos se realizó. En octubre, Natalia descubrió que se hallaba encinta, y en noviembre abortó. Parece que Herwegh creía que el hijo era suyo. El hecho de que no se despertaran sospechas en Herzen es suficiente prueba de que esto podía no ser cierto, y Natalia, cuya opinión era la única que podía ser decisiva, permaneció silenciosa. Natalia se recobró rápidamente y el incidente no tuvo consecuencias, pero dio oportunidad a Emma para declarar mucho tiempo después que Natalia había escrito, durante aquel otoño de 1849, amables cartas a la esposa del hombre de quien esperaba un hijo.

A comienzos de diciembre el grupo de Ginebra se descompuso. Los Herzen marcharon a Zurich, donde el sordomudo Kolya fue llevado a una escuela especial; Herwegh continuó el viaje hasta Berna. Inmediatamente antes de Navidad, Herzen, en compañía de su madre, se marchó de Zurich en dirección a París, a fin de llevar a cabo, con la casa Rothschild, las complicadas negociaciones para la transferencia de su considerable fortuna de Rusia. Por el camino pasó un par de días en Berna, con Herwegh, y los dos hombres se despidieron efusivamente. «Fue la última vez que quise a este hombre», escribió luego Herzen en *Mi pasado y mis pensamientos*; y aunque tal afirmación difícilmente se mantiene en pie ante el tono afectuoso de varias de las cartas que escribió desde París, aquella fue quizás la última ocasión en que confió en Herwegh sin reservas. La partida de Herzen hacia París abrió un nuevo y crítico periodo en sus relaciones.

Difieren las opiniones acerca de los afectos de la ausencia sobre el amor, pero no existen dudas acerca de su capacidad para estimular la más intensa pasión de los celos. Herzen, como Otello,

> No era fácilmente celoso, pero al ser inducido a ello, se confundió en extremo.

En Ginebra había tolerado, sin un solo momento de ansiedad o de recelo, la íntima y continua relación que existía entre su esposa y su amigo. En París visitó a Emma Herwegh y, por primera vez, escuchó los amargos reproches que ésta dirigía a su marido: había casi ignorado su existencia durante todo el otoño, se había olvidado del cumpleaños del chico, e incluso entonces escribía largas cartas a su amigo, pero ni una sola palabra a su esposa. Hasta aquel momento, probablemente no había ni pensado en la situación de Emma, pero entonces se sintió afectado y empezó a escribir cartas a Herwegh, reprochándole indignado su negligencia para con su esposa. El envío de estas misivas coincidió con la

llegada de cartas de Natalia en las que expresaba un efusivo entusiasmo para con Herwegh, que se había convertido en el intercambio de relaciones normal entre los «gemelos». Por primera vez, la armonía familiar fue alterada por una discordancia. Herzen pensó en Natalia y Herwegh en *Zurich*, *y en él en París*, y tuvo bruscamente la intuición de que algo iba mal, algo que casi no se atrevía a decirse ni a sí mismo. Tan pronto fue sembrada, la semilla germinó con una *terrible rapidez*. No podía tener sosiego hasta haber conseguido una explicación, y escogió quizás el peor medio de obtenerla: una amonestación por escrito. El 9 de *enero de 1850*, *apenas* una quincena después de su llegada a París, escribió a su esposa una carta que él mismo describe como «triste pero serena», suplicándole que examinase *atentamente su corazón a fin de ser* perfectamente franca con él y consigo misma.

Natalia leyó la carta con consternación. Y la hizo avanzar un poco *más en el* camino de la decepción.

> He recibido tu carta del 9 [contestó], y sólo puedo pensar: *¿por qué?* Y llorar y llorar. Quizá se me pueda reprochar algo, quizá sea indigna de vivir, pero me siento igual como me sentía en otro tiempo cuando estábamos sentados, solos, al anochecer. Soy pura ante mí y ante el mundo, y mi corazón no me acusa de nada. He vivido en mi amor por ti como en un mundo divino, y si no es en mi amor me *parece no tener* vida. Arrojada de este mundo, ¿a dónde iría? Significaría nacer de nuevo. Soy tan inseparable de mi amor, como el mundo de la naturaleza, sólo *lo dejo para volver a él*. *Ni por un* solo instante he sentido otra cosa. El mundo es ancho y rico, pero yo no conozco mundo más rico que el mundo del corazón. Quizá sea, *incluso, demasiado ancho*, *quizá haya extendido* demasiado mi entero ser y sus necesidades. En efecto, en esta plenitud ha habido momentos —los ha habido desde el comienzo de *nuestra vida en común— en que, imperceptiblemen*te, en lo más profundo de mi ser, ha habido algo en mi fibra más delicada que ha turbado mi alma, y entonces todo ha sido luminoso y claro *una vez más*.

Este patético documento, mezcla de verdad y falsedad, más ingenuo que malicioso, no calmó al sobreexcitado marido, quien volvió a la carga, y esta vez con mayor rudeza y severidad.

> No eludas el *ahondar en ti misma*, no busques explicaciones dialécticas. Uno no puede huir de un torbellino cuando está metido en él: el torbellino lo engullirá pese *a todo*. *Hay en tu carta un tono nuevo que no me es familiar*, un tono no precisamente de pesadumbre sino de otra cosa.. El futuro está todavía en *nuestras manos y hemos de tener el valor de ir hasta el final*. *Ten presente que*, una vez hayamos sacado a plena luz el secreto que nos trastorna el corazón, o bien Herwegh aparecerá como una nota falsa en *nuestra armonía o bien*, en otro caso, estoy dispuesto a marcharme a América con Sacha, y veremos entonces los resultados... Será *muy duro para mí*, pero trataré de soportarlo. *Permanecer aquí* sería más duro aún y no podría sufrirlo.

Al espíritu inconsecuente y apacible de Natalia no le gustaba habérselas con dilemas, y el dilema brutal de su marido, «o esto, o lo

otro» le pareció un desatinado intento de resolver los asuntos del corazón en términos de árida lógica. No podía soñar en abandonar a Herwegh ni tampoco en abandonar a Alejandro y a los niños. Unos y otros pertenecían igualmente a aquel «ancho y rico mundo del corazón» que para ella se identificaba con la misma vida. Si la ocultación era el único camino para conservar intacto aquel mundo, debía continuar ocultando, y la única vía práctica, por el momento, era alejarse del punto peligroso donde el círculo amenazaba en romperse. Hizo sus baúles y partió con los niños hacia París. Seguramente el miedo o algún resto de lealtad para con su marido impidieron que descubriera al amante el verdadero estado del asunto. La infeliz mujer había alcanzado ya un estado en que no iba a poder seguir siendo totalmente franca con ninguno de los dos. Dijo a Herwegh que Alejandro esta «enfermo»; y Herwegh nunca supo, o lo supo más tarde, el motivo real de la brusca partida.

La llegada de Natalia a París cambió inmediatamente el inestable equilibrio del cuarteto. Cuando la proximidad ya no contribuyó a atizar el fuego de la pasión física por su amante, su impresionable naturaleza, cayó una vez más bajo el influjo de su marido. También ella, aleccionada por su marido, se dio cuenta entonces de los sufrimientos de Emma, y, sin pararse a considerar su propia parte de responsabilidad en ellos, unióse a Herzen en sus reproches contra Herwegh; la correspondencia revela el picante cuadro de la amante suplicando piedad para la esposa.

> Estoy tan impresionada por el dolor de Emma [escribió a Herwegh a los pocos días de estar en París], que no acierto a darte las gracias por tu encantadora carta ni a contestarla como desearía... Es *ella* quien nos lleva tus cartas, *ella misma*. Imagínate a alguien que se está muriendo de sed y que tiene que contemplar a otros que tienen en la mano un vaso lleno. ¿Qué impresión te produciría el cuadro? Trata ahora de imaginarte los sentimientos de *las personas que sostienen el vaso*. Es una tortura mayor de lo que puedo soportar.

Entre tanto, la reconciliación de Natalia y Alejandro parecía desde fuera completa. Se había roto el hechizo, la nota discordante silenciada. Herzen se hallaba convencido de que su esposa había escapado de un «círculo de magia negra». Y al cabo de un mes Natalia estaba nuevamente encinta. Herzen quedó totalmente tranquilizado. La vuelta de la paz del espíritu y el remordimiento de aquellos oscuros momentos de sospecha y desconfianza le hicieron, durante unas pocas semanas, inusitadamente amable y tolerante. La estridente correspondencia entre los dos hombres vióse sustituida por una efusiva —quizás demasiado efusiva— reconciliación, y sólo la ausencia del amante y la evidente aflicción de Emma trastornaba la visión de felicidad universal de Natalia.

La machaconería conjunta de Herzen y Natalia surtió efecto en febrero. Herwegh invitó a su esposa a ir a Zurich a visitarlo. Los seis años de vida matrimonial de Emma habían traído consigo muchas

experiencias amargas, pero habían dado también a aquella resuelta *mujer de cabeza clara una perfecta y precisa filosofía de la vida y la* conducta. No había transcurrido un año de matrimonio, cuando, inmediatamente antes del nacimiento del primer hijo, el joven *ménage* conoció en París a la condesa d'Agoult, en el preciso momento de la ruptura de su *liaison con Liszt. Entre el poeta romántico y la sentimental femme de lettres* se estableció un galanteo literario, que pronto se transformó en una relación más íntima. A esta relación siguió, por parte de Herwegh, una serie de aventuras de menos categoría, y aún más transitorias; Emma se hizo cargo inmediatamente de la situación y resignóse, como otras esposas lo habían hecho, a la pérdida de la posesión exclusiva, si bien fue lo bastante hábil para hacer de la resignación una virtud y usarla para dejar sentada su supremacía moral. No hacía ningún reproche a su marido por estas ocasionales divagaciones de su fantasía; las toleraba y cuando la necesidad lo aconsejaba, ayudaba incluso a satisfacerlas. Le parecía relativamente poco importante que su marido de vez en cuando se extraviara entre los brazos de mujeres extrañas; tenía la compensadora certeza de que, tarde o temprano, volvería a ella en busca de consuelo y —en tanto ella dispuso e este aditamiento indispensable para la felicidad familiar— en busca de dinero. En sus sentimientos con respecto a él, en otra época, se mezclaban la pasión de una amante, la devoción de una esposa y la ternura de una madre. Pero luego aprendió a exaltar el tercero de estos sentimientos; contemplaba los deslices de su marido con indulgencia maternal, y no le exigía ya la fidelidad de un marido o de un amante, sino tan sólo la implícita confianza de un hijo.

La situación que encontró Emma a su llegada a Zurich propinó un serio golpe a su ecuanimidad. No había visto a su marido desde el día en que, casi nueve meses antes, se había marchado de París en dirección a Ginebra, en compañía de Natalia. Y lo halló «irreconocible». Estaba preparada para admitir una infidelidad física, y habría sabido habérselas con ella, pero lo que encontró en Herwegh fue algo más grave: una nueva fidelidad, que le había fortalecido el corazón y le cerraba los labios. Durante tres semanas, obligado por la insistente petición de secreto por parte de Natalia, permaneció callado. Pero al fin prevaleció la personalidad más fuerte. Durante la última noche de la estancia de Emma, Herwegh lo confesó todo. Confesó su amor por Natalia y las culpables relaciones que había entre ellos; achacó a su amante la responsabilidad por su falta de franqueza; y alegó que, por avasallador que fuera su amor por ella, no había debilitado ni disminuido el afecto que *sentía por su esposa. Cayendo de rodillas, suplicó a Emma que no* lo traicionara ni lo abandonara, y añadió que, si lo hacía, se suicidaría, porque no podía vivir sin ella.

Esta confesión arrojó a Emma en un mar de emociones contradictorias. *Percibía en la pasión de Herwegh por Natalia una profundidad y* sinceridad nuevas, que la distinguían de sus anteriores amoríos. La

existencia de un marido engañado y la estrecha amistad entre las dos familias complicaba aún más las cosas, y la perspectiva de verse obligada a vivir en estrecha proximidad y aparente amistad con su rival la horrorizaba. Tenía, sin embargo, el consuelo de haber ganado una nueva victoria. Las súplicas de Herwegh para que permaneciera a su lado, sus patéticos alegatos de que no podría vivir sin ella, constituían un bálsamo para su alma herida. El hecho de que su marido le hubiera abierto, finalmente, el corazón, era prueba de que la influencia de la esposa era, a fin de cuentas, más fuerte que la de la amante. Si ella no perdía la cabeza todo iría bien, y, cuando la pasión de su marido por Natalia se hubiera apagado por sí sola, ella podría recuperar la posesión íntegra de sus sentimientos. Decidió regresar a París, poner fin a su estancia en esta ciudad tan pronto como los trámites necesarios estuviesen terminados y volver a Zurich con los niños.

La vuelta de Emma a París situó sus relaciones con Natalia en un nuevo plano. Le faltó tiempo para hacer saber a Natalia que estaba enterada de la verdad y que una palabra suya podía deshacer el falso paraíso en que Natalia mantenía embaucado a Herzen. Pero Emma no tenía intención de pronunciar tal palabra. Era demasiado honesta y demasiado sutil para un chantaje. Se ofreció para servir de cadena de transmisión para las cartas de su marido a Natalia. Sólo ésta mostró una ligera repugnancia ante este arreglo, pues Emma, por su parte, insistió mucho en ello.

> No soy una extraña [escribió a Herwegh]. Mi papel puede ser humillante para vosotros dos, pero por lo menos ahorramos disgustos a Alejandro.

Y le suplicó «no hacer depender la vida de Herzen, y la suya propia, de la discreción de un extraño». Tres meses atrás la amante había defendido a la esposa; ahora asistimos al espectáculo, todavía más curioso, de la esposa que trata de avivar las llamas de pasión entre su marido y la amante de éste. Dijo a Natalia que su deber era «o bien curar a George o bien hacerlo feliz», y que, si lo amaba, debía abandonar esposo e hijos y ligar irreversiblemente su destino al de él; y cuando Natalia replicó que nunca abandonaría a Alejandro, Emma exclamó triunfalmente que sus sentimientos para con Herwegh eran «pura exaltación, no amor». Emma seguía una táctica bastante astuta, pero era demasiado franca para ocultar los motivos de su actitud. No se privó del gusto de decirle a Natalia que era una de las tantas amantes de cuyos favores había gozado Herwegh para luego descartarlas; que él se cansaría de la locura con tanta mayor rapidez cuanto mayores fueran las facilidades que se le dieran para satisfacerla; y que cuando ya tuviera bastante de ella volvería —como había hecho siempre en sus otros amores— a los brazos de su fiel y acogedora esposa. Con dejar rienda suelta a su mutua pasión, se apresuraría, simplemente, la deseada consumación. Natalia escuchó las palabras de Emma con la muda incomprensión que es la más segura armadura contra la lengua hiriente.

Carecían de significado para ella. El George de quien hablaba Emma le era totalmente extraño, no tenía semejanza alguna con *su* George, la unión con el cual era un sacramento religioso, una manifestación única del divino espíritu del amor.

Entre estas dos mujeres no era posible acuerdo alguno de pensamientos o de sentimientos. Natalia hallaba espacio suficiente en «el ancho y rico mundo» de su corazón para la ardiente pasión y el abandono a George y para la ternura hacia Alejandro, a quien procuraba ahorrar las lógicas y normales consecuencias de su conducta. A sus ojos ambos sentimientos eran justos, dado que ambos procedían del amor, y se daba por igual a ambos. El corazón de Emma era más de una sola pieza y estaba repleto de un sano y firme buen sentido. Cuando ella amaba, amaba de forma exclusiva y definitiva, con una pasión feroz y concentrada y un firme menosprecio de todo, excepto del objeto exclusivo de su amor. La firme decisión de Emma, la fría crueldad de su lógica, repelían a Natalia; la blandura moral e intelectual de esta última, al igual que la confusa sofística de pensamientos y acciones que se traducía en el dualismo de su corazón, repelían a Emma. A los ojos de Natalia, Emma carecía de delicadeza y no comprendía los más finos matices del alma humana; para Emma, Natalia era una tontuela sentimental, peligrosa tan sólo a causa de sus mentiras y de su debilidad.

Fue aproximadamente hacia esta época —probablemente durante su estancia en Zurich— cuando Emma se enteró del estado de gestación de Natalia. No se esperaba el hijo hasta noviembre y su paternidad no podía, por lo tanto, ser puesta en duda. Emma apresuróse a comunicar tal noticia a su marido, y no hubiera sido humana si no se lo hubiera anunciado con un cierto aire de triunfo. La impresión de Herwegh resultó ser mayor de lo esperado. Encendiéronse los celos del macho y escribió a Natalia una carta que «debía producirle el dolor más cruel que nadie le hubiese causado en su vida». Ella le contestó con una carta llena de ingeniosos argumentos:

> *Mi niño, mi ángel querido, te comprendo. Si yo fuera un hombre —¿te imaginas eso?— no, yo también hablaré sin ruborizarme. ¿Te acuerdas de cuando decías que yo debería reconocer a tu hijo por una pequeña marca que tienes en el labio inferior? Pensabas, entonces, en la posibilidad de otro hijo que no fuese tuyo —y realmente, sin esta posibilidad, ¿acaso podría existir la otra?—. George, mi amor es más independiente, más grande, más valiente; tal como el ave fénix, renace más vivo de sus cenizas. Decías que nadie en el mundo debía saber que era tu hijo, ni aun el propio hijo. Así que, ¿cómo puedo confesar...? ¿No te he dicho que no me he entregado nunca a nadie* como a ti, *que antes de conocerte era virgen y lo soy todavía cuando tú estás lejos, que lo seré siempre aunque tenga diez hijos más! ¡No es esto suficiente para ti?*

Esta carta es una de las casi ciento cincuenta escritas por Natalia a Herwegh durante los siete meses de separación, desde enero hasta agosto de 1850. Algunas de ellas fueron escritas con la intención de que su

marido las viera, y enviadas en el mismo sobre, e incluso en la misma hoja que la de él; pero la mayor parte eran cartas de amor secretas. En conjunto constituyen un completo e íntimo testimonio de la vida sentimental de Natalia en este periodo. La destrucción de las cartas de Herwegh las ha privado de su natural contrapartida, pero contienen lo bastante para revelar muchos de los difíciles momentos por que pasó esta correspondencia. Ante todo, Natalia provocó el resentimiento de su amante aliándose con Herzen y atacándole por su comportamiento con Emma. Herwegh replicó inquiriendo cáusticamente «por qué razón una carta de París tenía que ser más fría que una de Zurich», y reprochándola, como había hecho también Emma, por no haber renunciado a todo y haberse unido a él. Llegó entonces otra carta con una fogosa y característica réplica contra él:

> En la primera página de tu carta hablas *como* si trataras de disculparte de tu amor por mí, como si pretendieras *acusarme* a mí, y sólo a mí de él. ¡Oh, gracias! Cárgamelo todo a mí, lo acepto todo, lo quiero todo, quiero ser yo sola, la causa de mi amor por ti y de tu amor por mí, quiero... sí, si esto es un crimen, quiero ser la criminal, ¡yo sola! ¡Todo, todo! ¡Negar eso equivaldría a negar mi propia existencia!

Sin embargo, al lado de estas gallardas palabras, reitera, una y otra vez, la insistente petición de que «ni sombra de cuanto hemos, dicho y escrito» debe llegar nunca a oídos de Herzen; una y otra vez insiste (incluso ahora, transcurridos más de ochenta años, tal insistencia da al lector de estas cartas la sensación de ser un intruso indiscreto) en que queme toda línea recibida de ella:

> Sí, si no *me detestas*, quémalas, quema todo cuanto te he escrito.

U otra vez:

> Por encima de todo, quema *esta* carta. No quisiera que *otra* mano que no fuera la tuya *la tocara*.

Quizá pueda confirmar la suposición de Natalia acerca de la ansiedad de Herwegh por «exonerarse a sí mismo» el hecho de que, en vez de quemar las cartas (a pesar que un día le dijo que lo había hecho), las archivara cuidadosamente con otros papeles, anotando metódicamente con lápiz la fecha de recepción de las que Natalia había olvidado fechar. Quizá ya pensaba en ellas como un arma para su propia defensa*.

La más curiosa observación psicológica que estas cartas nos brindan se encuentra en la actitud de Natalia para con su marido. En los primeros

* Años más tarde las miraba como «un arma contra la calumnia». En el apéndice A (pág. 335) puede verse una curiosa carta escrita por él en contestación a una petición de la familia Herzen para que las devolviera

y ciegos momentos de Ginebra, sumergida en los brazos de su romántico ideal, había casi olvidado la existencia de Herzen. Pero ahora, viviendo con él en París y separada del amante, se encontraba cada vez más obsesionada por el problema de su doble vida. En dos puntos no dudó nunca: no podía dejarlo, y no podía enfrentarse con el descubrimiento de la verdad: justificaba su engaño con el sofístico argumento de que era necesario, no para su propio interés, sino para el de su marido y de sus hijos.

Evitaría el levantar la más leve sospecha [aseguraba a Herwegh]. Lo hago tanto por ellos como por nosotros. Piensa, ángel mío, qué horror, si... ¡Oh! Pero tú ya lo sabes, me estremezco sólo de pensarlo.

Todas las referencias que hace a Herzen en sus cartas respiran el más profundo respeto y afecto. En ninguna parte expresa crítica alguna contra él y más de una vez lo defiende contra las críticas de Herwegh, por lo que el lector puede preguntarse, asombrado (como el propio Herwegh hizo más tarde), qué diablo la indujo a traicionar a un marido, que tan firmemente respetaba con un amante a quien parecía a menudo menospreciar. Sin embargo, las cartas, al ponerlo de relieve, nos ayudan al mismo tiempo a encontrar una respuesta.

Cuando Natalia contrajo matrimonio con Herzen, a los veinte años, entregole un corazón ardiente con gratitud y adoración. La tímida y desgraciada huérfana de origen equívoco había mirado respetuosamente a aquel primo mayor tan distante, y cuando se le apareció primero como un pretendiente y luego como libertador, su veneración por él no tuvo límites. Aceptó con arrebato el imperioso amor del más fuerte y se adaptó, incluso cuando ya hubo pasado el arrobo de la luna de miel, a un papel de completa y admirativa dependencia de su voluntad superior. Este papel no le iba mal al carácter dulce y retraído de Natalia, pero, al cabo de unos años dejó en su corazón un rincón desocupado que Herwegh —la antítesis de Herzen— llenó. Mientras Herzen era frío e irónico, Herwegh era sentimental y solícito; mientras Herzen se mostraba seguro, protector y a veces dominador, Herwegh hacía ostentación de debilidad, se entregaba a merced de los demás y proclamaba en toda ocasión su incapacidad de vivir sin ellos. En todo el conjunto de las cartas de amor de Natalia a Herwegh no se encuentra ni una sola frase ni una sola palabra que exprese admiración o respeto por su carácter; se sintió atraída hacia él, no por su fortaleza, sino por su desamparo, y le susurraba con el lenguaje de una madre arrullando a su hijo adorado:

A menudo te tengo encima de mis rodillas y te voy meciendo como a un niño pequeño, mi querido niño... y tú te duermes y yo te contemplo, mucho, mucho tiempo... y te pongo en la cama y me arrodillo a tu lado... y te cubro de besos. ¡Amado, amado, amado mío! Y cuando despiertas, hablamos y hablamos y nos abrazamos.

Nunca escribió ni habló a Herzen así; hacerlo la habría asustado: ¡le había parecido siempre tan fuerte, tan magnífico, tan abrumador! Nunca lo había sentido débil, ni desamparado, ni totalmente indefenso cuando lo tenía en sus brazos. Herzen carecía de la facultad de discernir matices, y no comprendió nunca la calidad de las nuevas sensaciones que Natalia encontraba en los brazos de su amante.

Pero una vez dicho y hecho todo, una vez hechas las debidas concesiones a la jerga romántica con que Natalia vestía su pasión y al gozo nuevo que experimentaba con su amante —quien en vez de dominarla, se arrojaba a sus pies sin reservas—, hay que decir que la atracción de Herwegh fue, para Natalia, principalmente física. Debemos aceptar sus aseveraciones, repetidas una y otra vez, de que nunca había pertenecido a nadie como le había pertenecido a él. Natalia había llegado a Herzen como una tímida y asustada muchacha. Antes de su matrimonio se hallaba como encogida ante el interés excesivamente patente de él por el amor terreno, y le predicó las virtudes del amor celestial. Herzen, esencialmente decente y considerado, había dado muestras de cuanta indulgencia cabía esperar de un hombre apasionadamente enamorado, y trató a su esposa con la ternura y la veneración que ella parecía desear. Se tomaba ocasionalmente la libertad de dar satisfacción a la lujuria de la carne (incluso parece haber tenido, por aquella época, en París, una fugaz aventura con una bailarina de ballet llamada Leontina, una pasión anterior de Herwegh), pero había para él un profundo abismo entre el casto amor de la esposa y la disoluta indulgencia de la prostituta. Seguía colocando a su esposa en un pedestal de serena e inmaculada pureza; ni él ni Natalia sabían que, a los treinta y dos años, ella ansiaba y podía dar más de lo que había dado y ansiado cuando era una desposada de veinte. El lado sensual de la naturaleza de Natalia se había desarrollado en secreto. Herwegh intervino en ello. Las barreras de delicadeza y reserva que ella había erigido en sus relaciones con el marido no existían para aquél, y con él arrasó todas sus inhibiciones y gustó por primera vez de un goce sexual expresado libremente y sin vergüenza.

Los asuntos financieros que había llevado a Herzen a París lo retuvieron en esta ciudad más de cinco meses, mientras la correspondencia iba y venía entre París y Petersburgo y las autoridades rusas echaban mano de todos los medios para retrasar el momento de transferirle su fortuna y la de su madre. Habíase ya convenido en febrero que los Herzen y los Herwegh unirían de nuevo su suerte tan pronto como Herzen pudiera escapar de París, y se había escogido Niza (por entonces ciudad italiana) como lugar de su futura residencia. Como los meses pasaban y las demoras del gobierno ruso detenían todavía a los Herzen en París, Herwegh desahogó su impaciencia en estallidos de infantil petulancia.

Seriamente, Alejandro, acaba ya con esta farsa de francos y céntimos... Vive del medio millón que ya tienes, hasta que consigas el otro medio. ¿*Por* qué esa desatentada energía, esta febril impaciencia? ¿Por qué engañarte y engañarnos a nosotros una vez más? Esta quincena más es puro despilfarro. ¿Qué esperas ganar en una quincena? La cosa puede durar tanto quince semanas como quince días, o más aún... No puedes, no quieres, dejar París, ésta es la verdad. Y dentro de quince o veinte semanas hallarás nuevas excusas: tu esposa no estará en condiciones de viajar, tu hijo tendrá nuevamente tos, te lamentarás mucho, pero *en el fondo de tu corazón estarás perfectamente satisfecho de permanecer* allí.

Estas salidas de tono provocaron la indignación de Herzen, pero ni por un instante, sus sospechas. Desde que Natalia se le había reunido en París, se había desembarazado totalmente de las dudas que lo habían atormentado momentáneamente el pasado invierno. Su fe en ella volvía a ser absoluta, y reforzada por los remordimientos de la supuesta injusticia que *le había hecho; hubieran sido necesarias pruebas mucho* más incriminatorias que las del pasado diciembre para que esta fe se tambaleara de nuevo. Poseído de ciega confianza, planeó el encuentro de Niza, que había de consumar la tragedia.

Muchos años después, cuando escribió *Mi pasado y mis pensamientos*, Herzen sintió la necesidad de explicarse a sí mismo, y a sus lectores, su conducta en aquella ocasión:

¿Por qué fui con Natalia precisamente a aquella ciudad? La pregunta se me ha ocurrido a menudo a mí y a otros, pero en realidad es insignificante. Dejando *aparte el* hecho de que, dondequiera que hubiésemos ido, Herwegh también habría podido venir, ¿de qué hubiera servido —a menos que no fuera para herir a alguien— tomar precauciones geográficas o de otro orden?

La teoría romántica de la irresistibilidad del amor es invocada por Herzen en su propia defensa, de la misma forma que había sido invocada por los otros personajes de este drama. No tenía importancia el hecho de que hubiese ido a Niza porque, hiciera lo que hiciera, el resultado habría sido irremediablemente el mismo. Quizás el fatalismo fue la única filosofía que, en los años que siguieron, pudo salvarlo de la locura de aquellos que ven demasiado claramente que la ruina les ha llegado conducida por su propia mano. Sin embargo, históricamente es un falso camino. Herzen no fue a Niza porque creyera indiferente que él y Natalia vivieran o no de nuevo con Herwegh. Fue porque a lo largo del período *de separación todos los interesados habían dado por sentado que las dos* familias debían, a la primera oportunidad, volver a la intimidad del otoño anterior, y porque —exceptuando unos días de sospechas ya desvanecidas de las que estaba en la actualidad sinceramente avergonzado— no veía *razón* alguna para oponerse a este arreglo. Emma ya había ido a Niza con los niños a fines de mayo; a mediados de junio, habiendo asegurado la transferencia desde Rusia de la fortuna de su madre, Herzen la siguió con Natalia y sus hijos. Debido al estado de salud de Natalia, hicieron el viaje por etapas, lo que les llevó una semana. La

última parte se efectuó por vía marítima desde Marsella y llegaron a Niza el 23 de junio. El escenario se hallaba dispuesto y las *dramatis personae* estaban ya reunidas, exceptuando una. Sólo faltaba que asumiera su papel el *jeune premier*.

Siguió un período de calma. El drama permanecía estancado, mientras Natalia esperaba a su amante en una dolorosa confusión. Herwegh había expresado en los meses anteriores tanta impaciencia por su reunión, que ella esperaba —y esperaban todos— que a la noticia de su llegada vendría a Zurich a toda prisa en el primer carruaje. Herzen tomó una amplia casa con galería y vistas al mar, que daba a la selecta Rue Anglaise, que todavía no estaba de moda, y propuso que los Herwegh podrían alquilar el piso superior y que, para limitar gastos, las dos familias podrían comer juntas. A Emma —por razones que Herzen no comprendió en absoluto y que Natalia comprendía demasiado bien— la propuesta le horrorizó. Toleraba la pasión de Herwegh por Natalia pero ser el mal dispuesto testigo de su felicidad era algo superior a la resistencia humana. Sin embargo, las condiciones económicas resultaban ser más fuertes que ella. La subvención de Berlín se había reducido al nivel de la simple subsistencia y ella debía aún mandar dinero a su marido, en Zurich. Quería, como decía Herzen, «una casa propia de un nabab de la India, por 1.200 francos al año». Pero este ideal se zafó de sus pesquisas y se vio obligada a aceptar el piso superior de la casa de Herzen y la comida de Herzen, por la modesta suma, para toda la familia, de 200 francos al mes. Pero no terminaban aquí los motivos de agradecimiento. Herzen le había prestado 10.000 francos por dos años mediante un pagaré. Emma se hallaba demasiado dominada por una idea única, demasiado exclusivamente dedicada a la salvación de sus hijos y a la recuperación de su marido, para abrigar ninguno de esos escrúpulos de delicadeza acerca del dinero, que otra persona hubiese podido sentir en tales circunstancias. No se paró a reflexionar que todo favor de orden económico que ella —que lo sabía todo— recibiera de Herzen —que no sabía nada— podía oler a dolo. Nunca llegó a considerar aquel préstamo como una deuda ordinaria. Le parecía una mezquina compensación por las humillaciones que había sufrido.

Sin embargo, Herwegh tardaba. La primera explicación de esta resistencia parece que fue expuesta en una carta a Emma. Le decía que no podía sufrir ver a Natalia encinta de otro hombre y Emma, cuya natural franqueza no retrocedía ante cierta clase de venganzas, se lo dijo a Natalia. En cuanto a ésta, Herwegh le escribió acusándola de frialdad e insinuando que, en realidad, no necesitaba de él en Niza. Por el momento alegaba —dado que ésas no eran razones para ofrecer a Herzen— que hacía demasiado calor para viajar y que se hallaba delicado de salud, a lo que Herzen repuso jocosamente que al fin había recibido una explicación razonable acerca de la tardanza de su amigo. Desafortunadamente, llegaron al mismo tiempo noticias de Madame Haag con diversas referencias de Herwegh, pero ninguna que lo supusiera enfermo.

Todavía no había llegado la mentira plausible. Entre tantas falsas razones, el motivo real de la demora siguió oscuro. Emma, conociendo su carácter y sus costumbres, supuso —y no se privó de contar su conjetura a Natalia— que debía de haber encontrado un nuevo atractivo en Zurich.

Natalia, angustiada, durante estas semanas escribió cartas a su amante casi diariamente. De entre todos los pretextos de *demora* había uno que él había dado a Emma y que le hizo el mayor daño.

Te he dicho *que Emma* sabe por qué no vienes. Si la razón es ésta, repito que *ya no puedo* estar a tu lado ni aun por carta y *dejaré de escribirte* aunque me cueste la vida.

Pero Natalia había llegado demasiado lejos para hacer marcha atrás. Había depositado toda su fe, todo su ser, en el amor de Herwegh, y ahora, ante la *duda* y aun ante *la certeza misma*, *debía creer en él*.

Todo lo que tú quieras [escribía, simplemente, una semana más tarde]. Mis brazos están abiertos. Te espero. ¡Ven!

O con más exaltación pasional:

¡Georges, mi Georges!
Mi querido amor ..., ¡todo, todo, todo! ¿Por qué sufres, niño mío? ¿Por qué tienes que sufrir todavía? *¿Qué más, qué más puedo hacer por ti?* ¿Debe *nuestro* amor abandonar su lugar en tu corazón para otro deseo?... Háblame, háblame. Mírame: toda, toda tuya. ¿Necesitas algo más? Quizá no soy bastante para ti, ángel mío, pero nada existe *en mí* que no te haya dado. ¡He amado, oh, he amado en mi vida! Pero sólo te amo a ti, siempre. ¡Oh, Georges! Toda mi vida ha sido tan solo un ascender hacia ti.

Escogió un rincón en el jardín al que ya anticipadamente llamó «nuestro rincón». «¡Cuánto te voy a besar aquí!», escribió mandándole un pensamiento arrancado del lugar escogido. Y en la pared, encima del banco, grabó los secretos signos A, X y O.

Herwegh no resistió mucho tiempo a este apasionado acoso. Dos meses después de la llegada de los Herzen a Niza —y dos días después de que Emma diera el pagaré a Herzen por 10.000 francos— apareció en escena «con el aspecto de Werther» como escribiera Herzen varios años más tarde, «en la última fase de la desesperación». La reunión de los amantes puso fin a la correspondencia. «Nuestro rincón» fue el único testigo de sus arrebatos y sus reproches, que hasta entonces había encontrado más permanente registro en las finas y apretadas hojas de papel de escribir de Natalia; un velo oculta a la posteridad los hechos de los tres meses siguientes, los últimos de la gestación de Natalia. Herzen, en *Mi pasado y mis pensamientos*, traza una irónica pintura de las constantes amenazas de suicidio de Herwegh y las lacrimosas confabula-

ciones de Emma y Natalia acerca de este empeño del desgraciado poeta. También anota en este período la reaparición de sus sospechas. Pero cuando escribió *Mi pasado y mis pensamientos*, estaba ansioso de atenuar la amarga confesión de su ceguera; y todas las demás apariencias sugieren que vivió en su falsa seguridad casi hasta finales de año. Su confianza ciega dice mucho en favor de su carácter. Pero pocos hombres estiman ver su carácter exaltado a expensas de su inteligencia y la realidad. tan larga y tan flagrante, que se le había ocultado, hizo la humillación del subsiguiente descubrimiento casi demasiado honda para soportarla.

El 20 de noviembre nació Olga, la hija menor de Herzen. Todos los días —y a menudo dos veces al día—, durante la siguiente quincena, Natalia, cuyo descuido crecía con su larga impunidad, hacía pasar de escondidas precipitados billetes escritos a lápiz, que Herwegh guardaba junto con las demás cartas. Su dormitorio se hallaba directamente encima del de ella y ésta se consolaba escuchando sus pasos.

> Oigo cuando andas [garabateó al día siguiente del parto]. A cada paso que das pones tus pies en mis labios, duermes en mis rodillas. ¡Piénsalo, oh tú, que lo eres todo para *mí*!

Y al día siguiente:

> Estás aquí, dentro de mi pecho, aquí firmemente, ¡amor mío, amor mío, amor mío, amor mío!
>
> Adiós, buenas noches, no me abandones, estate, estate conmigo como... ya sabes *como*. ¡Tuya, tuya, tuya!
>
> Tu Natalia.

Todos los días, a mediodía la iba a visitar, y ella rogaba que «estos momentos de felicidad pudieran servirle de cota de malla contra los momentos amargos». Entre las más apasionantes cartas de la colección se encuentran las que escribió desde la cama los días que siguieron al nacimiento de Olga.

La situación era, en realidad, no sólo embarazosa, sino ridícula, de lo que Herwegh se había percatado hacía ya algún tiempo. La pasión de Natalia habíase vuelto demasiado ardiente e irrefrenable para un adulterio discreto. A cada momento su despreocupación podía traicionar a ambos; y si debía descubrirse, Herwegh sabía apreciar la ventaja táctica de tomar la iniciativa. Suplicóle, como antes le había suplicado Emma, que se enfrentara con la situación e hiciera una clara confesión a Herzen. Natalia decía estar también en favor de la «completa franqueza», pero creía que el momento «no estaba bien escogido», si bien, por otra parte, no habiendo pasado más de cuatro días desde el nacimiento de la hija de su marido, difícilmente podría estar en desacuerdo con ella.

Me entrego ciegamente a tu corazón [escribió pocos días después] con una fe ilimitada en tu sublime amor, ¡amor mío, amor mío, amor mío! Un día los hombres caerán de rodillas y venerarán nuestro amor, deslumbrados, como ante la transfiguración de Jesucristo. Pero una estúpida e indigna explosión...

¡Oh, Georges, mi Georges! ¡Te lo suplico abrazada a tus pies, Georges mío, Georges mío, ante mátame!

En realidad, las objeciones de Natalia no eran de tiempo y lugar; eran consecuencia de un rasgo fundamental de su carácter.

Yo querré a mi familia [rezaba la última carta de este período] en tanto exista amor en mi corazón. No sé por qué ni quién lo necesita, pero es mi naturaleza. Y amo locamente. ¿Quizá la facultad de amar es tan grande en mí precisamente porque no poseo otra? Yo amo para mí misma, como una egoísta, y amo la vida de mis hijos y me parece seguir todos sus movimientos aun cuando no los veo; y ser algo para ellos, hacer su vida siempre un poco más feliz es, para mí, una felicidad que no puedo expresar. Estoy unida a ellos con todas las fibras de mi ser. Además, sé todo lo que soy para Alejandro, pero veo que tú sufres, no son ya las lágrimas las que fluyen de mis ojos, sino la sangre la que mana a chorros de mi corazón. Me siento despedazada. No sé lo que debo hacer, pero debo hacer algo. Me postro a tus pies.

Se reanudaron las relaciones físicas entre ambos amantes y por un momento Natalia estuvo persuadida de estar nuevamente encinta; fue una falsa alarma y la situación permaneció inalterada. No había respuesta al acertijo ni solución al dilema. Natalia seguía muda y desamparada ante el insoluble problema de lealtades y amores conflictivos. Herwegh aún dudaba, lleno de excelentes intenciones y siempre cambiantes resoluciones. Emma seguía predicando valor y hablar claro. Herzen, cada vez más hosco, luchaba con las sospechas que se esforzaba en alejar de su espíritu como indignas calumnias. Y los cuatro, eludiendo cualquier palabra o acto decisivos que pudieran hacer inevitable el estallido. Así entraron, arrastrados a la deriva, en el año 1851, gravitando en el aire la proximidad de la tragedia.

CAPÍTULO IV

UNA TRAGEDIA FAMILIAR - II

Una característica escena preludió la explicación final entre Natalia y su marido.

Inmediatamente antes de Año Nuevo, Natalia mostró a Herzen una acuarela de su casa pintada por el artista francés Guiaud. Representaba a Natalia vestida de blanco, en el balcón, y en el jardín los niños jugando con la cabra domesticada de Tata. Herzen creyó, o fingió creer, que iba destinada a él pero estaba claro que era un obsequio de Año Nuevo para Herwegh.

—¿Te gusta?

—Mucho —dijo Herzen con helado sarcasmo—. Y si Herwegh lo permite, me haré una copia para mí.

—Tómala —dijo Natalia, con lágrimas en los ojos.

—De ninguna manera. ¿Estás bromeando?

Ambos, marido y mujer, no se atrevieron a llevar más adelante el reto y permanecieron silenciosos. La pintura fue entregada, y todavía se conserva. En la parte inferior contiene una inscripción de mano de Natalia, en alemán: «Y la pálida Natalia en el balcón», luego «N. a G.» y la fecha en ruso, «Sábado 4 de enero». La tempestad no debía estallar hasta unos quince días más tarde.

La historia la cuenta Herzen detalladamente en *Mi pasado y mis pensamientos*. Fue Natalia quien, empujada por las furibundas miradas y las irónicas frases de su marido, provocó la explicación final. Herzen repitió la oferta de apartarse para siempre de su vida y marcharse a América o a cualquier otro lugar. Pidió a su cónyuge una sola cosa: una decisión definitiva; no podía soportar por más tiempo la incertidumbre. Si lo escogía a él, Herwegh debería marcharse.

Era una tibia mañana de enero y todo el grupo debía efectuar una

excursión a Mentón. La madre de Herzen fue a buscarlos y la conversación quedó interrumpida. Cuando señoras y niños se hubieron acomodado en el carruaje sólo quedaba una plaza disponible. Herzen, muy atentamente, invitó a Herwegh a ocupar el asiento vacante. Herwegh, «si bien por regla general no se distinguía por su delicadeza», declinó. Herzen cerró la portezuela de un golpe y ordenó al cochero que emprendiera la marcha. Quedáronse los dos hombres solos.

Herzen, más tarde, pensó que debía haber exigido una explicación o haber arrojado a Herwegh por las peñas. Pero el hecho fue que ambos hombres se contentaron con vagas alusiones sacadas de los lugares comunes de los libros del Romanticismo. Herwegh murmuró que él había correspondido a la parte del poeta que sufre e inflige sufrimientos a los demás. Herzen le preguntó si había leído la novela *Horace*, de George Sand. El héroe de este olvidado romance es un aventurero vano y de espíritu débil cuyas armas son la prestancia, un mínimo de escrúpulo moral y una infinita autosuficiencia. Replicó Herwegh que no la recordaba y prometió que la adquiriría en la librería local. Ambos se separaron en silencio. Así fue el último y nada dramático encuentro de los dos rivales.

Cuando el grupo reunióse de nuevo para la cena, Emma anunció que Herwegh se hallaba indispuesto y no asistiría. Terminada la comida, Emma se retiró, los niños se fueron a la cama y Natalia y Herzen quedáronse solos. Natalia sentóse junto a la ventana y se puso a llorar. Su marido recorría la habitación en uno y otro sentido presa de excitación nerviosa.

—Se ha marchado —dijo al fin Natalia.

—Esto es absolutamente innecesario. Soy yo quien debía haberme ido.

—¡Por Dios!

—Y me voy.

—Alejandro, Alejandro, ¿no te avergüenzas? Escúchame y sálvanos a todos. Sólo tú puedes hacerlo. El está abrumado, en completo desespero. Sabes lo que eras para él. Su irrazonado amor, su irrazonada amistad y la conciencia de que te ha traído aflicción, y aún peor... Pero tú no debes poner las cosas difíciles. Se halla al borde del suicidio.

—¿Tú crees?

—Estoy segura de ello.

—¿Te lo ha dicho él mismo?

—El y Emma, los dos. Ha estado limpiando su pistola.

Herzen estalló en carcajadas.

—¿La que llevó consigo a Baden, quizá? La debería limpiar. Probablemente ha sido arrastrada por el cieno. Puedes decir a Emma que respondo por su vida; puedo asegurárselo con absoluta seguridad.

La amarga burla afectó todavía más a Natalia.

—¿Qué va a ocurrirnos a todos? —preguntó débilmente.

—Es difícil prever las consecuencias —repuso incisivamente Herzen—, y aún es más difícil prevenirlas.

—Dios mío, Dios mío, ¿qué va a ser de los pobres niños?

—¿Los niños? Debiste pensar antes en los niños.

Con esta burla cruel terminó todo por el momento: Natalia se hallaba exhausta. Pero la ira de Herzen había alcanzado el punto más alto e insistió de nuevo, y de nuevo exigió que le explicara toda la verdad. Natalia, abatida y descompuesta, confesó su pecado. Todavía él insistió con preguntas obligándola, y obligándose a sí mismo a encararse con la tormentosa realidad. La tortura abatió totalmente a Natalia. Sus labios se movían convulsivamente y el mudo dolor que reflejaba su cara era el de quien no puede comprender lo que ocurre y lo que se está diciendo a su alrededor.

Herzen sentóse ante ella en el diván y le tomó la mano, presa de un súbito arrepentimiento. Y se preguntó cómo era posible que un hombre de su educación, un hombre profesando sus principios liberales y humanitarios, pudiera actuar como inquisidor y verdugo sobre una infeliz mujer a quien hasta entonces había amado y a quien —como probaban sus paroxismos de celos— a su manera todavía amaba. Pasados unos momentos, Natalia sollozando rodeó con sus brazos el cuello de Alejandro y afirmó que ella no lo dejaría nunca. Y así, mezclando sus lágrimas, ambos decidieron desde aquel momento olvidar el pasado y empezar una nueva vida. Una sola cosa pidió Natalia: la promesa de que las relaciones de Herzen con su rival «acabarían sin efusión de sangre»; así se lo prometió, siempre que Herwegh abandonara Niza al día siguiente.

La mañana siguiente apareció Emma en la habitación de Herzen como mensajera de su marido.

—¿No podía haber venido él mismo, si algo necesita? —fue el saludo de Herzen—. ¿O es que ya se ha suicidado?

La ocurrencia de Herzen despojó al mensaje de todo su efecto. Herwegh le suplicaba que lo matara puesto que le era imposible vivir sin sus amigos. Herzen calificó estos procedimientos de comedia y habló en tono cortante de «un hombre que manda a su mujer a proponer que lo asesinen».

—Todo esto es una espantosa calamidad —respondió ella— que nos ha afectado igualmente a ti y a mí, aunque con la diferencia que existe entre tu furor y mi devoción—. Y persistiendo firmemente en la línea de conducta que se había trazado, le suplicó que permitiera a Natalia que siguiera a Herwegh. Ella se quedaría con él y con los niños.

Herzen, indignado por la comparación y la propuesta, rióse salvajemente. No podría olvidar jamás a la mujer que había sido cómplice en la traición de su esposa y que había caído tan bajo como para actuar de alcahueta de su propio marido. Respondió a Emma que se lo pidiera a Natalia.

—No puedo dejar a Alejandro —le dijo Natalia—; amenaza con marcharse.

—Pues deja que se marche —replicó Emma.

—No puedo —siguió Natalia—; viéndole tal como está ahora veo también que si se marchara yo lo seguiría donde quiera que fuese.

—¿Y George? ¿Y si George muere?

—George no morirá —dijo Natalia juntando las manos y levantando los ojos al cielo—. Dios le protegerá.

Entonces Emma apuró hasta las heces el cáliz de la humillación. Imploró a Natalia que puesto que no quería marcharse con Herwegh le pidiera que no la abandonara *a ella*, que la llevara con él. La amante prometió interceder por la esposa.

Cuando Emma volvió a Herzen y le confesó su fracaso ante Natalia, él se hallaba ya calmado y adoptó un tono señorial. Prometió evitar la efusión de sangre a cambio solamente de la promesa de Herwegh de abandonar Niza a la mañana siguiente. Emma alegó que no podían hacerlo tan pronto, dado que carecían de visados y de dinero. Herzen prometió obtener los necesarios visados y pagar el viaje hasta Génova. Existía otra dificultad: debían 500 francos en diversas tiendas. Herzen, cada vez más *grand seigneur*, dijo a Emma que no se preocupara, que él pagaría las cuentas.

Emma, conmovida, suplicó a Herzen que no rehusara darle la mano en despedida.

—Siempre te he respetado y quizá tengas razón —concedió ella—, pero eres cruel. ¡Si tuvieras tan sólo una idea de lo que sufro!

—Pero ¿por qué —respondió Herzen cogiéndole la mano en un fugaz momento de piedad— has sido una esclava durante toda tu vida? Has merecido tu destino.

La intervención de Natalia tuvo éxito y los Herwegh se marcharon juntos a la mañana siguiente. Por una u otra razón tuvieron que detenerse un par de días en Mentón, camino de Génova. Al anochecer Emma mandó al mayor de sus hijos otra vez a Niza con la petición de si podía permanecer un par de días con los Herzen. No disponían de medios para alojarlo en el hotel, en una habitación separada, y su presencia irritaba a Herwegh. Herzen lo rechazó rudamente y el muchacho tuvo que andar errante por Niza hasta encontrar asilo en casa de otros amigos.

Al día siguiente Herzen se enteró de que Emma había dado instrucciones a su sirviente para adquirir en Niza alguna lencería para ella y ropa interior para los niños incluyéndolo todo en las cuentas que Herzen había prometido pagar.

César [Herzen concluye irónicamente así el capítulo] podía leer, escribir y dictar al mismo tiempo: tanta era la riqueza de su genio. ¡Pero acordarse de proveer a sus hijos mediante la búsqueda de vestidos económicos en el momento

en que las familias se habían separado y los hombres sentían en la garganta la fría hoja acerada de Saturno...! ¡Los alemanes son una gran *raza*!

El golpe había sido incluso más fuerte para Natalia que para su marido. Para Herzen representaba la ruina de su más querida ilusión, el hundimiento de la mujer cuyo devoto amor y cuya inmaculada pureza habían constituido la piedra angular de su fe. Pero para Natalia aquello trascendía todos sus problemas personales, incluso los más íntimos: significaba el colapso de toda su filosofía de la vida, el ideal del amor.

En la época de mi aislamiento, desde la infancia hasta mis veinte años [escribió a Herwegh], concebí un ideal demasiado elevado de la humanidad y nutrí en mi interior un ideal del amor que quizá no existe. La vida me ha dado todo *lo* que *podía dar, pero no le estoy agradecida: sigo fiel a mi ideal y ninguna* gratitud me forzará a reconocerlo como una monstruosidad sin nombre que no contiene nada de humano

Su ideal se había transformado en una «monstruosidad». Había sembrado la semilla de un amor universal y había recogido una cosecha de brutales egoísmos. Había creído conseguir y conferir a los demás el secreto de una felicidad infinita, y había infligido dolor a aquellos a quienes más quería. Estaba impelida a impugnar la validez de su ideal; pero ella no podía dudar de la realidad del dolor.

Oh, George [le escribió tres semanas después de la catástrofe], tú sabes que no deseábamos hacer daño a nadie ¡Ah, no, no, no! Pero lo hemos hecho. Todo lo que en Alejandro existía de alegría y despreocupación, de infantil, se lo arranqué como una piel y lo dejé en carne viva y sangrando. Temo incluso que mi mismo aliento lo toque; cualquier cosa que le recuerde... ah, es como si pusiera veneno en una herida

Por primera vez en su vida, Natalia fue capaz de sentir piedad por su marido y un nuevo eslabón se forjó en la cadena que la ataba a él.

Tres meses permanecieron los Herwegh en Génova y la correspondencia entre George y Natalia continuó. *Natalia no podía unirse a él ni* podía tampoco «asesinar a Alejandro y empezar una nueva vida sobre su tumba». Pero tampoco podía volverse súbitamente indiferente para con el hombre al que ella misma se había entregado. Ni podía arrepentirse de los momentos gloriosos de su amor con Herwegh, ni mirarlos como una aberración pasajera que ahora podía dejar atrás y olvidar. Le escribiría de vez en cuando, cada quincena, cuando pudiese —«cuando ella no pudiese existir sin hacerlo»— y prometió que se reuniría con él dentro de un año. Pero no pudo hacerlo. Le era preciso reposo y paz; y necesitaba, por encima de todo, comprensión. Se acordó de Natalia Tuchkov, que ahora vivía con Ogarev en calidad de esposa, «*el único ser del mundo,* creo, que me comprendió, que lo comprendería todo en toda su verdad, en toda su pureza». Pensó incluso en un viaje a Rusia «para contárselo todo», pero a la esposa de Herzen le hubiera sido imposible obtener la

autorización. Natalia, sin amparo, se balanceaba entre su amor por Herwegh, tan apasionado y tormentoso, y el otro amor, tan profundo y compasivo, por su esposo. Su delicado espíritu luchaba convulsivamente en las garras de emociones demasiado poderosas para su debilidad y demasiado complicadas para que su simplicidad pudiera hallarles solución.

Pronto empezaron las recriminaciones. Al día siguiente de su partida, Herzen escribió a Emma que ella era responsable de las palabras que habían llegado a oídos de la gente acerca de las causas de su ruptura, y añadió como un recordatorio de la delación que hizo su marido en París: «Tengo razones para creer que no tiene la costumbre de eximir a quienes tiene a su alrededor.» Y, tras recordarle sus deudas, volvió sobre la insultante comparación que había hecho sobre la situación de los dos:

Usted, señora, estaba en el secreto, como admitió usted misma ante mí. Y todos los días estrechaba la mano de un amigo a quien ayudaba a arruinar, dejando su propia dignidad en el caso..

No, señora, la diferencia entre nosotros es inmensa incluso en otro aspecto. Mis labios no han pronunciado nunca una palabra contra N.; nunca la he arrastrado por el fango como hizo usted con su marido hablando conmigo. Tengo buena memoria, señora, y ni una palabra saldrá nunca de estos labios porque yo la amo con un digno y elevado amor y sé que ella siente también un gran amor por mí y que sigue siendo mía.

Tampoco en este aspecto sale usted favorecida

Sin amilanarse por este mordaz vituperio, Emma siguió con su proyecto. Escribió a Natalia suplicándole, una vez más, que renunciara a todo y se uniera a su amante. En la carta revisaba el pasado en términos de amargo reproche. Bajo el pretexto de beneficiar a todos, a todos había sacrificado. Su «diletantismo sentimental», su rehusar «ser francamente de uno o de otro» habían abocado a una catástrofe que estuvo a punto de terminar sangrientamente. Su falta de valor, sus constantes tergiversaciones, estaban empujando a George al borde del suicidio. Emma recordaba a su rival las obligaciones que ésta había adquirido como resultado de su largo silencio.

Y ahora vengo de nuevo [concluye] a reclamar a ti la necesidad que tiene George de felicidad aun a expensas mías repito otra vez: sólo viviendo puedes pagar tu deuda con la vida, sólo haciéndolo feliz puedes pagar tu deuda conmigo, deuda mucho más importante que las de dinero. Ah, ¡si pudieras devolverme a George *tal como era* antes de que me lo quitases! Pero esto es imposible.

El propio Herwegh escribió también a Herzen una larga y elocuente defensa de su conducta y repitió la invitación a que lo matara, pero Herzen devolvió ésta y otras cartas suyas sin ni siquiera abrirlas. Entonces fue Emma quien escribió a Herzen repitiendo, en sustancia, la misma defensa que había rehusado leer y disecando el carácter de Natalia con lógica mordaz y femenina parcialidad. Era el egoísmo de

Natalia el responsable de la desgracia. Fue Natalia quien invitó a George a que la amara; fue Natalia quien insistió en una política de secreto y traición; y fue Natalia la culpable de que George hubiera tenido que soportar, solo, el peso de la justa indignación de Herzen. La respuesta de éste —aunque no ha sobrevivido entre los papeles de Herwegh— parece que le recordaba que ella y su marido habían vivido muchos meses de su caridad, y que aún le adeudaban *10.000 francos*.

Esta correspondencia sumió a Natalia en una triste desesperación. Sentía más y más que vivía en un mundo de mezquinas e innobles maledicencias, incapaz de comprender la extensión y la pureza de su ideal, sin poder excluir de tal condenación ni a su propio amante, el hombre con el cual ella había creído posible una perfecta armonía. George se hallaba ahora más sujeto todavía a la indiscutible influencia de la voluntad y el pensamiento de Emma y desde que ésta le había *librado de toda culpa estaba firmemente dispuesto a darle la razón*. Y así, escribió a Natalia (era la contrapartida de la insistencia de Natalia acerca de los sufrimientos de Herzen) que ellos «crucificaban» a Emma sacando a la luz el que ésta había «bendecido» su unión. La respuesta fue aplastante:

Yo, nunca le pedí su bendición [escribió Natalia]. Y ¿cuándo ella te ha bendecido *a ti*? Fue cuando, en el último momento, te defendía de Alejandro diciendo que siempre habías querido hablar con él, pero que yo lo había impedido? ¿O nos bendijo cuando escribió en sus últimas cartas, a mí y a Alejandro, que fue sólo mi egoísmo el causante de todo lo acontecido, y que fui yo quien te invitó a quererme? (Estoy avergonzada, me sonrojo por ti ante Alejandro y mejor hubiese querido cortarme la lengua antes que decir tal cosa...) Te agradezco tu última acusación; por lo menos me haces justicia.

¡Sí! ¡Sí! ¡Fui yo quien te incitó! ¡Fue mi amor quien incitó al tuyo! ¡Ah!, ¿debería haber hecho siempre lo que hice para con un amor temeroso de tomar la iniciativa? No tienes, pues, necesidad de defenderte por ti mismo, ni para conmigo ni para con los demás. No te hacen falta abogados. Yo te defenderé.

Natalia tenía fe en la tradición romántica, y así como Herwegh invitó a Herzen a que lo matara, ella suplicó a Herwegh que fuera su verdugo. Si no podía vivir para él «podría morir por él y por sus propias manos».

Me dices [escribió] que estoy haciendo teatro. Bien, di lo que quieras. *Yo estoy dispuesta a morir*. Si viviese no sería buena para nada, ni siquiera para mis hijos. Podría enseñarles a querer mucho, pero ¿para qué? En este mundo no se debe querer demasiado. ¿Por qué amar? ¿Es que se ama para sufrir y acarrear sufrimientos al ser amado? La vida les enseñará, sin mi ayuda, a hacerse indiferentes y serán más felices sin mí. ¡Pequeños, queridos míos! Habéis vivido ya bastante conmigo; yo os he destruido, os he arruinado; ¡perdonadme, perdonadme! Quizás alguien cuide de vosotros. ¡Harás un gran servicio a mis hijos matándome, George! ¡Por anticipado te bendigo! Solamente, querido, comprende, yo primero quisiera encontrar un lugar adecuado para todo, para ellos, adecuado en todos sentidos, un buen hogar bien dispuesto, a mi gusto,

aunque quizá mi gusto no sea bueno, pero no tengo otro y nadie me ha ayudado *nunca* en ello...

En tales pasajes aflora, a través del lenguaje romántico de Natalia, la austera simplicidad de los grandes clásicos.

Herzen celaba, inquieto y en agonizante espera, las luchas sentimentales de su esposa, pero era temperamentalmente incapaz de participar en ellas. Como Emma, a quien se parecía en la proyección sincera, directa, a veces brutal, de su carácter, no comprendía el «dualismo» del corazón de Natalia. La contrición de Natalia —su compasión hacia él— había sido tan espontánea y tan emotiva que no pudo dudar de la profunda sinceridad del arrepentimiento. Pero ya lo había olvidado, se había borrado el recuerdo. Su único deseo era no volver a oír jamás el nombre de Herwegh —un hombre vulgar y grosero que había abusado de los privilegios de la amistad y la hospitalidad—, y que nunca ocurriera algo que le recordase lo que había sucedido. Sin embargo, Natalia al parecer no podía olvidar a George y no lo condenaría jamás. Herzen supo que ella le escribía aún, y a pesar de que desconocía la extensión y el contenido de la correspondencia, estaba enterado que le había prometido reunirse de nuevo con él dentro de un año. Natalia ya no quería a Herwegh —en el verdadero sentido de la palabra no lo había amado nunca— y Herzen estaba convencido de ello, pero carecía de valor para dejar tras de sí los enmarañados recuerdos del pasado. Herzen empezó a beber de firme con un ruso que acababa de conocer llamado Engelson [1]. La «nueva vida», atormentada por recuerdos y remordimientos, no logró colmar las brillantes esperanzas concebidas en aquellos primeros momentos sentimentales de reconciliación y lágrimas.

Más y más inquieto, Herzen encontró, a principios de junio, un pretexto para hacer un viaje a París con Engelson. Asitió a la ópera y escuchó a Alboni; estuvo en el Bal Mabille y en los *café-chantants*; visitó el Louvre, pero nada lo distrajo mucho tiempo de sus tristes pensamientos. María Ern, una de las amigas que había acompañado a los Herzen cuando abandonaron Rusia cuatro años antes, se había casado recientemente con un músico alemán, que vivía en París, llamado Reichel. Herzen visitó a Reichel y pronto se dio cuenta, por sus miradas, y «por el cuidado con que evitaban la más ligera alusión», que algo sabían. El cumpleaños de Sacha, a mediados de junio, le hizo recordar «los alegres y gloriosos días de 1839» y no ahorró a Natalia los agrios frutos de sus reflexiones.

¿Por qué me has ocultado [preguntaba cruelmente] lo vacío que era el pasado para ti? Para mí siempre fue como un resplandeciente recuerdo, pero ahora ha sido pisoteado y me horroriza volver a él. Yo entonces era feliz porque creía tan firmemente en tu felicidad como en la mía.

[1] Véase el capítulo próximo

Discurrió sobre el futuro y habló de instalarse en Edimburgo, que era una ciudad confortable y barata, o en la costa de Cornualles. Natalia, humildemente, estaba de acuerdo con todo: ella lo seguiría a donde fuere. Pero él no podía alejar sus lúgubres pensamientos.

Necesito lo imposible [escribió de nuevo]. Necesito el amor de 1838, cuando creía... Sí, todavía soy joven, estoy sediento de amor y no lo encontraré otra vez. Tengo que abdicar, pero ahora, después de once años, es duro rendir la corona.

Desde París, Herzen marchó a Friburgo, en Suiza. Por algún tiempo había sentido la necesidad de protegerse contra las persecuciones de la policía mediante una naturalización, y el cantón de Friburgo había consentido en inscribirlo en el registro de sus ciudadanos. En Ginebra, camino hacia Friburgo, encontróse con su viejo amigo Sazonov y quedó asombrado al saber —con una botella de vino de por medio— que su desastre familiar era comidilla diaria en las habladurías de los círculos de *emigrés* de Suiza. Herwegh, establecido ahora en Zurich, no solamente había contado a Sazonov la naturaleza y la causa de su ruptura con Herzen sino que, además, había expuesto la conducta de Natalia a su propia manera. Fue solamente, según dijo, debido a la «fuerte presión moral» de su marido que ella había rehusado acompañar a su amante pero le había prometido reunirse de nuevo con él en Suiza tan pronto como Herzen se hubiera calmado.

Esta revelación abrió de nuevo la herida, aún no cicatrizada, hasta sus profundidades más dolorosas. Sus más íntimos asuntos habían pasado a ser un «escándalo europeo» y no solamente se vio en la ridícula y despreciable posición del marido públicamente engañado sino que se vio también condenado por sus compatriotas —el propio Sazonov había, en cierto modo, creído la historia contada por Herwegh —como traidor a sus más queridos principios. Él, Herzen, el ilustrado liberal, el sostén del romántico derecho a amar, había usado de su autoridad como marido para coaccionar a su esposa y negarle el acceso al hombre de su elección. La doctrina romántica sobre los derechos de los maridos era estricta e inexorable.

Hay hombres [escribe George Sand en Jacques] que cortarían sin más ceremonia la cabeza a una esposa infiel, al estilo oriental, porque la consideran un objeto de propiedad legal. Otros, combatiendo en duelo, matan a su rival o lo eliminan de la escena, y solicitan luego los abrazos de la mujer a quien pretenden amar, que los rechaza con horror o se resigna desesperadamente. Tales son, en el amor conyugal, los métodos más corrientes de proceder, y yo digo que el amor de los cerdos es menos grosero y bestial que el amor de tales hombres.

¿Podía Herzen absolverse a sí mismo de haber practicado, en cierto modo, el segundo grado de grosería? Cuando escuchaba a Sazonov se sentía atormentado por la hiriente sospecha de que, después de todo, el pensamiento acusatorio podía ser cierto. Quizá lo confirmaba aquel al

parecer incomprensible comportamiento de Natalia: la continuada correspondencia con su amante, su silenciosa negativa a dejar el pasado tras de sí. Quizá Natalia amaba todavía a Herwegh. Quizá era solamente un severo sentido del deber, o el recuerdo de sus hijos, lo que la había mantenido a su lado como una víctima forzosa. Quizá la ostentosa reconciliación había sido una elaborada falsificación inspirada por la piedad para su pena.

La idea fermentó locamente en su sangre. Sintióse «insultado, herido, humillado», y «en un paroxismo de furia criminal» escribió a Natalia una carta que más tarde calificó de «puñalada por la espalda». Esta carta ha sido conservada y reza así:

Juzga por ti misma lo que yo siento.

El se lo había contado todo a Sazonov. Incluso ciertos detalles que oírlos me cortó la respiración. Dijo que «le sabía mal por mí, pero el daño ya estaba hecho, que tú le habías rogado que guardara silencio y que dentro de unos meses, *cuando yo estuviera más calmado,* me dejarías.

No tengo que añadir una sola palabra, querida. Sazonov me preguntó si estabas enferma. Mientras él hablaba yo me sentía como un hombre muerto. Te pido una respuesta sobre este punto. Sazonov, decididamente, lo sabe todo. Insisto en saber la verdad. Contesta en seguida; pesaré cada palabra. Mi corazón estalla. ¡Y tú hablas de envejecer juntos!

Mañana me marcho a Friburgo. No puedo hacer nada con esta desesperación. Manda tu respuesta a Poste Restante, Turín. ¿Están realmente diciendo esto de *ti*? Oh Dios, Dios, cómo debo sufrir a causa de mi amor. ¿Qué más aún? Una respuesta, una respuesta, en Turín.

Natalia había ya apurado en demasía el cáliz de la humillación para ser capaz de más sufrimientos. Todo su orgullo había desaparecido y hacía caso omiso de las habladurías de las malas lenguas de Ginebra o de Europa. Vio en la carta de su marido los incoherentes arrebatos de un hombre sumido en el desespero por el aguijón del excepticismo; y no ahorró nada para devolverle la fe perdida. No sólo le escribió haciendo protestas de su invencible determinación de «vivir o morir por él» sino que salió hacia Turín para reunírsele. Antes de partir de Niza escribió la que estaba destinada a ser casi la última carta de su larga correspondencia con Herwegh:

George: me presento de nuevo ante ti tal como soy. Creí que había encontrado en ti la culminación de todos mis sueños, fui deslumbradamente transportada a regiones donde la imaginación humana puede a duras penas penetrar y de las que los dos participamos, y aunque te estoy agradecida así como al destino por mi felicidad sin límites, no volvería a ti, dado que esto no se puede conciliar con la felicidad de Alejandro..

Tras muchas luchas he visto que estaba destruyendo la paz de espíritu de Alejandro sin ser capaz de satisfacerte a ti. He visto que tú eras incapaz del más pequeño sacrificio, que vivías únicamente para ti solo... Mi idea se ha derrumbado, se ha convertido en ruinas y polvo; todo cuanto había creído más sagrado fue despreciado y pisoteado, todas tus promesas incumplidas, todos mis ruegos rechazados. Me has destrozado. En cambio, el amor de Alejandro crece

entretanto en su *grandeur*, en su devoción, en su inmensidad... y en sus sufrimientos. El y mis hijos me impiden aceptar la muerte que tú me brindas: ellos todavía me sostienen y si la muerte no me llega por sí sola o si tú, George, no me la envías para arrancarme de mi familia, no la dejaré, me disolveré en ella; fuera de mi familia yo ya he dejado de existir.

Sufro todos sus sufrimientos, sobre todo porque soy la causa de ellos, pero no puedo hacer otra cosa. Aquí estoy. Castígame, mátame, si puedes y ello te consuela. Yo no puedo hacer otra cosa...

El encuentro en Turín dio lugar a una reconciliación más completa y duradera que la que se había logrado en los primeros momentos de revelación y de celos en Niza. Herzen describe el encuentro en términos que ponen de manifiesto cuánto sentimentalismo romántico latía bajo la corteza protectora del cinismo. En el viaje de Niza a Turín, Natalia, bajo el calor del estío, vestía de blanco. Herzen recordó que vestía asimismo de blanco cuando él apareció a hurtadillas en Moscú desde Vladimir para verla y que igualmente vestía de blanco cuando se casó con ella pocos meses después. El encuentro en Turín fue como una «segunda boda, quizá más significativa que la primera». Estuvieron hablando hasta la madrugada y «emprendimos nuestro camino, asumiendo conjuntamente, sin rencor, el luctuoso peso del pasado». Natalia había salido exhausta de la larga lucha. No quedaba en ella fuerza ni ánimo para nuevas emociones y esperanzas. Sentíase traicionada por su amante y defraudada y traicionada por la vida misma. Rompió su correspondencia con Herwegh y díjole que destruiría sin leerla toda carta que de él recibiese. Herzen era una estrella fija en su firmamento y ella daba vueltas a su alrededor, resignada y con el corazón débil.

Los tres días pasados en Turín y el regreso conjunto a Niza, por Génova y Mentón, pareciéronle a Herzen una segunda luna de miel. Si la espontánea alegría de la juventud les había dejado para siempre, gozaban de la madura y tranquila reflexión de la media edad. Una nota de melancólico otoño se mezclaba, nada impropiamente, con el credo romántico del valor ennoblecedor del sufrimiento. Era el «verano indio» de su amor; era la calma falaz y pasajera que oculta el acercamiento de las próximas tempestades.

Gracias sean dadas al Hado [escribió Herzen en *Mi pasado y mis pensamientos*] por aquellos días y por el tercio del año que les siguió; fueron la triunfante terminación de mi vida personal. Gracias sean dadas al Hado porque él, el eterno pagano, coronó las víctimas destinadas al sacrificio con una exuberante guirnalda de flores otoñales y esparció a su alrededor, por un breve lapso de tiempo, sus colores y su fragancia.

El primer heraldo de la ruina fue una súbita, brutal e insólita calamidad. La madre de Herzen, Kolya (el niño sordomudo) y un ayo alemán que habían tomado para éste, estaban pasando unas semanas en París y a mediados de noviembre partieron, con una sobrina de Madame Haag y una criada, en viaje de regreso. Viajaban vía Marsella y

embarcaron en un vapor para Niza. Durante la noche, frente a Hyères, con un tiempo bueno y claro, el vapor fue abordado por otro buque y se hundió en pocos minutos. De los cien pasajeros, la mayoría de los cuales dormían, sólo unos pocos escaparon con vida. La sobrina y la criada fueron salvadas por otro buque, pero Madame Haag, Kolya y el ayo desaparecieron y sus cuerpos nunca pudieron ser recuperados. Herzen trajo la espantosa noticia a Natalia al anochecer, cuando estaba adornando la casa con flores para celebrar el regreso de los viajeros y en el porche colgaban multitud de farolillos chinos.

El horror de esta tragedia, tras las emociones y los tormentos de los dos meses anteriores, aturdió a los desolados padres y Natalia, que se hallaba de nuevo en gestación, ya no se recobró del golpe. Durante semanas vivieron mecánicamente, con escasa conciencia del mundo que los rodeaba. El dos de diciembre, «el dieciocho Brumario de Luis Bonaparte», auguraba el advenimiento del Segundo Imperio, pero el entierro oficial de las últimas y desacreditadas reminiscencias de la revolución de 1848 pasó desapercibido para Herzen, inmerso en su aflicción familiar. La endeble constitución de Natalia se desplomó. En los últimos días del año cayó en cama y se le declaró una pleuresía. El día de Año Nuevo de 1852 Herzen escribió a un amigo que «no quería volver a ver otro primero de enero ni preocuparse más por estar vivo o muerto, fuere en América, fuere en Schlüsselburg»; esta última es la famosa cárcel para delincuentes políticos en las riberas del lago Ladoga. Creía haber alcanzado el nadir de la desesperación.

No presentía lo que todavía le aguardaba. Desde su encuentro con Sazonov y la reconciliación de Turín nada había sabido de Herwegh y no tenía idea del amargo rencor acumulado lentamente en el corazón de su rival. Tras la ruptura, Herwegh había permanecido en Génova, con Emma, por espacio de tres meses y la compañía de su esposa había empezado, una vez más, a fastidiarle. A finales de abril abandonó Génova por Zurich (la revelación de Sazonov ocurrió en Ginebra simultáneamente) y mandó a Emma otra vez a Niza. La vuelta de Emma, después de todo lo sucedido, a la escena de la ruptura, donde todavía residían los Herzen, puede aparecer como sorprendente ejemplo de malicia o de insensibilidad. Contenía, en efecto, elementos de ambas cosas. Acerca de la malicia de Herwegh no deja lugar a dudas su proceder posterior; y en cuanto a Emma, los rasgos de insensibilidad que había ya mostrado en las transacciones financieras con Herzen, le permitieron acceder, sin excesiva mala disposición, a los deseos de su marido. Al llegar a Niza se comportó con discreción. Reanudó sus relaciones con los amigos comunes de las dos familias, en particular con Karl Vogt, un naturalista alemán que había tomado parte en actividades revolucionarias con Orsini, el carbonario italiano, y un polaco llamado Chojecki, más conocido por su *nom de plume* francés, «Charles Edmond». Nada hizo, sin embargo, para aproximarse a Herzen o a Natalia y durante el resto del año 1851 la paz no se vio turbada.

Pero una conclusión tan importante no ofrecía satisfacción alguna a Herwegh. El estado de su mente en este período ofrece un curioso ejemplo de psicología morbosa. Había huido vergonzosamente de Niza bajo la amenaza de desafío por parte del marido injuriado. En aquel instante parecía el único camino a seguir, pero visto ahora, retrospectivamente, destacaba como un grandísimo error equivalente a una confesión de culpa si no a una cobardía. Luego vinieron las insultantes cartas de Herzen a Emma, con sus inoportunas alusiones a su pasada dependencia económica y a las obligaciones no cumplidas. Intentó equilibrar la balanza por correspondencia, desde Génova, y le fueron devueltas las cartas sin abrir. La humillación y la impotencia de una tal situación calaron hondo en su alma. La devolución de las cartas era «una brutalidad que lo afectaba más profundamente que nada en la vida». Había comprendido los primeros paroxismos furiosos de los celos de Herzen. El también había experimentado estas ardorosas y pasajeras emociones y hubiera aceptado que el rencor de Herzen hacia él fuera una de ellas. Hubiera podido sobrellevar mejor cualquier otra cosa que esta fría y despreciativa ignorancia de su existencia.

Desde el momento de su llegada a Zurich a principios de mayo de 1851, las cartas de Herwegh a Emma contenían un agudo *crescendo* de incontrolado furor.

Alejandro [escribe] ha tenido, en todo, un comportamiento tan vulgar que me siento dispensado de cualquier consideración con él... Se está riendo, disimuladamente, por el éxito de sus maniobras para mantenerlo todo en secreto. Es lo que él quería. Pero también está *demasiado* seguro, yo lo *sacaré* de su *escondrijo*.

De vez en cuando hace todavía protestas de que su amor por Natalia es puro e intacto (sin menoscabo de su amor por Emma); si bien el amor ha pasado a tener una consideración secundaria y confiesa que ya no tiene deseos de volver con Natalia. Quizás ella lo odie incluso. Pero para recobrar su propia estimación es esencial que pueda corresponder a la «humillación con la humillación», que pueda hacer sufrir a Herzen como sufre él mismo, que pueda destrozar su segura jactancia. Experimenta un cruel placer en amontonar sobre su rival y sus allegados los más viles términos de injuria y desprecio. Herzen es un «cobarde hipócrita», un «*bourgeois cocu*». Madame Haag es una vulgar alcahueta con sus aires de no admitir nada y, en realidad, privada de todo. Natalia pertenece por derecho y por propia confesión a su amante y no a su marido, y su reanudada cohabitación con éste es un acto de «prostitución» al que Herzen le ha abocado a la fuerza[1]. La idea de esta «prostitución» envenena la vida de Herwegh. Debe castigar, debe vengarse.

[1] Esta idea de Herwegh sigue la mejor tradición romántica. «Lo que constituye adulterio», expone el héroe de George Sand, Jacques, «no son las horas que la mujer dedica al amante, sino la noche que luego pasa en manos del marido».

Para instrumento de su venganza designa, bastante acertadamente, a su enérgica y fiel esposa. La vuelta de Emma a Niza es una saeta dirigida a lo más íntimo del alma de Herzen, un recordatorio vivo de que Natalia lo había engañado y de que debía aún contar con un vencedor y vengativo rival.

El momento de mostrar consideración ha pasado [escribió Herwegh a Emma, con sus copiosos subrayados habituales]. *No debes*, repito, mostrar consideración alguna *para nadie*... No tengas reparos con la vanidad de Herzen. Sigue, sigue en *Niza*, no les dejes desembarazarse de ti fácilmente. Sigue, sin altivez, pero con obstinación y *venganza*.

Sin embargo, su muda presencia no era bastante. Herwegh veía cada vez más y más claramente que el latigazo más efectivo para la espalda de Herzen era «la verdad». Le enloquecía que Herzen hubiera perdonado y olvidado tan fácilmente la falta de Natalia. No sabía nada del tormento interior de Herzen. El no creía en sufrimientos ocultos, ya que no había hecho nunca el menor esfuerzo para disfrazar los suyos. De la generosidad de Herzen sacó la conclusión de que ella no se lo había dicho todo. Herzen no sabía, aseguraba a Emma, «la tercera parte de la verdad», ni tenía idea de que el adulterio ya había empezado en Ginebra dos años antes. Nunca había sospechado que el hijo concebido en Ginebra no era suyo sino de Herwegh: «de otra forma, el asunto habría tomado otro cariz completamente distinto». Y aún menos sabía que su esposa había escrito que nunca había pertenecido a ningún hombre salvo a su amante y que había «permanecido virgen» bajo los brazos de su marido. Lo más embarazoso de todo, lo que más amargamente sentía, era la injusticia de disculpar a Natalia y hacerle a él el único culpable. Si él descubría «la verdad» (y las trescientas cartas de Natalia estaban allí para probar sus aserciones), Herzen se vería obligado a considerar a Natalia como igual copartícipe en la culpa. Para ser consecuente, Herzen debía tratar a los dos de igual modo y olvidar lo del amigo o rechazar a la esposa. Si no hacía nada de eso, Herwegh podría aún alegrarse con el espectáculo de sus tormentos cuando viera cuán totalmente y cuán ignominiosamente Natalia lo había traicionado. Tampoco era menester detener la revelación aquí. Debía salir a la luz toda la historia completa —no existía razón particular alguna para que así no fuera— y la desgracia de Herzen debía hacerse totalmente pública para que tuviera que esconder la cara abochornado. Herwegh era quien menos llevaba las de perder con la publicidad; la opinión pública siempre fue más bondadosa con el amante triunfador que con la esposa descarriada o el marido burlado. Su honor —y en cierto modo su *amour propre*— quedaría a salvo. Le sería posible encararse de nuevo con el mundo.

Pero ¿cómo llevar «la verdad» a casa de Herzen? No podía escribirle porque Herzen devolvería la carta sin abrirla. Tan sólo por medio de Emma, que se hallaba en el lugar, podía tener efectividad el golpe. Emma, por su parte, no mostró ninguna impaciencia; su único deseo era

ganar de nuevo al marido y ninguna ganancia *sino* en el desenmascaramiento de Natalia o de Herzen. El papel de «ángel de la venganza» que su marido le ofrecía se parecía muy poco al de un infortunado corriente. En el momento de la ruptura había prometido a Herzen que mientras él permaneciera silencioso ella no abriría la boca, y Emma era mujer de palabra. Además, su habitual precaución no le permitía olvidar el pagaré de 10.000 francos, y así, veía sin ningún entusiasmo el momento en que se presentaría como un rabioso e implacable enemigo. Herwegh no comprendía nada de estos escrúpulos, morales o prácticos, y la resistencia de su esposa le parecía traición o cobardía, con lo que su insistencia crecía más y más en estridencia y en reproche:

> Apelo a tu orgullo [escribió durante el viaje de Herzen a Friburgo], en Niza *eres* la dueña. *Tú* mandas, tenlo bien en cuenta. Di que *no permitirás* la vuelta de Herzen a Niza y que tienes en la mano los medios de impedir su retorno, porque te juro que tan pronto como Herzen vuelva a Niza, yo iré también, aunque tenga que ir a pie.
>
> Todas las amenazas de darte con la puerta en las narices son ridículas si tú *quieres* entrar; y verás a Natalia a tus pies en el momento que desees.
>
> Natalia bajará la cabeza ante ti. Deja que estos perros piensen que

Pero Herzen volvió y Herwegh no fue. Tres meses más tarde la situación era la misma

> Con todas las armas en la mano no *quieres* hacer nada. Mientras no te hayas tomado el desquite con Herzen no pienses en que nos encontremos. Si *tú* dejas que la insolencia de un *parvenu* se te siente encima de la nariz, un ser a quien, con su miedo *bourgeois* a ser conocido como *cocu*, podrías conducir al otro lado del océano. Yo estoy decidido a no seguir permitiéndolo. De hoy en adelante *no* habrá medio que no considere legítimo para corresponder a la humillación con la humillación. Yo puedo mostrarme a mí mismo ante el mundo y *me mostraré*. Y *él* sentirá tan poco placer de la vida como siento yo... Voy a ir, puedes estar segura de ello. Y entonces llevaré a cabo mi deseo o echaré abajo la casa con ellos y conmigo. Mientras tú tienes en la mano todas las armas para obtener la satisfacción deseada, yo estoy aquí sentado, obligadamente amarrado y rechinando los dientes.

Era una situación que no podía durar para siempre pero que duró hasta el Año Nuevo de 1852. No existe razón clara que demuestre qué motivo impulsó por fin a Herwegh —que normalmente prefería las palabras a los actos— a la acción. Pudo ser a causa de alguna circunstancia en su vida de Zurich, o puede que desde Niza le llegara el rumor de otro embarazo de Natalia que lo hiciera entrar en un nuevo paroxismo de furia y odio. En enero de 1852, cuando Natalia se iba recobrando lentamente de su crisis de pleuresía, Herzen encontró una mañana, encima de su mesa, una carta con la bien conocida letra de Herwegh. El sobre llevaba la inscripción. «Asunto de Honor — Desafío» y esta circunstancia hizo que Herzen la abriera. Según su calificación se

trataba de «una repugnante y sucia carta». Acusábalo de haber envenenado el pensamiento de Natalia contra su amante y de haberla persuadido, sacando ventaja de su debilidad, de traicionarlo. Contenía varias «revelaciones» contra Natalia y terminaba con estas palabras:

El Hado ha decidido entre tú y yo, hundiendo tu progenie y tu familia en el mar. Deseabas un final de sangre para este asunto cuando yo todavía pensaba en que era posible un fin humano. Ahora estoy dispuesto y pido satisfacción.

No se ha conservado el original de esta carta. Herzen cuenta en *Mi pasado y mis pensamientos* que la leyó tan sólo una vez y la destruyó dieciocho meses más tarde, el día del cumpleaños de Natalia, sin volverla a leer. Sus referencias no pueden, por lo tanto, ofrecer una cuidadosa reproducción del texto. Pero el libro de notas de Herwegh, el mismo al que Natalia había confiado las primeras efusiones de su amor ilícito, acudió, afortunadamente, en nuestra ayuda. En él se contiene escrito a lápiz, de mano de Herwegh, con letra diminuta y difícilmente legible, lo que es, evidentemente, un borrador incompleto de la carta auténtica y que se corresponde suficientemente con las referencias de Herzen para justificar la convicción de que no fue substancialmente alterado en su forma final.

Conociendo tus brutales métodos (reza el borrador) me encuentro de nuevo en comunicación contigo a través de *este* canal. Deseo agotar todos los medios pacíficos, y si éstos fallan, no *retrocederé ante el escándalo*. Me veré obligado a introducir en la disputa una tercera parte. Puedes estar seguro de que mi voz ahogará la de este hijo del incesto y la prostitución que tú quieres mostrar al mundo como una prueba triunfal de que no eres lo que la gente dice[1]. ¡He aquí tu grandeza de alma, la solución que tú buscas, al precio de la degradación de aquella posesión que te disputas conmigo! Ya sabes por su *propia boca* que nunca perteneció a nadie sino a mí, que permaneció virgen en tus brazos a pesar de todos sus hijos, y que todavía sigue así. Sabes lo juntos que estábamos en Ginebra, en Niza, día tras día. Has sabido los votos de esta unión de almas y sentidos que solamente el más inexpresable amor puede transfigurar y santificar, has hallado sus labios todavía calientes de sus besos a todo mi cuerpo; sabes que en los arrebatos de su amor concibió un hijo mío en Ginebra, y yo nunca creeré que no sospechabas nada, como todo el mundo; no estabas tan engañado como pretendes. Sabes —aunque no lo comprendas— que fue, desdichadamente, obligada a aceptar otro hijo tuyo, que me suplicó la perdonara por ello, que yo la perdoné, que mi amistad *para* contigo era entonces casi tan grande como mi amor, que no podía verte sufrir, que tomamos a Emma por confidente suplicándole de rodillas que se sacrificara en silencio. Ella vio nuestro amor, nuestro afecto por ti y gustosa aceptó ser ella sola la infeliz. Pero tú sabes tan sólo *insultar* a las mujeres cuando, por cualquier clase de falsedad, hipocresía, o maniobra, has logrado apartar a los hombres. Sabes que el objeto de la vida de

[1] Las últimas cinco palabras se hallan escritas por encima de la línea sustituyendo la sola palabra *cierto*, borrada con un trazo.

Natalia y de mí mismo era reparar el desgraciado accidente de Ginebra, que ella sólo pensaba y soñaba en tener un hijo mío, que todo nuestro futuro se apoyaba en esta esperanza, que cuando ella te comunicó su pensamiento lo había conseguido. Quizá no sepas, sin embargo, que yo sólo permanecí en la vecindad porque ella juró que intentaría escapar.

¡Y basta ya! No debes continuar con la prostitución de una criatura que yo no te he *robado*, sino que tomé porque me confió que tú no la habías poseído nunca, cosa a la que yo no sobreviviría. A los gratuitos insultos a Emma has añadido la infamia de pretender que yo seduje a tu esposa. Bastantes agravios existen para justificar que exija satisfacción.

Este nuevo hijo debe ser bautizado con sangre de uno de los dos. El otro fue *bautizado de manera muy distinta*. *Tempora mutantur*. Espero tus órdenes y hago una última llamada a tu honor para que escojas las armas que prefieras. Desgarrémonos el uno al otro la garganta como bestias salvajes —ya que no vamos a ser hombres por más tiempo—, y muestra por una vez a los demás (si es que lo tienes) algo más que tu bolsa. ¡Ruina por ruina! Basta de fría deliberación.

El borrador termina aquí. La referencia al hado y a la muerte de la madre y el hijo de Herzen no se encuentra en él y debió de ser —ya que difícilmente puede atribuirse a una intervención de Herzen— una brillante idea posterior.

Tras la lectura de esta carta Herzen reaccionó furiosamente «como una fiera herida», y sintió lo que nunca había sentido antes: ser insultado. Toda esperanza de que sabría mantener dignidad y compostura suficientes para ignorar, desapareció al descubrir que la llegada de la carta ya era un secreto a voces en Niza. Herwegh había escrito a Emma que mandaba una «terrible carta» con la que «derribaría a Herzen del pedestal donde Natalia lo había colocado» y «lo cubriría de vergüenza». Emma se lo dijo a Orsini, Karl Vogt y Chojecki, y Vogt se lo había comunicado a Engelson. Herzen desplegó una febril y desusada energía. Facultó a Engelson para que escribiera una carta a Herwegh negando el derecho de éste al desafío y «aún más, a escoger para el duelo un momento en que —como sabe— su esposa se halla seriamente enferma». Escribió a Sazonov —rara elección— rogándole fuera su padrino si el duelo tenía lugar. Finalmente, como resultado de una conversación con Orsini, escribió al jefe revolucionario italiano Mazzini (que, como todo el mundo, había sido informado del asunto) rogándole la constitución de un «tribunal de honor» para juzgar y dirimir la cuestión entre él y Herwegh. El «tribunal de honor» era una reciente invención y el *hobby* favorito del momento. Sus principios impedían a estos idealistas románticos someter sus diferencias a los tribunales establecidos, porque, ¿cómo puede esperarse justicia y sentido de los valores revolucionarios si no es de un jurado compuesto por revolucionarios? La idea es ingenua, pero no era más ingenua que el prejuicio a la moda en favor del duelo como instrumento de justicia. El «tribunal de honor» se instituyó como contrapartida del duelo y hasta veinte años más tarde encontramos revolucionarios como Bakunin y Liebknecht que apelan todavía a esta institución como solución a sus disputas.

El objetivo inmediato de Herwegh se había conseguido. Ya no fue posible ignorarle por más tiempo y las hostilidades se reanudaron del modo más violento. Incluso Natalia, en su lecho de enferma, fue requerida para representar su papel. Emma le escribió una apelación —que hubiera podido ser eficaz si sus efectos no hubiesen sido previamente destruidos por la carta de Herwegh— para que tomara sobre sí su parte de culpa.

Es imposible [escribió Emma] que... en lugar de echarte tú misma a los pies de tu marido injuriado y no levantarte hasta haber obtenido el perdón para *ambos*..., es imposible que no te des cuenta de que la solución está en ofrecerte en pago de tantos sacrificios, tantos tormentos y tantas miserias. Para evitar el escándalo que traerá la desgracia a ambas familias sólo necesitas tener el valor de tomar una firme, franca y humana decisión y aceptar sinceramente tu parte en la culpa que actualmente gravita sobre los hombros *de un hombre solo y cuyo peso no puede ser levantado de los tuyos sin serlo de los suyos al mismo tiempo.*

No había ahora humillación a la que Natalia no estuviera dispuesta si se trataba de reivindicar el honor de su marido, y a tal instigación correspondió con una carta a Herwegh en la que se refería al «traicionero, ruin y judío carácter» de su antiguo amante y declaraba que su «desgraciada exaltación sólo había servido como pedestal donde elevar todavía más su amor por Alejandro».

Has intentado [proseguía] cubrir de lodo este pedestal pero nunca debilitarás nuestra unión, que es ahora indisoluble y más inatacable que nunca. Tú bajas calumnias y denuncias de una mujer sólo han inspirado a mi noble marido desprecio y repugnancia hacia ti. Te has deshonrado completamente a ti mismo en estos cobardes actos... Y has hecho el pasado odioso para mí.

Es difícil para la posteridad participar de la admiración por Herzen respecto a esta carta, una copia de la cual guardó en sus archivos y reprodujo extensamente en *Mi pasado y mis pensamientos*. Exceptuando quizá la última frase, apenas si contiene alguna palabra de la auténtica Natalia y refleja en cada línea la inspiración de la experta pluma de Herzen. Triunfalmente, fueron mandadas copias de ella a los amigos íntimos y el arrepentimiento y la devoción de Natalia para su marido hízose el *mot d'ordre* en los círculos allegados a Herzen.

Es bien claro para todo el mundo [escribió sarcásticamente Emma a su marido] que ella fue culpable, que estaba arrebatada por un hechizo, pero que ahora está dispuesta a dejarse escupir por cualquiera, y prefiere seguir a su marido como un perro.

Nadie se ha detenido a analizar los sentimientos de Natalia. Quizás, incluso ahora, la peor humillación no fue la pública discusión de su culpabilidad sino la traición de su amante

Herwegh leyó su carta sin ninguna emoción especial. La pobre

Natalia se había convertido para ambas partes en un mero peón en su juego de venganzas y de odios recíprocos. Él escribió algunas palabras «intentando expresar», según dijo a su esposa, «que la carta le había llegado por equivocación», pero otra idea le ardía en la cabeza. Herzen lo había humillado devolviéndole las cartas sin leerlas. Él devolvía el insulto retornando la carta a Natalia. Colocó cuidadosamente de nuevo los cierres y puso la dirección para mandarla, pero, por una curiosa jugada de la ingenuidad, puso en el mismo sobre su propia réplica, lo que constituyó para sus enemigos una prueba de que, en efecto, había roto los cierres y había leído la carta que se jactaba de haber devuelto intacta. Y así, cuando unos meses más tarde se descubrió el hecho, fue saludado como una clara prueba de su asombrosa duplicidad. Mientras tanto, él lo comentaba cáusticamente a Emma en medio del estallido de indignación provocado por su «desafío».

Si lo que *escribí es una inmundicia*, la realidad fue doblemente inmunda. Si las palabras con que revelé *la verdad* eran suciedad, los hechos fueron doblemente sucios; y Alejandro es doblemente cobarde y es un bribón al no pedirme cuentas y continuar viviendo esta vida de inmundicia con su sumisa esposa.

Las recriminaciones acerca del duelo continuaron en un estilo sugestivo más propio de Bob Acres que de una intención seria de matar. En efecto, ninguna de las dos partes intentó combatir, pero cada uno estaba profundamente convencido de la cobardía del otro y extraordinariamente impaciente por demostrarlo. La primera respuesta evasiva de Engelson al «desafío» dio ocasión a Herwegh de tachar a Herzen de pusilánime ante mucha y diversa gente, pero Herzen acaso no lo supo o no se preocupó por ello, y tres semanas más tarde Engelson escribió de nuevo de parte de su patrocinado declinando definitivamente el duelo propuesto. Por un desafortunado error de cálculo (se enteró de su contenido, a través de los canales usuales, demasiado tarde) Herwegh devolvió la carta sin abrir y Herzen y sus amigos pretendieron que al rechazar una carta del agente acreditado de Herzen había probado claramente su falta de valor para batirse. Entonces Herwegh escribió a su esposa que lo que él deseaba más que todo era un duelo sin testigos; para él era cosa segura que, una vez juntos y solos, él y Herzen caerían el uno en brazos del otro en un éxtasis de mutuo perdón. Emma comunicó este buen bocado a Vogt, Vogt a Engelson, y Engelson a Herzen, y entonces se proclamó de nuevo que Herwegh había dado pruebas de que no era un hombre formal y que esta absurda parodia de duelo había sido desde el principio el objeto de su desafío. De vez en cuando, en sus cartas a Emma, Herwegh soltaba insinuaciones (que aterrorizaban a su desgraciada esposa) de «crimen» y de «las galeras».

Ante mí sólo veo [escribió una vez] locura, crimen, libertinaje, degradación, y a la larga te verás impulsada a lamentar haberme amado

Engelson pidió autorización a Herzen para ir a Zurich y matar a

Herwegh, pero Herzen rehusó magnánimamente e inquirió, pensativamente, por qué su amigo había sido tan corto de mollera el pedírselo antes. En realidad, ninguno de estos pretendidos desesperados tenía intención alguna de quitar la vida a nadie ni de arriesgar la propia. Herzen y Herwegh no eran unos matones medievales ni unos cortesanos del *Roi Soleil*, sino unos hombres de letras del siglo XIX. Su arma no era ni la espada ni la pistola, sino la pluma, y si por el momento Herwegh dejó atrás a Herzen en vigor y virulencia de lenguaje, fue Herzen quien en *Mi pasado y mis pensamientos* restableció finalmente el equilibrio y propinó los más malignos y penetrantes aguijonazos a la reputación de su rival.

Pero eso eran cosas pasajeras —quizás ya habían, incluso, pasado para Natalia. Su capacidad de sufrimiento estaba casi agotada. Cuando llegó, devuelta, la carta que había mandado a Herwegh, tuvo lugar una conferencia al borde de su cama. Entre los nuevos aliados de Herzen había uno llamado Haug, antiguo oficial austríaco que estuvo con Garibaldi en 1848 y llegó a general de la efímera República Romana. En su carrera había ganado credenciales de fierabrás y cuando Natalia habló de su ansiedad «por justificar a Alejandro», juró ruidosamente que no cejaría hasta leer su carta a Herwegh y obligar a éste a escucharla. Esta heroica promesa proporcionó consuelo a Herzen, si no a Natalia, y fue estentóreamente aplaudida. En el ínterin, Engelson dio el ejemplo escribiendo a Herwegh una larga e insultante carta, una copia de la cual Herzen añadió a sus archivos del asunto.

Sólo puede alegarse, para paliar el empleo de estos procedimientos que, en aquellos días, Natalia estaba convaleciente de su pleuresía y Herzen no tenía ninguna razón para creer que era una mujer moribunda. Durante el mes de marzo se fue recuperando lentamente y fue durante esta breve tregua cuando dictó a Herzen su última y cariñosa carta a Natalia Tuchkov, cuyo amor había colmado su vida cuatro años atrás.

Estoy todavía en cama [escribió]. No me encuentro aún lo bastante fuerte para levantarme y pasear, pero mi alma rebosa de vida y plenitud. No puedo estar callada. Tras sufrimientos que tú quizá no puedas medir, estoy viviendo instantes llenos de bendición; todas las esperanzas de la juventud y la infancia no sólo no se han realizado, sino que han pasado a través de terribles e inimaginables sufrimientos pero sin perder su frescura y su fragancia, y han florecido con nueva fuerza y nuevo esplendor. *Nunca fui tan feliz como ahora*...

Pero, ¡cuán lentamente recobro mis fuerzas!, todavía no ha llegado junio. ¿Viviré para verlo? ¡Oh, cómo desearía vivir para su amor, para mí misma, por no hablar de los niños! Para vivir para ellos, para curarles todas sus heridas, debo estar con ellos y vivir por mí misma, porque he aprendido *a conocer* su cariño hacia mí y soy feliz como jamás lo había sido...

Las tristes premoniciones de Natalia se cumplieron. Hacia los últimos días de *marzo* sufrió una recaída y la fiebre se hizo casi continua. El avanzado estado de gestación aumentaba el peligro. Durante días y

semanas no hubo cambio alguno, y las esperanzas de Herzen y los médicos se vieron cruelmente frustradas. A mitad de abril, Natalia envió a buscar a París a María Reichel, la única amiga a quien, en ausencia de Natalia Tuchkov, podía confiar gustosamente sus hijos.

Se daba cuenta entonces de que estaba muriendo. Y tenía aún una cuenta más que ajustar con la vida. El 26 de abril, haciendo un supremo esfuerzo, tomó la pluma y escribió a Herwegh con letra clara y firme mano:

... «un signo de vida»... ¿Y para qué? Siempre, *para justificarte a ti*, cubrirme yo misma de reproches, acusarme a mí misma. Estáte tranquilo, aunque tienes suficientes deseos y medios para lograrlo sin mi ayuda..., estáte tranquilo; si antes, alguna vez, he hablado con alguien capaz de comprender (de otra forma no hablarla, de otra forma sería la mayor profanación de lo que es más sagrado para mí) nunca fue *para justificarme*.

¿Me has hecho daño? Tú debes saberlo mejor que yo. Yo sólo sé que mis bendiciones te seguirán por todas partes, siempre.

Decir más sería superfluo

Herzen no tuvo conocimiento de esta carta. Por otra parte hubiera sido superfluo. No hubiera sido «capaz de comprender».

Realmente, no había más que decir. El 29 de abril llegó María Reichel de París y a última hora del día nació un niño, cerca de dos meses antes de tiempo. En la ciudad ya se sabía que no había esperanza. La misma noche, Emma, tras haber perdido en vano ser admitida, mandó a través de Orsini la siguiente nota:

¡Natalia! Perdón por *todo* y para *todos* y deja que todo se olvide. Tomo tu mano con todo mi corazón. Adieu! — *Emma Herwegh*.

Herzen le leyó estas palabras al borde de la cama. Natalia sonrió y Herzen, todavía duro, creyó ver en la sonrisa un deje irónico. Es improbable que Natalia, libre de ironía toda su vida, la hubiese adquirido en el momento de la muerte.

El parto se llevó sus últimas fuerzas. Vivió, agotada y con intermitencias de consciencia, durante tres días. El niño falleció pero ella no lo supo. Habló del hijo y expresó el deseo de vivir hasta que Natalia Tuchkov llegara y se lo llevara con ella. Pidió luz aunque alrededor del lecho estaban ardiendo velas. Luego cayó en una inconsciencia total y en la mañana del 2 de mayo murió, hija y víctima de la época romántica que no la dejó envejecer.

Habían transcurrido cerca de dos meses desde la muerte de Natalia cuando el «general» Haug, de acuerdo con su promesa se puso en campaña para obligar a Herwegh a escuchar la lectura de la carta que había rehusado leer. La posición de Herwegh en Zurich, en aquellos momentos, nada tenía de envidiable. Desde la revolución de 1848, los subsidios que recibía de los familiares de su esposa habían sido tan sólo

suficientes para mantener una reducida existencia y no la vida digna de un héroe y de un poeta, pero desde el escándalo Herzen y la pública separación de su esposa, la familia Siegmund no sólo había roto toda relación con él, sino que dio los pasos necesarios para asegurar que la menguada caridad que llegaba a Emma en Niza no tomara el camino de Zurich: Emma se habría sacrificado a sí misma —y quizás a sus hijos— a su errante pero todavía adorado marido. Su devoción, si no su respeto, sobrevivió incluso a las lastimeras peticiones de dinero que ocupaban el lugar preeminente en todas las cartas. Emma no podía hacer lo imposible y todas las apelaciones quedaban sin respuesta o la tenían tan sólo en un modo que no producía sensible impresión en los insistentes requerimientos de Herwegh.

Era un callejón sin salida y Herwegh llegó a la ineludible conclusión:

> No puedo resistir la influencia desmoralizadora de la pobreza [escribió a Emma con convincente candor] y no es momento para que un hombre *honesto* gane dinero.

Aceptó, pues, la consoladora administración de una señora que vivía en el mismo hotel con su anciana madre. La situación era francamente equívoca. Extendióse por Niza la noticia de que Herwegh, en tiempos el niño mimado de la democracia alemana, se hallaba en Zurich con *une vieille putain*, una antigua amante de Luis Bonaparte, y la historia llegó, en esta forma, hasta Herzen y sus aliados. La respuesta de Herwegh a las preguntas de su esposa introdujo algo distinto en el asunto. Aseguró que la señora en cuestión, que contaba cerca de cincuenta años, y tenía una hija casada, había actuado por motivos de pura compasión y negó que hubiera sido la amante de Napoleón, aunque por algún tiempo había sido algo así como su patrona cuando, más de veinte años atrás, se hallaba sometido a los rigores de la instrucción militar en los alrededores de la pequeña población suiza de Thun. La identidad de la dama siguió sin ser revelada y la naturaleza de sus relaciones con el joven Luis Bonaparte pemaneció en la misma oscuridad que envolvía sus relaciones con Herwegh. El escándalo, sin embargo, no fue menos ruidoso.

> El individuo de Zurich [escribió gráficamente Vogt a Herzen] ha caído tan bajo en el desprecio general que hasta los perros se avergonzarían de usar sus piernas como si fueran un árbol.

Orsini suplicó a Emma que olvidara «al bribón de George» y le aseguró que «sus actos lo calificaban como el mayor canalla del mundo»; Vogt le aconsejó que volviera con sus padres a Alemania donde su marido no podría perseguirla, y Charles Edmont, el polaco, la invitó a divorciarse de Herwegh y a casarse con él. Emma habló con Orsini, discutió con Vogt e indignamente amenazó a Edmond con cerrarle la puerta. Esta notable mujer que, a fuerza de infinita paciencia, de tolerancia, y de autoanulación, había recuperado eventualmente a

su marido, merecía —con todos sus defectos— algo más que el frío desprecio que Herzen derrama sobre ella en *Mi pasado y mis pensamientos*.

En estas condiciones, el «general» Haug llegó a Zurich el 10 de julio en compañía de un francés llamado Tessier. Los dos, aprovechando una oportunidad, irrumpieron sin ser anunciados en la habitación que Herwegh ocupaba en el hotel. Tras ordenar a Herwegh que se sentara y escuchara, Haug abrió la carta de Natalia que se hallaba exactamente en el mismo estado en que fue devuelta. Al empezar Tessier a leer la carta en voz alta, se cayó del sobre la nota escrita por Herwegh, prueba de que había, efectivamente, abierto y leído la carta antes de devolverla. Haug arrojó la nota a la cara de Herwegh y le llamó bellaco. Este tiró de la campanilla y se precipitó hacia el pasillo gritando: «¡Asesinos! ¡Policía!» El bravo general, sin intimidarse, lo persiguió y diciendo: «¡Toma, para tu policía!» le propinó una sonora bofetada. Tras entregar una tarjeta suya y otra de su compañero al gerente del hotel, le pidieron disculpas por el trastorno y salieron. Natalia había sido vengada. Herwegh soñó con ataques a su vida por los mercenarios «cosacos y polacos» de Herzen[4], y Emma escribió a las desconocidas protectoras de su marido suplicándoles se aseguraran de que «sus amigos no le dejaban solo ni un momento».

Entre tanto, Herzen no podía permanecer en el escenario de tantas tragedias y a comienzos de junio dejó Niza para pasar los dos meses siguientes errante, y sin objeto, de ciudad en ciudad, por Suiza y el norte de Italia. Pero no logró encontrar reposo contra los torturantes recuerdos que lo obsesionaban y la venganza contra Herwegh adquirió en su mente caracteres de cruzada. Dirigió un llamamiento *A mis hermanos demócratas*, donde exponía su negativa al duelo con Herwegh y preguntaba «qué clase de justicia podría hacérsele, sin fiscal ni guardias, en nombre de la solidaridad de los pueblos y de la autonomía del individuo»; un cierto número de amigos, atribuyéndose el título de «hermanos demócratas» dictó un «veredicto» declarando que Herwegh había «perdido el honor» y que un duelo entre Herzen y un hombre de tal condición era «imposible». En el interín, y evidentemente proporcionado por Haug, apareció en la prensa italiana un relato del incidente de Zurich que luego fue reproducido por la *Neue Zürcher Zeitung* y por el periódico local de Niza.

La bola de nieve que de este modo pusieron a rodar Herzen y su lugarteniente produjo su efecto. Emma publicó en *L'Avenir de Nice* una digna protesta contra «el intento de impartir carácter político al ataque efectuado en Suiza contra mi marido» y exponiendo que la cuestión fue en principio «un hecho de carácter esencialmente privado debido

---

[4] El término «polaco» implica para los modernos alemanes, lo mismo que para los ingleses isabelinos (cf. *Hamlet*, acto II, esc. 2 ª), un concepto despreciativo. El «cosaco» era Engelson y el «polaco» Herzen.

exclusivamente a un conflicto pasional completamente apartado de la esfera de la política y de la publicidad». El propio Herwegh, en la *Neue Zürcher Zeitung*, declaró, más punzantemente, que sus dos atacantes debían de habérselas con las autoridades sanitarias y habían sido trasladados a una casa de locos y que todo el asunto se había llevado a cabo con «subsidios rusos».

Esto dio lugar a que se mostrara otro aspecto demasiado importante para no consignarlo. Intervino Tessier, quien reivindicó su perfecta salud describiendo la escena del hotel en sus más mínimos y humillantes detalles y Herzen publicó, asimismo en la *Neue Zürcher Zeitung*, una corta declaración en la cual decía que «nadie había sido "subsidiado" por él, excepto sus sirvientes domésticos y el *propio Georges Herwegh*, quien se hallaba todavía en posesión de una suma de 10.000 francos que le había prestado sin interés dos años atrás». Diez días después aparecería una nueva declaración de Herwegh en la que se refería a la «brutalidad rusa» y examinaba largamente sus relaciones con el «barón Herzen» (título que ya implicaba bastante descrédito para un demócrata) y en la que, con respecto al asunto de Zurich, declaraba que lejos de haber sido abofeteado echó a los intrusos escaleras abajo en presencia de una regocijada camarera.

La querella Herzen-Herwegh pasó rápidamente de las dimensiones de un escándalo local a las de una *cause célebre* europea. Herzen escribió largas exposiciones de su conducta, emparejadas con reproches a su rival, a tan ocasionales amistades como Proudhon y Michelet. Escribió una carta a un amigo alemán llamado Müller-Strübing, que en aquel momento vivía con George Sand en Nohant, suplicándole que se lo comunicara a la «más alta autoridad sobre todo lo que respecta a la mujer».

> Ella debe conocer esta historia [escribió], ella que resume en su persona el concepto revolucionario de la mujer.

Hasta Londres llegaron rumores de la tal historia, y Karl Marx, que raramente edulcoraba sus palabras, contó a su fiel Engels, en Manchester, que Herwegh «no sólo puso cuernos a Herzen, sino que le había ordeñado 80.000 francos». También viéronse envueltos en todo ello otros completamente extraños al asunto. El compositor Ricardo Wagner, que habiendo representado un pequeño papel en la insurrección de Dresde de 1849 podía reclamar el título de «hermano demócrata», vióse acosado por Haug con la historia de la iniquidad de Herwegh. Wagner, que en un tiempo había tenido amistad con Herwegh y con el que había pasado unas vacaciones veraniegas en la Suiza italiana, se mostró cauto y evasivo. «Aunque admitiendo francamente las flaquezas de Herwegh y la degeneración de su carácter bajo influencias sociales a las que en época más temprana de su vida había sido, afortunadamente, extraño», no conocía nada de la actual disputa y no se sentía inclinado a

emitir juicio alguno sobre ello. Esta cortés neutralidad no satisfizo al nuevo fanatismo de Herzen y dirigió a Wagner una larga y detallada relación pulverizando el carácter y la conducta de su rival.

Ni en Suiza, ni en Francia, ni en Italia [concluía la carta] hallará jamás reposo. Lo juro y mis amigos lo juran también. Y todos los días nos traen nuevas pruebas de que todos los militantes de la revolución nos apoyan.

El puro cansancio, o un residual vestigio de buen sentido, liberaron al fin a Herzen de su entorpecedora y degradante obsesión, y abrióse a la esperanza de empezar una nueva vida en un nuevo país. A menudo había pensado en América pero con todo, y más o menos al azar, escogió Inglaterra. Dejando sus hijas con los Reichel en París, tomó a Sacha con él y llegó a Londres el 25 de agosto. Pocos días después vio, por primera vez, desde el cuarto piso del Hotel Morley, en la plaza de Trafalgar, el fenómeno de la niebla londinense[5].

---

[5] Herzen, que era un estilista, debe cargar con la responsabilidad de esta nota de color local. Una búsqueda en el archivo de *The Times* no descubre trazas del insólito portento de una «niebla londinense» en agosto o septiembre.

Capítulo V

LOS ENGELSON

La figura de Engelson, que ha revoloteado a través de las sombrías páginas de la tragedia de Herzen, es lo bastante curiosa y característica para merecer que se hable de ella con cierta extensión.

En los años treinta y cuarenta de la pasada centuria, un finlandés de origen sueco llamado Arist Engelson, disfrutaba de una posición importante en la administración financiera de Petersburgo. No sólo había adquirido dignidad sino también riqueza. Compró una casa en la capital y una hacienda de cerca de «ochocientas almas» en el campo. Casó con una rusa y gracias a esto se hizo ruso. Educó a los hijos en la fe ortodoxa (él era luterano) y bautizó al mayor con el viejo nombre ruso de Vladimiro.

Vladimiro Engelson fue un chico inteligente. Hijo de un padre rico e indulgente, no tuvo necesidad, ni inclinación, de escoger carrera. Cursó calmosamente estudios de filosofía en la Universidad de Petersburgo, tomándolos como un agradable modo de pasar el tiempo. Pero su persecución de este objetivo fue al principio tan poco prometedora que decidió (parece que en el invierno de 1843-44, cuando contaba veintiún años) cortar el nudo gordiano suicidándose. Escogió el veneno como el más gentil instrumento de muerte; pero habiendo entrado en un café elegante para meditar sobre su resolución, cayó en sus manos un número de un popular periódico radical, *Notas de la Patria*, y sus ojos se detuvieron en un artículo de Herzen titulado «A propósito de una comedia». Tenía forma de *critique* de una obra de dos olvidados autores franceses, Arnauld y Fournier, y la moraleja era que, lo mismo en amor que en las otras relaciones de la vida, la introspección atormentada, en lugar de constituir el signo de un alma distinguida y sensible, es una ofensa contra la «realidad». Engelson empezó leyendo cuidadosamente,

y las elocuentes frases del crítico absorbieron de tal forma su atención que ávidamente llegó al final. Dejó de lado la idea del veneno, pidió media botella de Madeira y volvió a leer el artículo[1]. Al terminar, su gusto por el suicidio se había evaporado y, después de ello, con una enternecedora inconsciencia, veneraba secretamente a Herzen como el salvador de una vida para la que no había podido encontrar uso.

El verano siguiente le sugirió una cura diferente para su romántico *ennui*. El y un camarada llamado Speshnev solicitaron pasaporte para visitar Alemania, la sede de la filosofía. Parecía una forma inocente de diversión, pero a Nicolás I le gustaba la pose de padre de su pueblo y recibió la aplicación de los dos jóvenes con un paternal encogimiento de hombros.

> Es posible [*rezó* el comunicado imperial] seguir un curso en nuestra Universidad; y para los jóvenes de su edad dar vueltas por el mundo en vez de ingresar en nuestro servicio no es recomendable ni digno de su rango. Sin embargo, pueden hacer lo que les plazca.

La graciosa decisión del zar fue leída personalmente a los dos jóvenes por el conde Orlov, jefe de la policía política. Speshnev, que en los últimos tiempos de su vida demostró poseer un grado de determinación poco usual, insistió en su intención y recibió el pasaporte. Engelson, por su parte, raramente tenía alguna razón poderosa para preferir una acción a otra y así permitió ser desviado de su viaje al extranjero por Nicolás tan fácilmente como fue desviado del suicidio por Herzen. Declaróse dispuesto a entrar al servicio imperial y a principios de 1845 se encontró para él un lugar en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

El siguiente estadio de la carrera de Engelson permanece algo oscuro. En el Petersburgo de los años cuarenta —uno de los períodos de más opresión en la historia de la Rusia zarista— todos los jóvenes nutrían secretamente opiniones y ambiciones radicales, y Engelson, con su desbordada fantasía y su plegable voluntad, no podía escapar a la tendencia dominante. Sin embargo, su habitual indecisión no se hallaba afectada por sus convicciones políticas y el nuevo hito en su carrera fue la vuelta a Petersburgo, tras dos años de ausencia, de su amigo Speshnev. Con sus puntos de vista políticos, desarrollados y madurados por su estancia en Europa, Speshnev se unió al círculo de jóvenes radicales centrado alrededor de la persona de Petrashevsky y trajo con él, como

---

[1] La historia fue relatada a Herzen por el propio Engelson y aparece en un conocido capítulo de *Mi pasado y mis pensamientos*. Herzen la sitúa después del asunto Petrashevsky, en 1849 ó 1850, pero el crítico no puede dejar de anotar que el artículo a que se refiere la historia apareció en *Notas de la Patria* en agosto de 1843 y, a menos que aceptemos que el ejemplar que halló Engelson en el café estuviera editado desde hacía seis años, debemos transferir la historia a un estadio anterior de su carrera. La exacta cronología no fue nunca el punto fuerte de Herzen. Sin embargo, la historia entera, contada por un excelente *raconteur* y registrada para la posteridad por un *littérateur* de primera línea, quizás pueda calificarse de prima hermana de la verdad.

simpatizante si no como miembro efectivo del grupo, a su amigo y satélite Engelson.

La atención de Nicolás pronto recayó sobre las actividades —si se puede llamar así a lo que siempre empezaba y acababa hablando— de este nido de potenciales revolucionarios. Los recientes acontecimientos de Europa le habían puesto nervioso y, en abril de 1849, los seguidores de Petrashevsky fueron arrestados en la fortaleza de Pedro y Pablo. Entre ellos se encontraban Speshnev y el novelista Dostoievsky que fueron, ambos, desterrados a Siberia por su participación en una alegada conspiración. Es cosa incierta hasta qué punto se vio Engelson personalmente envuelto en ello, pero su relación con Speshnev bastaba para hacerlo sospechoso, y en agosto fue también detenido. La cosa se solucionó sin serias consecuencias para Engelson, a quien incluso la policía del zar difícilmente podía tomar por revolucionario, y fue soltado sin más. Sin embargo, ello había terminado con su carrera oficial y se encontró de nuevo cara a cara con el elemental problema: ¿qué hacer de su vida?

Lo resolvió acogiéndose a una aventura matrimonial. Se enamoró de una mujer que era, como él, de origen escandinavo y que, como él, había crecido en Rusia. Esta mujer se había casado a los dieciocho años con un oficial de edad madura y pronto se divorció. Cuando Engelson dio con ella hallábase envuelta en un desgraciado asunto amoroso con un joven oficial cuya pasión se repartía entre la amante y el juego. Este oficial se suicidó y Engelson presentóse oportunamente desempeñando el papel de consolador.

Los consuelos administrados fueron, al principio, puramente espirituales, si bien de carácter perturbador. La dama, a pesar de su azarosa y agitada vida, no se había desviado nunca hasta el momento de la estrecha senda de la religión y la política ortodoxa en que había crecido. Era «pasablemente cristiana, pasablemente romántica y pasablemente moral y patriarcal», pero, bajo las instrucciones de Engelson, se adentró por los peligrosos caminos de la especulación filosófica y política y pronto deseó ser «una mujer libre como las heroínas de George Sand». Estudió a Hegel, Feuerbach y Fourier y se transformó en una ardiente materialista y socialista. La nueva fe ensanchaba sus perspectivas, pero destruyó para siempre su equilibrio mental. Su personalidad era, cuando Herzen la conoció «como una habitación desordenada en la que todo se halla esparcido al azar: juguetes, un vestido de boda, un breviario, una novela de George Sand, zapatillas, flores y cacharros». Se volvió desesperadamente hipocondríaca y, como todos los rusos hipocondríacos, se convenció de que la mejor cura para sus destrozados nervios era un viaje por el extranjero.

A mediados de la pasada centuria no era ni seguro ni decente para una viuda joven viajar sola por Europa y, en ausencia de más legítimo protector, Engelson tomó para sí el papel de *deus ex machina*. Hasta el momento lo había aceptado como menor, pero lo había rechazado

como amante, y Engelson era demasiado delicado o demasiado indolente para insistir en un galanteo mal recibido. Pero entonces propuso el matrimonio y se ofreció a acompañarla por el extranjero dándole, sin embargo, a comprender que no la molestaría reclamando ningún derecho marital. El deseaba también viajar y los deberes de un *cavalier servant* darían a su vida el objeto y la ocupación de que hasta entonces había carecido. A la bella Alejandra (que tal era su nombre) la emocionó la propuesta y, al aceptarla, decidió que no estaría bien compartir el nombre y el pasaporte de Engelson sin compartir su cama. El matrimonio no sólo se celebró sino que fue consumado y en el otoño de 1850 marido y mujer salieron para Niza. Allí se encontraron con Herzen, el objeto, durante los últimos siete años, del culto secreto de Engelson.

El carácter de Engelson sirvió a Herzen de modelo para formular un brillante diagnóstico de la enfermedad de los intelectuales rusos en los últimos años de Nicolás I, diagnóstico que sorprenderá al lector no sólo por su perfecta adaptación a la personalidad de Engelson sino a la de Dostoievsky y, particularmente en los últimos pasajes, a la del propio Herzen.

Ante la puerta del régimen de Nicolás debe exponerse un terrible crimen: el aborto moral y la muerte del alma de la juventud... Todo el sistema completo de la educación pública se redujo a la predicación de una religión de ciega obediencia, conducente hacia una posición oficial como natural recompensa. Los sentimientos expansivos propios de la juventud eran duramente reprimidos y se les reemplazaba por la ambición, los celos y la rivalidad despiadada. Los que no morían caían enfermos de mente y de alma. Una vanidad desenfrenada se combinaba con una especie de desesperanza, una consciente impotencia, el hastío y la carencia de inclinación al trabajo. La gente joven se volvía hipocondríaca, suspicaz, y se consumía antes de alcanzar los veinte años. Toda ella se hallaba infectada por la pasión de la autoobservación, del autoexamen, de la autoacusación; estudiaban cuidadosamente sus propios síntomas psicológicos y les apasionaban las discusiones inacabables y las historias que en algo se relacionaran con el caso de su historia propia. En los últimos años he conocido, con frecuencia, hombres y mujeres pertenecientes a esta categoría. Cuando, con simpatía, me he asomado a sus confesiones, a su autopunición psicológica (que a menudo consiste en una calumnia de sí mismos), he llegado finalmente a la conclusión de que se trata sólo de una forma de vanidad. En lugar de simpatizar con el paciente, sólo tenéis que tomarle la palabra para convenceros de cuán fácilmente se convierten en antagonistas y cuán cruelmente resentidas son estas Magdalenas de ambos sexos. Esperabais comportaros con ellos como un sacerdote cristiano se comporta con los poderosos de la tierra y solamente tenéis derecho a absolverlos de sus pecados y no decir nada más.

Su arrepentimiento es sincero pero no excluye la repetición del pecado. Han roto el resorte que modera y controla el movimiento de la ruedas y éstas dan vueltas con una rapidez diez veces mayor, pero no producen nada y tan sólo echan a perder la máquina. La coordinación armónica se halla destruida y se ha perdido la mesura estética. Uno no puede vivir con ellos y ellos no pueden vivir con su propia personalidad.

Para ellos no puede existir felicidad alguna: no saben cómo retenerla. Al más

leve pretexto reaccionan inhumanamente y tratan brutalmente cuanto a su alrededor existe. Su ironía ha sido tan destructora como la pomposa sentimentalidad alemana. Y lo extraño es que esta gente están apasionadamente ansiosos de amor; buscan alegría, pero cuando se acercan la copa a los labios, un espíritu maligno les golpea la mano, el vino se derrama y se esparce por el suelo y la copa, impetuosamente arrojada, rueda por el lodo.

Alejandra Engelson tenía un carácter menos típico y más complicado. Su desafortunado primer matrimonio y su aún más desafortunado asunto amoroso habían minado los primeros cimientos de su propia estimación. Las enseñanzas de Engelson destruyeron la simple y convencional fe que podía haber conservado y ahora estaba casada con un hombre por el que sentía afecto pero no pasión, compasión pero no respeto. Las características de Engelson, sus raptos de hosca introspección, su carencia de toda afición o ocupación consistentes, sus arrebatos de irresponsable y pueril ligereza, sus borracheras y sus paroxismos de abyecto autorreproche, en fin, todo, era indudable que tarde o temprano provocara un estallido de irritación nerviosa en su mujer. En aquel tiempo ella se sentía tan disgustada con él como consigo misma, y la consecuencia de este disgusto fue simplemente que se creara entre ellos un nuevo lazo de mórbida simpatía. Por una trágica paradoja, los lazos que los unían se estrechaban e intensificaban con aquellas tormentas emocionales periódicas. Cuanto más frecuentes, más necesarios se hicieron, para la existencia de uno y de otro, estos estallidos mentales cuajados de insultos.

Las contorsiones psicológicas de este extraño *ménage* proporcionaron a Herzen una nueva experiencia.

A menudo [cuenta Herzen] solía encontrarlos en la gran habitación que les servía a la vez de dormitorio y sala de estar, en un estado de completa postración. Ella en un rincón, exhausta, con los ojos llorosos; él, en otro rincón, pálido como un cadáver, blancos los labios, ausente y silencioso. Así permanecían sentados a veces horas y días enteros, a pocos pasos del Mediterráneo azul y de los naranjos, donde la Naturaleza vibraba estentóreamente, junto al brillante azul del cielo, en la bulliciosa alegría de la vida en el sur. No se peleaban, exactamente; no había celos, ni alejamiento, ni, por lo general, ninguna causa tangible. Él, bruscamente, se levantaría, se acercaría a ella y cayendo a sus pies, a veces sollozando, diría repentinamente: «¡Te he destrozado, mi pequeña, te he destrozado!» Y ella lloraría y creería que en efecto la había destrozado.

A veces me sorprendía de que, mediante la constante enconación de sus heridas, hallaban como una especie de ardiente voluptuosidad en el dolor, y este devorarse el uno al otro se les había hecho tan necesario como el vodka o los entremeses. Por desgracia su constitución estaba, obviamente, empezando a agrietarse y se hallaban perfectamente encaminados hacia el manicomio o el sepulcro.

Para Herzen no era posible permanecer como mero espectador y, por turno, prodigaba a ambas partes, con un natural instinto de piedad, su

simpatía, su juicio y su meditación. Durante un tiempo los Engelson viajaron por Italia, pero su miserable condición común desafiaba todo cambio de escena y de clima, y volvieron a Niza para pedir a Herzen nuevos consejos. Herzen, temerariamente, prescribió una separación temporal. Ambos expresaron su cordial conformidad, pero no les era posible seguir el consejo (hubiérase requerido una fortaleza que ninguno de los dos poseía) y Madame Engelson, en cierto modo, nunca se lo perdonó. La amistas continuó. En los años trágicos de la vida de Herzen, Engelson fue su confidente y, en los momentos de depresión, su generoso compañero; actuó como principal lugarteniente en los últimos desagradables intercambios de vituperios con Herwegh y cuando murió Natalia se presentó, por encargo de su esposa, con la proposición de que el cuidado de los niños huérfanos le fuera confiado a ella. Se originó un curioso diálogo:

Repuse [cuenta Herzen] que mis hijos, exceptuando el chico, irían a París y que debía confesarle francamente que no podía aceptar su ofrecimiento.

Mi respuesta le dolió y a mí me supo muy mal que le hubiese dolido.

«Dime —añadí—, con la mano en el corazón: ¿Crees que tu esposa es capaz de educar niños?»

«No —respondió Engelson—, pero... pero quizá sería una *planche de salut* para ella. Sufre realmente, y siempre ha sufrido, y esto le traería nueva confianza y nuevos deberes.»

«Bien, pero suponte que el experimento no tiene éxito.»

«Tienes razón. No hablaremos más de ello. Pero es tan difícil.»

Engelson, que nunca pudo ocultar nada, repitió la conversación a su mujer y esto fue una nueva herida que enconó aún más su resentimiento contra el amigo y «salvador» de su esposo.

Los Engelson volvieron a Italia, Herzen se fue a Londres y durante unos meses los perdió de vista. Engelson se interesó en aerostática y en la teoría de construcción de globos. Su esposa, sintiendo la necesidad de algún estimulante espiritual se acogió al espiritismo[1]. Como Herzen destaca, Alejandra podía no sólo mover las mesas sino hacer girar a su marido con el dedo meñique; y así sucedió, inspirándole progresivamente toda la fuerza de su propio odio hacia Herzen. En los meses que siguieron a la muerte de Natalia, Herzen tuvo tal trastorno nervioso que estuvo tan irresponsable como el propio Engelson y los dos hombres se pelearon por correspondencia con el superficial pero brutal espíritu vengativo de dos escolares. Herzen, al no dar oídos, bastante gratuitamente, a la proposición de Madame Engelson, debió cargar con los niños y con el resentimiento de ésta por haberla rehusado. «Sabemos», notó

[1] Se encuentran en la correspondencia de Herzen varias referencias a la boga de la «mesa voladora» que invadió la sociedad europea de los años cincuenta. Para él constituía «una muestra cierta del abismo en que sus contemporáneos habían caído»

agudamente y, como es presumible, jocosamente, «que Saturno devoraba a sus hijos, pero nunca he oído que alguien entregara sus hijos a los amigos en agradecimiento a atenciones recibidas». No obstante, Engelson no había sido vencido. De modo irrelevante, pero con esta minúscula parte de verdad que es la peor de las calumnias, añadió que a Herzen siempre le había gustado «hacer teatro» y que ello había sido claramente visible en el proceder usado en toda su tragedia doméstica. «El hombre quiere un papel destacado, de preferencia trágico», citó de uno de los escritos del propio Herzen. Y, con una especie de malicia ingeniosa pero superflua, añadió que había comparado los textos alemán y ruso del pasaje en cuestión (que había aparecido originalmente en alemán) y que decían exactamente lo mismo.

Durante un año o más, las relaciones entre Herzen y Engelson cesaron por completo. Y las diferencias políticas reforzaron su personal animosidad. La guerra de Crimea estalló en marzo de 1854. Herzen opinaba que en estos choques de imperios y reinos el verdadero demócrata debe permanecer neutral. Engelson, con otros muchos *émigrés* (especialmente polacos) creían que Napoleón III era un bastón suficientemente bueno para apelar a Nicolás I y ofreció los frutos de sus investigaciones aerostáticas al gobierno francés. Escribió buen número de panfletos en ruso contra el gobierno ruso y, habiendo trasladado su residencia a Londres, los imprimió en las prensas rusas de Herzen. En julio dirigió al Ministro de la Guerra francés la siguiente carta, una copia de la cual remitió a Herzen:

EXCELENCIA

El 23 de mayo tuve el honor de dirigir a Su Imperial Majestad una carta en la que trazaba un plan para la utilización de globos (aeróstatos) para apoyar a la artillería. Tuve el honor de ser favorecido con un acuse de recibo de la Comisión de Peticiones del Consejo de Estado, fechado el 26 de junio, con el número 10.039, y ostentando la firma del Secretario de la Comisión, en el que se hacía constar que mi petición al Emperador había sido remitida a Vuestra Excelencia y que *cualquier otra petición o comunicación sobre este tema* debería ser dirigida a V. E., señor Ministro

Sacando en conclusión de lo anteriormente expuesto que mi plan no ha sido finalmente rechazado, me permito dirigirle el siguiente ruego:

En la antes mencionada carta a Su Majestad indicaba que los aparatos aerostáticos pueden ser utilizados igualmente para la distribución en Rusia de folletos en los que se expondría al pueblo ruso cómo había sido engañado por las manifestaciones de su gobierno acerca de las verdaderas causas de la presente guerra.

Si el Gobierno francés desea «para el triunfo de la causa de la Ley y la Civilización» hacer uso de tales folletos, propongo preparar tantos de ellos en lengua rusa como fueren necesarios, del mismo carácter que el que tengo el honor de incluir, en traducción francesa, para información de Vuestra Excelencia.

Siendo el autor del folleto incluido, corre de mi cargo proporcionar al Gobierno francés tantos ejemplares como se precisen, exactamente al precio de coste del papel y la reimpresión. Digo «reimpresión» porque la primera edición se halla ya agotada.

Estos artículos, escritos en contrapartida de los manifiestos del zar al pueblo ruso, podrían, creo, ser distribuidos por medio de los aparatos aerostáticos *descritos en mi antes mencionada carta a Su Majestad Imperial, colocándolos en* tubos impermeables a la humedad, o en hojas de papel impreso a prueba de humedad

Mi esperanza en esta propaganda mediante folletos se basa en la impresión que producirá, en un pueblo supersticioso como el ruso, el espectáculo de ver caer las hojas desde un globo flotando en el aire.

Desearía, señor Ministro, que al leer esta carta y la traducción incluida no se formara una desfavorable impresión de mis ideas por las faltas de estilo que necesariamente deben hallarse en mis escritos debido a que no he tenido la gran fortuna de nacer en Francia y a no haber hallado a nadie para que las corrigiera. Por otra parte, me honro garantizándole la pureza del estilo *popular* ruso con que están escritos mis artículos.

En la esperanza de verme honrado con su contestación, tengo el honor de ofrecerme, señor Ministro.

El más humilde y obediente servidor de Vuestra Excelencia.

VLADIMIRO ENGELSON

El brillante y original proyecto de alimentar a la población enemiga con propaganda desde el aire no interesó a Herzen ni a las autoridades francesas y su adopción fue diferida por unos sesenta años. La fría acogida dada a sus ambiciosos propósitos amargó a Engelson a quien, sin embargo, Madame Engelson proporcionó el consuelo de la revelación de los espíritus, que precedían la próxima defunción de Herzen. Más consuelo aún trajo el nacimiento de un hijo y la extraña pareja halló nuevos lazos en su común devoción por el niño y en su común enemistad para Herzen.

Las finanzas familiares hallábanse lejos de ser brillantes y aumentó su irritación cuando el propio Engelson se vio obligado, para equilibrar el presupuesto, a aceptar una oferta de hacer de profesor de los hijos de Herzen a cuatro chelines la hora, que posteriormente le fueron aumentados a ocho. Tal situación difícilmente podía dejar de producir, en gente así, una venenosa y fatal sensibilización. Herzen, una vez, se chanceó de su ansiedad cuando llamaron tres veces al médico por un resfriado del niño. «¿Es que nuestro niño tiene que morir sin asistencia médica», exclamó Madame Engelson, «porque somos pobres? ¿Y eres tú quien lo dice, tú, un socialista, un amigo de mi marido que se ha negado a prestarle cincuenta libras y lo explota con las lecciones?»

Las lecciones continuaron unas pocas semanas más, hasta que un buen día, apareció Engelson en casa de Herzen en ausencia de éste y dijo chillando a los asombrados niños y a su gobernanta que Herzen lo había llamado cobarde y esgrimió un revólver cargado con el que quería matarle a su regreso. Fue pacificado e inducido a regresar a su casa. Al

día siguiente ya estaba el incidente olvidado, pero Engelson escribió a Herzen que se hallaba indispuesto y pidió que los niños fueran a su casa para las lecciones en vez de acudir él a la suya.

Esto sucedía en mayo de 1855 y puso fin a la extraña historia de las relaciones de Herzen con los Engelson. Estos se trasladaron a Jersey y poco tiempo después moría Engelson a los treinta y cuatro o treinta y cinco años. Víctima, durante toda su vida, de la enfermedad romántica, *le spleen*, su tumba habría debido ostentar el epitafio destinado a otro héroe romántico: la cita del *Obermann* con la que Sainte-Beuve encabezó *La vie de Joseph Delorme:*

> No sufrió los golpes del infortunio pero hallóse arrastrado, al entrar en la vida, por una larga corriente de desilusiones y decepciones. Así vivió, así envejeció antes de tiempo, y así murió

Su esposa le sobrevivió diez años. En 1864 Herzen recibió una carta de Nápoles simulando que contenía un mensaje de su fallecida esposa Natalia en el que le exhortaba a abjurar de las cosas del mundo y a buscar en la religión la purificación de sus pecados. No llevaba firma, pero reconoció la letra de Alejandra Engelson.

CAPÍTULO VI

PRIMEROS AÑOS EN LONDRES

Cuando a finales del verano de 1852 Herzen llegó por primera vez a Inglaterra creía, con el fácil escepticismo que da la madurez de la cuarentena, que su vida había concluido. Una abrumadora tragedia había destruido, sin posible reparación, los fundamentos de su felicidad personal. Sus actividades públicas habíanse visto vaciadas de toda esperanza y significado por el triunfo universal de la reacción. Nada le quedaba sino pasar el resto de sus años en oscuro retiro, salvando para sus hijos cuanto pudiera del naufragio de su vida doméstica y viviendo lo más posible su credo político en el único país europeo donde la libertad no era del todo ahogada. Durante los cuatro años siguientes vivió en este estado de ánimo. Entonces, casi sin darse cuenta, halló que las cuerdas de su corazón volvían a responder a la familiar e íntima vibración de la pasión y el romance; y al mismo tiempo entró en la fase más importante de su carrera pública. Sin embargo, fue durante estos dolorosos y difíciles primeros años de Inglaterra —años en que careció de intimidad doméstica y de ocupación fija— cuando recogió las más vívidas impresiones del país donde había plantado su tienda.

Herzen nunca participó en los asuntos ingleses y su cáustica pluma no dejó a la posteridad ningún análisis sistemático de la vida inglesa en los años cincuenta del pasado siglo. Las impresiones que pueden recogerse de sus cartas privadas no fueron, a primera vista, particularmente halagadoras.

La vida aquí [escribió a un amigo ruso en 1855] es aproximadamente tan tediosa como la de los gusanos en un queso. No existe ni pizca de algo saludable, vigoroso o esperanzador. Victor Hugo nos lo describió admirablemente cuando llamó a los ingleses «un grand peuple... bête». Conservadores y radicales son,

ambos, simple basura y aun una basura mediocre. No son mejores los *émigrés*. No se puede esperar nada de *ellos*: son muertos que entierran a sus muertos.

Una o dos semanas más tarde rebajaba todavía más a los ingleses y los describía «como la raza más inferior de la humanidad, *positivamente* estúpida y maravillosamente descortés».

No fue éste, sin embargo, un juicio permanente. «Sin ninguna clase de duda», escribió a su amigo suizo Karl Vogt en 1857, «Inglaterra, con todos sus desatinos feudales y el "torismo"[1] que le es peculiar, es el único país donde se puede vivir.» Y en un largo pasaje de *Mi pasado y mis pensamientos* en el que compara las cualidades de las civilizaciones inglesa y francesa no se pronuncia, en modo alguno, a favor de esta última.

El francés ofrece un contraste total con el inglés. El inglés es una criatura solitaria, que gusta de vivir en su propia casa, testaruda y desafiante; el francés es una criatura de rebaño, pendenciero, pero fácilmente se le lleva a pacer. He aquí dos líneas de desarrollo completamente paralelas con el Canal de por medio. El francés espera, no interviene en nada de los asuntos ajenos y estaría más dispuesto a aprender que a enseñar, sólo que no tiene tiempo, tiene que irse a su comercio.

Las dos piedras angulares de la vida inglesa —libertad individual y tradición heredada— apenas existen para los franceses. La tosquedad de las maneras inglesas exaspera al francés (y realmente es molesto y constituye el veneno de la vida de Londres), pero éste no ve detrás de esto la ruda fortaleza con que esta nación ha defendido sus derechos, la inflexible obstinación que le permitirá a uno, halagando sus pasiones, obtener cualquier cosa de un inglés, convirtiéndolo en un esclavo que se deleita con los galones dorados de su librea y se deleita con sus cadenas en tanto que éstas estén cubiertas de laureles

El mundo del autogobierno y la descentralización, el crecimiento independiente y caprichoso, parécele al francés tan bárbaro y tan incomprensible que, aunque viva largamente en Inglaterra, no comprende jamás su vida política y civil, sus leyes y su sistema judicial. Se pierde en la incoordinada variedad de las leyes inglesas como en una selva oscura; le falta por completo la noción de la altura de los mayestáticos robles que la componen, y cuánto encanto, poesía y buen sentido puede hallarse en tanta variedad. Le apetece más un pequeño código con bien dibujadas y desbrozadas sendas, con árboles bien podados y con guardias en todas las avenidas

Hubo un período en que los ingleses se mostraron particularmente insistentes en sus derechos civiles y sus libertades[2]; y ello no dejó nunca de excitar la admiración de Herzen.

La confianza (prosigue) que aun los pobres sienten cuando cierran tras de sí la puerta de su oscura, fría y húmeda choza, hace cambiar completamente la perspectiva de un hombre... Hasta que vine a Inglaterra la aparición de un oficial

[1] En Inglaterra, al partido conservador se le llama «tory». *(N. del T.)*

[2] El famoso tratado de J. S. Mill, *Sobre la libertad*, fue publicado en 1859.

de policía en mi casa siempre me había producido una indefinible sensación desagradable y me ponía en seguida moralmente en guardia contra un enemigo. En Inglaterra, un policía a vuestra puerta refuerza, simplemente, vuestra sensación de seguridad.

Esta libertad se llevaba a veces tan lejos que Herzen se llenaba de estupefacción. Ningún incidente de la vida pública inglesa le produjo tanto asombro como la hostil agitación contra el príncipe consorte ante el estallido de la guerra de Crimea. Al desterrado de la tierra de los zares le parecía increíble que en las reuniones públicas se pidiera la acusación formal del consorte de la soberana reinante, y que los pilluelos pudieran, sin ser molestados, ir por las calles gritando que se enviara al príncipe a la Torre.

Pero las impresiones de Herzen sobre Inglaterra eran, y así permanecieron, las de un espectador desinteresado; eran más el producto de una distanciada observación que de un íntimo conocimiento. La tradicional actitud de los ingleses hacia los inmigrantes extranjeros impedía todo contacto real entre Herzen y los habitantes de la isla. Sus opiniones lo excluían de la sociedad ordinaria inglesa; en aquella época, como observa otro *émigré*, el agnosticismo era difícilmente compatible con la imagen de un *gentleman*. De vez en cuando, hacía fugaces apariciones en aquellos selectos círculos radicales que patrocinaban la democracia y el republicanismo continentales.

Se reunió una o dos veces con las más relevantes personalidades literarias del día, incluyendo George Henry Lewes y Thomas Carlyle, «un hombre de inmenso talento pero extremadamente paradójico»[1]. Pero éstas eran relaciones más públicas que privadas, y sólo una familia inglesa lo admitió, en este período, a un cierto grado de intimidad.

Herzen frecuentó este círculo de amigos gracias a Mazzini, a quien había conocido en Ginebra en 1849. Durante los primeros años de su residencia en Inglaterra, Mazzini había sido víctima de una intriga que había originado un inmenso escándalo popular. Se descubrió que unos oficiales de correos británicos habían violado, instigados por la policía austriaca, la correspondencia de Mazzini. Entre los que más se destacaron en la exposición de este asunto hallábase un tal William Ashurst, procurador radical, que había tomado parte en la campaña para la Ley de Reforma, y a quien su familia atribuía haber inspirado a Rowland Hill la inolvidable idea del sello de correo. Ashurst y su esposa, que tenían tres hijas crecidas, vivían en una casa de campo de Muswell Hill, un suburbio tan remoto e inaccesible que sus huéspedes de una noche a menudo tenían que andar cuatro millas hasta «El Angel», en Islington, antes de encontrar un coche o un ómnibus que los devolviera a la ciudad. Mazzini visitó asiduamente la casa y su correspondencia con la familia Ashurst es una encantadora reliquia de su estancia en Inglaterra.

[1] En los archivos de Herzen se ha conservado una carta de Carlyle dirigida a él, que reproducimos en el Apéndice B (pág. 337).

Las chicas Ashurst fueron debidamente casadas, Matilde con Martin Biggs, un procurador que ejercía en Sevenoaks, Emilia con Sidney Hawkes, y Carolina con James Stansfeld. Hawkes y Stansfeld eran copropietarios de una cervecería en Fulham. En 1850 Matilde Biggs visitó Niza, trayendo consigo una carta de presentación de Mazzini para Herzen. La relación así establecida fue reanudada cuando Herzen se estableció en Londres. Matilde le invitó a su casa en Sevenoaks (era su primera ojeada a la campiña inglesa) y a través de ella estableció relación con los otros miembros de esta excéntrica y dotada familia. Parece que, de las mujeres, Emilia Hawkes[*] fue su favorita, pero de los maridos estaba más íntimamente relacionado con Stansfeld. Stansfeld ingresó en el Parlamento, donde durante años fue un conspicuo defensor del derecho de asilo y de la causa de los refugiados políticos en Inglaterra. Por los años sesenta fue «Lord Junior» del Almirantazgo en el gobierno de Palmerston, pero su carrera ministerial fue breve; se divulgó el rumor de que con su nombre y dirección amparaba las cartas enviadas a Mazzini por los italianos republicanos y revolucionarios y fue ferozmente atacado en la Cámara de los Comunes por Disraeli, quien declaró que el «Lord Junior» del Almirantazgo sostenía «correspondencia con los asesinos de Europa»; y sólo con su dimisión salvó al gobierno de un serio contratiempo.

De todas formas, éstas y otras relaciones de aquel tiempo no jugaron un papel considerable en la vida de Herzen. Sus relaciones constantes durante los primeros años de su residencia en Inglaterra fueron la multitud de refugiados políticos que desde 1848 se habían agrupado procedentes de todos los rincones de Europa en busca de un pedazo de suelo europeo donde vivir, hablar y conspirar en paz; formaban grupos nacionales más o menos coherentes. Entre los italianos era Mazzini el jefe reconocido y sin rival. Los húngaros reconocían la jefatura de Kossuth, los polacos la de Worcell. Los franceses estaban divididos entre Louis Blanc y Ledru-Rollin, los protagonistas de la revolución de 1848, autor, el primero, de la famosa *Histoire des Dix Ans*, y el segundo del folleto *De la Décadence de l'Angleterre*. Los alemanes, dispersos y desunidos lo mismo en su patria que en el extranjero, no habían aceptado jefe alguno para su numerosa colonia de emigrados. Estas cinco nacionalidades —italianos, polacos, húngaros, franceses y alemanes— formaban el principal cuerpo de refugiados, y Herzen, que representaba un país hasta el momento no asociado al movimiento democrático, fue bien recibido como complemento de la asociación. Y lo

[*] Durante la estancia de Herzen en Inglaterra, Emilia se divorció de su marido y casó de nuevo con un italiano, seguidor de Mazzini, llamado Ventura. En 1866 Herzen escribió a Mazzini desde Ginebra una carta que arroja alguna luz sobre su amistad con los Ashurst. «¡Pobre Emilia!», decía, «Los recuerdos de mis primeros años en Londres (52 y 53) van tan íntimamente ligados con mis propias cuitas, con Madame Ventura y todo su círculo de aquel tiempo, que mi corazón sangra leyendo tus palabras.» La carta está reproducida en *Cartas de Mazzini a una familia inglesa*

fue doblemente, por la razón de que, al revés que casi todos los demás refugiados, tenía una bien abastecida bolsa y no estaba mal dispuesto para aflojar sus cordones en beneficio de sus menos afortunados compañeros. La tradicional hospitalidad del *gran seigneur* ruso lo afirmó incluso en el brumoso Londres *bourgeois*. Herzen mantuvo abierta su casa y todos los emigrados abandonados a su suerte supieron donde acudir cada noche a beber su vino, a fumar su tabaco y a platicar alegre o gravemente, según el humor, a cualquier hora que fuese.

No obstante, aunque sus amistades eran casi exclusivamente políticas, las excursiones de Herzen a la vida pública eran acontecimientos raros. Fueron los polacos los primeros en sacarlo de su reclusión. Hizo su primera aparición en público en un mitin en Hannover Rooms, el 29 de noviembre de 1853, para celebrar el aniversario de la insurrección polaca de 1830. Worcell presidía; oradores de diversas nacionalidades disertaron acerca de los sufrimientos de Polonia y de su próxima resurrección. Herzen, brillante polemizador en la vida privada, carecía de experiencia de tribuna. Worcell, al presentarlo al auditorio, expuso que «en su propio país al orador nunca se le había permitido hablar en público» y pidió autorización, en su nombre, para hacerlo leyendo un manuscrito. Su discurso, pronunciado en francés (a Herzen nunca le fue fácil hablar en inglés), terminó con el slogan: «¡Por una Polonia independiente y una Rusia libre!» Al final de la frase, Worcell, echándosele al cuello, dijo que «perdonaba a Rusia en nombre de Polonia», mientras 1.500 asistentes aplaudían la reconciliación de las dos naciones eslavas hermanas. Herzen se habría encontrado en el séptimo cielo de la delicia si aquel diablo del escepticismo que llevaba dentro no le hubiera traído a la mente, en el momento del triunfo, un fragmento de diálogo de la famosa comedia satírica rusa *La desgracia de ser inteligente*:

—¿Y qué *hacéis* en vuestro club?

—Gritamos, hermano, gritamos.

Dieciocho meses más tarde, Herzen habló en otro mitin público cuyo carácter, a la vez representativo y social, se pone claramente de manifiesto en el programa que lo anunciaba:

En conmemoración del
GRAN MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE 1848
ALIANZA DE TODOS LOS PUEBLOS
Será presentada
una
velada
internacional
seguida de un
Mitin Público
en
Saint Martin's Hall,
Long Acre,
el

Martes, 27 de febrero de 1855.
Han sido invitados los siguientes distinguidos representantes de la Democracia Europea:
FRANCIA Louis Blanc, Victor Hugo, Barbès, Felix Pyat, Ledru-Rollin, Raspail, Eugéne Sue, Pierre Leroux.

ALEMANIA Kindel, Marx[1], Ruge, Schapper
ITALIA: Bianciani, Saffi, Mazzini.
HUNGRÍA: Teleki, Kossuth.
POLONIA Worcell, Zeno-Swientoslawski.
RUSIA *Herzen.*
INGLATERRA W. Coningham, J. Finlen, Cooper, Mayne-Reid, J. Beal, Gerald Massey.

Ernest Jones, Presidente.
Alfred Tallandier, Sec. francés.
Dombrovski, Sec. polaco.
M. Bley, Sec. alemán.
B. Chapman, Sec. inglés.
Té a las cinco en mesa. Se abrirán las puertas a las siete y media para empezar a las ocho.
Ticket doble, 2 s. 6 d. Idem simple, 1 s. 6 d. Id. mitin, 3 d.
Se encontrarán tickets en St. Martin's Hall.

Aunque se hallaba en auge la guerra de Crimea, Herzen fue —según reportó *The Times*— «recibido con entusiasmo» y su discurso fue «el más notable de todos». Habló de la cercana revolución y del socialismo como «el joven heredero del viejo régimen moribundo», y en medio de los aplausos con que fue obsequiado recibió, al sentarse, un ramo de flores que le entregó una dama, indistintamente descrita como inglesa o como polaca.

Entretanto, en febrero de 1854, había asistido a otra notable reunión de carácter semipúblico que fue extensamente comentada por la prensa inglesa y transatlántica. El cónsul americano, Mr. Saunders, dio un banquete a una docena de los principales refugiados extranjeros en Londres. Entre los comensales compañeros de Herzen se hallaba Garibaldi (que estaba de visita en Londres y con quien se encontró por primera vez), Mazzini (el verdadero organizador del ágape), Orsini (cuyo intento, pocos años más tarde, de asesinar a Napoleón III estuvo al borde de provocar una ruptura entre Inglaterra y Francia), Kossuth, Ledru-Rollin, Worcell y otros jefes refugiados. Un inglés, Sir Joshua Walmsley *M. P.*[*] ofreció el banquete en virtud de sus bien conocidas

[1] Marx rechazó la invitación. «No quiero en ninguna parte ni en ningún momento aparecer en la misma plataforma que Herzen», escribió a Engels, «puesto que no participo de la opinión de que *la vieja Europa debe ser rejuvenecida por la sangre rusa*»

[*] M. P.: Miembro del Parlamento. *(N. del T.)*

tendencias radicales y se completó la partida con el embajador americano James Buchanan, futuro presidente de los Estados Unidos.

El primer acto de la noche consistía en presentar mutuamente a Kossuth y Ledru-Rollin, que, debido a una obstinada negativa de ambos a dar el primer paso, nunca habían podido conocerse. Gracias a la actuación combinada de Mazzini y Buchanan, el encuentro se realizó con tan perfecta simultaneidad que ni el altanero aristócrata húngaro ni el susceptible *bourgeois* francés pudieron reprocharse el haber ido demasiado lejos en dar este primer paso. Luego se sentaron todos a comer. La tarjeta que señalaba el lugar de Herzen llevaba la inscripción «el Republicano Ruso»; en aquellos días Herzen era más una institución que una persona. La presencia del embajador dio al acto un tono digno. Como verdadero diplomático conversó amablemente con los comensales republicanos «tal como había amablemente hablado con Orlov y Benckendorff en el Palacio de Invierno, cuando se hallaba de embajador en la corte de Nicolás I». Pero, con sorpresa y disgusto de Herzen, no hizo ningún discurso. Nadie podría afirmar que un embajador americano se había asociado a una demostración política.

El embajador se retiró pronto pero la dignidad de Kossuth no permitía que un embajador se marchara antes que él y se fueron simultáneamente. A su partida siguió una cierta relajación en la sobriedad de los procederes. Mr. Saunders, deseoso de beber brindando por la «república mundial», propuso una mezcla de «ponche americano confeccionado con whisky de Kentucky», y entretanto punteó en la guitarra *La Marseillaise*, en aquellos días todavía un canto revolucionario internacional. Cuando el ponche llegó, Mr. Saunders (sigamos la narración de Herzen)

> ...lo probó, se declaró satisfecho, y lo vertió en grandes tazas de té. Sin sospechar nada, me tomé un buen trago y en los primeros momentos se me cortó la respiración. Al volver en mí, vi que Ledru-Rollin se llevaba su taza a los labios. Lo detuve. «Si en algo aprecia su vida», dije «beba con calma este refresco de Kentucky. Yo, un ruso, me he quemado el paladar, la garganta y todo el conducto alimenticio. ¿Cómo le sentará a usted? En Kentucky deben de preparar su whisky con pimienta roja empapada en vitriolo.»
>
> El americano sonrió irónicamente y se recreó en la debilidad de los europeos. Pero, imitador de Mitrídates[1] desde mi infancia, tras haberme engullido una taza llena fui el único de los presentes que pidió más. Mi afinidad química para con el alcohol aumentó enormemente mi prestigio a los ojos del cónsul.
>
> «¡Bien!», exclamó. «Tan sólo en América y en Rusia sabe beber la gente.»
>
> Todavía hay otra halagadora semejanza, pensé yo. Sólo en América y en Rusia saben apalear a los esclavos cautivos hasta la muerte.

Así terminó «el banquete *rojo* dado por los defensores de la esclavitud *negra*». Herzen no turbó la armonía de la reunión expresando tan punzantes comparaciones.

[1] Mitrídates se protegía contra el peligro de envenenamiento tomando veneno en dosis homeopáticas.

Entre tanto, los asuntos domésticos de Herzen se asentaron sobre una inesperada base. Pasó su primer invierno en Londres en una casa de los alrededores de Regent's Park, alquilada a un escultor de gustos católicos que había adornado el salón con bustos de la reina Victoria y de la famosa cortesana Lola Montes. Allí vivió Herzen con su hijo Sacha y el general austriaco Haug, que los había acompañado a Londres. Las hijas, Tata y Olga, quedaron en París al cuidado de los Reichel. Las cartas de Herzen a María Reichel son una fructífera fuente de información respecto a estos años de su vida.

Herzen había llegado a Londres sin planes para el futuro. Habló de estar sólo unas pocas semanas o unos pocos meses. En sus más imaginativos momentos no había soñado nunca en una ininterrumpida estancia de más de doce años. Pero cuando pasó el invierno y empezó a asentarse en esta triste ciudad extranjera, sintió la necesidad de restablecer su círculo familiar. Se aproximaba el primer aniversario de la muerte de Natalia y no pudo sufrir por más tiempo estar separado de sus hijas. Alquiló una amplia casa en Euston Square, adonde, en mayo de 1853, las muchachas fueron a reunirse con él acompañadas de la institutriz alemana María Formm, que había estado con ellas desde la muerte de su madre. Olga tenía dos años y medio y Tata, ocho. Sacha, que había alcanzado los catorce, había tenido ya cinco profesores. Era tiempo de que Tata tomara sus primeras lecciones; Herzen adoptó como profesora a una señorita alemana llamada Malwida von Meysenburg.

Fräulein von Meysenburg era hija de padre francés, de origen hugonote, y de madre alemana. Su padre se había establecido en Cassel, donde nació Malwida en 1816, y su título alemán fue la recompensa a servicios rendidos al príncipe Guillermo II de Hesse. La educación de Malwida fue puramente alemana y luterana, con un sabor predominantemente religioso. La niña, al crecer, pensó mucho acerca del otro mundo y su enfermiza constitución la habilitó a contemplar, con decorosa satisfacción, la perspectiva de su pronta admisión en él. Estas esperanzas juveniles no se vieron colmadas, ya que vivió hasta sobrepasar los ochenta y siete años. Sin embargo, a pesar de que pronto mudaron las convicciones religiosas de su adolescencia, Malwida conservó, a lo largo de toda su existencia, la apasionada seriedad inculcada por sus educadores. Un toque de ligereza o una despreocupada *joie de vivre* eran características que ni las poseía ni las admiraba en los demás.

Era, también, romántica, a su manera. Vivía, como dice en sus *Memorias*, en «un imaginario mundo de sublimes virtudes, de persecuciones y crímenes horribles, y de brillantes triunfos del bien sobre el mal». Su primera *Schwärmerei* adolescente fue, bastante apropiadamente, para el pastor luterano que le administró la primera comunión. Su corazón y su conducta se mantuvieron, sin embargo, austeros. Desaprobaba y le disgustaban las livianas diversiones de sus contemporáneos; y a los veintisiete años tuvo su propia experiencia de un asunto amoroso serio.

Oyó el primer sermón del hijo de su reverendo pastor, un joven de veintiún años, y se enamoró fulminantemente de él. Se llamaba Teodoro Althaus. «Pálido de faz», escribe en sus *Memorias*, «con las facciones bien conformadas y nobles de las razas del sur, largos y gruesos cabellos le llegaban a los hombros siguiendo la moda de los estudiantes del día, y su frente era la frente de los pensadores y los mártires». Establecióse entre ellos una amistad de tipo intelectual y ávidamente discutían, de palabra o por carta, problemas religiosos, éticos y políticos. El joven Teodoro no se mantuvo fiel por mucho tiempo a las doctrinas en que había sido formado, y, en 1846, escribió un folleto con el ambicioso título *El futuro de la cristiandad*, en el que negaba la divinidad de Cristo y abogaba por la fundación de una nueva iglesia sobre bases dogmáticas; sus opiniones políticas adoptaron también un matiz de insumisión. Malwida tenía más impresionable la mente que los sentidos y su inocencia, aunque no su ortodoxia, sobrevivió a su apasionada relación con el joven rebelde. Peleóse con sus padres y aplaudió y se sumó a las ideas radicales de Teodoro, que quizás, en parte, ella había inspirado.

Sin embargo, no estaba destinada a inspirar ninguna pasión duradera. Sus fotografías sugieren que era una mujer notablemente hermosa pero la dignidad de su perfil quedaba anulada por una tez marchita y unos ojos obviamente miopes; sus contemporáneos no la encontraron atractiva. Unos años más tarde, Herzen se refiere simple y llanamente a ella como un «terrible esperpento». Teodoro pronto se desplazó a Leipzig y de allí a Berlín en donde prosiguió sus estudios y se vio envuelto en los primeros episodios de la revolución de 1848.

Su separación de Malwida atemperó el ardor de sus sentimientos para con ella, y tras cinco años de ardiente amistad mostró señales de indiferencia que ella no pudo ignorar. Quizá se hallaba demasiado absorbido por la revolución, o quizá se había dado cuenta, a sus veintiséis años, que Malwida le sobrepasaba en seis. Ella le reprochó su negligencia, él evitó la explicación tanto tiempo como pudo y cuando al fin se vio acorralado le dijo francamente que «si hubiera sido más coqueta, hubiese jugado sus cartas de otra forma y lo habría conquistado». Expió sus actividades revolucionarias con una temporada de prisión y Malwida tuvo suficiente capacidad de perdón para volver de nuevo a cuidar de él en su lecho de enfermo. Murió a comienzos de 1852.

En el ínterin, Malwida se había hecho sospechosa a los ojos de la policía prusiana y cuando efectuó una visita a Berlín le fueron registrados sus papeles y ella misma fue interrogada acerca de sus opiniones y sus actividades. Viéndose o imaginándose, en peligro de arresto, huyó a Hamburgo, donde embarcó para Londres. Allí se encontró con Gottfried Kinkel, un antiguo camarada de Althaus, y su esposa Joanna, ambos refugiados de la revolución alemana y se estableció cerca de ellos, en el elegante suburbio de St. John's Wood, en el verano de 1852. Sus experiencias de la policía berlinesa no habían

debilitado en modo alguno su patriotismo alemán, y cuando tres meses después de su llegada a Londres oyó ejecutar, en las exequias del Duque de Wellington, a la agrupación de bandas, la Marcha Fúnebre de Beethoven declaró, con satisfacción, que «la más alta belleza espiritual siempre había salido de Alemania».

De Kinkel y su esposa, Herzen dejó un par de sus más brillantes y característicos retratos, inmortales por su ironía, penetración y malicia:

Gottfried Kinkel era el jefe de una de las cuarenta veces cuarenta sectas alemanas de Londres. Cuando lo miraba me maravillaba siempre de cuán magnífica, cuán jupiteriana cabeza tenía plantada encima de sus hombros de profesor de alemán, y de cómo un profesor alemán había hallado su camino, primero en el campo de batalla y luego, herido, en una cárcel prusiana. Pero quizá lo más notable era que, con todo esto, *plus* Londres, no había cambiado en absoluto. Seguía siendo un profesor de alemán. Alto, con su cabello y su barba grises, su gran apariencia le daba una majestuosa cualidad e infundía respeto, a lo que él añadía una especie de unción oficial, algo de magistrado o de arzobispo, solemne, altisonante y modestamente satisfecho de sí mismo. Pueden hallarse distintas variaciones de estos atributos en predicadores elegantes, damas, médicos (especialmente los que practican el magnetismo), abogados dedicados especialmente a la defensa de la moralidad y en los jefes de camareros de los hoteles aristocráticos ingleses. En su juventud, Kinkel había estudiado teología y las actitudes de clérigo lo continuaron caracterizando aun después de haberse librado de su influencia, lo que no tiene nada de sorprendente habida cuenta que hasta Lammenais, que tanto había profundizado en las raíces del catolicismo, acabó finalmente con apariencia de *Abbé*. Los bien redondeados y fluidos parlamentos de Kinkel, correctos y ajenos a todo extremismo, sonaban como un discurso didáctico. Escuchaba a los demás con estudiada condescendencia y a sí mismo con sincero placer.

Joanna Kinkel acosaba a su marido con una implacable admiración y unos celos, igualmente implacables, que servían para que ambos parecieran ridículos.

Kinkel conservó siempre su aire de distinción y ella conservó siempre su admiración por él. Conversaban entre sí sobre los sucesos más cotidianos con el estilo de los dramas de sociedad (la elegante *haute comédie* alemana) o de las novelas didácticas. «Mi querida Joanna», diría él melodiosa y distintamente, «ten la bondad, ángel mío, de servirme otra taza de este excelente té». «Me parece divinamente, mi querido Gottfried, que te guste. Ponme, querido, unas pocas gotas de leche.» Y él le pondría la leche mirándola con afecto y ella le miraría a él con gratitud.

Joanna perseguía sin piedad a su marido con inacabables y pródigos cuidados, le daba un revólver cuando había niebla y le suplicaba que se protegiera con chalecos especiales contra el viento, contra las malas lenguas, contras los alimentos indigestos y (secretamente) contra los ojos de las mujeres, más peligrosos que el viento o el *paté de foie gras*. En una palabra, le envenenaba la vida con sus punzantes e inmoderados celos y sus incesantes exhibiciones de afecto.

Joanna tiene aún otro título para ser recordada por la posteridad. Dejó una novela, *Hans Ibeles en Londres*, que fue publicada en alemán después de su muerte y que, como cuadro de la vida de una familia extranjera en los suburbios de Londres a mediados del período victoriano, merece la atención de todos los estudiosos de aquella época. A veces su humor es forzado, como cuando un fabricante de matacucarachas pone las armas reales en sus tarjetas comerciales y se califica a sí mismo de «Exterminador de S.M. la Reina y de S.A.R. la duquesa de Kent». Otras veces se muestra totalmente desprovista de conocimiento de la realidad, como en el siguiente ejemplo, referente a la supuesta grosería de los ingleses para con el invasor extranjero:

> Un cochero a quien (Ibeles) preguntó en correcto inglés: «¿Tendrá la bondad, señor, de llevarme a casa del señor Mutebell, en el número 3 de Queen's Street?», volvióse hacia un compañero y le dijo: «Este caballero habla francés. No puedo entenderlo».

En general la novela es francamente autobiográfica. Gottfried Kinkel aparece como el héroe: un delicado y sensible artista, un «Endimión de media edad», cuyo único defecto es una platónica debilidad para las halagadoras atenciones del otro sexo. Joanna es la esposa noble, aunque ligeramente celosa, del héroe, y Malwida von Meysenburg es fácilmente reconocible en los rasgos de la institutriz Meta Braun, que nutre una desesperada pasión por un compañero *émigré*, pero que, desgraciadamente,

> no le había inspirado, ni a él ni a otros, sueño alguno, debido a que su espíritu se hallaba falto de toda clase de encantos que hubiesen ayudado a olvidar que no era bonita.

Fracasada en el intento de cautivar al hombre de su corazón, Meta emigra a Australia y el héroe y su perfecta esposa, tras una crisis de distanciamiento, se reconcilian para siempre en las últimas páginas. En la vida real el fin fue más trágico. Pocos años más tarde, Joanna, en un loco ataque de celos, se tiró por la ventana.

Fue en esta exaltada y rarificada atmósfera de los Kinkel, que no compaginaba con el temperamento de Malwida, en donde ésta conoció a Herzen en el invierno de 1852-53. Antes de que abandonara Alemania alguien le había obsequiado con un ejemplar del ensayo de Herzen *Desde la otra orilla*, y quedó asombrada de descubrir en los escritos del desconocido ruso «un reflejo de nuestro perdido ideal, de nuestras insatisfechas ambiciones, de nuestra desesperación y nuestra sumisión al destino». El encuentro confirmó su favorable impresión. Herzen tenía entonces, como recuerda ella en sus *Memorias*, «una fuerte y poderosa figura, con cabello y barba negros, de amplias facciones eslavas y ojos notablemente brillantes que reflejan —más que todos los que he visto— sus vivos e intensos sentimientos. Por parte de Herzen la

impresión fue igualmente agradable. La relación continuó. Malwida se ganaba la vida dando lecciones, y por lo tanto era natural que Herzen se dirigiera a ella cuando decidió traer a sus hijas a Londres.

Malwida se hallaba en los últimos años de su tercera década y el instinto maternal era más fuerte en ella que sus insatisfechas pasiones. Su anhelante afecto se posó en las niñas Herzen, huérfanas de madre. Tata, su alumna, era caprichosa y ya lo bastante mayor para tener voluntad y carácter propios, pero la desvalida y atractiva Olga, que en gracia y delicadeza de facciones se parecía a la madre a quien no podía recordar, produjo la más profunda emoción en Malwida. Cuando a últimos de julio fueron suspendidas las clases, Malwida se fue de vacaciones a Broadstairs y allí se dio cuenta, por primera vez, del lugar que Olga ocupaba en su vida. Se volvió casi histérica en su soledad. Escribió a Herzen rogándole que trajera a sus hijos a Broadstairs y le acusó de egoísta apego a las diversiones londinenses. Pero Sacha tuvo anginas, Herzen tenía trabajo, y las niñas no podían ir solas. Herzen rechazó con cierta aspereza la insinuación de que Regent Street y el Café Verrey era el *summum bonum* de su existencia y observó que el mar de Inglaterra, tal como él lo había visto en Folkestone, «estaba lejos de ser bello y azul como el Mediterráneo».

Cuando Malwida regresó de Broadstairs tenía ya formada su idea. Herzen le dio una ocasión al lamentarse del desorden doméstico de María Fomm, el aya alemana. Ella le escribió (incluso luego, cuando vivieron bajo el mismo techo, se comunicaban a menudo por carta) ofreciéndose para vivir en su casa y cuidarse de sus hijos. Añadió que, desde el momento que se había ofrecido por amistad y sentido del deber, no podía aceptar pago alguno por sus servicios y que continuaría dando lecciones fuera de casa para subvenir a sus necesidades.

El viudo, con tres hijos entre las manos, y sin gusto ni talento —como francamente admitía— para la educación de los jóvenes, aceptó con alacridad la oferta y en noviembre de 1853 Malwida von Meysenburg entró en el hogar de Herzen. Pronto dejó sentirse la fuerte mano reformadora, que fue usada ante todo sobre el mismo Herzen. Sus casi diarias recepciones de políticos refugiados fueron la primera piedra de la ofensiva. Malwida, cuyas simpatías eran más intensas que gregarias, no perdió el tiempo expresando su desaprobación para este enjambre de parásitos internacionales que tomaban la casa de Euston Square como lugar de libre esparcimiento, y perturbaban la paz hogareña hasta avanzadas horas de la noche.

Le dije francamente [registra en sus *Memorias*] que había ido allí no sólo para guiar a sus hijos por el camino recto en todo cuanto estuviera en mi poder, sino también para conservar al padre para sus hijos y, con su ayuda, crear la feliz vida del hogar donde únicamente puede florecer la infancia y donde se puede sembrar la semilla bendita que algún día dará flores y frutos. Con la misma extraordinaria franqueza con que se juzgaba a sí mismo y que era una de sus características, y con la valentía con que siempre confesó sus defectos, admitió que su debilidad

era la incapacidad de crear tales condiciones y que me daba plenos poderes para llevarlo a cabo. Le aconsejé que señalara dos noches a la semana para recibir a sus amistades, y que diera órdenes estrictas que durante el día y el resto de las noches la casa debía ser dejada en paz. Consideró que una sola noche era bastante y dio los pasos necesarios para que así fuera. En este aspecto pronto tuvimos una paz completa.

Su fácil victoria sobre Herzen animó a Malwida para afrontar el problema de María Fomm. Las relaciones entre ambas mujeres se habían hecho imposibles. El aya era considerada, antes de la llegada de Malwida, como un miembro de la familia y la incuestionable autoridad en todo lo concerniente a los niños, y Malwida la trataba como una doméstica. La disputa se extendió a los niños. Mientras Olga iba pegada a Malwida, Tata tomaba a veces, por pura perversidad, el partido del aya y rehusaba obedecer a la nueva gobernanta. Malwida acudió a Herzen. Característicamente, ofreció más resistencia por María que por él mismo, pero el resultado era inevitable. A principios de Año Nuevo María fue despedida y Malwida gobernó sola.

La necesidad más fuerte de la naturaleza romántica de Malwida fue, a lo largo de toda su vida, un héroe a quien reverenciar. Su entusiasmo era más notable que su discernimiento. En su juventud había adorado a Teodoro, el de la larga cabellera; en sus años maduros se postró, por turno, ante las más abruptas grandezas de Wagner y de Nietzsche; y Herzen llenó, por unos meses, este papel esencial en su vida. Cuidaba de su bienestar físico y espiritual, gobernaba su hogar, y estudió el ruso para poder traducir escritos de él a la lengua materna propia; pero él tenía con ella otra deuda de gratitud más sutil. Cuando Malwida entró a ocupar su lugar en la familia de Herzen, éste se hallaba todavía obsesionado y amargado por el recuerdo de Natalia y Herwegh. Actualmente, su mente se empezó a aclarar.

Realmente, contigo ha ocurrido una cosa (dijo una vez a Malwida): el mal que un alemán hizo a mi vida, tú te has esforzado en transformarlo en bien.

Y cuando Malwida asintió, añadió:

Bien, lo has conseguido.

En la primavera de 1854, indujo a Herzen a trasladarse a una casa de Richmond y en verano incluso lo persuadió de que la costa de Inglaterra era menos despreciable de lo que él suponía. La familia entera pasó el mes de setiembre en Ventnor.

El Año Nuevo de 1855 fue celebrado de manera particularmente solemne. La familia Herzen acababa de trasladarse a una amplia casa en Twickenham. Instalóse un monumental árbol de Navidad y fueron invitadas un gran número de personas de todas las nacionalidades. Poco antes de dar la media noche, Herzen mostró un ejemplar de la nueva

edición en ruso de su libro de ensayos *Desde la otra orilla* (hasta entonces publicado solamente en alemán) y requiriendo a Sacha le leyó en voz alta, y entre la más silenciosa atención de los invitados, la carta-dedicatoria *A mi hijo Alejandro,* que luego fue el prefacio de todas las subsiguientes ediciones. Las sentencias que concluyen la carta expresan admirablemente el temperamento de Herzen, así como sus opiniones y sus ambiciones de aquella época:

> Nosotros no construimos sino que destruimos; no proclamamos una nueva verdad, sino que abolimos una vieja mentira. Los hombres contemporáneos sólo construyen el puente; los aún desconocidos hombres del futuro, lo cruzarán. Tú quizás lo veas. No te quedes en esta orilla. Mejor es morir por la revolución que salvarse en la sagrada reacción.
>
> La religión de la revolución, la de la gran transformación social es la única que te lego. Es una religión sin paraíso, sin premios, sin conciencia de sí misma. Ve, a su hora, a predicarlo a nuestro pueblo *en nuestra patria:* una vez amaron mi voz y quizá me recuerden. ¡Doy mi bendición a tu empresa en nombre de la razón humana, de la libertad del individuo y del amor fraterno!

Terminada la lectura, el chico prorrumpió en llanto y se echó en brazos de su padre. Los invitados se emocionaron profundamente y su pensamiento se trasladó a la tierra natal, que la mayoría nunca volverían a ver. Uno de ellos confió a Malwida la opinión de que Herzen era «algo divino». Hacía una noche clara y helada y fueron a Richmond Park para recobrarse de las emociones de este solemne acto. Su influencia sobre el joven Alejandro fue pasajera. Al igual que otros hijos, rehusó hincar la rodilla ante los dioses de su padre. El creció, no como su padre en la violenta atmósfera romántica de los años treinta, sino en los prósperos y sólidos años cincuenta de la Inglaterra victoriana. La revolución no significaba nada para él y el país donde había nacido sólo era un nombre en un mapa. Tras una tempestuosa juventud se acogió a una vida modelo de *bourgeois* respetable, como profesor de fisiología. Pasó sus últimos años en Lausana, donde murió en 1906. Nunca volvió a Rusia, y con el tiempo el ruso se fue oyendo menos y menos en su casa.

La guerra de Crimea vino y se fue. Murió el zar Nicolás I y le sucedió el zar Alejandro II. Las actividades públicas de Herzen se incrementaron. En el hogar, Malwida sostenía su indiscutido dominio y él expresó el deseo de que en la eventualidad de su muerte ella se encargara de la educación de sus hijas. En la primavera de 1856, su vida se había hecho más tranquila, más regular y menos agitada que en cualquiera de los períodos anteriores de su carrera. Entonces, el 9 de abril, estando la familia sentada en la mesa, un coche cargado de baúles paró ante la casa de Finchley Road donde a la sazón vivían[1]. Sus ocupantes se acercaron a la puerta y Herzen reconoció la voz de Ogarev, el más antiguo e íntimo

[1] En el Apéndice C (pág. 359) se da una lista de los sucesivos domicilios de Herzen en Londres.

amigo de su juventud, casado ahora con Natalia Tuchkov, la apasionada y encantadora «Consuelo» de la difunta esposa de Herzen.

Natalia iba en el coche con Ogarev. Hacía siete años que Herzen no la había visto y cerca de diez que no había visto a su amigo. Abrazó fervientemente a ambos, los presentó a Malwida y los niños y dio orden de que no se admitiera a ningún visitante durante cuarenta y ocho horas.

Tres días antes de la llegada de Ogarev, durante la noche y «sin ninguna razón», el anillo de boda de Herzen se rompió súbitamente. Era la víspera de su cuadragésimo cuarto cumpleaños. No era supersticioso, y festivamente sugirió que alguno de sus amigos podía consultar a los espíritus para investigar el significado del portento.

CAPÍTULO VII

EL POBRE NICK - I

«Herzen», comentó uno de sus contemporáneos, «es el europeo cons*tantemente activo, que vive una vida expansiva y asimila ideas con el* sólo fin de aclararlas, desarrollarlas y difundirlas. Ogarev es el asiático quietista en cuya alma están latentes profundos pensamientos poco claros incluso para él mismo». Los psicólogos de cierta escuela podrían hallar un predominio de elementos masculinos en Herzen y de elementos femeninos en Ogarev. Los ingleses, preocupados por la colaboración literaria de ambos, quizás pensarán en Addison y Steele, que recuerdan algo esta misma alianza de sólida valía y díscolo encanto, pero estas comparaciones y estos contrastes, si bien son sugestivos, están lejos de ser exhaustivos; el carácter de estos dos amigos de toda la vida es demasiado complejo y vivo para ser contenido en una fórmula. Desde la época de su primera unión en la colina de los Gorriones fueron compañeros inseparables hasta que fueron alejados el uno del otro por el encarcelamiento del verano de 1834. Luego, durante más de veinte años, a excepción de una corta temporada en Moscú, raramente volvieron a estar juntos hasta que en 1856 sus rutas convergieron de nuevo en Londres. El presente capítulo, que describe el camino andado por Ogarev durante estos veinte años, hará las veces de preludio a su renovada relación.

Nicolás Platonovich Ogarev —conocido por sus íntimos con el nombre de Nick— era hijo de un rico propietario rural de la provincia de Penza. Durante su edad temprana parece que fue víctima del azote de la epilepsia, pero hasta la mitad de su vida, los ataques no fueron lo suficientemente graves y frecuentes como para alarmar a sus amigos. Al igual que otros miembros del círculo de Herzen, se halló envuelto en la llamada conspiración de Sokolovsky, pero su papel fue menos impor-

tante que el de su amigo. Mientras Herzen fue desterrado a la lejana Vyatka, las autoridades se contentaron con enviar a Ogarev a la provincia de Penza a vivir «bajo supervisión» en la hacienda de su padre. Contaba entonces veintiún años. El viejo Platón Ogarev era un hombre de opiniones ortodoxas y vida ejemplar al que horrorizaban las compañías de su hijo en Moscú. Para distraerle de sus peligrosas aficiones a la poesía y a la filosofía, lo instigó a gustar de los rivales encantos de una joven sierva de su hacienda y lo introdujo, además, en la sociedad elegante de la capital provinciana.

El poeta y filósofo que había en Ogarev protestó amargamente contra la intolerancia y tiranía paternas, pero su juventud no dejaba por ello de ser susceptible a las más mundanas incitaciones que le ofrecía su padre con respecto a los encantos femeninos. Tenía, ciertamente, alma y corazón romántico, pero el amor romántico sólo era una función del alma, sin relación con las libertades del cuerpo. Y el pobre Nick siempre confesó una debilidad por las mujeres.

A los quince años [escribió más tarde a su novia] yo soñaba con el puro y celestial amor que ahora estoy experimentando. A los dieciséis, mi apasionada imaginación me empujó a enamorarme y di con una desilusión que destrozó mi fe en el amor. A los diecisiete quise poseer a una mujer y satisfice mi deseo sin amor por ninguna de las dos partes: fue una vergonzosa transacción comercial entre un joven inexperto y una prostituta. Este fue mi primer paso en el camino del vicio. El hombre está hecho de tal forma que en cuanto ha conocido a una mujer debe continuar. Dicen que es una necesidad física. Yo no lo creo. Yo creo que un hombre de corazón puro debe evitar todo contacto físico del que esté ausente el amor, incluso si es en detrimento del bienestar físico. Pero entonces me acogí fácilmente a la otra teoría y me abandoné al vicio. De vez en cuando me atormentaba algún remordimiento, pero por regla general dejaba que mi conciencia se adormeciera.

Aunque, sin embargo, el joven Ogarev no abandonó la filosofía, la poesía y la música, e incluso afirmó sus convicciones políticas declarando que su criado era el mejor hombre de Penza, encontró tiempo bastante, durante los primeros meses de exilio, para otras diversiones. Tuvo una *liaison* con una joven sierva, a la que, por vía de remordimiento compensatorio, dedicó uno de sus mejores poemas. Ya triunfalmente lanzado en la sociedad de Penza, se enamoró sucesivamente de dos de sus primas. Uno de estos asuntos amorosos pudo terminar seriamente, pero antes de comprometerse demasiado el pretendiente segregó idealistas escrúpulos.

A veces pienso: ¿puedo tener una pasión individual que no esté fundada en la abnegación y en la vida del universo? ¿Soy realmente un egoísta?... No debí abandonarme al amor. Mi amor está dedicado al más alto Amor Universal, cuyo fundamento no es un sentimiento egoísta de gozo. Debo sacrificar mi sentimiento presente en el altar del amor del mundo.

Esta incompatibilidad entre el amor individual y el Amor Universal era una teoría poco conveniente para un joven de temperamento ardoroso como Nick Ogarev; sin embargo, sobrevivió lo bastante para chasquear las esperanzas de su bella prima, aunque no pudo resistir muchas semanas los dulces impulsos de su corazón. Ya avanzado el invierno, el 11 de febrero de 1836, acudió a un baile dado por el gobernador de Penza. *Un oficial de la vieja escuela llamado* Panchulidzev, donde se halló sentado junto a una joven dama llamada María Lvovna Roslavlev, cuyo padre era un propietario rural de la localidad casi arruinado por la acción de sus dos pasiones gemelas, la caza y la bebida, y cuyo tío era nada menos que el propio gobernador. En un tranquilo rincón, apartados de la ruidosa alegría del baile, empezaron a hablar, como buenos idealistas, «del reinado celestial del mundo venidero».

> Súbitamente [escribió más tarde Ogarev] brotaron, a la par, de nuestros labios las palabras «te amo», momento que fue registrado por los ángeles en el cielo y cuyo eco resonó gozosamente en el gran mundo del alma.

La aprobación de los ángeles fue compartida por los padres de los jóvenes y el 26 de abril se casaron. Había transcurrido un año justo desde la llegada de Ogarev a Penza. No puede decirse que malgastara el tiempo en su primer año de destierro.

No hay que suponer que el matrimonio de Ogarev representara una traición a su romántico idealismo. Se encontró una *solución para la* irresuelta contradicción que había marchitado prematuramente la pasión por su prima, y el nuevo evangelio de la triunfal reconciliación entre el amor individual y el Amor Universal fue proclamado en una apasionada carta que escribió a su prometida tres días antes de la boda.

> Siento que Dios vive y habla en mí. Dejémonos llevar hasta donde Su voz nos llame. Mi alma es lo bastante fuerte para amarte y también lo será, a buen seguro, para seguir los pasos de Cristo en la liberación de la Humanidad. Porque amarte a ti es amar todo lo que es bueno, *amar a Dios y a todo Su Universo; tu* alma está abierta al bien y dispuesta a abrazarlo, tu alma es todo amor.
>
> Tu amor, María, contiene dentro de sí todos los gérmenes de las libertades de la Humanidad. Tu amor es abnegación y verdad; es la fe lo que está en tu alma. La historia de nuestro amor será contada en todo tiempo y las futuras generaciones la conservarán en su memoria como algo sagrado.

No es de extrañar que los ángeles del cielo se hubieran hecho eco de la declaración del amor de Ogarev por María. La romántica identificación de amor, religión y virtud raramente había tenido un expositor al mismo tiempo tan ingenuo y tan espiritual. Se ha conservado un manuscrito de su primer año de vida matrimonial, una *Profession de foi*, en francés, mediante la que intentaba iniciar a su esposa en las más profundas interioridades de su vida espiritual. El título recuerda la *Profession de foi*

d'un vicaire savoyard, y la inspiración parece proceder principalmente de Rousseau y los románticos alemanes Herder y Schilling. «Toda mi vida —escribió este casado de veintiún años— ha sido empleada en busca del amor.» Su filosofía de la vida era una filosofía del amor, una especie de panteísmo erótico.

El amor por la Humanidad, esta hermandad tan pura y tan bella predicada por Jesús, es el reflejo del lazo que nos une a nosotros, del alma del mundo que reside en el universo. El amor del hombre se funda en el amor de Dios.

Es lo bastante osado para abordar un problema que algunos filósofos del amor han negado y otros ignorado.

¿Por qué el amor existe solamente entre individuos de sexo opuesto? En el animal es mero instinto y quizá una primera realización del libre albedrío. En el hombre se transforma en ideal. Reuniendo en sí mismo todo el mundo material, el hombre lleva en sí la atracción física de un sexo por otro, pero la idealiza, la eleva a atracción de idea por idea, de alma por alma, y el amor se convierte en la más alta expresión del hombre en la tierra y contiene al hombre —es decir, la unión del mundo material con el mundo intelectual— y el universo enteros. Es por ello que el amor absorbe, dado que toda la vida humana está en él; amar es vivir. Cuando yo amo, yo, hombre, soy un compendio del mundo material que me elevo hacia la Divinidad, hacia el mundo de la inteligencia. Amo, y con esta palabra veo desaparecer el abismo que me separa de Dios porque siento mi cuerpo unido al alma, la materia a la idea y el amor se convierte en un himno del mundo material hacia la Divinidad. La materia se ennoblece en mí y ya no es más un deseo instintivo y ciego lo que siento ¡No! Busco una palabra para expresar esta sensación y la palabra es: ¡exultación! El beso del amor humano, dice Herder, es una prueba de la nobleza del hombre

Al lado de esta fe ardiente, las más apasionadas arengas de George Sand sobre el deber de amar parecen de un frío y crudo materialismo.

Es más difícil trazar un retrato convincente de María durante los primeros meses de su vida de casada; su colorido debe tomarse prestado de las subsiguientes aseveraciones de testigos hostiles. Parece que contaba un año o dos más que Ogarev, y que no era una belleza. «La esposa de vuestro amigo es fea», declara ella misma, valientemente, en una carta escrita a Herzen para anunciarle su boda, pero añade que «no es vana ni ligera de cascos y ama la virtud por propia disposición»; naturalmente, puede haber sido tan mal juez para sus propias cualidades físicas como morales. Natalia, en una carta dirigida también a Herzen, la describe como «ni joven, ni bonita, pero muy educada e inteligente». La otra Natalia, la segunda esposa de Ogarev, la recuerda como «una picante morenita vivaz y fantasiosa que siempre tenía prisa». No hay razón para dudar que se casó por amor. Las mujeres se entusiasmaban tanto por Ogarev como éste por ellas, y María pronto fue barrida por sus impetuosas seguidoras. Ninguna joven inteligente podía haber dejado de apreciar el pomposo lenguaje de su galanteo; se trataba de la elegante jerga del día y ambos, galanteador y galanteada, se hallaban sumergidos en el impetuoso sentimiento del Romanticismo Alemán. María, sin

embargo, era de naturaleza más sensual que romántica y era capaz, práctica y realista. Su avidez respecto a sus intereses económicos, que en los últimos tiempos de su vida sorprendió considerablemente a Herzen y a sus amigos, podía muy bien haber sido el producto de su experiencia con su padre disoluto y manirroto y un marido atolondrado.

No existe registro histórico de los dos primeros años de matrimonio. María, cualesquiera que fuesen sus sentimientos privados, encajó bastante bien en el papel que le había asignado su romántico marido. En la primavera de 1838 empezaron a cansarse de Penza y pensaron en cuán agradable sería pasar el verano en las montañas del Cáucaso. En su calidad de deportado político, a Ogarev le era necesario pedir permiso a las autoridades para abandonar su lugar de residencia. Prestó 5.000 rublos al gobernador Panchulidzev, el tío de su esposa, quien prontamente transmitió la petición del permiso al cuartel general, junto con una recomendación que le aseguraba una favorable acogida. Los Ogarev fueron a Pyatigorsk y allí encontraron al príncipe Odevsky, uno de los supervivientes de la conspiración de diciembre de 1825. Las conversaciones tomaron un rumbo político, revivieron los recuerdos del juramento en la colina de los Gorriones y Ogarev, que precisamente estaba leyendo a Tomás Kempis, «estuvo arrodillado durante horas ante un crucifijo rogando que se le concediera la corona del martirio por la libertad de Rusia». María halló otras diversiones más de su gusto y de ahí proceden las primeras murmuraciones de su devoción por los placeres de sociedad, más que por el cultivo de una vida más elevada.

La primavera siguiente, los Ogarev hicieron un viaje a Vladimir para visitar a Herzen y su esposa. Fue la primera vez que Ogarev vio a Natalia y Herzen a María, y la iniciación de las dos jóvenes esposas en la amistad que unía a los respectivos maridos se celebró con un ritual romántico. En un fragmento de una carta de Herzen se describe la escena:

> ¡Somos infinitamente felices, los cuatro, juntos! ¡Qué mujer María Lvovna! Está por encima de toda alabanza. Nick es muy afortunado por haber encontrado tal compañera.
>
> Yo había guardado el crucifijo que Nick me había dado al partir. Los cuatro nos hincamos de rodillas ante el Divino Mártir, rezamos y le dimos gracias por la felicidad que nos había concedido tras tantos años de separación y de sufrimientos. Besamos Sus pies traspasados y nos besamos los unos a los otros exclamando. ¡Cristo sobre todo!

Mucho tiempo después María se refirió a la escena como «artificial y pueril», pero durante los cuatro días de la visita había desempeñado su parte suficientemente bien como para ganarse la aprobación de Herzen, quien, tras su partida, escribió a sus «queridos hermana y amigo» una carta apasionada:

> ¿Recordáis el solemne acto de nuestra plegaria? En aquel momento se consumó el misterio de la unión de Natalia con vosotros y de vosotros con

nosotros. En tal momento los cuatro nos convertimos en uno. ¡Hosanna! ¡Hosanna!

¡Cuán incomparable grande es tu Nicolás, María! No sólo me pongo gustosamente a su lado, sino que me inclino ante su noble alma, y sólo ante la suya. Tú has unido tu graciosa existencia con el poema de su vida, un poema amplio como el océano y el cielo, y juntos sois aún más gloriosos. ¡Yo os bendigo! ¡Con la fuerza con que el hombre puede mover montañas, yo os bendigo!

La carta termina con esta salutación:

Salut, amitié, sympathie eternelle!

Pocas semanas antes de esta emocionante reunión, el viejo Platón Ogarev murió y su hijo se convirtió en el propietario de tres haciendas situadas en distintos lugares de Rusia que comprendían un total (las haciendas generalmente se medían por el número de siervos en ellas establecidos) de 4.000 «almas». La mayor parte de éstas no se hallaban en Aksheno, en la provincia de Penza, donde residía la familia, sino en Belo-omut, cerca de la provincia de Ryazan, donde 1.870 «almas» cultivaban la tierra en calidad de siervos. Ogarev no tenía más afición por la agricultura que a otras actividades prácticas y poseía, en cambio, un corazón tierno y unas convicciones democráticas. La «condición bestial» de la vida de siervo constituía una defensa para ambos y resolvió empezar liberando a los siervos de Belo-omut y poniendo la hacienda en sus manos. Al regreso de la visita efectuada a Herzen en Vladimir, se dirigió a Belo-omut para llevar a cabo su proyecto.

Pero fue solo; tal plan no contaba con las simpatías de la realista María.

¿Es posible [le escribió desde Belo-omut en abril] que tu digas «no»? ¡Imposible! Debo, debo llevarlo a cabo. Siento que ello será una de mis mejores acciones, aunque no en realidad una acción perfecta, porque de hecho yo no pierdo nada.

La circunstancia que, para Ogarev, quitaba a la transacción la mitad del mérito quizás apaciguara a María. Se trataba de una compra que le sería abonada a Ogarev por los labriegos en diez anualidades. Los siervos normalmente recelaban de la generosidad de sus amos y hubo fatigosas negociaciones «en las cuales», escribe Ogarev, «los inteligentes me comprendían mal y los tontos no comprendían nada». Finalmente se firmó el contrato y, tras dos años más de demora burocrática, recibió el aval del zar. Cuando, en 1877, Ogarev murió, la agraciada comunidad de Belo-omut decidió, «en memoria de los inolvidables beneficios de él recibidos», ofrecer una misa anual, en el aniversario de su fallecimiento, para el reposo de su alma. La misa siguió ofreciéndose hasta los primeros años del siglo XX. Pocos meses después de estallar la Guerra Europea,

fue conmemorado en Belo-omut el centenario del nacimiento de Ogarev por los descendientes de aquellos siervos a quienes había liberado más de sesenta años antes.

La grieta que a raíz de esta cuestión se había abierto entre los sentimientos de María y su marido pronto se vio ensanchada por otros acontecimientos. En el otoño de 1839, habiendo prestado nuevamente 5.000 rublos a Panchulidzev, logró la derogación del decreto de destierro que había pesado sobre él durante cinco años y se le permitió regresar a Moscú. La muerte de su padre había hecho de él un hombre rico, y María, cuya ambición se había limitado hasta el momento a una capital de provincia, vio ahora la oportunidad de representar en Moscú el brillante papel al que sus relaciones familiares y la riqueza de su marido le daban derecho. Era una ambición perfectamente natural, pero era igualmente natural que los antiguos amigos de Ogarev que habían permanecido en Moscú esperaran verle de nuevo como en su alegre vida de soltero, con filosofía, poesía y discusión política, con pensamientos elevados y bebida abundante, que había llevado en sus días de estudiante no muchos años atrás. Es probable que Ogarev, que poseía una naturaleza muy adaptable, hubiese podido adaptarse tanto a la alta sociedad como a la bohemia. Pero no quiso escoger. En su amplio y cálido corazón quería a su esposa y quería a sus amigos, e intentó satisfacer a todos sin darse cuenta de cuán imposible era conciliar sus divergentes solicitudes.

Pronto se estableció una guerra abierta entre los dos bandos. Nadie se peleaba con Ogarev. Tanto su esposa como sus amigos lo amaban demasiado; pero combatían unos con otros encima del postrado cuerpo del pobre Nick y él sufría infinitamente más que los contendientes. Herzen, en su viaje de Vladímir a Petersburgo, pasó por Moscú e intervino en la refriega. Sólo escuchó a una parte y olvidó totalmente sus entusiastas cartas de sólo nueve meses antes.

> Madame Og. [escribió a Natalia] es peor de lo que yo había creído. Es una mujer sin corazón, sin ningún sentido de cómo hay que proceder. Ya ha dicho algo a este respecto. ¡Pobre, pobre, Ogarev! Y todavía no se le ha caído la venda de los ojos.

Herzen tuvo una abierta discusión con María para ver de reducir el angustiado desespero de su amigo.

> Tengo el alma partida en dos [le escribió Ogarev en aquel tiempo]. La lucha entre la amistad y el amor me ha desgarrado. Por ambos lados es igualmente doloroso... Siento dolor, hermano, en mi interior. Y una llama me consume. Unos momentos lloro y otros momentos el dolor es tanto que no puedo llorar. No había sufrido así en toda mi vida y te pido en nombre de la amistad que hagas *un sacrificio por mí. cuando vengas a vernos, llévate a María aparte,* tómale la mano y dile que le pides que olvide vuestra querella, que los amigos de Nick y la esposa de Nick no deben ser enemigos y que, por el contrario, deben estar unidos

en mi nombre. Créeme, Herzen, hasta ahora estoy llorando. Quizá soy un chiquillo, pero te suplico en nombre de nuestra amistad que vuelvas a juntar los pedazos de mi alma rota.

En respuesta a la llamada de Ogarev, el «gran sacrificio» fue consumado. Las manos se estrecharon y se obtuvo la reconciliación formal. Fue Herzen quien dio el primer paso. Ogarev no pudo, ciertamente, hallar más sincera ayuda tanto en la «amistad» como en el «amor». Pero la reconciliación fue ficticia y transitoria, y pocos días después, Herzen, tan sólo medio ablandado, escribía de nuevo a Natalia acerca de la esposa de su amigo:

Si en ella existe poesía, no se trata de poesía auténtica: afectación, coquetería, pero no corazón. Yo no puedo creer que le quiera. Le está engañando, o si de veras le quiere, ¿qué clase de amor es éste? Sus disputas alcanzaron al extremo, a pesar de mi intervención, de que ella propusiera una separación. Bien, ¡mejor es separación que humillación!

No fueron solamente las querellas entre sus amigos y su esposa lo que tuvo que soportar el paciente corazón de Ogarev. Entre las diversiones favoritas de María estaba, en el transcurso de estos meses, la relación con un joven llamado Iván Galakhov, amigo de Herzen y de Ogarev. Su hacienda, en la provincia de Penza se hallaba situada cerca de Aksheno y debió de ser allí donde conoció a María. Procedía de una aristocrática familia y había servido en la Guardia, pero pronto se retiró del servicio para entrar en la vida de ociosidad y autoanálisis típica de los jóvenes románticos rusos de su generación. Durante el invierno de 1840-41, se inició entre Galakhov y María Ogarev un coqueteo sentimental que hizo agitar las lenguas de Moscú, y Ogarev, con más buen sentido que el que se le atribuía, vio una oportunidad de salvar su matrimonio escapando de esta envenenada atmósfera. Propuso un viaje por el extranjero y María, ávida de cambios por encima de todo, acogió el plan favorablemente. Pero una vez más intervinieron las autoridades. Hubieron dificultades para obtener el pasaporte y hasta mayo o junio de 1841 Ogarev y su mujer no pudieron abandonar Rusia. En aquel momento la situación tenía la apariencia de ser desesperadamente comprometida y Galakhov les siguió en su camino hacia Karlsbad y Ems. Quizá sería injusto considerarlo responsable en gran parte del naufragio del matrimonio. En realidad, María estaba cansada de su marido; o quizá no estaba tan cansada de Ogarev como de la idea de fidelidad. Necesitaba un amante y en el atento y emotivo Galakhov le pareció encontrar un prometedor candidato a este honor.

Las consecuencias probaron que en esta ocasión le había faltado perspicacia. Galakhov rondaba a su alrededor con sentimental irresolución, permaneciendo ora en la misma ciudad que los Ogarev, ora vagando sin objeto por las cercanías. Sus cartas a María durante esta breve ausencia arrojan una curiosa luz sobre el estado de su espíritu:

Mi querida, dulce y encantadora María [escribió en julio]: ¡Cuán triste estoy, lejos de ti! Nunca me había hecho sufrir tanto el hallarme separado de ti. Me abrazo a tus rodillas. Me has mostrado tanta devoción, tanta intimidad, que este lujo se ha convertido en una necesidad, y ahora me veo precisado a renunciar a él. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no permanecemos juntos? Todo es contradictorio. Pero no puedo soportar más el permanecer día tras día sin seguir una u otra dirección.

María gustosamente le hubiera ayudado a ir en la dirección de sus deseos, pero Galakhov, auténtico romántico, estaba más interesado en el análisis de sus propios sentimientos que en la objetiva realidad de los sentimientos de María para con él. En agosto se recluyó en la pequeña isla británica de Heligoland, donde pasó nueve días en el vano empeño de resolver las escondidas contradicciones de su corazón y todos los días escribía una larga y apasionada carta a María, que se hallaba en Karlsbad. María fue, en cierto modo, franca con él y le dijo que ella quería tomar más que dar, que tenía aversión a las palabras «para siempre», que ya no podía amar a otro hombre y que era incapaz de compartir con su amante la dicha o cualquier forma de reposo. Galakhov, en Heligoland, pensó en todas estas cosas y resumió la situación con la «graciosa melancolía» que había impresionado a Herzen como el rasgo más sobresaliente de su carácter:

Cuando amas [escribió a María] eres capaz de toda clase de locuras, exactamente lo mismo que un hombre, pero a pesar de los rasgos masculinos de tu carácter eres más mujer que muchas otras mujeres. Te amas a ti misma en el más alto grado. Carece de sentido razonar contigo. El hombre debe forzarte a que lo ames.

María estaba bastante dispuesta a ser forzada; no podía resistir por más tiempo este inacabable e infructuoso análisis del carácter y las emociones de su amante. Cuando Galakhov llegó a Lübeck a bordo del vapor que lo devolvió de su retiro isleño, halló que le aguardaba indignada carta de María. Esta carta no se ha conservado, pero en su respuesta Galakhov transcribió copiosas citas de ella.

Durante tres años [escribió ella] me has estado amando, lo has hecho *todo* para ganar mi atención y excitar mi inclinación hacia ti; y cuando, al fin, lo has logrado te detienes indeciso. Si ganaste mi amor, ¿por qué no me has tomado? No procede así la pasión. No, si realmente me amabas, debías haber dejado de *filosofar*, no debías haberte echado atrás por dudas o escrúpulos de principio. ¿Qué duda puede haber aquí? La pasión tiene sus derechos propios.

Esta carta empujó a Galakhov a otro análisis del estado de espíritu de María y la misma noche (18-19 de agosto), en Lübeck, sentóse al escritorio y redactó una réplica de doce páginas.

Darte a un hombre [escribió] es, según dices para ti exactamente tan comprometido como tomarte una copa de champagne. Tienes razón; ambas cosas son igualmente naturales, pero las consecuencias pueden no ser las mismas. Yo te deseo, tú eres mía, y aquí se acabó todo. Pero en la práctica tú rehúsas equiparar la posesión de tu cuerpo al hecho de engullirte una copa de champagne. Lo rechazas como una vulgaridad humillante, y pides la condición previa de una simpatía, de una amistad, de la existencia de una relación. ¡Excelente! Acepto la condición. Pero entonces tú debes apartarte de tu marido, de sus riquezas y de su nombre; y no tienes bastantes fuerzas para ello. La cosa es clara como el día.

Galakhov sabía bien cuánto iba a pesar esta dialéctica, ya que María no sentía inclinación alguna por despojarse del nombre de su marido y, mucho menos, de su dinero. La carta terminaba con unas palabras que constituían virtualmente una despedida; y en vez de irse a Karlsbad, Galakhov volvióse a Rusia. Continuó, sin embargo, escribiendo a la dama cuyos abrazos había rehuido y en cierto momento se dolió en una frase característica aunque poco galante, de que «no había apurado la copa hasta el fondo». En la última de sus cartas, escrita más de un año después de la ruptura, comprendía el carácter de María en un tono de alta reprobación:

Careces de centro de gravedad moral o intelectual. Y al propio tiempo tu naturaleza no es lo suficientemente pasiva para seguir los principios tradicionales sosegada y sumisamente.

No existen pruebas de que estos ineficaces amantes se volvieran a encontrar. Galakhov pasó la mayor parte de sus años restantes en París y en 1847 casó con una inglesa, una tal Miss Elisa Bowen, actuando Herzen de testigo de boda. Dos años más tarde murió de tuberculosis.

La tragedia de María y Galakhov fue la tragedia de una adaptación imperfecta. María, a pesar de sus osadas palabras, había nacido demasiado tarde para aceptar en su propia persona la teoría del amor «champagne». No podía mirar, a la manera del siglo XVIII, la relación de los sexos como un regocijante y estimulante pasatiempo que no producía a nadie trastorno alguno en los sentimientos. María creía con George Sand, que «la pasión tiene sus derechos propios» y entre estos derechos iba incluido el de rodearse de una aureola de idealización. No había nada en ello que hubiese podido chocar con Galakhov. Pero por típicamente romántico que éste fuera en su capacidad de introspección, conservaba lo bastante el tradicional respeto hacia el matrimonio como para ceder la última instancia a la seducción de una mujer que era todavía la esposa de su amigo, y su constitucional incapacidad de decisión lo dejaba desamparado ante el viejo dilema entre el amor y la lealtad. Pero era improbable que estas condiciones se presentaran de nuevo. Había hombres en el mundo cuyo temperamento era menos exigente y menos inexplicable, y María se recobró rápidamente —quizá más rápidamente que el propio Galakhov— de las humillaciones de su abortado asunto

amoroso. En el otoño de 1841, cuando Galakhov volvió a Rusia, los Ogarev fueron a Roma. María pasó allí el invierno y el pobre Nick regresó solo a Moscú.

Estaba claro que el matrimonio había alcanzado un punto crítico. A principios de junio de 1842 Ogarev visitó a Herzen en Novgorod. Había decidido volver a Europa para una explicación final con María.

Quiere separarse de ella [escribe Herzen en su diario]. ¡Concédeselo, Señor! Pero, ¿será lo bastante fuerte? Mediante astucias y pretextos ella puede todavía dominar a su buena y honesta naturaleza.

El encuentro entre marido y mujer tuvo lugar en Mainz. Duró algunos días y dejó a Ogarev una permanente aversión para la bella ciudad del Main. Acudió a la primera entrevista dispuesto a plantear valientemente la separación. Podía haberse ahorrado la angustia de la decisión. María se le anticipó con la misma demanda y dio a entender claramente que estaba dispuesta a mantener la idea. Pidió la separación, una cantidad para atender a sus necesidades inmediatas y la promesa de una asignación anual; deseaba, sobre estos términos, reemplazar el amor por la amistad.

Ello fue un duro golpe para el pobre Ogarev, que nunca creyó en la separación que había ido a proponer. Accedió a todas sus demandas. Efectuaría un depósito a su favor por el valor de 300.000 rublos con la garantía de sus propiedades, y un interés del seis por ciento, lo que representaría una renta de 18.000 rublos. Y María regresó triunfalmente a Roma. Por algún tiempo Ogarev anduvo a la deriva, por Alemania, en plena desdicha, de ciudad en ciudad, escribiendo cartas a María, quien a pesar de tan ferviente devoción, correspondía escasamente a su asiduidad. Eran, ciertamente, de las más extrañas cartas jamás escritas por un hombre a una mujer de la que se había recientemente separado. No pudo aguantar más y al llegar el invierno fue a Roma a reunirse con María.

Allí descubrió —si es que no lo había adivinado ya— la causa de la insistencia de María. Por aquel tiempo habíase extendido por Roma la admiración por un poeta ruso llamado Maikov, cuyos correctos versos todavía figuran en las antologías, y por un artista también ruso, llamado Vorobiev cuya fama jugó su parte en la ruptura final del primer matrimonio de Ogarev. En aquel momento María vivía más o menos abiertamente con Vorobiev. Ogarev le aseguró caballerosamente que su presencia serviría para proteger su reputación, pero ella parecía demasiado indiferente, tanto para darle la bienvenida como para molestarse por su presencia. Todo el tiempo que estuvo allí pudo entrar y salir cuando le plugo. Pasó el invierno en esta humillante situación y luego regresó a Alemania.

Tienes el carácter más fuerte que he conocido [escribióle Herzen entonces]. Tienes una férrea fuerza... de debilidad. Los hechos más dolorosos se diluyen en

una especie de apacible humor y entre las líneas más melancólicas encuentras el significado oculto que no puede causarte pesadumbre alguna. Debajo de tus lágrimas hay una sonrisa infantil, debajo de tu sonrisa hay lágrimas infantiles. Posees una amplia comprensión para todo lo que es humano y una obtusa incomprensión para todo lo que es particular de Ogarev.

Es dudoso que Herzen comprendiera alguna vez, ni entonces ni más tarde, la profundidad del dolor que a veces se escondía bajo la ingenua sonrisa y las lágrimas de Ogarev.

Durante más de un año Ogarev desapareció de la escena. Estaba en Alemania, donde buscó consuelo en el vino y las mujeres, y prosiguió la correspondencia con su esposa. Nada más sabemos. Hasta que, en agosto de 1844, María se reunió súbitamente con él en Berlín. Se hallaba encinta y parecía conveniente, desde todos los puntos de vista, que el niño fuera reconocido por él. Ogarev no puso objeción alguna. Ello le devolvería algún interés por la vida. Y registra los resultados en una carta a Moscú, cuyo tono oscila entre cínico y trágico.

Mi interés en ser padre se ha malogrado. El niño, nacido prematuramente, murió. No puedo olvidar su lastimosa cara. Ocurrió hace ocho días. Mi esposa está bien.

Tres meses después, María se reunió de nuevo con su amante y Ogarev tuvo el presentimiento —y quizás el deseo— de que aquél había sido su último encuentro. La víspera de la partida escribió un poema según el estilo byroniano:

¡Adiós! Y si es para siempre,
¡para siempre adiós!

Terminaba así:

Se ha cerrado el libro. Nuestra historia ha llegado a su última página. Pero mis labios no te reprocharán nada.

¡Adiós! Quizá alguna vez miraremos aún hacia atrás en nuestra vida con una sonrisa y en las postreras horas pronunciaremos cada uno el nombre del otro en perfecta paz.

Más de treinta años después Ogarev yacía en su lecho de muerte en Greenwich pero si podemos interpretar las visiones de un moribundo, no fue la imagen de María Lvovna la que llenó sus últimos momentos.

Ogarev no volvió a Rusia hasta la primavera siguiente. Permaneció seis meses en Moscú y luego marchó a su hacienda de Aksheno, donde vivió dos años como un terrateniente modelo. En un poema de esta época enumera sus tres ideales:

Que la aldea sea floreciente y próspera,
que a los niños les sean enseñadas las letras,
y que los labriegos sean buenos sin el látigo

Y entre sus papeles se encontró un detallado proyecto, que nunca fue llevado a cabo, de una *Ecole Polytechnique Populaire*. Fue un prosaico intermedio en su tempestuosa vida, el período de recuperación de las emociones y excesos de su estancia en Europa. Pero ni aquí se hallaba sin los consuelos de la relación humana. Entre sus próximos vecinos estaba Alexis Tuchkov, al que hemos ya encontrado con sus hijas Elena y Natalia como compañeros de viaje de los Herzen en Francia e Italia. La propiedad de Tuchkov llevaba el nombre de Yakhontovo y Ogarev era visita frecuente, especialmente en ocasiones de fiesta. Cincuenta años más tarde, cuando Natalia escribió sus *Memorias*, todavía recordaba la hábil y original forma con que el pobre Nick hacía honor a un brindis, sosteniendo con la mano izquierda una copa de champaña y en la derecha un plato que en el momento crítico rompería con un súbito golpe en su rizada cabeza.

Como la mayor parte de la biografía del pobre Nick está necesariamente escrita en un tono menor, sentimos cierto alivio cuando llegamos a un pasaje de pura comedia. A fines de verano de 1848, invitó a Aksheno a la condesa de Salias de Tournemir con sus dos hijos y un aya. La señora, que pertenecía a una antigua familia rusa y se había casado con un conde francés, contaba a la sazón treinta y cuatro años y aún no se había embarcado en su carrera literaria, que la hizo famosa como periodista y como novelista [1].

La invitación fue razonablemente justificada por el hecho de una lejana relación entre ellos. El interés actual de Ogarev por la condesa fue, sin embargo, de orden sentimental y el hecho de aceptar la invitación demostró que el interés era recíproco. Pero antes de que la frágil belleza tuviera tiempo de rendirse —antes, incluso, de su llegada a Aksheno— la situación había cambiado a causa de una circunstancia totalmente imprevista: en otoño de 1848 la familia Tuchkov regresó a casa después de sus viajes por Italia y Francia.

Parece que Ogarev, incluso antes de su viaje por Europa, había mostrado un paternal interés por las ya bastante crecidas hijas de su vecino, pero no hacía distinción entre ellas; en su primera carta tras el regreso se dirigió en atento francés a «Mademoiselles Helene et Natalie» terminando, muy decorosamente, con lo que él llamaba «un apretón de manos» para las chicas y su papá. Sin embargo, los nueve meses en el extranjero habían operado maravillosos cambios en las dos señoritas

[1] Probablemente nadie ha leído sus otrora populares novelas desde que la última edición, anterior a la guerra, de la Enciclopedia Rusa se refirió a ella como sigue: «Los héroes de sus historias y novelas eran hombres del *grand monde*, sin ocupación, sin fuerza de voluntad y sin ambiciones intelectuales o de otro orden; la posición de la autora con respecto a ellos no es de simpatía. Los personajes simpáticos son sus heroínas, que tipifican la virtud seducida y el sufrimiento de la inocencia. En las obras de Madame Salias el amor constituye el único objeto para el cual fueron construidas las radiantes y bien montadas novelas». Evidentemente, extraía a sus heroínas de sí misma. ¿Podemos presumir que Ogarev sirvió de modelo para algunos de sus héroes inútiles y de débil voluntad?

provincianas, y en particular Natalia, que había cumplido dieciocho años, se había desarrollado con rapidez impetuosa bajo el romántico estímulo de la exaltación de Natalia Herzen y las novelas de George Sand. Inocente e imperceptiblemente se estableció una particular amistad entre Ogarev y Natalia y las siguientes cartas dirigidas a Yakhontovo, no menos decorosas que las precedentes, delataban sin embargo, un tono más ardoroso y solamente se dirigían a Natalia.

Bastante irónicamente fue la propia condesa quien involuntariamente y sin saberlo apareó estos dos inflamables corazones. A fines de noviembre ella y Ogarev hicieron una visita a Yakhontovo. Su intuición femenina captó la agitación del corazón de Natalia y en un mal escogido momento hizo notar a Ogarev, bromeando, que «la más joven de las Tuchkov se había enamorado de él». Ogarev no cayó en la cuenta de que en tal afirmación existía una intención de ridículo o de desdén hacia este sentimiento, y empezó a mirar a Natalia con creciente interés y admiración hasta que, convencido de la perspicacia de la observación de Madame de Salias, se sorprendió al descubrir que su fatigado pero siempre dispuesto corazón empezaba a agitarse de nuevo.

La serie de cartas escritas por Ogarev a Natalia entre los primeros días de diciembre de 1848 y el 9 de enero de 1849 son una deliciosa lectura. Se conservan un total de doce, algunas de las cuales le llevaron dos y tres días escribirlas; la colección llenaría un pequeño volumen. Si consideramos que este período de menos de seis semanas estuvo puntuado por una visita relámpago de Natalia a Aksheno y por una visita de cuatro días de Ogarev a Yakhontovo, podemos muy bien creer su aseveración de que el escribir a Natalia se había convertido en su principal ocupación, si no la única. La poesía de su naciente amor por Natalia alterna encantadoramente en las cartas con la comedia de su embarazo ante la continua presencia de la ahora innecesaria condesa.

Para complicar más la situación Madame de Salias había caído enferma. Su enfermedad parecía ser una combinación de síntomas de un resfriado febril y de un ataque de nervios provocados por la creciente frialdad de Ogarev. Las medicinas ordinarias no resolvieron nada y Ogarev recurrió a los remedios heroicos.

> La noche del 5 al 6 [escribe a Natalia], en pleno desespero, sugerí a Madame S. una cena con abundante champagne. Esto puede ser malo para su estado general, pero pensé que quizá restablecería sus nervios. Pues bien, ¡así fue! Se encuentra mejor, aunque su mejoría es tan sólo (se me antoja) aparente. Yo bebí mucho y estaba extraordinariamente alegre (aunque la alegría era también aparente). De todas formas el resultado es que Madame S. está más calmada, aunque estoy asustado por la fiebre. En cuanto a mí, ello significa, por el momento, un respiro en la lucha.

Pero el efecto de este original tratamiento duró poco. La carta sigue en la mañana del 7:

Madame S. está peor que ayer. No se trata de un ataque de nervios sino de agotamiento, escalofríos, fiebre, sudor y dificultades en la respiración. Total: si esto continúa no me atreveré a dejarla, salvo si prescindo de todo deber para con un huésped. ¿Y cómo podrías venir tú? ¡Hoy estamos a 28 grados bajo cero!

La misma noche escribe un nuevo boletín informativo:

Madame S. ha estado muy mal, con un ataque de nervios y violentos dolores en el pecho. Estoy espantosamente preocupado, y en el fondo de mi corazón me siento irritado contra ella. Ya puedes imaginarte mi estado de ánimo. No te enfades ni me digas: «tu l'as voulu, Georges Dandin».

Estas informaciones sobre la salud de la condesa interrumpieron la *cháchara de este romántico* enamorado de veinticuatro años, todavía con escasa conciencia de su amor.

Echas de menos el año pasado [escribe en la misma carta], el año, como tú le llamas, de feliz y despreocupada juventud. Por mi parte soy lo bastante egoísta para no encontrarlo en falta. Me gusta el año pasado, pero no lo echo de menos porque, para mí, éste es mejor. ¿Será porque tú ya no eres una niña y, aunque yo sea viejo, hay más igualdad entre los dos? No lo sé. Y creo que es en realidad porque estoy curado, por la edad, de efectos imaginarios y guardo más recónditamente en mi corazón aquellos afectos que tienen un fundamento real...

Me encuentro ahora en un extraño estado. Mi cuerpo está cansado hasta el agotamiento, pero tengo el *corazón* y la mente tan sosegados como si *fuera* totalmente feliz. Siento el *corazón* y la mente llenos de algo, de energía, de cariño, de ternura. ¡Sí, querida amiga! Siento, aún viejo como soy, que todavía puedo llenar mi vida y que siempre tendré la suficiente fortaleza para soportar nuestras adversidades, las tuyas con interés, las mías con indiferencia.

El 19 de diciembre, Natalia fue a Aksheno para unas pocas horas; al marcharse, Ogarev se dio cuenta de que se había vuelto «más y más indispensable para él». Sus cartas continúan haciendo sonar esta misma nota:

«*Ser o no ser*», dijo Hamlet. Mi «ser» es verte y mi «no ser» es pensar que no volveré a verte más. ¡Perdón! Me horroriza enojarte. No quiero creer en un futuro tan triste. Necesito que vivas y necesito vivir, y si puedo contribuir, aunque sea en la cosa más mínima, al bienestar de tu vida, me sentiré satisfecho. En cierto modo podré ayudarte en tus estudios con los pequeños conocimientos que poseo. Pequeños de veras, querida amiga. He vivido mucho en sentimiento y en pensamiento, pero siempre he sido un alquimista. Mi ciencia está construida con sueños, si bien mi corazón ha dejado de soñar y mi afecto hacia ti es una realidad...

No; debo cesar de escribir por hoy. Estoy demasiado inclinado a la ternura. *He pasado un día espantoso.* Madame S. ha estado enferma y apenada y he tenido que usar de toda *mi* fuerza para refrenarme, pues aunque estoy realmente afligido, difícilmente puedo superar la concentrada amargura que actualmente constituye mi sentimiento para con ella. Es una tortura que tú, afortunadamente, no conoces. Lo he hecho todo para consolarla. He mentido. Tiene la habilidad de

acorralarme contra la pared y ponerme en el dilema de tener que decirle la verdad que la aniquilaría, o mentir. ¿Qué debo hacer? Prefiero ser humano, a pesar de mi deseo de aniquilarla en el acto...

Te quiero mucho. Me siento inclinado a romper esta carta. Me horroriza enojarte. Sea como fuere, ya lo sabes, soy mayor que tú. ¡Sé feliz! Yo estaré contento de verte dichosa o de morir a tu lado en las barricadas

Ogarev y sus huéspedes fueron nuevamente invitados a Yukhontovo para pasar las Navidades y el Año Nuevo, pero el 24 de diciembre Ogarev se puso a su vez enfermo y Madame Salias acudió sola con sus hijos. Su ausente caballero llegó tres días después. No existen documentos acerca de la visita. El 1 de enero regresaron a Aksheno. Apenas llegados —una hora después de media noche— Ogarev ya estaba sentado escribiendo a su Natalia.

Durante el viaje he dormido, he cantado y he hablado con Marie (la hija mayor de Madame de Salias) como si fuera la persona más alegre de este mundo, pero he hablado escasamente con Madame. Ella parecía rehuir totalmente la conversación y la discusión; aunque pronto se reanudará. No me siento triste en absoluto. No sé si es por la perspectiva de verte de nuevo durante largo tiempo, o por un inexplicable sentimiento de felicidad en lo más hondo de mi corazón; pero siento que la vida empieza a ser rica y bella como no lo ha sido nunca antes... He recobrado la alegre cordialidad de mi juventud, cuando todos los males parecían pasajeros y toda felicidad estable. Tengo fe en el presente y en el futuro, como el hombre que empieza a vivir. ¿En qué consiste mi fe? ¿Qué espero? ¡No! Hoy quiero cerrar los ojos a estas preguntas.

En la carta siguiente Ogarev abandona el envarado y atento francés que hasta ahora habían usado en la correspondencia los no declarados amantes y se acogió, con un suspiro de alivio, al más íntimo y familiar idioma ruso.

¿Sabes que desde que volví aquí no he hecho más que escribirte, tocar el piano y dormir? Por la noche me aplico al deber.

El «deber» era, por supuesto, divertir a la condesa, cuya partida resultaba tan impredecible como enloquecedoramente demorada. Estaba bordando un cubrecama para Ogarev como regalo de despedida y él miraba con colérica impaciencia sus lentos progresos en el trabajo. Su único alivio era la música.

Esta noche [escribió en hora ya avanzada el día 4 de enero] estaba furioso, probablemente a causa de que en vez de escribirte he tenido que permanecer con Madame S., a la que creo que hablé ásperamente sin poder evitarlo. Hallaba una cierta delicia representando el papel de un hombre brutalmente franco y declarándome egoísta. Cosa que en mí es falso. Sé que no soy brutal ni áspero por naturaleza, pero un malicioso egoísmo me hizo ser dañino. ¡Cuán repugnante me siento! Esto nunca lo confesaría a nadie sino a ti. Luego me he sentado al piano y pensando tan sólo en ti y en la música (ojalá seáis en el futuro,

inseparables) mi espíritu ha entrado en otro mundo. No he empezado a tocar y me he quedado con los brazos descansando en el piano y los ojos cerrados. Inmediatamente se me ha representado un bosque en primavera y he recordado la idea de un poema lírico que desde hace tiempo se agita en mi mente. El poema es éste. Me hallo en un bosque al amanecer. Gradualmente todo empieza a rebullir las flores cubiertas de rocío, los pájaros, los insectos. Sale el sol. Yo me paseo a través de este mundo que despierta. ¡Qué visiones, qué armonías! Lentamente llega un sofocante mediodía Yo descanso a la sombra. A través de los árboles brilla el cielo azul inundado de luz y todo en derredor se perciben los *sonidos y las pequeñas voces tan sólo se pueden oír en el bosque.*

¡Y entonces estalla la tormenta! Tormenta en el bosque. . ¡No sabes cuán hermoso es! Y luego el sol de tarde, y las fragancias nocturnas. Finalmente, salgo del bosque iluminado por la luna. Ha terminado mi viaje.

A estos ensueños encima del teclado les sucede una curiosa escena que relata (tras un intervalo de veinte horas) en otro párrafo de la misma carta.

Estuve ocupado toda la noche con Marie poniéndole sanguijuelas (aquejada de crup, se encuentra ya mejor) y por la mañana me sentí hambriento. Ordené que me trajeran algo de comer y, en broma, sugerí champagne. Madame Salias lo tomó en serio e insistió en beber algo. Intenté disuadirla pero no lo conseguí. Mi *carácter es, en general, bastante débil y en este caso particular... Bien, ¡ya sabes!* Acepté y nos bebimos dos botellas de champagne. Al final ella estaba ebria, yo no. Yo estaba simplemente fastidiado y disgustado. A las diez, y no sin dificultades, la llevé a la cama, me metí en la mía y he dormido hasta el anochecer.

Su participación en las dos botellas, si bien insuficiente para intoxicarle, diole cuando menos fuerzas para insinuar a su compañera que su inminente partida, iba a ser una «separación para siempre». Sin embargo, podía haberse ahorrado las palabras; la noche siguiente, la astuta condesa le aseguró que había bebido demasiado para recordar ni una sola palabra de la conversación.

En esta misma carta, la más larga de la serie, Ogarev examina por primera vez la posibilidad de divorciarse de María y casarse con Natalia. Natalia se preciaba demasiado de sus avanzadas opiniones para dar importancia a estas formalidades, pero pocos días después Ogarev volvía al tema:

Te ríes a la idea de *una boda*. Estás completamente equivocada, querida. En sí es indiferente pero nos salva de la maledicencia general; no *tiene* otra significación y creo que comprendemos lo bastante las realidades para que ello nos resulte embarazoso. Tú sabes que no deseo reivindicar derecho alguno sobre *tu persona. Seguirías perfectamente libre*, pero dispondrías de *un amigo* a tu lado. Por mi parte no necesito más. Probablemente no me enamoraré de nuevo, pero si así fuera, simplemente te lo diría. Y tú puedes amar a quien te plazca. Te amo tanto que tu felicidad es lo que más quiero por encima de todo. Seré feliz si mi inalienable posesión es tu amistad. *Ergo*, seríamos totalmente libres.

Estas palabras merecen recordarse a la luz de la subsiguiente historia de este matrimonio «libre».

La última de las cartas fue escrita el 9 de enero. Madame de Salias debía haber partido aquel día pero la retuvo un dolor de garganta. Ogarev estaba más desesperado que nunca. Esperaría un día o dos todo lo más, y si la condesa no se marchaba iría a Yakhontovo y no regresaría a Akshena hasta que ella se hubiese realmente ido. La historia de la salida final de Aksheno, desgraciadamente, nunca se escribió; el documento siguiente de la colección es una carta conjunta de Ogarev y Natalia comunicando a Herzen, que se hallaba en París, su amor y su felicidad.

Al viejo Alexis Tuchkov, que era «bastante liberal en sus palabras pero muy distinto cuando se trataba de actos», no le gustaba que su hija menor de diecinueve años de edad, se hubiese enamorado de un hombre casado de veinticinco, aunque este hombre fuese uno de sus mejores amigos. Pero se tomó la noticia más calmosamente de lo que podía temerse y tan sólo pidió, antes de decidirse a dar su consentimiento al matrimonio, que Ogarev hiciera todo lo posible para obtener el divorcio de su primera esposa e incluso acompañó a los jóvenes a Petersburgo para consultar abogados. Se rogó a Herzen que tuviera una entrevista con María, que se hallaba entonces en París con Vorobiev. En el siglo XIX, el divorcio por consentimiento mutuo era en Rusia cosa relativamente sencilla, pero cuando una parte se oponía era virtualmente imposible. Desgraciadamente, María, que vivía con bastante felicidad en el adulterio, no tenía deseo alguno de casarse con su amante y deseaba aún menos complacer a su marido. Acogió los esfuerzos de mediación de Herzen con indisimulada hostilidad y un intento de emplear como negociadores a los Herwegh no obtuvo mejor acogida. «Con el debido respeto a Madame Natalia», escribió a Herwegh, «la considero una tontuela y en vez de ponerme en ridículo haríais mejor en no meteros conmigo». Y en su agresiva actitud garabateó al dorso de la carta: «Vaya para todos los amigos de Ogarev». Nada se pudo hacer. Herzen desahogó su malhumor calificando a María de «Mesalina del arroyo». Y en un caluroso día de 1849, Ogarev y Natalia, sin la bendición del cura, iniciaron una radiante, a la par que ilícita, luna de miel en Crimea. Pocos días antes de que Natalia dejara el cobijo familiar de Yakhontovo, su hermana Elena casó con un amigo de Ogarev y de Herzen llamado Satin.

Es en este punto que el lector debe ser introducido en una serie de desconcertantes transacciones financieras que, en último término, redujeron a Ogarev de un estado de rico propietario rural al de mendigo y parásito. La negativa de María a consentir en el divorcio colmó a la familia Tuchkov de un perdonable resentimiento y el efecto de su exasperación debe ser rastreado con la conducta posterior de Ogarev. Probablemente se debió a su instigación (él carecía de la suficiente resolución y de la suficiente capacidad vindicativa) el que Ogarev decidiera, por vía de represalias, suspender el pago de las anualidades a María, faltando así a la

obligación que se había impuesto para con ella en 1841, y que estaba avalada por la totalidad de sus propiedades rurales. Fue éste un paso arriesgado, puesto que no había duda de que María, que nunca había mostrado inclinación a moderar sus apetitos económicos, emprendería una acción legal en apoyo de sus reclamaciones. Sin embargo, el ingenioso e implacable Tuchkov se hallaba dispuesto a responder a la amenaza. A *fin de frustrar las pretensiones de María, Ogarev fue inducido a traspasar* al marido de Elena, Satin, la totalidad de su hacienda de Aksheno, cuyo precio de compra debería pagar Satin, aparte del rendimiento de la finca, en diez plazos anuales. Esta transacción, un tanto estúpida, resultó fatal para el bienestar económico de Ogarev, dado que Satin, poco dispuesto o insolvente, faltó a sus obligaciones y sólo efectuó unos pocos pagos y aun fuera de plazo. No obstante, por el momento el recurso sirvió a sus propósitos y cuando María interpuso, y ganó, su acción contra su marido *encontróse sin propiedades que embargar, excepto una pequeña finca de* Ogarev denominada Uruchia, en la provincia de Orel; esta única posesión que le quedaba tuvo que ser vendida por orden judicial para indemnizar a María.

De las tres haciendas que heredó Ogarev a la muerte de su padre doce años antes, nada le restaba actualmente. Había cedido Belo-omut a sus antiguos siervos y los pagos que debía recibir de esta procedencia se acercaban a su fin; había perdido Uruchia, vendida para satisfacer las reclamaciones legales de María; y había traspasado Akheno, su casa solariega, al cuñado de Natalia. Durante el resto de sus días dependió de la bondad de su más viejo amigo. Algo debía hacerse, con todo, para prevenir el futuro, y, aproximadamente por el tiempo de fuga con Natalia, tomó en préstamo a Herzen 45.000 rublos y adquirió una fábrica de papel en la provincia de Simbirsk.

A esto siguió un curioso intermedio. Se recordará que la esposa de Ogarev era sobrina de Panchulidzev, el gobernador de Penza. La vanidad de Panchulidzev sufrió por el público desaire hecho a su *protégée* por la deserción de Ogarev, y es difícil saber hasta qué punto su subsiguiente actitud fue debida al celo oficial o al despecho personal. Las revoluciones europeas de 1848 habían aterrorizado a Nicolás I de Rusia. Sospechas, espionaje y detenciones estaban a la orden del día. A principios de 1849, aproximadamente cuando Ogarev empezó a intimidar en Yokhantovo, Panchulidzev informó a Petersburgo que Tuchkov, desde su vuelta a París, llevaba barba y había hecho manifestaciones de librepensador y expuso ideas antirreligiosas delante de los jóvenes. La policía secreta, habiendo recibido la orden de investigar, descubrió que Ogarev se había comprometido escribiendo en «trabajos de carácter revolucionario» y finalmente, en septiembre, inmediatamente después de la fuga de Ogarev con Natalia, el jefe de policía de Petersburgo recibió una petición del borracho y decrépito padre de María, Roslasev. Merece ser citada como muestra de las maneras contemporáneas.

EXCELENCIA

La bien conocida rectitud de Vuestra Excelencia me da ánimo para solicitar la protección de Vuestra Excelencia. Los hechos son éstos. Mi hija, casada con N. P. Ogarev, de la provincia de Penza, se halla desde hace dos años en el extranjero por causa de enfermedad. Entretanto, Ogarev, que había contraído amistad con Tuchkov, un propietario rural de la misma provincia de Penza, entró, bajo la influencia de Tuchkov, en la secta de los comunistas. Estoy convencido de ello no solamente por referencias, sino por las acciones de Tuchkov, Ogarev y su amigo Satin. Los dos últimos, compañeros de estudios en la Universidad, se habían hecho ya previamente sospechosos y estuvieron durante largo tiempo bajo vigilancia. Ogarev abandonó a su esposa cediéndole una substancial cantidad de dinero que fue avalada por una hipoteca y que por supuesto debía haber pagado si no se hubiera unido a la secta de los comunistas bajo la influencia de Tuckhov, jefe principal de la secta. Pero sucedió lo siguiente: Tuchkov entregó su hija mayor a Ogarev como se entrega una desgraciada mujer a los hombres en un lupanar. Habiendo Ogarev gozado de ella, decidió —ignoro por qué razón— traspasarla a su amigo Satin, esta vez en matrimonio legal, cediendo a Satin, como dote de ella, su hacienda solariega de 400 almas. Siguiendo con sus mismos hábitos recibió luego de Tuchkov a su otra hija. Así, estos caballeros comunistas trabajaron duramente para despojar al infortunado Ogarev, y lo consiguieron, mandándole luego a divertirse con la joven a Crimea. Estoy firmemente convencido que todas estas acciones formaban parte de un plan establecido para sacarlo del país y dejar a mi hija, su esposa legítima, sin el dinero. Tenga Vuestra Excelencia la gracia de proteger a la inocente. Soy un hombre viejo sin otra alegría en la vida que mi hija. Dad orden de que Ogarev no salga de Rusia y pague a mi hija; dad a ésta la posibilidad de existir y volver a su país.

Las autoridades tardaron unos cinco meses en digerir este notable documento y en febrero de 1850, Tuchkov, Ogarev y Satin fueron detenidos y trasladados a Petersburgo, donde, en confinamiento solitario, cada uno de ellos fue requerido para contestar un cuestionario basado en la carta de Roslaslev y en el informe original de Panchulidzev. Nada les fue ahorrado. La barba que se dejó crecer Tuchkov en París, «sus ideales de librepensador y antirreligioso», la «secta de los comunistas», las extrañas relaciones entre Ogarev y las hermanas Tuchkov, todo fue incluido en el informe, que no fue tan saboreado por la desplazada ingenuidad de los agentes secretos como por las maliciosas habladurías de las mesas de té. Incluso se alegó contra Tuchkov que, «en vistas a la popularidad, había invitado a su capataz, un simple labriego, a sentarse en su presencia». La perspectiva se presentaba sombría. Inmediatamente después de su arresto Ogarev pudo hacer pasar de escondidas una carta de Herzen, que se hallaba en París, mandándole su adiós «por luengos años». Pero los caminos de la policía rusa eran imprevisibles y en esta ocasión predominó la clemencia. Las denegaciones de los tres hombres eran concordantes, la existencia de la «secta de los comunistas» quedó sin probar, y en abril los tres fueron puestos provisionalmente en libertad. En diciembre del año siguiente fueron incluidos en una amnistía general en ocasión de conmemorarse el

vigésimo quinto aniversario de la subida de Nicolás I al trono. Ogarev se tomó la única venganza que estaba en su poder con el hombre a quien creía culpable. Escribió una ostentosamente atenta carta a Panchulidzev pidiéndole la devolución «sin interés» de los 5.000 rublos que le había prestado antes de la autorización de su retorno a Moscú. No existe constancia de la respuesta del gobernador, pero diez años más tarde Panchulidzev fue separado de su cargo por abusos cometidos durante su mandato. Había sido gobernador de Penza durante veintiocho años. No puede acusarse a las autoridades centrales de haber obrado con indebida precipitación.

Pero Ogarev y Natalia tenían que soportar, como escribieron a Herzen, no sólo «el odio de los enemigos» sino «la maledicencia de los amigos». Incluso los pocos supervivientes de la cuadrilla de Moscú adoptaron una actitud de convencional desaprobación. Tuchkov aceptó lo inevitable con un peso en el corazón, su espíritu independiente había sido quebrantado por el sobresalto de su detención. Elena y Satin, desde su ventajosa situación de matrimonio respetable, miraban desdeñosamente, por encima del hombro, la irregular posición de los otros. Era bastante corriente, en la Rusia del siglo XIX, que un hombre casado o una mujer casada tuvieran un amante pero que un hombre y una muchacha soltera de la aristocracia rusa vivieran abiertamente juntos desafiando la ley divina y la humana costumbre, era peor que inmoral: era políticamente heterodoxo. Unicamente Herzen, firmemente asido a sus principios románticos, aplaudía desde lejos a los dos amantes. Y la ventolera arreció cuando llegaron a Niza las noticias de la muerte de Natalia Herzen y las insinuaciones de su marido acerca de los tormentos de sus últimos meses de existencia.

Mientras, Ogarev se afirmó en la fábrica de papel en su inesperado personaje de hombre de negocios, y allí pasó, con Natalia, en una gloria casi connubial, los años de 1850 a 1855. La vida en la fábrica era monótona. A Ogarev no le gustaba este trabajo, pero demostró más aplicación de lo que podía esperarse. Natalia agotó rápidamente las novedades placenteras del gobierno doméstico. Se esforzó en la autoeducación y se encontró a sí misma una torpe discípula. Intentó escribir ficción y remitió uno de sus cuentos al popular diario *Notas de la Patria*, pero el director se le devolvió con el comentario —escrito, a buen seguro, burlonamente— que un cuento basado en la amante de un hombre casado era impropio para insertarlo en sus respetables columnas. Ensayó la jardinería y halló más satisfacción de lo que había imaginado en el puro trabajo físico de cavar. No era desgraciada y seguía devota de Ogarev, pero la rutina de la vida cotidiana, solitaria y sin hijos, viviendo en la inconfesada conciencia de una posición social falsa, no proporcionaba una solución adecuada ni a sus facultades ni a sus sentimientos.

Herzen, establecido en Londres desde el otoño de 1852, les instaba constantemente a reunirse con él, y Natalia estaba en cierto modo

ansiosa por salir de Rusia; pero dificultades prácticas y la pura inercia los encadenaban todavía al lugar. Sin embargo, con el transcurso del tiempo crecieron más sus deseos y los obstáculos fueron desapareciendo uno por uno. En la primavera de 1853 María Ogarev murió en París. En sus últimos años Vorobiev había sido reemplazado por un francés a quien legó los últimos restos de su fortuna. La noticia no llegó a Ogarev y Natalia hasta cerca de seis meses después del suceso. En sus tiernos días de amor hablaban del matrimonio con irrisión y como de «un superfluo e innecesario lugar común», pero ahora estaban impacientes por regularizar su estado. Una barrera que se oponía a la concesión del pasaporte fue así soslayada.

Transcurrieron cerca de dos años más, y en 1855 la casualidad, en forma de incendio, destruyó la fábrica de papel y dejó a los Ogarev sin recursos, sin ocupación y sin ningún motivo de permanencia. Pasaron el invierno en Petersburgo. No fue un tiempo particularmente afortunado. Ogarev, de vuelta, tras varios años, a la sociedad que le gustaba, se encontraba en su elemento, bebiendo copiosamente en la alegre compañía de sus amigos. El alcohol aumentó la frecuencia y la virulencia de sus ataques epilépticos y Natalia, por primera vez, se inquietó seriamente por su salud. Tampoco a ella le sentó bien su nuevo medio. Los años de ostracismo social la habían hecho morbosamente sensible y empezaron a aparecer los primeros síntomas del histerismo de sus últimos años. Se sentía, probablemente sin razón, ignorada y despreciada. Estaba convencida que Turguenev, que años atrás le había dedicado un cuento, ahora la odiaba. Cuando Ogarev invitó a Tolstoi a su alojamiento, éste no se presentó, y ella tomó su incomparecencia como un desaire personal. El único de sus amigos literatos de su marido con quien ella, de manera bastante curiosa, se hallaba completamente a gusto, era el más bien simple Ostrovsky, el popular autor de comedias *bourgeoises*.

Siempre se presentaban molestos obstáculos para que un antiguo sospechoso político pudiera obtener el permiso para dejar Rusia. Ogarev, que no se hallaba, ni mucho menos, en situación de prodigar munificentes préstamos a oficiales asequibles, tuvo que invocar el patronazgo de un primo que había llegado a general. Por fin fue concedido el pasaporte y se hicieron los preparativos. En marzo de 1856 los Ogarev emprendieron el viaje. Su primera parada fue Berlín. Ogarev había conocido la ciudad en sus tiempos de vagabundeo, dolor y libertinaje. Desde entonces habían transcurrido cerca de diez años y la ciudad había sufrido una revolución, pero poca alteración pudo observar en el aspecto de la capital prusiana. El único buen resultado positivo de la revolución, declaró, es que ahora está permitido fumar en la calle. Los únicos cambios eran los de la moda.

Todavía hay pocos ingleses en Berlín [escribió a su cuñado], pero los alemanes han aprendido a usar la capa escocesa en vez de gabán. Es de lo más

cómico encontrarse con un elegante caballero paseando envuelto en un chal. Por otra parte las damas visten grandes chaquetas como de hombre. Bien, todo es cuestión de hábito.

Desde Berlín, Ogarev y Natalia fueron directamente, vía Bruselas y Ostende, a Londres. Natalia regresó a Rusia maltratada y rota por la vida, veinte años más tarde. Su marido nunca volvió a pisar el suelo ruso.

CAPÍTULO VIII

DE NUEVO EL TRIANGULO

La llegada de Ogarev irrumpió como un mar tempestuoso en las calmadas y tranquilas aguas de la existencia cotidiana de Herzen.

La primera tormenta fue uno de aquellos episodios que nadie prevé pero que tan pronto se han producido todo el mundo los reconoce como inevitables. Natalia Herzen había encargado del cuidado de sus hijos, en la eventualidad de su fallecimiento, a su querida «Consuelo», y en su lecho de muerte fue el nombre de la otra Natalia el último que salió de sus labios. Cuatro años habían transcurrido desde aquel día, pero era lógico que Natalia Ogarev esperara, en virtud de aquella confianza, asumir el papel de madre adoptiva. Era igualmente lógico que Malwida von Meysenbug, que se había consagrado devotamente a sus nuevas responsabilidades con toda la pasión de su ser, se resintiera de la más pequeña insinuación en orden a reclamar una autoridad sobre los niños que reemplazara la suya.

Las dos mujeres, carentes de hijos, ambas tan insatisfechas sexualmente y como poseídas del mismo anhelo histérico por los niños, eran dos rivales predestinadas. Instintivamente se consideraron la una a la otra como intrusas, aunque debe ser consignado, en favor de Natalia, que fue Malwida quien primero provocó y dio expresión a su mutua enemistad. Para Malwida no se trataba de una mera cuestión de celos sino que también se hallaban en juego principios profesionales y hasta nacionales. Ella tenía la tradicional fe alemana en las teorías pedagógicas, y se consideraba particularmente capacitada, por sus pacientes estudios, para la educación infantil. Por otra parte, se echó de ver en seguida que a Natalia le fallaba tanto la teoría como la práctica y que una sola semana de su descuidada indulgencia podía estropear los resultados de seis meses de buena disciplina germana. En especial, la

impaciente y desordenada generosidad del temperamento eslavo chocaba con la ascética precisión de Fräulein von Meysenbug. Habíale costado ya mucho a Malwida convencer a Herzen de que «los regalos y juguetes inútiles tan sólo embotaban el gusto de los chicos para las cosas buenas y útiles y alientan el espíritu de destrucción que ya es de por sí bastante fuerte en los jóvenes». Herzen acabó por aceptar su repulsa para con estas desmoralizadoras chucherías, pero la lucha recomenzó, y en forma exagerada, con Natalia, quien confesó que «no podía pasar por delante de aquellas encantadoras tiendas de juguetes de Londres sin sentir la necesidad de comprar todo lo de los escaparates y traerlo a casa para los niños». Todas las protestas no surtieron efecto alguno y Malwida, desesperada, apeló al padre.

La apelación resultó embarazosa para Herzen. La singular devoción de Fräulein von Meysenbug le inspiraba el más sincero y respetable sentimiento de gratitud y reconocimiento, pero sus sentimientos hacia los Ogarev eran de otro calibre. La llegada de éstos a Londres había constituido un romántico encuentro de corazones largamente separados por un hado adverso y, por primera vez desde la muerte de Natalia, había entrado en su círculo doméstico un soplo de su tierra nativa. La lealtad para con su difunta esposa le indujo respetar su deseo de que la educación de sus hijos fuese confiada a su amiga más querida, y su corazón alegróse cuando oía a Natalia Ogarev contarles cuentos de la Rusia que ellos nunca verían y hablarles en ruso, que Tata ya había medio olvidado y Olga nunca había sabido. Herzen pronto se dio cuenta de que Malwida desaprobaba que el ruso fuera de nuevo el lenguaje del hogar, y tener que escuchar instrucciones en un idioma extraño que no podía comprender. Se sentía incómodo e indeciso. Sugirió a Malwida una amical discusión con Natalia que aquélla rechazó por inútil. Herzen no deseaba en modo alguno una ruptura; pero si ella lo forzaba a ello estaba bien claro a quién escogería para el sacrificio.

La noción de su impotencia colmó a Malwida de amargura y tuvo el valor de preferir una operación quirúrgica a un largo y triste dolor. Un día, semanas después de que aquel carruaje pesadamente cargado hubiese llegado a la casa de Finchley Road, tomó entre las suyas las manos de los asombrados niños y los exhortó a recordar tan solemne momento, cuyo significado algún día comprenderían, y condenó la conducta educativa de Madame Ogarev para con ellos. Luego salió de la casa llevando consigo su pequeño ajuar transportable. Nadie la vio marchar, salvo un criado italiano que la consoló diciéndole que su partida no presagiaba nada bueno para los que dejaba tras de sí. Al día siguiente, Herzen envió a Sacha y Ogarev a visitar a Malwida para transmitirle la seguridad de su imperecedera estima y gratitud. Pero se expresó más llanamente en una carta a María Reichel:

¡Ah, esta gente alemana, especialmente la del sexo femenino, y particularmente aquella que se ve afligida con la virginal inocencia de las solteronas!

El verano transcurrió tranquilamente. Ogarev, tras su alegre invierno de Petersburgo, llegó a Inglaterra en un deplorable estado de salud. Durante los últimos veinte años, la epilepsia, los excesos sexuales y el alcoholismo crónico habían minado su constitución. El médico a quien Herzen llamó no respondió de su vida y prescribió un régimen cuyos rasgos principales eran el reposo y una total abstinencia de alcohol. Tan austero régimen, raramente prescrito en Rusia, y aún más raramente seguido, causó una fuerte impresión a Ogarev. En la paz de los alrededores de Finchley Road su estado empezó a mejorar de una manera estable. Cuando Malwida partió, los Ogarev, que hasta entonces estaban instalados en una pensión cercana, se convirtieron en huéspedes permanentes de la casa de Herzen.

Sin embargo, la casa de Herzen ofrecía un importante inconveniente: no estaba del todo aislada. Y así, los domingos, cuando los amigos de Herzen se reunían y tocaban el piano alegremente y entonaban canciones rusas a coro, se oían a través de la pared golpes con los que eran conminados a observar el *sabbath* inglés. Esto era excesivo para Herzen. Le gustaba cambiar a menudo de residencia y pronto encontró otra nueva en un medio más rural, protegida del *sabbath* inglés por un amplio jardín. A primeros de setiembre, toda la familia se trasladó a Laurel House (más generalmente conocida por el nombre del propietario, «Mr. Tinkler's»), High Street, en Putney.

Habían pasado en este momento más de cuatro años desde que Herzen, en Niza, con su esposa moribunda en los brazos, jurara venganza y el tiempo había suavizado su dolor y ablandado su furia. El castigo del seductor había sido relegado al limbo donde las cosas que han resultado inasequibles se miran como si no tuvieran importancia; y Herzen desde su llegada a Inglaterra, se había confinado voluntariamente en el más agradable deber de canonizar a la víctima. Le gustaba hablar de su difunta esposa como de alguien que hubiese sufrido mucho y hubiese soportado los sufrimientos con santa resignación y fortaleza. ¿Y con quién podía hablar mejor y más frecuentemente de su historia y su reivindicación que con su más querida amiga, la otra Natalia? Las almas de Herzen y de Natalia Ogarev establecieron una verdadera comunión sobre la tumba de la santa martirizada. Mezclando sus lágrimas, compartían la felicidad de sus santos recuerdos; de estas reverenciales celebraciones Ogarev, que apenas había conocido a Natalia Herzen, quedaba forzosamente excluido. Son notorias las propiedades incendiarias de una emoción compartida incluso cuando la emoción es de carácter casi religioso. Si hubiese estado presente un espectador desinteresado no habría hallado dificultad alguna en prever el *dénouement*. Herzen rodearía a Natalia con el brazo y pediría jocosamente permiso a Ogarev para besarla. Quizá fuese igualmente peligroso acceder a esta agradable licencia que llegarse a ella, y Ogarev no era hombre para negarse. Por el contrario, se alegró de que el afecto de Herzen por Natalia forjase un nuevo lazo entre él y su camarada de

toda la vida, y hasta se sintió aliviado al ver que no se repetían las tensas relaciones que existieron entre su primera esposa y su amigo. Tampoco Herzen retrocedió ante este segundo experimento con el ideal romántico de la amistad triangular; las circunstancias modificaban las cosas y la experiencia raramente enseña en los asuntos del corazón.

Tan sólo estuvieron, sin embargo, unas pocas semanas viviendo con primaria inocencia en este paraíso romántico. Un día —parece que fue antes de su traslado de Finchley Road a Putney— se hallaban hablando juntos y Herzen, sentándose en el suelo a los pies de Natalia, le cogió la mano. Natalia experimentó una vez más la «sensación magnética» de la cual había sido consciente cuando el amigo de su marido la abrazó por primera vez. El contacto envió una oleada de sangre ardiente a través de todo su cuerpo, y encontrándose sus ojos con los de Ogarev, vio que éste los estaba mirando fijamente con trágica comprensión. A partir de esta escena, que ella registra dos años más tarde en una carta a su hermana, Natalia parece datar su conocimiento —y el de su marido— de su pasión física por Herzen. Sólo el propio Herzen, tan simple de pensamiento como siempre en sus relaciones personales, no se dio cuenta de qué clase de sentimientos había prendido en ellos. Herzen, a sus cuarenta y cinco años, había alcanzado ya la madurez. Había vivido muchas tragedias y había decidido considerarse como un hombre viejo cuya vida ya se había consumado. La vivaracha Natalia, sedienta de alegrías y de pasiones todavía no gustadas, era dieciséis años más joven y hubiera podido pasar, sin la menor dificultad, por hija suya. Herzen mantuvo ocultos sus sentimientos para con ella, incluso para sí mismo, bajo la máscara de una ternura paternal, y si sólo de él hubiera dependido, la máscara nunca habría sido arrojada. Esta no es la historia de un experimentado hombre de mundo que seduce a una impresionable y cándida joven esposa y la desvía de la senda de la fidelidad conyugal. Hubo seducción, sí, pero Herzen no fue el seductor, sino la víctima.

En el exaltado sentimiento de Natalia por Herzen hubo una gran parte, quizá preponderante, de ardor animal. La historia de su matrimonio con Ogarev no puede ser escrita en detalle dado que carecemos de material, pero existen claros indicios de su fracaso en cuanto a satisfacer la vertiente física de la naturaleza de Natalia. No sería justo decir que la experiencia desmintió las románticas promesas de su noviazgo. Ogarev fue, y permaneció hasta el final, una figura romántica. La colegiala que se enamoró de él en Aksheno seguía viviendo en la madura Natalia, y Ogarev seguía estimulando sus más tiernos sentimientos tan irresistiblemente como siempre. Había interesado su corazón en una medida que no podía alcanzar otro hombre. Pero Natalia no sólo tenía corazón. Había aportado a Ogarev los deseos frescos y vigorosos de una juventud enteriza y el amor con que Ogarev le correspondió fue, como ella escribió más tarde, «la última llama vacilante» de un cansado y gastado organismo. Los primeros años en el campo transcurrieron tolerablemente bien, pero el último invierno en

Petersburgo había socavado las postreras fuerzas de Ogarev y había destruido su salud. Natalia tuvo cada vez más la amarga conciencia de la desigualdad de su matrimonio.

> Me di a él [escribió a su hermana Elena] porque lo amaba y él fue casi el único lazo que me ataba a la vida. Pero en secreto supe bien que la vida podía haberme dado algo más, y que lo que me dio no era lo que yo necesitaba.

Había sacrificado su juventud y aun su persona a Ogarev y la conciencia de su sacrificio la indujo a una siempre creciente indulgencia hacia el venenoso sentimiento de la autocompasión. Sus ansias insatisfechas, con los años, habían ido cristalizando gradualmente en un deseo apasionado. «Soy un disoluto», confesó Herzen por aquel tiempo, «y a duras penas puedo retener el lado animal de mis pasiones», pero sus prematuros abusos lo hicieron incapaz de tener descendencia. El conocimiento de esta esterilidad había llegado a Natalia en los primeros tiempos de su vida en común, antes del matrimonio. Describe la revelación en otra carta escrita varios años más tarde a su hermana:

> Recuerdo cuánta alarma se produjo a la mera idea de que pudiera quedarme encinta. Todo el mundo lo temía, pero *él*... Sí, fue entonces cuando me propinó el terrible golpe de que no era probable que tuviéramos hijos. Lo comprendí, le quería y mi afecto no cambió; pensé tan sólo que podría ser una madre y todo cuanto fuere necesario para *él*. Fue un dolor indescriptible, pero el amor por el hijo que no existía, así como también una especie de altivez, me forzaron a mantener el silencio y hasta a pretender lo contrario.

Por el momento debió de tener, mezclada con otras emociones, una sensación de alivio, la frustración de su instinto maternal se convirtió en una inconsolable tragedia. La falta de hijos pesó en ella «como la pesada mano del Comendador en *Don Juan*». Diole vueltas y más vueltas y fue causa y símbolo de su inquietud, el punto focal de sus frustradas pasiones. En cuanto llegaron a Inglaterra no pudo evitar la comparación entre el débil, dulce y patético Ogarev con el normal, viril y dominador Herzen, *l'homme moyen sensuel*, que había navegado y navegaba aún entre el libertinaje y el ascetismo. Las circunstancias la empujaron a vivir bajo el mismo techo y en la más próxima intimidad con el amigo de su marido. Y los sentidos la traicionaron rápidamente.

La crisis sobrevino no mucho después de su traslado a Putney, en septiembre de 1856. Herzen empezó a darse cuenta de que la amistad de Natalia hacia él era «de un carácter más apasionado de lo que él podía desear». En el galanteo que siguió se invirtieron los tradicionales papeles de los sexos. Herzen, alarmado por los síntomas que había podido percibir, simuló una frialdad que estaba lejos de sentir. Empezó a evitar a Natalia y trató de poner freno al temerario curso de su intimidad. Natalia insistió. No comprendió, o fingió no comprender, sus motivos para evitarla. Ella estaba dolida, profundamente dolida, y protestaba

amargamente que nada había hecho para merecer la indiferencia de un amigo. El afecto de Herzen por Natalia era sincero. Y era un hombre de carne y hueso. La calmó, la consoló, y en el proceso de consolación fueron pronunciadas las palabras fatales y hechas las irrevocables confesiones. Herzen y Natalia se convirtieron en amantes.

La propia Natalia cuenta en su Diario lo que siguió:

> Cuando vi que Herzen, vencido por mi apasionado amor, se había enamorado, me dirigí a toda prisa a Ogarev. Comprendía su dolor y me parecía que de hallarme en su lugar nunca habría sido capaz de resistirlo. Todo el pasado desfiló ante mis ojos con tal claridad y tan brillante colorido que me quedé aterrorizada y no pude dar un solo paso adelante hasta que supe cómo lo iba a tomar. Tomarlo como lo tomó, con tan infinita y amplia comprensión, debió de ser algo más allá del poder de cualquier. . sí, me atrevo a decirlo, de cualquier otro hombre. Lo tomó con la bondadosa simplicidad que es peculiar a su tierna y tolerante naturaleza. Todo lo comprendí y empecé a quererlo más todavía. Me parecía tenerlo, en algún modo, más cercano a mí que antes, y le pedí su ayuda para poder vencer mi apasionamiento por Herzen. Pienso alguna vez que me hubiese gustado que lo hiciera. Pero no lo hizo, no me ayudó, no me pidió ningún sacrificio. Durante estos días he sentido a menudo que estaba sumido en el dolor y cada vez la visión de este dolor me arrancaba del pecho un grito de agonía, una plegaria en su ayuda inspirada por la opresiva conciencia de mi propia impotencia.

Podía haber hallado solución en la huida, e incluso sugirió que podía regresar a Rusia, pero, continúa el Diario:

> Ogarev era contrario a mi partida. Podía haberme salvado pero no quiso causarme ningún dolor ni siquiera por un momento, y no quiso que me sacrificara por él.

Sólo Ogarev, el resignado y agonizante espectador de estos acontecimientos, no ha dejado registro de sus emociones. Nada reprochó a Natalia. Era propio de su naturaleza dirigirse los reproches a sí mismo más que a los otros y quizá sintió que un matrimonio como el suyo no le daba derecho a juzgarla. Siete años más tarde, cuando el pecaminoso amor de Natalia había alcanzado la cumbre de la tragedia, le dirigió un obsesionante poema en el que le suplicaba perdón por el mal que le había causado:

> ¡Perdóname! Mía es la culpa.
> Fui yo quien arruinó tu edad temprana,
> sólo yo rompí los sagrados lazos,
> con frivolidad inflamé tu mente
> y aventé en ti, sabiéndolo o sin saberlo,
> el espíritu de la irracional obstinación.
> Desperté en tu alma
> el desasosiego de la pequeña intolerancia,
> la aridez del escepticismo,

el desenfrenado abandono a las pasiones.
¡Perdóname! Bajo ante ti
mi pecadora cabeza..
Pero era débil, y estaba enamorado;
no era tu hermano mayor, sino tu esclavo.

Ahora bajaba la cabeza en silencio, un silencio que estrujaba el corazón de Natalia y atormentaba su conciencia más que cualquier palabra que hubiese podido decir. Reconvino suavemente a Herzen pero más fiel a sus principios que el propio Herzen, limitó su queja a un aspecto: le reprochó, no que le hurtara el afecto de su esposa, sino que no le hubiera dicho nada acerca de ello. El matrimonio era libre y el amor irresistible, pero la amistad exigía una abierta confesión. No era la acción sino la falta de franqueza que la acompañó lo que constituía la ofensa contra el canon romántico. Parece que el reproche se lo hizo por carta y Herzen escogió el mismo medio para la respuesta. La respuesta debió haber sido penosa, aunque Herzen era, afortunadamente, insensible al paralelo —que inevitablemente se sugiere por sí mismo al lector— entre su posición actual y la de Herwegh seis años antes.

Hace largo tiempo que deseaba, querido amigo, aconsejarme contigo, y si guardé silencio fue porque temía destruir la armonía y la tranquilidad de tu vida y porque mi deseo era evitaros conflictos a ti y a Natalia. Decir lo que me dices es ridículo. ¿Soy hombre capaz de ofenderte siendo insincero, cuando soy sincero siempre con todo el mundo y cuando mis propias heridas están todavía sin cicatrizar? Mi deseo es terminar mi vida a tu lado y creo que así la terminaremos.

Supe que el afecto de N. por mí era de un carácter más apasionado de lo que podía haber deseado. La quiero con todo mi corazón, profunda y ardientemente, pero no con pasión. Para mí, ellas y tú sois lo mismo. Ambos sois mi familia y —con mis hijos— todo lo que tengo. Al principio (fue después de haber venido a Putney) traté de mantenerla a distancia, pero ella no comprendió y se mostró tan dolida que yo, naturalmente, me apresuré a tranquilizarla y entonces tampoco yo pude evitar, como quien ha estado largo tiempo faltado de cualquier cálido afecto femenino, sentirme conmovido por su devoción de hermana. Tú mismo lo deseaste. Y en la pura intimidad de mi corazón vi en tu esposa un nuevo anillo de nuestra triple unión. Cuando me di cuenta que ella se dejaba arrastrar cada vez más por la pasión creí que era resultado de su ardoroso carácter y de su inhabilidad para controlarse...

La idea de que esto te produciría un dolor no me dejaba tranquilo y me atormentaba tanto como antes me atormentó tu enfermedad.

Cualesquiera barreras que intentara erigir, *vosotros, los dos*, las echabais abajo. Yo merecía tu confianza. Me siento ante ti sin miedo y sin vergüenza, amigo de mi juventud; pero un paso más allá... y a nuestros pies se abre un abismo.

Debemos conservar nuestra profunda amistad. Pero para esto debes darme tu mano y tu consejo y —por encima de todo— tu indiscutible confianza.

No puede un amigo, un hermano, estar tan cerca como estoy yo de Natalia, y emplearé todo mi afecto para guardaros a los dos con este lazo. No hay fuerza ni pasión sobre la tierra que pueda apartaros de mí. Que N. me quiera mucho es

natural y justo; si su afecto ha tomado un determinado carácter no es culpa mía. Pero, amigo mío, eliminar esto puede tan sólo lograrse con una gran gentileza.

La incertidumbre de nuestra cronología hace dudoso saber por cuánto tiempo estuvieron luchando con su pasión los dos enamorados. La declaración de amor está registrada en una carta de Natalia a su hermana de fecha 27 de noviembre de 1856, seis meses después de la llegada de Ogarev a Inglaterra. Aunque no resulte claro, es probable que cuando se escribió esta carta no fuera todavía la amante de Herzen, pero cuando llegamos a nuestra próxima fuente con indicación de fecha, el Diario llevado por Natalia desde junio a agosto de 1857, la *liaison* ya estaba establecida desde algunas semanas o quizás algunos meses. La carta de Herzen a Ogarev debe corresponder a algún momento entre la declaración de amor y la consumación de la *liaison*.

La unión con Herzen dio a Natalia una satisfacción pasajera. Por unos momentos pareció que había encontrado en él un amor «igual» al que había echado de menos en su matrimonio con Ogarev. Por un breve lapso de tiempo se sumió en la «brillante idea» de ser para los dos una «amante y devota hermana» y Ogarev soñó con «la unión de tres personas en un solo amor». Para muchas mujeres Herzen hubiese sido un amante satisfactorio; pero Natalia no estaba dotada para la felicidad. Inmoderada e impulsiva en las pasiones, no era menos impulsiva e inmoderada en los remordimientos. Tan pronto su amor fue consumado ya le pareció una «monstruosidad». En agosto pudo escribir en su Diario que «había dado un importante paso en su vida sin la debida reflexión y había pagado caro por él». Con su morbosa predisposición a la humillación, dirigió la mirada hacia atrás y se dijo que el amor de Herzen había sido mera pasión sensual provocada por la provocación de ella, y tuvo atormentadores sueños en los que, llena de celos, lo veía acariciando a otras mujeres. Su amor, aunque fuese sincero, era para él «de importancia secundaria, o aún menos»; no era el «amor profundo y puro que daba tan honda fe en la humanidad». Natalia era todavía una romántica; Herzen, a la manera de los románticos desengañados, se había convertido en cínico. Ella era perfectamente consciente de «un influjo frío procedente de Herzen». En tal atmósfera no podía florecer un amor romántico y también ella se refugió en el cinismo.

Soñar, en nuestro paso por el mundo [escribió amargamente], en una vida imposible, poética y armoniosa, es inadmisible. Estaba equivocada. *Él* goza a su manera. ¿Y qué ocurre si yo no simpatizo y no aprecio *su* visión de la vida? Quedarme fuera del camino. Las relaciones personales significan muy poco para él y mucho para mí. Le quiero pero sé que no puedo estar satisfecha con lo que me da.

Lo peor de todo fue cuando otros sentimientos, que casi parecían muertos, revivieron en su pecho y le dieron la prueba de que la pervivencia de Ogarev en su corazón era mucho más fuerte de lo que ella

había imaginado en sus momentos de intoxicación sensual. «A través de sus noches de insomnio, por sus incesantes, secretas y silenciosas lágrimas», supo que Ogarev ahora «no era menos querido por ella que antes». Empezó a establecer involuntarias comparaciones entre los dos hombres y sus sentimientos para con ellos y tales comparaciones no fueron en absoluto favorables a Herzen.

Ogarev sufre; no puede ocultármelo. Hoy estuvo extrañamente irritable y seco conmigo, y me duele más esto que cualquier estallido de Herzen. Herzen, incluso cuando no tiene razón, halla siempre consuelo en la conciencia de su propia rectitud; Ogarev, que es quien realmente tiene razón, no alborota por ello. Estoy asustada. Se me doblan las piernas y el brazo al que solía apretar estrechamente contra mí, me abandona. En su lugar aparece un nuevo brazo lleno de energía y de fría crítica para mis defectos. Y no puedo apoyarme en él. Siento en él poco amor; hay amistad y como una suerte de condescendencia más amarga para mi corazón que el peor de los insultos

Ogarev ahora se ausentaba a menudo, sin dar explicaciones, durante horas enteras y volvió a beber mucho. Natalia empezó a creer que ella le había envenenado la vida. «No podía dañarle más su peor enemigo.» Y presa de reproches de conciencia ante su marido se descargaba amargamente con su amante. «Sólo deseo», escribió una vez a Herzen, «que él pueda verme con *tu* indiferencia».

Por este tumultuoso mar de sentimientos desordenados, Natalia navegó a la deriva durante varios meses; dejó de sentir tierra firme bajo sus pies, dejó de ser capaz de respetarse a sí misma. Su carácter se tornó caprichoso y desigual. Herzen estaba irritado y despótico y la tragedia del amor culpable se vio suplementada por la comedia vulgar de las mezquinas querellas domésticas. Ogarev, que no tomaba parte en estas escenas, sufría sin embargo más que ellos. Nos ha dejado un «esbozo de comedia» con el título *Casa de orates o un día de nuestra vida*, donde usando anticipadamente los medios de Chejov pinta con vivos colores la lastimosa futilidad de la cotidiana existencia en Laurel House, Putney.

Entretanto, Natalia fue lo bastante comedida para no culpar a nadie más que a sí misma y la conciencia de la culpa fue la nota dominante de su infeliz situación. Gustosamente hubiese muerto, pero la idea de ser enterrada al estilo inglés, «solemne y fríamente, en el cementerio de Highgate», actuó de disuasor. Como tantos otros que hablan mucho de la muerte, Natalia estaba destinada a una larga y atormentada vida. Se aproximaba un nuevo período en su camino. A comienzos de 1858 se dio cuenta de que se hallaba encinta.

Tal descubrimiento, que en otras condiciones hubiese significado la culminación de las más grandes emociones de Natalia, consternó tanto a ella como a Herzen. Esto introduciría un elemento de abierto escándalo en sus relaciones, complicaría la posición de Ogarev, y forjaría un nuevo y permanente lazo entre ellos en el momento que su pasión casi había llegado al punto de ruptura. Ello dio motivo a Natalia para muy amargas

reflexiones. Sus pecados y las circunstancias de su vida habían convertido en hiel la más pura y dulce de las humanas delicias. Recordó que las campesinas rusas siempre se confiesan al iniciarse una gestación y en agosto escribió una carta a su hermana que le sirvió para el mismo propósito.

La muerte me ha alcanzado en Londres en forma de un revivir —ficticio e imaginario revivir— de la juventud. Ya no soy la misma persona, Elena querida, que tú estrechabas tan tiernamente sobre tu corazón y a quien llamabas hermana; ésta hace ya tiempo que no existe. La persona que os dejó por amor a Ogarev ha muerto. Has hecho bien no viniendo a Londres. Me hubiera dolido mucho verte. Con tu silencio habrías cometido un crimen; resulta misterioso para un inoportuno esqueleto atisbar a los seres vivientes y sentir que nadie sabe lo que es un esqueleto. Y todo ello en el momento en que una nueva criatura está haciendo su aparición en el mundo, una criatura que en otro tiempo lejano podía haber sido tan ardientemente esperada; pero ahora, fortaleza, energía, contento, fuerza de voluntad y calma se han perdido. ¿Cómo debo recibir a mi hijo? ¿Con las mismas amargas lágrimas con que he saludado sus primeros movimientos en mis entrañas?

Fue en estas condiciones que Ogarev realizó, según la extraña frase que había usado en Berlín catorce años antes, su «intento de devenir padre». El 4 de septiembre nació una niña que fue debidamente registrada como hija de Ogarev. Su nombre completo era Elizaveta Nikolaevna, este segundo nombre correspondiendo al patronímico Nicolás; y se la llamó Liza. El 6 de septiembre, Herzen informó a su hijo (que por cuestiones de decencia había sido llevado apresuradamente a Suiza antes del acontecimiento), que madre e hija seguían bien.

La calma que siguió al nacimiento de Liza fue breve. Un traslado de Putney a Fulham no provocó cambio alguno en la atmósfera moral y las mismas fricciones cotidianas prevalecieron pronto de nuevo con toda su antigua violencia. Los lectores de *Casa de orates o un día de nuestra vida* se habrán dado cuenta de que Ogarev no culpaba a Herzen. Le respetaba. Pero su corazón sensible se llenó de profunda piedad para Natalia y la piedad halla más prontamente excusas que el respeto. Resumió su situación en una larga carta, notable por su comprensión, que escribió a Herzen en el verano de 1859:

Los dos sois crueles. Y ello es así porque es difícil transportar vuestras relaciones a un plano más elevado. Si consigo elevarla a ella, tú lo arruinas todo con tu crueldad. Si consigo hacerlo contigo, es ella la inexorable. Por lo mismo, eres tú quien, por tu educación, estás más capacitado para dominar el corazón humano. Tienes conciencia de tu fuerza para tratar los problemas humanos en general, pero no te importa condenar a los individuos. Ella padece de un defecto de carácter que sólo el cuidado de una madre puede curar. Yo haré todo lo que pueda. Pero si fracaso y en vez de prestar ayuda muestras tan sólo tu egoísta-racional malicia (exactamente como ella muestra su egoísta-irracional malicia), entonces..., entonces sólo pido una cosa: tenme como un empleado de confianza

en tu imprenta y déjame vivir solo.. *Quizás esto sea crueldad por mi parte, pero* ambos lo tenéis merecido.

Y terminó con un diagnóstico que por su insistencia en el complejo amor-odio, recuerda los ensayos psicológicos de los primeros románticos y anticipa los aún más profundos análisis de Dostoievsky:

Ella te ama apasionadamente y, por tanto, celosamente; y no existen límites *para sus celos apasionados o para su (sui generis)* odio. En el *amor se* hallan tan fundidos pasión y odio en una monstruosa disonancia que es necesario poseer un oído muy fino para distinguir las notas.

Pero no había escapatoria a este tormento mientras un continuo contacto irritara la llaga. Como los Engelson años atrás, Herzen y Natalia eran arrastrados, irresistible y fatalmente, por los sentimientos gemelos de amor y de odio, aumentados ahora por su común cariño, celoso por ambas partes, hacia su hijo. Quizá la cosa fuese peor para ella que para él, puesto que el trabajo ocupaba aún la mayor parte de la vida y el pensamiento de Herzen. Natalia no tenía tal salida y en los peores momentos se refugió en la idea de un retorno a Rusia con su familia, la única áncora de salvación en su mundo agitado y tempestuoso. En el verano de 1859 obtuvo un pasaporte, pero le faltó valor para tomar la decisión, y a los pocos meses fue ya demasiado tarde. Ogarev desobedeció los requerimientos del gobierno ruso para volver a su país natal y se pronunció la sentencia de destierro; el decreto se extendía, naturalmente, a su esposa. Las fronteras de Rusia se habían cerrado para ellos.

Pronunciado el veto parecióle a Natalia que lo esencial era que se pudiera reunir, aunque fuera por corto tiempo, con su querida hermana y si ella no podía ir a Elena, Elena podía acudir a ella. En la primavera de 1860, Elena y su marido solicitaron pasaporte para un viaje al extranjero. El pasaporte fue concedido pero, por una característica y maliciosa precaución, era válido para todos los países, excepto Inglaterra. Era bien sabido que la mayoría de los países europeos estaban todavía cerrados para Herzen y las autoridades rusas calcularon que, imponiendo esta restricción, evitarían una reunión de Herzen con Satin. El cálculo era correcto. Pero la limitación de movimientos de Herzen no era extensiva a Natalia, y así pudo fácilmente pasar el verano de 1860 con Elena y Satin en Alemania y Bélgica. Fue acompañada por Liza y una aya inglesa, y por Tata Herzen.

Este viaje proporcionó una pausa a las pendencias domésticas, pero puso sobre el tapete el problema de Olga. Quizá Olga era difícil y obstinada, quizá Malwida ya la había estropeado antes de entrar en manos de Natalia. Sea como fuere, *Natalia nunca había logrado ganarse* el afecto de la segunda hija de Herzen. Su trato con los niños era brusco e irritable y desde el nacimiento de Liza el último residuo de ternura había desaparecido. Cuando Natalia marchó al extranjero, la niña, de nueve

años, no podía ir con ella ni podía ser dejada sin cuidado alguno en casa. La fiel Malwida se hallaba todavía disponible y fue ella quien se llevó a Olga a vivir consigo en casa de unos amigos alemanes donde se alojaba. Era, como más tarde comprendió Herzen, el primer paso hacia la separación, un paso que una vez dado no permitía retroceder. Olga no podría ser recuperada; sería impensable sustituir otra vez el caprichoso malhumor de Natalia a los celosos y pacientes cuidados de Malwida. Antes de que Natalia regresara del Continente, Malwida solicitó y obtuvo permiso para llevarse a Olga con ella a París durante el invierno. La niña ya no volvió nunca a casa de su padre, excepto en caso de visita ocasional. Herzen tenía que agradecer a Natalia la pérdida de una de sus hijas, y un nuevo elemento de reproche mutuo se añadió a la creciente amargura de sus relaciones.

Natalia regresó a Inglaterra la Nochebuena de 1860. Mientras estuvo en el extranjero había intercambiado agrias y desesperantes cartas con Herzen, pero siete meses de separación habían hecho su trabajo. Las heridas habían tenido tiempo de cicatrizarse, los insultos se habían olvidado y, por el momento, hubo algo así como una reconciliación sellada con la reanudación de las relaciones físicas; a las pocas semanas Natalia se hallaba nuevamente encinta. El verano —un verano de relativa tranquilidad, jalonado, sin embargo, por violentas tormentas de irritación— lo pasaron en Torquay, y en noviembre nacieron mellizos. Fueron inscritos en el registro de St. Mary, Paddington (Herzen residía ahora en la Orsett House, Westbourne Terrace, inmediatamente detrás de la iglesia de la Trinidad), como hijos de «Nicolás Ogareff, editor del periódico ruso *La Campana*», y de «Natalia Ogareff, de soltera Tuchkov». Les fueron impuestos los nombres de Alexis y Elena, respectivamente. Cuando empezaron a hablar inteligiblemente, ellos mismos se llamaron «Lola chico» y «Lola chica», y éstos fueron los nombres que se les atribuyó durante toda su corta vida y que perduraron en la memoria de sus padres. El cuidado de los tres pequeños ocupó y agotó a Natalia física y emocionalmente para los dos años siguientes y fue un parcial respiro en la guerra de la combinación amor-odio. Fue éste el período de más febril actividad política de Herzen y el último destello de felicidad que él y Natalia conocieron.

Entretanto, Ogarev había hallado una nueva fuente de consuelo y de interés en la vida. Aproximadamente en la época del nacimiento del primer hijo de Natalia, había conocido en el curso de sus ahora frecuentes peregrinaciones por las tabernas del centro de Londres a una prostituta que las frecuentaba en busca de clientes. El importe de la visita era de medio soberano y Ogarev se fue con ella. La chica le gustó y la visita se repitió varias veces. Le hizo preguntas. Se llamaba Mary Sutherland, frisaba en los treinta —la misma edad que Natalia— y tenía un chico de cinco, llamado Henry, que tenía en el pupilaje en casa de unos amigos mientras ella ganaba lo necesario para mantenerlo. Ogarev inquirió el alcance de sus necesidades y ella expuso que con cuidado

podía atender a las necesidades de ambos mediante treinta chelines, o tres visitantes, por semana. Ogarev le prometió, con visita o sin ella, garantizarle esta suma.

Unos días después Ogarev se encontró de nuevo a Mary haciendo la calle. Hasta el momento no había habido propuesta, ni siquiera sugestión, de que ella pudiera cambiar de vida. Y él no dijo nada. Pero ella podía ver que estos encuentros ocasionales le desagradaban y comprendió, por primera vez, que había concebido un apasionado y sentimental deseo de reformarla. En su mente se abrieron nuevas perspectivas. *Calculó que si podía abandonar la profesión y llevarse el* chico a vivir consigo, treinta chelines semanales serían más que suficientes para sus gastos y le aseguró formalmente que nunca más *volvería a la calle.* Viendo, sin embargo, que lo atormentaban las dudas, afirmó que si dejaba el barrio de las prostitutas por otro lugar donde él pudiera visitarla, las tentaciones de ella y la ansiedad de él serían ambas eliminadas. Los Ogarev y Herzen vivían todavía en Putney. En otoño de 1858, Mary Sutherland fue convenientemente instalada por algún tiempo en una pensión de Mortlake.

Pero la historia completa del último y más feliz amor del pobre Nick pertenece a otro capítulo.

CAPÍTULO IX

EL GRAN QUINQUENIO

Es curioso que un hombre que, siendo un insignificante literato, dejó Rusia para siempre a los treinta y cinco años, se convirtiera, diez años más tarde, en la más poderosa figura del mundo político ruso. Era aquella una época en que el periodismo, como fuerza política, era desconocido en Rusia e incluso poco importante en el resto de Europa, y la historia del periódico *La Campana* es un episodio único no sólo en la vida de Herzen sino en la historia moderna.

Uno tan sólo puede trabajar sobre los hombres [escribió Herzen en *Mi pasado y mis pensamientos*] soñando sus sueños más claramente de lo que pueden soñarlos ellos mismos, y no demostrándoles las ideas como se demuestran los teoremas geométricos.

Por espacio de unos cinco años, Herzen, viviendo en Londres, soñó, con visiones de una claridad y brillantez sin precedentes, las aspiraciones de la opinión liberal rusa ilustrada de dentro y fuera de Rusia. En un tono de ferviente celo misionero y con un estilo incisivo, proclamó en voz alta las esperanzas que Rusia apenas se atrevía a confesar ni siquiera a sí misma. La coyuntura pasó pronto y las visiones se marchitaron, pero su recuerdo persiste en la historia. Los cinco años del 1857 al 1862 fueron los más fructíferos e importantes de la vida de Herzen.

Fue el ingenioso y excéntrico Engelson quien primero sugirió a Herzen la publicación regular de un periódico en Londres.

Podrías publicar una revista [escribía en octubre de 1852] en tres idiomas: inglés, francés y alemán. Al principio podría salir dos veces al mes, luego todas las semanas, y debería ser parecida, en precio y tamaño, al *Sunday Times*. La sección inglesa, con sus ventas en Inglaterra y América, cubriría las pérdidas

(indudables) de las secciones francesa y alemana. Con respecto a obtener dinero en Inglaterra para tal revista trilingüe, deberías garantizar el éxito, es decir, una fuerte venta en los países de habla inglesa sólo se puede asegurar consiguiendo buenos nombres en la colaboración... Ya comprendes en qué sentido accederían a trabajar. Predicarían en el Continente la teoría del Libre Comercio, la paz universal, la *unión de los pueblos a base del Libre Comercio* y una fraternal distribución de los negocios. Ni las guerras ni la rapiña hallarían —no hay que decirlo— apoyo alguno en los colaboradores, pero sería enérgicamente apoyada la idea de la colonización y, en general, habría que estimular el amor del Continente a Inglaterra. En la otra orilla del Océano, debe ser denunciada la esclavitud, pero calurosamente defendida la total ocupación de América por los Estados Unidos.

Herzen, que poseía en abundancia el buen sentido del que carecía Engelson, descartó este fantástico proyecto sin ni siquiera discutirlo y la génesis de *La Campana* debe investigarse a partir de otras fuentes. No muchos meses después de su llegada a Londres, Herzen fue invitado a contribuir al sostenimiento de una imprenta polaca dirigida por refugiados polacos. Respondió al llamamiento y sugirió la idea de montar por su cuenta una imprenta rusa. Los utensilios fueron adquiridos de segunda mano en París, y en la primavera de 1853 la Prensa Rusa Libre quedó instalada en el local de la imprenta polaca, en Regent Square. Más tarde instalóse ya en local propio, primero en Judd Street y luego en Thornhill Place, Caledonian Road. Mantuvo, sin embargo, las relaciones polacas de su origen en la persona de un tal Ciernecki, fiel empleado que durante toda la carrera de la publicación fue su director técnico. Otro polaco, llamado Tchorzewski, de altas pretensiones sociales pero no menos dependiente de la generosidad de Herzen [1], poseía una librería en Soho en la cual se exponían para la venta las publicaciones de la Prensa Rusa Libre y se ofrecía una biblioteca circulante a base de novelas francesas y otras obras extranjeras mediante un alquiler de dos peniques por volumen o mediante la suscripción de seis peniques a la semana.

La producción de la Prensa Rusa estuvo, al principio, limitada a unos folletos sobre la política rusa escritos por el propio Herzen. Este estuvo casi tan contento como un niño con un juguete nuevo.

Cuando un librero de Berners Street [cuenta en el número conmemorativo del décimo aniversario de la Prensa] mandó nuevamente a buscar, por valor de diez chelines, ejemplares de la *Propiedad bautizada* (un folleto sobre la condición de siervo) lo consideré un éxito, di un chelín de propina al mozo y con deleite

---

[1] Natalia Ogarev, en sus *Memorias*, describe a Tchorzewski como poseyendo «el exterior de un caballero». Era bien parecido, con una esposa y roja barba y «afectuosos ojos, especialmente cuando miraba a un miembro del bello sexo». Le gustaba actuar de cicerone de los ricos visitantes rusos de Londres. Era demasiado orgulloso para aceptar nada en pago de su atención, pero hacía confianza en sus clientes para que le mantuvieran suntuosamente en compensación de sus servicios.

bourgeois depositó en un lugar especial el primer medio soberano ganado por la *Prensa Rusa*.

Su orgullo no carecía de excusa. Era la primera vez que existía una *prensa rusa* independiente y la simple noción de ser posible imprimir en ruso estos mordaces ataques al zar de Rusia, así como todos sus trabajos, parecía increíblemente audaz y estimulante. Las autoridades zaristas no podían dar crédito a sus ojos. Varios centenares de estos primerizos folletos hallaron un camino *subrepticio para sobrepasar la frontera rusa* y desde allí pasaron de mano en mano, en maravillada admiración, por los *intrépidos* espíritus de la generación ascendente. El propio Herzen remitió algunos por correo, con espíritu de desafío, a importantes funcionarios zaristas. En los archivos oficiales se halla evidencia de la ansiedad que estos acontecimientos provocaron en Moscú.

El éxito (político, aunque no financiero, naturalmente) y el alcance de estas fugaces publicaciones *sugirieron a Herzen la creación de un* periódico que podría perseguir idénticos fines de una manera más *regular*. El empuje inmediato fue dado por dos acontecimientos desconectados pero casi simultáneos. En marzo de 1855, la muerte de Nicolás I puso fin, tras treinta años, al más tiránico y opresivo reinado de la historia rusa del siglo XIX, y menos de un mes después el canciller del Exchequer británico, al presentar el presupuesto anual en la Cámara de los Comunes, anunció *la abolición de la tasa postal para los diarios y* otras publicaciones periódicas.

El *alentador* impulso dado por esta última medida a la publicación de noticias impresas (más de un centenar de diarios de toda clase fueron fundados en Inglaterra en pocos meses) fue un hecho incomparablemente más significativo en la historia que la desaparición del autócrata ruso, aunque el cambio de ocupante del trono *ruso* produjo más impresión en la opinión contemporánea. *Cuando Herzen, en su villa* ribereña del Támesis, en Twickenham, leyó en la digna cabecera de *The Times* el título «Muerte del emperador de Rusia», sintió que la vida había adquirido de pronto un nuevo significado. Invitó a un grupo de chicos del pueblo que halló en la puerta del jardín a alegrarse con él de la desaparición del enemigo común (la guerra de Crimea estaba entonces en su apogeo), y tras distribuirles, con juiciosa largueza, unas monedas de plata, los despachó gritando con simpatizante entusiasmo: «¡*Hurra!* ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Nicolás ha muerto!» Por la noche se reunió en su casa una *hueste de rusos y polacos refugiados para* celebrar el *acontecimiento*. Flotaba en el aire la exaltación y el optimismo. El nuevo autócrata de Rusia, Alejandro II, se comprometió a romper con las tradiciones de su padre, a acabar con el escándalo de la guerra de Crimea y a introducir reformas liberales. Parecía el momento propicio para lanzar el nuevo periódico. Apresuradamente se llevaron adelante los preparativos, y en los primeros días de agosto salió de las prensas el primer número de *La Estrella Polar*. El título *procedía de un periódico de*

corta vida publicado más de treinta años atrás por los héroes de la rebelión «decembrista», cuya salvaje represión había constituido el primer acto del reinado de Nicolás I. Una viñeta con los cinco decembristas que habían sido ahorcados adornaba la cubierta de *La Estrella Polar* y debajo figuraba una cita de Pushkin: «¡Salve, Razón!» El tirano que había ejecutado a los decembristas había muerto, en su lugar reinaba la Razón, y Herzen, el vástago espiritual de los decembristas, estaba allí para hablar en nombre de la Razón.

La Estrella Polar fue una constelación más bien rara e intermitente. Un solo número apareció en 1855, y dos en 1856. Ocasionalmente apareció alguna vez en los años siguientes. Pero el éxito de *La Estrella Polar* y la llegada de Ogarev animaron en Herzen un designio más ambicioso. *La Estrella Polar*, un sólido periódico con pretensiones literarias, que se vendía a ocho chelines el ejemplar, nunca podría tener amplia circulación. Se necesitaba algo más popular, por lo que decidió fundar con Ogarev, actuando ambos conjuntamente como directores, un nuevo periódico, titulado *La Campana*, que se publicaba mensualmente y más tarde dos veces al mes, al precio de seis chelines. Empezó su carrera el 1 de julio de 1857 y salió con regularidad exactamente diez años. En esta década aparecieron doscientos cuarenta y cinco números, los ciento noventa y seis primeros (hasta abril de 1865) en Londres y los restantes en Ginebra. En 1868 *La Campana* hizo una pasajera reaparición, y no en ruso, sino en francés, con algún suplemento circunstancial en ruso. En 1870, tras la muerte de Herzen, el terrorista Nechaev se apropió el nombre y aparecieron seis números más. Luego, la voz de *La Campana* se apagó para siempre.

El comienzo de la carrera de Herzen como periodista ofrece un punto de mira apropiado y excelente para pasar revista al curioso desarrollo de sus ideas que tuvo lugar entre los años 1849 y 1855. Cuando, a principios de 1947, Herzen abandonó Rusia, sus ojos se dirigieron hacia Occidente. Creyó, con toda la intensidad de su fe romántica, en la salvación proveniente de Occidente y en que la salvación sólo podía llegar con la revolución, pero los fracasos de 1848 y 1849 lo desilusionaron rápida y amargamente y se hacía difícil, tras este humillante fiasco, creer en la virtud salvadora de la revolución o de la civilización occidental. Proletariado y *bourgeoisie* estaban igualmente desacreditados. El proletariado de Occidente se había mostrado cobarde, ineficiente y mal organizado, y en el salvajismo de *la bourgeoisie* occidental, que sólo había alcanzado a defender sus privilegios y sus bolsillos, Herzen vio algo tan sumamente repugnante como las peores fechorías de una aristocracia por derecho de nacimiento. El romántico y el revolucionario que en él existían descargaron su enojo sobre el común enemigo: el despreciado *bourgeois*. El odio a la *bourgeoisie* se convirtió en su más fuerte sentimiento, tanto más fuerte cuando que era irracional e instintivo. La cualidad *bourgeoise* de la vida francesa e inglesa

representaban todo cuanto existía de más simpático para los dilatados gustos del *gentleman* ruso.

La escasa y limitada personalidad de los occidentales [para citar otra vez *Mi pasado y mis pensamientos*], que a primera vista impresiona por su especialización, acaba asombrándonos por su estrechez. El occidental se halla siempre satisfecho de sí mismo y su autosatisfacción es un insulto. No olvida nunca el aspecto personal de una cuestión. Su posición es, generalmente, envarada y tiene la visión adaptada tan sólo a sus insignificantes alrededores.

Bourgeois revolucionarios del calibre de Ledru-Rollin son mirados por Herzen con franco desprecio, el desprecio de un caballero por el tendero o el chupatintas, e incluso hay un elemento de frialdad en su respeto por Mazzini. Es significativo que los emigrados que provocan su mayor admiración por el gentil aristócrata polaco Worcell y el insolente *condottiere* italiano Orsini.

El creciente disgusto de Herzen por Europa se halla influido y estimulado por una creciente nostalgia de su tierra. La había abandonado en un momento de ánimo deprimido, de ansia de escapar de una atmósfera polucionada que envenenaba su existencia espiritual, pero el hombre no se desprende tan fácilmente de las tradiciones y los perjuicios de su cuna. «Nunca había sentido tan claramente como ahora», escribió a sus amigos rusos en julio de 1851, «cuán ruso soy». Y en uno de sus primeros escritos publicados en el extranjero habla, en un lenguaje casi místico, de aquella «innata fuerza» que «a través de los accidentes externos, y a pesar de ellos, ha mantenido a salvo el pueblo ruso y ha conservado su inconmovible fe en sí mismo». Por un proceso psicológico ya bien conocido, la ausencia aumenta la capacidad y la inclinación del hombre a idealizar lo que ha perdido.

Nuestras escenas campestres no han sido ahuyentadas de mi memoria [escribió en 1853 en su *Propiedad bautizada*] por la visión de Sorrento, de la campiña romana, o de los ceñudos Alpes, o de las granjas ricamente cultivadas de Inglaterra. Nuestras inacabables praderas cubiertas de verdor tienen por sí mismas una reconfortante belleza. En nuestros amplios paisajes existe algo tranquilizador, confiado, abierto, sin hostilidad, amablemente melancólico.

Cuando apareció *La Campana* le separaba una década entera de experiencia personal de las realidades rusas. El campesino ruso, la *intelligentsia* rusa, y hasta la autocracia rusa, se hallaban envueltos en la niebla de la visión retrospectiva, y había momentos en que su amplia e incalculable diversidad le parecía mejor que la uniformidad estrecha y aplastante de la civilización occidental. El terror y el dolor reinaban, ciertamente, tanto en Rusia como en Europa, pero en Rusia era «la angustia de la muerte del futuro» mientras que en Europa era meramente «la angustia de la muerte del pasado».

Raramente se reconoce cuán a menudo las convicciones políticas del

hombre reflejan su experiencia personal íntima, y es singular ver cuán de cerca la opinión denigrante de Herzen para con Occidente y su idealización de Rusia se hallan relacionadas con el drama de su vida privada. Herzen abandonó Niza en 1852 enloquecido por un doble frenesí de odio contra Herwegh y de devoción a la memoria de Natalia, y sólo recobró el equilibrio cuando, tras establecerse en Inglaterra, consiguió sublimar estos sentimientos dentro de la esfera de la actividad política. Puede que esta explicación parezca excesivamente imaginativa a aquellos que no han estudiado las fuentes del caso, pero éstas no dejan lugar a duda alguna respecto a su exactitud. Herzen obedeció a un impulso humano común y corriente cuando buscó dar a sus propios sufrimientos una transcendental y universal significación. «Dos naturalezas rusas atrapadas en la podredumbre occidental» es su resumen, a los doce meses de su llegada a Londres, del significado de su tragedia doméstica. «Mi fe en Rusia me salvó», escribió en 1858 en el prefacio de una nueva edición de *Cartas de Francia e Italia*, «cuando me hallaba al borde de la ruina moral». Y la «ruina moral» que le amenazaba no procedía meramente, ni principalmente, de la desilusión subsiguiente a las abortadas revoluciones de 1848-49, sino del colapso de todo su ser espiritual que siguió a la revelación de las bajezas de Herwegh. Al pronunciar su condena de Europa para toda la eternidad, apagaba por fin su sed de venganza contra Herwegh, y en su culto a Rusia veneraba la memoria de la martirizada pero inmaculada Natalia.

Sin embargo, Herzen no era simplemente un ciego sentimental y nunca hubiera estado poseído por esos sueños de una Rusia purificada y regenerada de no haber habido hechos para justificar tan espléndidas visiones, hechos que pueden aparecer, a la luz de la historia objetiva, como trivialidades y lugares comunes, pero que a los ojos de los contemporáneos tenían una vital y peculiar significación. En 1856 Rusia había perdido una guerra en Europa. El primer acto importante de Alejandro II fue firmar una paz humillante. Una nación vencida encuentra normalmente consuelo atribuyendo la derrota a faltas en su propia organización más que a las proezas de sus enemigos; así, al final de la guerra de Crimea, se levantó en Rusia un clamor universal en pro de un cambio del sistema de gobierno. El sistema de Nicolás I había sido de dura autocracia y, por tanto, cualquier cambio debía ser en el sentido de la libertad. Alejandro II se dio cuenta de que su única posibilidad de sostenerse en el trono era aparecer como campeón de la reforma. Poco más o menos en el momento de firmar la Paz de París, dijo a los terratenientes que «era mejor emprender la abolición de la servitud desde arriba que esperar a que viniera desde abajo». El zar estaba del lado de la reforma; el fin de la servitud estaba a la vista; y no hubo límite para las esperanzas de los reformadores.

De este triunfante optimismo Herzen recogió la cosecha completa. En *La Campana* proclamó los tres principios que constituían su programa mínimo: liberación de los siervos, abolición de los castigos

corporales y abolición de la censura sobre la palabra impresa, y por el momento nadie encontró que este programa fuera más allá de los límites de una sobria previsión. Gracias a esta única y afortunada concurrencia de acontecimientos, *La Campana* consiguió agradar a casi todo el mundo. Agradó a los supervivientes de la propia generación de Herzen, los radicales rusos de los años cuarenta. Agradó a los nuevos liberales, cuyas apetencias de cambio se engendraron en los campos de batalla de Crimea. Agradó, por su vaga idealización del pueblo ruso, a la ascendente generación de eslavófilos de Moscú con su celo por todo lo ruso y su odio a la burocracia de Petersburgo, todavía instalada confortablemente en el seno del prevaleciente entusiasmo por la reforma, y no desagradó del todo al propio Alejandro, cuyos instintos liberales, aunque débiles, eran sinceros. Por ello se valió de la atinada y conveniente ficción de que el zar era personalmente responsable de las virtudes pero no de los vicios de sus subordinados; sus vigorosos ataques contra estos últimos podrían ayudarlo a derrotar la pequeña y recalcitrante camarilla de reaccionarios burócratas. *La Campana* siguió siendo, en teoría, una publicación prohibida, pero era libremente distribuida e incluso halló el camino para penetrar en la familia imperial. Habitualmente la tirada inicial era de 2.500 ejemplares, pero muchos de los primeros números alzaron una segunda edición. Era una estupenda circulación para un periódico compuesto y difundido por dos emigrados en un país donde ni el uno por diez mil tenía la menor idea de los temas que trataba o del idioma en que salía.

Pronto, sin embargo, la oposición levantó la cabeza y por ambos lados. Casi desde el principio hubo quien pensó que Herzen no iría lo bastante lejos o lo bastante aprisa, y otros que creyeron que el paso era demasiado vivo para ser seguro. En otoño de 1858, Herzen recibió una larga y detallada requisitoria de Chicherin —uno de los componentes de su viejo círculo de amigos de Moscú—, en la cual se le acusaba de fomentar con ligereza un espíritu de crítica y descontento, de estimular la inquietud popular y socavar los cimientos del Estado ruso. Herzen imprimió el documento, con su respuesta, en *La Campana*. Este incidente, después de producir un pasajero revuelo, se olvidó. Transcurrido un año, Herzen recibió una lamentación parecida, pero del campo opuesto. El joven y ya prominente periodista radical Chernyshewsky, bajo el seudónimo de «Un ruso», le reprochaba su apartamiento del radicalismo revolucionario de su juventud y le reprochaba que «Rusia había sido arruinada durante los últimos cien años por creer en las buenas intenciones de sus zares». Este artículo fue también publicado en *La Campana*. En aquellos días la crítica era aún lo bastante escasa para arrastrar a nadie, y sirvió simplemente para dar más fuerza a la posición que Herzen había adquirido en la vida política rusa.

Herzen gozó plenamente de su reputación única. El peregrinaje a su casa en Putney, en Fulham o en Westbourne Terrace constituyóse en una parte regular del programa de todos los rusos que visitaban Londres.

Para un turista ruso, dejar Londres sin haber visto a Herzen era tan inconcebible como ir a París y no visitar el Louvre. Funcionarios, hombres de negocios y profesores —unos pocos de ellos antiguos amigos, pero la mayor parte personas desconocidas para él— mantenían una corriente constante de visitas, especialmente en los meses de verano. Siguiendo la práctica establecida por la buena Malwida, Herzen destinó los domingos a la recepción de estos huéspedes foráneos. Los recibía con la tradicional hospitalidad rusa, y raro era el domingo que sentaba menos de diez o doce extraños a su mesa. Una vez descendió sobre ellos —nadie supo exactamente por dónde ni cómo— un auténtico campesino ruso, con indumentaria rusa. Se le recibió con ilimitado entusiasmo, casi con veneración, y el joven Sacha, que contaba a la sazón dieciocho años, fue encargado de mostrarle Londres. Pero los sentimientos de Herzen se enfriaron al ver que la pareja no reapareció hasta las once de la mañana siguiente, y fueron absolutamente incapaces de dar coherente cuenta de los sitios en donde se habían detenido.

Pero quizá el más singular de los visitantes de Herzen durante estos años fue el retoño de una de las más nobles familias de Rusia. En la primavera de 1860, Herzen recibió una mal redactada carta, en ruso, procedente de un pequeño hotel de Haymarket. Era una demanda de ayuda formulada por seis criados del príncipe Yuri Golitsin que se hallaban el Londres desamparados, sin dinero y sin el menor conocimiento del idioma inglés. Habían llegado directamente de Petersburgo por mar, mientras su amo, que viajaba vía Constantinopla, no había llegado todavía. Herzen, con su acostumbrada generosidad, garantizó el pago de la cuenta del hotel hasta la llegada del príncipe.

Transcurridos diez días o más, un elegante coche de dos asientos tirado por un tronco tordo, se paró a la puerta de Park House, en Fulham, y descendió un alto, robusto y patilludo petimetre, de unos treinta y cinco años, «con mirada de minotauro asirio». El príncipe Yuri Golitsin fue una figura notable, incluso entre los aristócratas rusos de su tiempo. Había tenido una educación irregular, dado que su madre había muerto y su padre era indiferente a su destino. Casóse joven y se peleó con su mujer. Su fama principal se debía a su afición por dirigir conciertos públicos con una orquesta de siervos músicos que preparaba y dirigía él mismo[1]. Había conocido a Herzen en un anterior viaje al extranjero, y desde entonces le mandaba ocasionalmente artículos con noticias rusas (generalmente desacreditando a las autoridades) para su inserción en *La Campana*.

Estas últimas actividades del príncipe pronto atrajeron desfavorablemente la atención de la Policía, que lo invitó a trasladar su

[1] El padre del príncipe Golitsin encargó a Beethoven tres cuartetos (conocidos ahora como Op. 127, 130 y 132) que luego no pagó. Podía presumirse que el hijo había heredado de su padre tanto el gusto por la música como una cierta *insouciance* para los asuntos económicos.

residencia a la pequeña ciudad provinciana de Kozlov y a no salir del distrito hasta ulterior disposición. Golitsin juzgó esta restricción de su libertad demasiado fastidiosa para ser obedecida. Envió cinco de sus sirvientes a Londres, vía Petersburgo, y decidió marcharse él, solo y en secreto, con el mismo destino, por una ruta desviada. En el camino vio inesperadamente aumentada su impedimenta. En Voronezh se fugó con una joven dama que visitaba, con su madre, la ciudad en peregrinación religiosa; en Galatz encontró un lacayo poseedor de notables cualidades lingüísticas; en Alejandría compró un cocodrilo. Llegó a Londres sin que le ocurrieran otras aventuras sobresalientes, si se exceptúa el que los oficiales aduaneros ingleses insistieron en que debía pagar cincuenta chelines por el cocodrilo. Al príncipe Golitsin le pareció muy singular que un país que admitía, libremente y sin ninguna indagación, todas y cada una de las variedades de la especie humana, hubiera gastado tanta ceremonia para un inocente reptil.

El príncipe tomó la casa más grande que pudo encontrar en Porchester Terrace, y dispuso que un carruaje, con su tronco, permaneciera, según la costumbre rusa, en constante servicio día y noche ante su puerta para el caso que en cualquier momento pudiera necesitarlo. La suma total de que podía disponer no excedía de unas pocas libras y ante la forma en que partió de Rusia no podía esperar contar con recursos de este país. Durante un tiempo todo fue bien para aquel perfecto exponente de la gran manera de vivir a crédito, pero pronto empezaron las dificultades y la joven dama de Voronezh las agravó trayéndole un hijo. La escasez económica se convirtió en humillante. Los criados fueron despedidos y el príncipe padeció incluso la experiencia de subir a un ómnibus.

Sin embargo, las más rigurosas economías no bastan para llenar el vacío creado por la inexistencia de ingresos, y el príncipe hizo el apreciable esfuerzo de emplear su talento musical para usos comerciales. Publicó diversas piezas de música popular de baile: fueron los «Valses Herzen» y una «Cuadrilla Ogarev»; esta última alcanzó una segunda edición cuya cubierta estaba decorada con una vista en colores del Kremlin. Publicó también un «Courier Gallop», con una *troika* rusa a todo color galopando furiosamente por la cubierta, y una «Polka Zozlov» con la vista de una gran población rusa, evidentemente identificada con Zozlov y rotulada «Ciudad de exilio». Con todo, el dinero recibido de los señores Chappell y Boosey por estas excelentes composiciones escasamente podían bastar para sostener la más modesta casa, y el príncipe dio una serie de conciertos de orquesta en St. James's Hall, en Picadilly, que constituyeron un brillante éxito aunque tampoco remediaron sus apuros económicos: gastó su producto en un mágnifico banquete dado en honor de los ejecutantes. Finalmente sobrevino lo inevitable; y en un concierto dado en Cremorne apareció ante el atril de director acompañado de un guardia que le prestó escolta, y lo devolvió a la prisión donde estaba encarcelado por deudas una vez terminada la

función. La última y mayor de las excentricidades de Golitsin consistió en que nunca había pedido dinero a Herzen. Herzen habíale advertido ya a su llegada que la vida en Londres era cara, pero el príncipe había hecho caso omiso de la advertencia y el orgullo no le permitía confesar a su mentor cuán acertado había sido el aviso.

Golitsin, no obstante, se hallaba todavía en su gloria cuando ocurrieron los acontecimientos culminantes de la carrera pública de Herzen. El 3 de marzo de 1861 (o el 19 de febrero, según el antiguo calendario) fue proclamada en Rusia la emancipación de los siervos. El principal objetivo por el cual lucharon *La Estrella Polar* y *La Campana*, se alcanzó, así, de un solo golpe. Alejandro II había justificado noblemente las esperanzas que en él se habían depositado. Herzen se llenó de alegría y de orgullo; y cuando, pasado cierto tiempo, el texto de la proclamación llegó a Londres, decidió ofrecer una «*fete* monstruo» en Orsett House para celebrar este cardinal suceso de la historia de su país. El 1 de abril apareció en *La Campana* la siguiente nota:

> La Prensa Rusa Libre, de Londres, y los editores de *La Campana* celebrarán, la noche del 10 de abril, en Orsett House, Westbourne Terrace, el comienzo de la emancipación de los siervos. Todos los rusos, de cualquier partido, que simpaticen con la gran causa, recibirán una fraternal bienvenida.

El mismo día selectos huéspedes rusos fueron invitados a una comida; recibieron igualmente invitación para la recepción nocturna diversas señoras y extranjeros distinguidos, tales como Mazzini y Louis Blanc. Tata Herzen, que había ya alcanzado los dieciséis años y había recibido lecciones de dibujo, ejecutó la decoración. Encima del porche de entrada flotaban dos banderas de color con las siguientes inscripciones bordadas por Natalia Ogarev y la propia Tata: «Libertad para los campesinos rusos» y «Prensa Rusa Libre»; el exterior de la casa se hallaba iluminado por siete mil mecheros de gas. Una orquesta, cuyo coste estimó Herzen en unas cuatro mil libras, actuó desde las ocho horas hasta las once ejecutando un programa que comprendía, al lado de *La Marseillaise*, un *pot-pourri* de aires populares rusos compuesto por el príncipe Golitsin y titulado *Fantasía de la Emancipación*. La casa se llenó hasta los topes y en la calle fue tan grande la multitud de curiosos que fue preciso solicitar la presencia de guardias para que mantuvieran el orden.

Sin embargo, en medio del día triunfal, se proyectaron dramáticamente las primeras sombras de declive y caída. Herzen había alimentado secretamente la idea de brindar, en la comida, por la salud del zar, gesto de reconciliación que habría hecho, según él creía, sensación en todo el mundo ruso, pero pocos minutos antes de que apareciesen los invitados llegaron trágicas noticias. Había estallado un motín en Varsovia y las tropas rusas habían disparado sobre la multitud polaca.

El crimen era demasiado reciente [escribió Herzen luego]. Las heridas no

habían cicatrizado todavía. Los cadáveres no se habían enfriado aún. El nombre del *zar* se extinguió en nuestros labios.

Renunció al gesto y los dos únicos brindis fueron para «el pueblo ruso emancipado» y «la independencia de Polonia». Una atmósfera de tristeza envolvió la fiesta, y aunque por la noche el champán y la música disiparon momentáneamente las nubes, el instante perduró en la memoria de Herzen como una extraña mezcla de alegría y aflicción. El día se había planeado para celebrar el primer gran triunfo de *La Campana*. De hecho sembró la primera simiente de su decadencia.

En *La Campana* del 1 de mayo, tres semanas después del festival, ocupaba el sitio de honor un artículo de Herzen titulado *Mater Dolorosa*, en el que se acusaba a Alejandro II de la matanza de Varsovia.

¡Tan sólo cuarenta días! [eran sus últimas palabras] ¿Por qué no moriría *este hombre* el día en que fue anunciada al pueblo ruso la proclama de su liberación?

El día en que apareció este artículo, un visitante ruso —según reza la historia contada por Natalia Ogarev en sus *Memorias*— acudió a Herzen. «Hoy», le dijo solemnemente, «habéis enterrado *La Campana* y nunca podréis resucitarla. Está ya sepultada». Esta historia no es cierta. Natalia comete la temeridad de citar el nombre del visitante; y éste no llegó a Londres hasta agosto o septiembre. Pero su sentido dramático no se equivocó del todo. La publicación de este artículo marca una época en la carrera de Herzen: fue no sólo su primer ataque abierto contra Alejandro II, sino además, el primer estadio de una serie de acontecimientos que, culminando en la gran insurrección polaca en 1863, determinó la ruina de *La Campana*.

CAPÍTULO X

BAKUNIN, O EL CAMINO RESBALADIZO

En el otoño de 1861, unos seis meses después de la emancipación de los siervos, Herzen recibió una carta de San Francisco. Su viejo amigo Michael Bakunin, tras ocho años en las cárceles de Austria y Rusia, y otros cuatro años en Siberia, le escribía desde el puerto anunciándole que había podido escapar a través del Japón y, dando la vuelta al mundo, se dirigía a Londres todo lo deprisa que los barcos permitían. Herzen remitió a Nueva York, por acuciante petición suya, una suma de dinero suficiente para permitirle completar el viaje, e insertó en *La Campana* la siguiente noticia:

> Michael Alexandrovich Bakunin se halla en San Francisco.
> ¡Está libre! Bakunin ha viajado desde Siberia, vía Japón, y está en camino de Inglaterra. Anunciamos gozosos esta noticia a nuestros amigos.

En privado —si, una vez más, podemos creer a Natalia Ogarev— el contento de Herzen viose entibiado por una aprensión. No había visto a Bakunin desde hacía catorce años, pero había conservado una viva impresión de su personalidad. «Confieso», exclamó, «que temo la venida de Bakunin. Probablemente arruinará todo nuestro trabajo». Difícilmente puede considerarse esta exclamación como histórica. Natalia, cuando, en la vejez, escribió sus *Memorias*, gustaba de atribuir estas sabias premoniciones a los héroes de su juventud.

Fue en una noche entre Navidad y Año Nuevo cuando Bakunin, que había desembarcado del transatlántico en Liverpool, recogió sus paquetes y se dirigió a Londres irrumpiendo en Orsett House en el preciso momento en que Herzen y Ogarev se sentaban a cenar.

Natalia, debilitada por una nueva gestación (los mellizos tenían cinco

semanas), se hallaba echada en un diván en la habitación de al lado. «¿Qué? ¿Os estáis transformando en ostras, aquí?», fue la primera pregunta de Bakunin. Entonces yendo hacia Natalia, exclamó: «Es malo estar echado. ¡Arriba! Tenemos mucho trabajo. Nada de echarse.» En este momento apareció en escena Kelsiev, un íntimo amigo de Herzen y Ogarev en aquella época, y lo presentaron al recién llegado. El es quien relata la siguiente conversación, que quizá es más una hábil teatralización que un exacto recuerdo. Bakunin preguntó por el curso de los acontecimientos políticos.

—Tan sólo en Polonia hay algunas manifestaciones —dijo Herzen—, pero quizá los polacos caigan en la cuenta y comprendan que un levantamiento está desplazado justo ahora que el *zar* acaba de liberar a los siervos. Se van acumulando nubes, pero debemos tener la esperanza de que se disiparán.

—¿Y en Italia?

—Todo tranquilo.

—¿Y en Austria?

—Todo tranquilo.

—¿Y en Turquía?

—Todo tranquilo.

—Tranquilidad en todas partes y nada en perspectiva

—Entonces, ¿qué hacemos nosotros? —dijo Bakunin con asombro—. ¿Tendremos que ir a Persia o a la India a remover las cosas? ¡Es para volverse loco! ¡No puedo quedarme sentado y sin hacer nada!

El choque de temperamentos y opiniones se hallaba ya latente desde el principio y Herzen por lo menos había tenido la pronta intuición de adivinarlo. Físicamente, Bakunin parecía envejecido y grueso casi hasta el punto de no ser reconocible. De estatura gigantesca, había aumentado enormemente de volumen y pesaba sus buenos ciento veinticinco quilos. Había perdido todos los dientes y dejaba crecer sus espesos y rizados pelo y barba en lujuriante negligencia. Tan sólo sus claros y relampagueantes ojos y las pobladas cejas recordaban al bien parecido y elegante *dandy* de treinta y cinco años que Herzen había visto por última vez en París. Pero mentalmente poco había cambiado. La enfebrecida energía de los cuarenta años parecía arder aún dentro de él y —cosa más incongruente y desconcertante aún— sus opiniones eran las mismas de veinte años atrás. Había retornado al mundo como un fantasma del pasado. Era como un hombre que hubiese despertado de un largo trance y que trata de reemprender la vida en el punto mismo que la dejó, que espera encontrarlo todo a su alrededor en la misma posición en que se hallaba en el momento de su pérdida de conciencia. Bakunin no había sido testigo, como Herzen, del colapso de la revolución y del ignominioso final de la libertad política en todo el continente europeo, e inquirió, impaciente, noticias de una lucha que hacía ya diez años que había cesado. Soñaba todavía con la federación paneslava, y fue informado de que el Congreso Eslavo de Praga, en el que había representado un papel directivo, era una curiosidad histórica del distante

pasado. Abominó de la tiranía de Alejandro II, de cuyas garras tan dificultosamente había escapado, en los términos que la gente acostumbrada a injuriar a Nicolás I, y quedó pasmado al saber que el mismo Alejandro era el zar liberador, el protector del progreso y la reforma, la estrella de la esperanza en una Rusia regenerada. Para Bakunin las cosas seguían igual que doce años atrás, mientras el mundo, dando vueltas sobre su eje, había revolucionado los pensamientos y las opiniones de sus antiguos compañeros.

Pero había otros motivos de incompatibilidad de carácter más personal. Herzen, que había nacido de madre alemana, había ya pasado quince años en la Europa occidental; por lo uno o por lo otro, había derivado hacia este gusto *bourgeois* por el orden del que participaban tan pocos rusos y que constituía un absoluto anatema para Bakunin. En *Mi pasado y mis pensamientos* nos ha dejado un mordaz dibujo de este estadio en la carrera del gran revolucionario:

> En nuestro seno Bakunin se recuperó de nueve años de silencio y soledad. Discutía, predicaba, daba órdenes, chillaba, decidía, componía, organizaba, exhortaba, el día entero, la noche entera, las veinticuatro horas enteras. En los breves momentos de reposo se abalanzaba sobre su escritorio y, tras limpiar de ceniza de tabaco un pequeño espacio, empezaba a escribir cinco, diez, quince cartas a Semipalatinsk y Arad, a Belgrado y Constantinopla, a Besarabia, a Moldavia y a la Rusia blanca. A mitad de una carta tiraba la pluma para refutar a un reaccionario dálmata y, sin terminar su discurso, la asía de nuevo para seguir escribiendo. Esto le era, naturalmente, más fácil cuando escribía sobre un mismo tema. Su actividad, sus ocios, su apetito, como todas sus demás características —tales su gigantesca figura y su continuo sudar— eran de proporciones sobrehumanas, e incluso, ya viejo, conservábase como un gigante con leonina cabeza y despeinada melena.
>
> A los cincuenta años era todavía el mismo estudiante errabundo, el mismo bohemio sin hogar de la rue Bourgogne que no pensaba en el mañana, que tiraba el dinero por todas partes cuando lo tenía, o lo pedía indistintamente a derecha e izquierda cuando no lo tenía con la misma simplicidad que un chiquillo lo pide a sus padres y nunca piensa en devolverlo, y con la misma simplicidad con que cedía a cualquiera su último penique, reservándose tan sólo lo necesario para cigarrillos y té. Nunca se halló apurado por este modo de vida; había nacido para ser el gran vagabundo, el gran desarraigado. Si alguien le hubiese preguntado qué opinaba acerca del derecho de propiedad podía haber contestado lo que contestó Lalande a Napoleón con respecto a Dios: «Señor, en todo el curso de mi vida no he sentido nunca la más ligera necesidad de creer en Él.»

El único miembro de la familia Herzen que consideraba la conducta del recién llegado con aprecio y admiración sin reservas era la pequeña Liza, de tres años. El niño comprendía al niño. Y pronto en Orsett House se apodó a Bakunin «el Liza mayor».

Bakunin se alojó primero en una pensión de Grove Road, en St. John's Wood y luego, más cerca de sus amigos, en Paddington Green. Por el momento las primeras efusiones del encuentro mantuvieron ocultas las divergencias políticas y personales. Un sincero odio a la

opresión y un entusiasmo igualmente sincero aunque indiscriminado por la vaga entidad del «pueblo ruso», bastaba para sostener la alianza. La liberación de los pueblos eslavos fue una de las causas a las que Herzen prestó apoyo con su pluma, aunque a veces se reía ante los impronunciables nombres de los patriotas checos, serbios y dálmatas que Bakunin acogía bajo sus alas. No mucho tiempo después de su llegada Bakunin escribió un manifiesto, *A mis amigos rusos, polacos y eslavos*, que vio la luz como suplemento especial de *La Campana*. Era una reiteración de su antigua política de disgregación del imperio austriaco y de creación de una Federación Eslava. «Mi última palabra, pero no mi último acto», había escrito en la carta de San Francisco, «será la disgregación del Imperio Austriaco», y permaneció fiel a su programa. Esto había sonado bastante bien cuando, en 1848, Austria se hallaba, según todas las apariencias, al borde del colapso; pero en 1862, el joven emperador Francisco José se había instalado sólida y confortablemente en el trono de la autoridad, y toda esa retórica parecía tristemente desusada y fuera de lugar. Herzen permitió actuar el soplo frío del buen sentido y la continuación del manifiesto (que se había anunciado en la primera parte) no apareció. Excepto un par de artículos, más cortos y sin importancia, el fragmento *A mis amigos rusos, polacos y eslavos*, primera contribución de Bakunin a *La Campana*, fue asimismo la última.

El sueño de un triunvirato revolucionario poco a poco se desvaneció.

No he perdido ni un ápice de la fe con que vine a Londres [escribía Bakunin, en mayo, a sus dos compañeros] ni de la firme intención de ser, a toda costa, el tercero en vuestra alianza, que es la única forma en que es posible el unión. O bien, podemos ser asociados y amigos, pero completamente independientes, sin hacernos responsables los unos de los otros.

Herzen escogió la última alternativa y el siguiente ensayo político de Bakunin, *La causa del Pueblo* —un vigoroso intento de cargar al zar con la responsabilidad de la cercana revolución—, se publicó independientemente en forma de folleto. No obstante, la separación no pasó sin amarguras. El temperamento de Bakunin no era más controlable que sus acciones. Acusó a Herzen de ser «altanero, despreciativo y perezoso». Herzen escribió una réplica mordaz en la que parece haber sugerido (la carta no se ha conservado), que debería aconsejarse a Bakunin trasladar su residencia y sus actividades a París. Véase la excusa de Bakunin en carta de 17 de julio de 1862:

He faltado, Herzen. Y te suplico que no te enojes. En mi inveterada torpeza deslicé alguna palabra amarga, sin que en mi corazón hubiesen amargos sentimientos. Pero supón qué te habría sucedido si *tú* hubieses leído todo lo que tú has escrito de mí. ¡Mucho tiempo ha, quisieras tenerme no en París, sino en Calcuta! Pero, juegos aparte, sabes, Herzen, que mi respeto hacia ti no tiene límites y que te aprecio sinceramente. Y quiero añadir, sin *arrière pensée* y con entera convicción, que te pongo muy por encima de mí en todos los sentidos, en

habilidad y conocimientos, y que para mí tu opinión en todas las cuestiones tiene *un peso inmenso. ¿Por qué, pues, querrías desterrarme a París si, al fin y al cabo,* sólo hemos tenido, y aun ocasionalmente, alguna diferencia de importancia secundaria?

Desde el punto de vista práctico Herzen tenía toda la razón: era imposible trabajar con Bakunin. Pero la simpatía humana se decanta del lado del «Liza mayor». Los estallidos de mal genio de Bakunin eran como los evanescentes enojos de un niño mimado. El resentimiento de Herzen se había ido acumulando en su corazón hasta que halló escape en unos cuantos dardos envenenados que enconaron las cosas.

La grieta abierta entre Herzen y Bakunin significó un giro en el pensamiento político ruso e incluso en el europeo. En la esfera política los románticos se habían contentado, en su mayor parte, con indentificarse a sí mismos con la democracia. Bajo la democracia, según la bien conocida, aunque *discutible, teoría propugnada por Rousseau, gobernantes* y gobernados forman la misma entidad y, por lo tanto, la democracia es la única forma de gobierno compatible con la libertad y la dignidad del individuo. Herzen, que nunca había visto actuar la democracia hasta que dejó Rusia, había abrazado la teoría democrática con todo el cándido ardor de la impresionable juventud, pero sus primeras experiencias en Europa lleváronle rápidamente de la fe romántica a la romántica desilusión, y desesperó, quizá con excesiva prontitud, de la democrática Europa. A pesar de todo, tras la ascensión de Alejandro II al trono, adquirió, como ya hemos visto, nueva fe en la Rusia democrática, fe que halló expresión, durante el gran quinquenio de su actividad política, en un radiante optimismo. Incluso cuando el optimismo se desvaneció, la fe persistió intacta, y en los últimos años de su vida Herzen experimentó la amargura del profeta predicando en el desierto a causa de verse cada vez más y más abandonado por sus propios compatriotas. Sin embargo, en aquellos años, aunque habíase vuelto declaradamente escéptico, no dudó nunca ni por un momento de la validez del principio democrático como solución del problema político. No fue el principio lo que se antojó falso, sino el modo como la humanidad lo aplicaba.

La historia de Bakunin es distinta, aunque igualmente característica. Bakunin no era, como Herzen, meramente un romántico por convicción, sino por temperamento. El optimismo y la fe en la naturaleza humana, *inherentes al credo romántico*, estuvieron a veces penosamente opuestas a las subconscientes predilecciones de Herzen, pero Bakunin los asumía hasta los tuétanos. Bakunin creía tan apasionadamente como Rousseau en la inocencia de la naturaleza humana sin preversiones ni trabas, y poseyendo una mente más original y osada que la de Herzen, sacó sus propias conclusiones de la premisas románticas. Vio la humanidad oprimida en todas partes por los rigores de los derechos de la autocracia y trabajó con alma y corazón con Herzen mientras tenían ante sí la tarea

de alentar a la humanidad a sacudirse esas cadenas. Pero cuando fue a Inglaterra, a finales de 1861, y encontró a su antiguo amigo profundamente enfrascado en la causa de la democracia rusa, los caminos de los dos hombres se separaron para siempre. Bakunin estaba mucho más cerca de sus compatriotas que Herzen y participaba totalmente de la instintiva desconfianza rusa hacia la democracia. Respecto a la hipótesis romántica, no vio ninguna razón lógica para preferir las cadenas de la democracia a las cadenas de la autocracia; si la naturaleza humana sólo necesitaba gozar de su nativa libertad para conseguir la perfección, se sigue que las restricciones impuestas por Estados y Gobiernos son nocivas por sí mismas, independientemente de la forma del Estado y de la composición del Gobierno. El auténtico creyente debe abogar tan sólo por un retorno a la naturaleza y, por lo tanto, por la destrucción de todos los Gobiernos o instituciones todavía existentes: el anarquismo era la meta última del pensamiento político de Bakunin, simplemente la única salida —o lógica *reductio ad absurdum*— de la doctrina romántica. Cuando se alcanzara esta meta se habría completado un período del pensamiento humano. No podía la ingenuidad del hombre ir más allá en su camino. Sólo le quedaba a Marx iniciar un nuevo camino en teoría política y derribar, en la persona de Bakunin, al último y más consistente exponente del Romanticismo político.

Pero este acontecimiento tuvo lugar diez años más tarde de la fecha a que hemos llegado ahora, y por el momento la opción se hallaba, en Rusia, entre la autocracia modificada de Alejandro II, la democracia constitucional de Herzen y el anarquismo revolucionario de Bakunin. Los doce meses que siguieron a la emancipación de los siervos fueron tiempo de criba para el pensamiento político ruso. La emancipación era, aunque se hubiese hecho por decreto imperial, un hecho consumado, y la *intelligentsia* rusa, que se había unido para darle la bienvenida, empezaba ahora a dividirse en dos grupos opuestos. Unos pensaban que habiéndose logrado este éxito, la causa que lo promovió debía dormir sobre sus laureles por otra generación. Otros, cuyos apetitos democráticos se habían agudizado pero no satisfecho, creían que la autocracia se hallaba dispuesta, y que ahora o nunca era el momento de pedir concesiones de más alcance. Los primeros derivaban, lenta pero seguramente, hacia una unión con los conservadores; los últimos se convirtieron en revolucionarios declarados. En el verano de 1861 apareció una sociedad secreta —la primera del nuevo reinado— con el nombre de *La Gran Rusia*. Subsistió tan sólo unos pocos meses y sólo imprimió y puso en circulación unas pocas e inflamadas proclamas. Pero resultó un indicio inquietante, y el Gobierno, soñoliento hasta entonces, se apresuró a tomar medidas de vigilancia y de represión para evitar que se repitiera el hecho.

Faltaba tan sólo la chispa de algún acontecimiento para llevar la situación a la cumbre, y el acontecimiento ocurrió pronto. En mayo de 1862 estalló en Petersburgo un extenso y destructivo incendio que arrasó

los barrios pobres de la ciudad, donde las casas eran casi exclusivamente de madera. Nunca se pudo averiguar con certeza si sus causantes, como alegó la Policía, habían sido los revolucionarios, o, tal como pretendían los revolucionarios, los *agent provocateurs* usados por la Policía, o simplemente se debió a una trágica serie de accidentes, pero despertó la indignación pública. La creencia en una acción premeditada fue general. Las autoridades tomaron fuertes medidas represivas contra radicales y «nihilistas». Estos últimos, acusados de incendiarios, se endurecieron de corazón y decidieron para el futuro no retroceder ante nada. Y la opinión liberal, asustada, se refugió en el redil conservador. La brecha que casi inmediatamente después de la emancipación se abrió en la *intelligentsia* se intensificó, y desde el verano de 1862 en adelante hubo una guerra abierta e implacable entre ambos bandos. Estos dos bandos, así alineados, persistieron bajo distintas apariencias, pero sin cambios esenciales, hasta la revolución de 1905.

Esta reagrupación de los bandos tuvo una repercusión inmediata en Herzen y *La Campana*. Durante los doce meses anteriores *La Campana* había dado un vacilante e indeciso apoyo al nuevo movimiento radical. Herzen, siguiendo la inclinación natural de su carácter, permaneció escépticamente sin comprometerse, pero Ogarev era más sensible a la seducción de nuevos y osados designios, y en septiembre de 1861, mientras Herzen y su familia se hallaban en Torquay, insertó temerariamente en *La Campana* un vigoroso manifiesto revolucionario de uno de los jóvenes radicales llamado Nicolás Serno-Solovievich. Herzen reprochó suavemente a Ogarev por este exceso de celo, y en el próximo número apareció un artículo de fondo que, condenando a Serno-Solovievich al prodigarle tan sólo lánguidos elogios, contribuyó a separar a *La Campana* de las opiniones más extremas. Pero, como sucede siempre, la desaprobación causó menos impresión que la indiscreción original. A pesar suyo, Herzen dio, a los ojos del mundo, un paso importante en el camino de la revolución, y en el torbellino que siguió al incendio de Petersburgo recogió todo el fruto de una posición equívoca. Los conservadores y los tímidos liberales, en su frenesí anti-nihilista, consideraron a Herzen como el auténtico promotor del nihilismo, y los confusionarios órganos de la reacción no dudaron en acusarlo de complicidad directa en el incendio. La historia hizo adeptos y una muchacha estudiante recién llegada de Rusia le visitó en Orsett House para preguntarle, en nombre de sus antiguos partidarios liberales, si realmente había contribuido al incendio de la capital. Entretanto, los revolucionarios lo acusaban, por su parte, de falso amigo que había traicionado a la revolución coqueteando con los sucios poderes del zarismo y que era, incluso, tan simple como para creer posible el progreso por la vía constitucional. Herzen se hallaba entre dos fuegos. La declinación en la popularidad de *La Campana* no se mostraba tan sólo por una menor circulación, sino también por la falta de corresponsales que subrepticiamente remitían noticias de los aconteceres de

Rusia. Por primera vez existían dificultades no únicamente para la venta del papel sino también para llenarlo. Herzen, con el corazón oprimido, leía signos de peligro a derecha e izquierda. Habíase identificado personalmente con el liberalismo constitucional y en la Rusia de los años sesenta no existía porvenir para el liberal constitucionalista. Tuvo que sufrir el ordinario destino del hombre moderado en tiempos de crisis. El «partido liberal», escribió a un amigo en agosto de 1862, «será aplastado entre dos ruedas».

Pero mientras Herzen dudaba melancólicamente en la encrucijada de caminos y Ogarev se movía, tímido y vacilante, hacia el campo extremista, no había melancolía, ni duda, ni vacilación, en el espíritu de Bakunin. Su carácter y su carrera lo situaban sin discusión con los revolucionarios. su optimismo era inextinguible. Según palabras de Herzen, «tomaba siempre el segundo mes del embarazo por el noveno».

> No hay duda [había escrito en mayo a Garibaldi] de que Rusia camina a grandes pasos y rápidamente hacia la revolución. ¿Cuándo estallará? Esta es la cuestión. Quizá en 1863, quizá unos pocos años más tarde. Nosotros hacemos todo lo posible para apresurarla y unirla con los movimientos de todos los pueblos vivos de Europa.

Herzen contemplaba a la vez, con su acostumbrado escepticismo, tanto las perspectivas de revolución como la política de «apresurarla», y desaprobaba en sus amigos aún más los métodos que la política. Bakunin no era simplemente un creyente en la revolución como medio para un fin, sino que era un artista de la conspiración y la intriga, y las amaba por su propia esencia. En todo gozaba con los fastos de la mixtificación. Pronto púsose a escribir cartas para ser difundidas por Rusia en las que Herzen era aludido como «el caballero privado», su hijo Alejandro como «junior» y Ogarev como «el poeta», disfraces que difícilmente podían confundir al funcionamiento de Policía más obtuso. Luego recurrió a un código más elaborado en el que Herzen se convirtió en el «barón Tiesenhausen», Ogarev en «Kosterov», la cárcel en «un café», un turco en «un zapatero», etcétera, etcétera. Pero Bakunin era incapaz de tener precaución o reserva y su ingenuidad resultó más peligrosa para los revolucionarios que para el Gobierno. Estas acusadoras cartas cayeron en manos de agentes del Gobierno ruso y, por su indiscreción, varios de sus corresponsales pagaron con la deportación a Siberia y con trabajos forzados[1].

En el ínterin, los acontecimientos obligaron a los revolucionarios de Rusia a nuevas actividades subterráneas. El lugar de la difunta *Gran*

[1] Más de veinte cartas escritas por Bakunin aquel verano terminaron su viaje en manos de la Policía secreta rusa y fueron conservadas en los archivos oficiales rusos. La carta dirigida a Garibaldi, citada más arriba, fue interceptada por la Policía austríaca, que, amablemente, remitió una copia a sus *confrères* de Petersburgo.

Rusia fue ocupado por una nueva sociedad secreta que se llamaba a sí misma *Tierra y Libertad*. En otoño de 1862 se constituyó en Petersburgo un Comité Central Nacional Ruso, y en enero, uno de sus principales miembros, de nombre Sleptsov, se desplazó a Londres para entrevistarse con Herzen y Ogarez. El nuevo nombre parecía especialmente adoptado para atraer a Herzen: *Tierra y Libertad* era una frase que a menudo había campeado en las columnas de *La Campana*. Herzen recibió a Sleptsov con reservada aprobación, pero Ogarev consultó impacientemente con Mazzini, que en el pasado había sido maestro en la intriga revolucionaria y en la organización de sociedades secretas. Bakunin, que olía la revolución desde muy lejos, no podía quedar de lado en las discusiones. Se sintió en su propio elemento y con todo su ilimitado empuje y energía se arrojó de cabeza al trabajo de la nueva sociedad, arrastrando tras él al vacilante pero no mal dispuesto Ogarev. Herzen siguió, si bien de mala gana y pesándole en el corazón. Es difícil pensar qué otra cosa podía hacer, a no ser que se retirara del todo de la arena política. La causa de la reforma constitucional había muerto y se hallaba en la posición de un hombre que no tiene más que un camino abierto, un camino que le lleva a una destrucción casi cierta. A finales de febrero de 1863 (16 de febrero según el antiguo cómputo), *Tierra y Libertad* empezó a distribuir subrepticiamente en Rusia el primer número de su portavoz *Libertad*, y el 1 de marzo aparecía en *La Campana* la siguiente noticia:

> Sabemos de fuente fidedigna que diversos grupos de la capital y de provincias se han unido y han constituido, con delegados oficiales, una sola sociedad.
>
> Esta sociedad ha tomado el nombre de TIERRA Y LIBERTAD. ¡En la fuerza de este nombre se realizará la conquista! ¡TIERRA Y LIBERTAD! Estas palabras tienen un sonido familiar para nosotros. Con ellas hicimos nuestra primera aparición en los tenebrosos días del reinado de Nicolás, con ellas saludamos el próximo amanecer de los días venideros. TIERRA Y LIBERTAD fue estampado en nuestra bandera aquí en el extranjero y en todo cuanto ha salido de nuestras prensas en Londres...
>
> ¡Hermanos de una senda común, os saludamos! Impacientes seguiremos cada paso vuestro, aguardaremos ansiosos las noticias que nos enviéis y nuestro amor será el limpio amor de los hombres a quienes alegra ser testigos de la expansión de aquello en que se han esforzado toda su vida. Con nuestra sagrada bandera estáis llamados a servir la causa del pueblo ruso.

Es inevitable, por la misma naturaleza de las cosas, que sean pocos los documentos que se conserven de una sociedad secreta ilegal, y es difícil, por lo tanto, reconstruir en detalle su desarrollo en las pocas semanas siguientes. Existen dos proyectos de constitución de la sociedad escritos de mano de Ogarev y con correcciones de Herzen. Uno de ellos dispone que «el Consejo de la Sociedad se establece en el extranjero y queda afectado en *La Campana*»; en otro se dice que «la jefatura del Consejo de la Sociedad reside en la redacción de *La Campana*, de donde emanan todas las órdenes». Parecía que en este momento Herzen, manteniendo el control de sus manos, esperaba disminuir los peligros

que había previsto. Este esbozo no llegó a cuajar, pero existe una «instrucción a los agentes extranjeros de *Tierra y Libertad*», escrita en un papel que ostenta un membrete del Comité Central Nacional Ruso y que lleva fecha de 17 de abril, en la cual Herzen es mencionado como «el jefe representante de la sociedad *Tierra y Libertad* en el extranjero».

Apenas pudo completarse, sin embargo, la organización de dicha sociedad, dado que pronto empezaron los infortunios para ella. Sleptsov, en vez de regresar al puesto de peligro de Petersburgo, sufrió una depresión nerviosa y se retiró a Suiza. Utin, otro miembro del Comité Central, se asustó y huyó de Rusia. En julio apareció otro número de *Libertad* para escandalizar a la Policía y aún aparecieron y se distribuyeron otras dos proclamas más. Pero ya se había roto la columna vertebral de la empresa; durante el invierno de 1863-64 se sucedieron rápidamente las etapas de descomposición, dejando escaso rastro tras de sí. Quedó Herzen para comprobar cómo se habían cumplido sus tristes premoniciones y lamentar el haber clavado los colores de *La Campana* en tan bamboleante mástil.

En el capítulo de *Mi pasado y mis pensamientos*, dedicado a sus relaciones con Bakunin, Herzen se detiene a formularse a sí mismo una «melancólica pregunta».

> ¿Cómo y dónde [exclama] adquirí yo este hábito de ceder al descontento, de combinar la docilidad con la protesta y la revuelta? Por una parte, la convicción de que me era necesario actuar en un sentido; por otra, el gusto de actuar en el sentido contrario. Esta inmadurez, esta inconsistencia, esta indecisión, me han ocasionado en el transcurso de la vida infinidad de males y me han privado incluso del débil consuelo de pensar que mis errores eran involuntarios e inconscientes. A pesar de mí mismo he cometido desatinos y todos los errores cometidos eran, por supuesto, patentes a mis ojos...
>
> ¿Cuántos infortunios, cuántos desastres hubiera podido ahorrarme en mi vida si hubiese tenido la fuerza, en todas las ocasiones importantes, de obedecerme a mí mismo? He sido acusado de dejarme arrastrar fácilmente. Es verdad, a veces he sido arrastrado. Pero esto no es lo importante. Incluso cuando he seguido un propio punto de vista, siempre me he detenido, y el pensamiento, la reflexión, la consideración, casi siempre han llevado ventaja, por lo menos en teoría si no en la práctica. En esto radica la total dificultad del problema: en por qué me he dejado guiar *nolens volens*. La causa de mi fácil sumisión es una falsa vergüenza, y a veces, quizá, los impulsos de mi mejor naturaleza: amistad, amor, indulgencia... Pero, ¿por qué permití que todo esto venciera a la lógica?

Herzen no pensaba sólo en Bakunin. La «amistad» se refería a Bakunin, pero el «amor» se refería a Ogarev y la «indulgencia» se refería quizá —dado que su vida nunca estuvo lejos del pensamiento de Herzen— a Natalia, quien le ofreció un amor fatal que un mejor juicio hubiera rehusado.

Pero mucho antes del colapso final de *Tierra y Libertad* sus asuntos se habían visto ensombrecidos por la gran insurrección polaca de 1863, que constituye el telón de fondo del próximo capítulo.

CAPÍTULO XI

POLONIA, O EL CRUCERO DEL *WARD JACKSON*

La final supresión del reino de Polonia, en 1831, apartó la cuestión polaca del campo de la política activa durante casi exactamente un cuarto de siglo; la tranquilidad reinó en Polonia bajo el régimen de *sangre y hierro* que para Nicolás I constituía el ideal de buen gobierno, y la causa polaca quedó representada por un puñado de desconsolados y desacreditados exiliados en Londres, París y Bruselas. El ascenso al poder de Alejandro II en 1855 inauguró una nueva era. Las esperanzas y ambiciones medio olvidadas revivieron. Los consejeros más ilustrados del nuevo zar empezaron a jugar con la idea de una «autonomía administrativa» para la oprimida provincia. El fermento del nacionalismo polaco tornóse de nuevo activo.

La situación se complicó por la existencia de dos facciones opuestas en el campo polaco. Los emigrados en el extranjero se hallaban divididos, desde hacía mucho tiempo, en un bando aristocrático y un bando democrático. Dos organizaciones paralelas aparecieron entonces en Varsovia: el Comité de los *Shliakhta*, o nobleza, y el Comité Central Nacional o Popular. Los primeros aspiraban a una «liberación» que otorgaba a la nobleza agraria el poder político de la nueva Polonia, y el Comité Nacional propugnaba la libertad no sólo con respecto al yugo extranjero ruso, sino también con respecto a la no menos irritante tiranía de los *shliakhta*. Esta división de aspiraciones e intereses iba acompañada de una idéntica y fundamental divergencia política. La nobleza tendía a la colaboración, hasta donde ésta fuera posible, con las autoridades rusas, mientras que los demócratas hallaban sus aliados naturales entre los rusos radicales y revolucionarios.

En estas circunstancias era inevitable que el Gobierno ruso procurase oponer los polacos aristócratas a los polacos demócratas. Pero existían

especiales dificultades en el campo de esta política. Las heredades ancestrales de muchos de los dirigentes de la nobleza databan de los lejanos días en que Polonia se movía confortablemente a través de la Europa oriental desde el Báltico al mar Negro, comprendiendo los vastos territorios de Lituania, Rusia Blanca y Ucrania, y donde los terratenientes imperaban sobre una población indígena de siervos. La «libre» Polonia con que soñaban los *shliakhta* incluía esos pedazos de territorio no polaco, mientras que la Polonia reconocida por Rusia como posible campo para la aplicación de la «autonomía administrativa» era la llamada Polonia del «Congreso», cuyas fronteras orientales se adaptaban demasiado estrechamente a los límites etnográficos para satisfacer las aspiraciones polacas. Los apetitos territoriales de la nobleza mantuvieron siempre precaria la cooperación entre el Gobierno ruso y el comité de los *shliakhta*. Entre el Comité Nacional y los rusos revolucionarios existían lazos más estrechos: ambos subordinaban la cuestión territorial a la cuestión social y estaban dispuestos a resolver la primera —sobre el papel, claro— mediante una vaga referencia a los deseos de las poblaciones implicadas; pero también entre los polacos demócratas había muchos que no renunciaban, cuando se presentaba la ocasión, a proponer las mismas extravagantes pretensiones que la nobleza con respecto a la expansión territorial.

La última fase de la cuestión polonesa había empezado en el verano de 1862. Aquel año, Alejandro, prosiguiendo su política de conciliación, mandó a su hermano, el gran duque Constantino, a Varsovia como regente de Polonia, y un complaciente aristócrata polaco, el marqués Wielopolsky, fue nombrado gobernador civil del país. El Comité Nacional replicó a estos gestos con un intento de asesinato. Un sastre polaco disparó contra el gran duque y dos impresores lo hicieron contra Wielopolsky; claramente se vio que los demócratas preferían las realidades de la revolución social a la autonomía más o menos ficticia administrada por la nobleza bajo supervisión rusa. Estos atentados y la inevitable reacción en el otro campo hicieron inevitable un conflicto abierto. Durante todo el otoño el Comité Nacional estuvo ocupado en la preparación de la lucha venidera. Envió una corriente ininterrumpida de emisarios secretos a la Europa occidental en busca de simpatía y apoyo, y a Rusia, en visitas a concluir una efectiva alianza con los revolucionarios rusos.

Pronto llegó a Londres información sobre estos acontecimientos, que produjeron en Herzen y Bakunin unas impresiones en consonancia con los opuestos temperamentos de los dos hombres. Ambos estaban profundamente interesados, por convicción y por tradición, en la causa de la independencia de Polonia, pero la cosa había permanecido, hasta el momento, en el terreno puramente académico. La noticia de que el Comité Nacional Polaco estaba dispuesto a apelar al arbitraje de la fuerza fue recibida por Herzen con recelo y alarma, por Bakunin con franco entusiasmo. El viejo caballo de guerra olió la familiar atmósfera

de complot y contracomplot, de intriga, de invectiva y de guerra de guerrillas, y gozaba una vez más con la deliciosa sensación de un trabajo digno de sus dotes sobrehumanas de energía y valor. La cuestión polonesa no había calado nunca tan hondo en el corazón de Bakunin. Durante el verano y el otoño de 1862 sintióse como un hombre a quien súbita e inesperadamente se le fuesen a colmar sus más caras esperanzas.

A finales de septiembre llegaron a Londres tres polacos llamados Hier, Padleswky y Milowicz, portadores de una carta del Comité Nacional de Varsovia para los editores de *La Campana*, en la cual se hacía un llamamiento a los demócratas rusos en pro de la ayuda a la causa polaca. Acudieron primero a Bakunin y éste los llevó a Herzen. Siguió una delicada discusión y Herzen aceptó publicar el llamamiento en *La Campana*, seguido de una respuesta adecuadamente calurosa; pero pidió a cambio que los visitantes hicieran, en nombre del Comité Nacional, formal renuncia a las pretensiones territoriales que oponían tan fatal barrera a la cooperación polaco-rusa. Mientras tenía lugar la discusión, Bakunin permaneció sentado, inactivo e impaciente; pero cuando los poloneses se hubieron marchado arremetió indignado contra Herzen por su frío y mísero regateo con unos amigos a los que debía haber abrazado sin más. Los visitantes habían aceptado los términos de Herzen y una frase fue añadida al llamamiento para salvaguardar «los derechos de los campesinos a la tierra que cultivaban, y el de cada pueblo a disponer de su destino». La carta se publicó en *La Campana* el 1 de octubre y Herzen contestó en el número siguiente. Entretanto, Herzen, cuyo escepticismo era tan inevitable como el desmesurado ardor de Bakunin, entró en sospechas de que unas concesiones hechas con tanta facilidad sobre el papel podrían no significar nada en la práctica. Sus dudas llegaron a convertirse en motivo de burla entre sus amigos, y hasta un primo remoto que ejercía de fotógrafo profesional en París compuso, mediante la combinación de dos placas, una curiosa fotografía en la que Herzen amonestaba a Herzen por su actitud sobre la cuestión polaca.

El mismo número que publicaba la contestación al Comité Nacional contenía también un llamamiento a los militares rusos de servicio en Polonia para que no participaran en operaciones contra los insurgentes. Algunos de los oficiales, con extraordinario valor e independencia, enviaron a Herzen, firmado, un manifiesto de simpatía hacia los polacos, e incluso uno de ellos, llamado Potebnya, visitó Londres en noviembre. A todo esto, los polacos habían enviado emisarios a Petersburgo y habían obtenido la promesa, por parte de los organizadores de *Tierra y Libertad*, de montar movimientos revolucionarios en Rusia simultáneamente al estallido polonés.

En todas esas negociaciones y complots Bakunin desplegó su infatigable energía y su optimismo. Estaba convencido de que, tan pronto empezara la insurrección, el Ejército ruso en Polonia se pasaría como un solo hombre a los insurrectos y la revolución podría ser llevada a suelo ruso. Exultaba en su usual barahúnda de seudónimos,

criptogramas y falsas direcciones; sostuvo una arrebatada correspondencia con un simpatizante de París que resultó ser un agente secreto de la Policía rusa. Una combinación del entusiasmo de Bakunin y la experiencia de Herzen podía haber conseguido algo, pero cada uno marchaba por su camino y en vez de combinación sólo se produjeron pequeñas fricciones y mutua desconfianza.

La insurrección tan elaboradamente planeada fue mal dirigida desde el principio; o quizá mejor, el estallido fue demasiado espontáneo para que los planes profundamente estudiados se pudiesen llevar a efecto. Hacía ya algunos años que la recluta para el Ejército ruso no se aplicaba en Polonia; pero las autoridades rusas, conocedoras de lo que estaba en el aire, utilizaron el hábil recurso de prevenir la rebelión llamando obligatoriamente a filas a los posibles revoltosos; y así, el 25 de enero de 1863 se ordenó una leva selectiva, limitada al proletariado urbano, y los oficiales de recluta se pusieron inmediatamente al trabajo. Con esta medida se forzó la mano al comité y, tras una semana de apresurada preparación, estalló la insurrección en la noche del 22 al 23 de enero con un ataque simultáneo a todas las guarniciones rusas. Los rusos alegaron más tarde que el Comité Nacional había hecho caso omiso del Comité de Oficiales y que se había atacado indiscriminadamente a simpatizantes declarados de la causa polaca. Si esto no fue cierto, es lo que muchos creyeron. La latente enemistad entre polacos y rusos, que solamente podían ignorar los entusiastas como Bakunin, salió inmediatamente a la superficie. Las esperanzas polacas se vieron frustradas. Ningún oficial ni soldado ruso se pasó a los insurgentes, y en Rusia todo permaneció tranquilo. Por toda Polonia se extendió una desesperada guerra de guerrillas y una excitada tensión alcanzó Europa. Nada se había producido de esta guisa en quince años, desde los fracasos de 1848 y 1849. «Es muy cierto», Marx escribió vehemente a Engels en febrero de 1863, «que la era de la revolución se halla ahora hermosamente abierta».

El estallido polaco imposibilitó a Bakunin permanecer en Londres. Era lógico que Herzen, hombre de letras, permaneciera tranquilo en casa celebrando desde *La Campana* los éxitos iniciales de los insurrectos, denunciando las brutalidades de las autoridades rusas, dirigiendo llamamientos a los soldados rusos para que no dispararan contra sus hermanos polacos y, en privado, expresando la triste convicción de que las cosas iban a acabar mal; pero Bakunin, el hombre de acción, el tempestuoso petrel[1] de la revolución, debía estar en su sitio. Polonia estaba en llamas y él debía estar allí para aventar y propagar el incendio. Por el momento no se vislumbraba una vía fácil para alcanzar Polonia y emprendió la que le pareció mejor y más al alcance. En febrero tomó el barco para Suecia.

Tan pronto se hubo marchado presentóse una oportunidad que él

[1] Ave palmípeda negra que durante las tempestades corre por encima del mar a la busca de peces. Es considerada ave de mal aguero. *(N. del T.)*

hubiera acogido con los brazos abiertos. El estallido de la insurrección había despertado en los más jóvenes *emigrés* polacos, la mayoría de los cuales moraba en Francia, la laudable ambición de representar un papel activo en la contienda. Algunos se contentaron con entrar clandestinamente en Polonia después de atravesar Alemania; otros, rechazando este plan pedestre, concibieron el gran proyecto de efectuar un desembarco en la costa báltica y con este propósito recolectaron la substancial cantidad de 700.000 francos, la mayor parte de la cual fue subscrita por un rico polaco llamado Branicki. Se reclutaron cerca de doscientos hombres, polacos en su mayoría, pero entre ellos había también franceses, italianos, húngaros y eslavos del Sur. El jefe de la expedición era un tal coronel Lapinski, un filibustero polaco que había combatido contra los rusos en el Cáucaso. Su segundo era un judío llamado Stephen Poles, *alias* Tugendgold, de quien Herzen sospechaba, al parecer sin fundamento, que era un espía ruso. Acompañaba a la expedición un tal Demontowicz como «comisario civil», en representación del «gobierno revolucionario» que se había constituido en Varsovia. Entre otros miembros hallábase Ladislas Mickiewicz, hijo del gran poeta polonés. El 14 de febrero, el pequeño ejército abandonó París con destino Inglaterra, donde esperaría embarcación para el Báltico.

Este fue el error inicial. El abundante aprovisionamiento en cañones, fusiles y municiones que había sido encargado a la firma Whitworth no estaba dispuesto todavía para el embarque y nadie se había detenido a pensar en el problema del transporte. Los legionarios ocuparon parte de su forzado ocio haciendo ejercicios por los alrededores de Woolwich, donde pronto despertaron la curiosidad y aseguraron una publicidad poco oportuna. *The Globe* publicó un artículo sobre la «legión polaca», y en el tiempo que el barco fletado necesitó para recibir su carga, la expedición había dejado de ser un secreto no sólo para los redactores de *The Globe*, sino también para el Gobierno ruso. El 19 de marzo, el barón Brunnov, embajador de Rusia en la corte de Saint James, informó a lord Russell que el vapor *Gipsy Queen*, de Hartlepool, era esperado en el Támesis para embarcar armas, municiones y doscientos polacos con destino al Báltico, e insinuaba que estando el barco destinado a operaciones bélicas contra una nación amiga debía, en rigor, ser detenido por el Gobierno de Su Majestad. La información era exacta salvo en un detalle: el barco fletado por los revolucionarios no era el *Gipsy Queen*, sino el que ostentaba el menos romántico nombre de *Ward Jackson*[2]. Iba mandado por el capitán Robert Weatherley y llegó a Gravesend el 20 de marzo para iniciar el embarque. Al día siguiente, las autoridades aduaneras, alertadas por lord Russell, subieron al barco y comprobaron que parte de la carga declarada como «ferretería» consistía, en realidad, en armas y municiones, y no dieron el permiso de zarpar, pendiente de nuevas investigaciones. En el entretanto, dos

Gipsy Queen significa *Reina Gitana* y *Ward Jackson* significa *Guardia Jackson*. (N. del T.)

oficiales aduaneros permanecieron a bordo para controlar las actividades que se llevaban a cabo.

Sin embargo, el intrépido capitán y los organizadores de la expedición eran hombres capaces de convertir en insignificantes tales obstáculos, y los legionarios recibieron instrucciones de reunirse en la estación de Fenchurch Street a las diez de la noche del 21 de marzo, donde fue preparado un tren especial. El escéptico profesional Herzen, que relata la historia completa con más de un grano de malicia, afirma que algunos de los legionarios equivocaron la hora y llegaron a la estación a las diez de la mañana. Tal error fue singularmente inoportuno. Nuestros héroes, por motivo de secreto o de economía, habían omitido saldar sus deudas financieras y la dilación les exponía a la chillona persecución de un pequeño ejército de patronas y otras interesadas hembras. Herzen, sin embargo, menciona Hull como puerto de partida y comete asimismo otros errores; quizá podamos titular esta parte de su relato como ficción pintoresca. Sea como fuere, el tren especial salió a las diez de la noche entre los simpáticos aplausos de una multitud de espectadores y, aproximadamente una hora antes, el *Ward Jackson*, con los papeles sin despachar y con los dos aduaneros a bordo, levó anclas de Gravesend y se deslizó río abajo. Esta parte del viaje fue realmente una obra maestra de organización. Barco y tren llegaron a Southend simultáneamente poco después de medianoche, los aduaneros fueron depositados en tierra, los guerreros subieron a bordo y el *Ward Jackson* prosiguió su ruta pirata. Cuando, al día siguiente, el embajador ruso presentó una nueva nota, el Foreign Office replicó, algo ingenuamente, que «la súbita partida del *Ward Jackson* del río hacen inútiles más pasos por parte de vuestra excelencia para procurar información en corroboración de las sospechas que me comunicó respecto al destino de tal bajel o, por parte del Gobierno de Su Majestad, *prevenirla acerca de su intervención en cualquier* actividad contraria a la ley». El barón Brunnov debió contentarse con el frío consuelo de esta bien redondeada fraseología oficial.

En el ínterin, con algo de sorpresa por su parte, Bakunin se vio festejado en Estocolmo como la legendaria víctima y el legendario enemigo del Gobierno ruso. Sus amigos de Londres estaban en lo cierto al desconfiar a su discreción y hasta que el *Ward Jackson* no hubo salido evitaron cuidadosamente informarle de la expedición. Pero Bakunin era una fuerza que no podía ser ignorada y era de un inestimable valor en toda empresa que requiriera arrojo y valentía. Y una vez segura y en marcha la expedición, Herzen y el agente del Comité Nacional Polaco en Londres le remitieron sendos telegramas y lo invitaron a reunirse con el *Ward Jackson* tres días después en Helsingborg, primer puesto de escala. Bakunin partió en seguida de Estocolmo, pero no había tren hasta Helsingborg; cuando llegó el *Ward Jackson* se hallaba en rada desde hacía veinticuatro horas. El capitán y los jefes de la expedición se habían instalado en el hotel de la localidad aguardando al nuevo e importante recluta, y la pequeña población zumbaba de excitación.

La llegada de Bakunin fue la señal para un consejo de guerra en el curso del cual el capitán Weatherley se dio cuenta por primera vez de los riesgos extracomerciales implicados en la empresa en que se había metido. El valeroso capitán estaba bastante satisfecho de haber exhibido su osadía ante los oficiales de su propio país, pero no tenía deseos de corroborarla ante los oficiales de un crucero ruso. Aumentaron sus aprensiones al enterarse de que, debido a la temperatura excepcionalmente benigna, se habían roto los hielos frente a Reval, el puerto militar ruso, y no se desvanecieron precisamente con la declaración de uno de sus pasajeros, que le aseguró que llevaba bastante pólvora a bordo y que antes que permitir la captura del buque lo volarían. Aquella misma tarde, un violento temporal vino a reforzar los escrúpulos del capitán y el *Ward Jackson* permaneció dos días más al abrigo de la tormenta en la rada de Helsingborg. Al tercer día mejoró el tiempo, las dudas del capitán fueron desechadas y salieron, ostensiblemente, con Bakunin a bordo, hacia la isla de Gotland, en la costa sueca del Báltico.

Sin embargo, el capitán Weatherley tenía otras intenciones. Sólo, con un puñado de marineros, en medio de aquella banda de extranjeros excitados *desperados* prefirió el disimulo a la resistencia abierta. Al llegar a Copenhague anunció que tenía que entrar en el puerto para abastecerse de agua fresca, cosa para la que no habían sido suficientes los cuatro días de estancia en Helsingborg, y prometió que la operación no les ocuparía más de dos horas. Atracado el buque, bajó inmediatamente a tierra y rindió visita a sir Augustus Paget, embajador británico. No existe constancia de la naturaleza de dicha entrevista, pero aquella noche el capitán Weatherley no regresó al *Ward Jackson*, y al día siguiente anunció que no se haría a la mar de nuevo mientras se hallara un solo polaco a bordo. El resto de la tripulación desertó también, dejando a los legionarios a bordo tan sólo con el jefe de máquinas y un piloto danés. Bakunin se apresuró a visitar la Legación británica, sir Augustus Paget lo recibió con toda cordialidad y aceptó que el capitán Weatherley se había portado como un bribón, pero se negó a creer que hubiese sido pagado por los rusos; le expresó cortésmente su simpatía y lamentó que no pudiera obligar al capitán y a la tripulación a zarpar con el buque; sólo podía dirigir los legionarios a los agentes en Copenhague de los propietarios del *Ward Jackson*, haciendo notar, sin embargo, que por un curioso azar estos mismos agentes eran los proveedores de la flota rusa y estaban, en aquel momento, preparando la carga de carbón para un crucero ruso que era esperado en el puerto. Bakunin quedó encantado de la entrevista y encontró que sir Augustus era «un perfecto caballero». Los agentes estuvieron muy amables y accedieron proporcionar una tripulación danesa para llevar el *Ward Jackson* a Malmoe, el puerto sueco más próximo, que sólo se hallaba a un par de horas de navegación. Allí los legionarios deberían valerse por sí mismos. *Faute de mieux*, la oferta fue aceptada, y en la tarde del 30 de marzo, nueve días después de su partida del Támesis, la expedición recaló en Malmoe. Los aventureros

fueron hospitalariamente recibidos y alojados en la ciudad y las autoridades suecas embargaron el buque y retiraron su carga explosiva.

El poco glorioso final del crucero del *Ward Jackson* no dio fin, sin embargo, a las aventuras del coronel Lapinski y sus legionarios. Durante dos meses permanecieron ociosos en Malmoe, disminuyendo inexorablemente en número y decayendo en espíritu a medida que las noticias de Polonia se tornaban menos y menos esperanzadoras. Al principiar el mes de junio obtuvieron más armas y municiones y fue fletado un buque velero denominado *Emilia* para un último y desesperado intento. Esta vez se tomaron precauciones más serias respecto a la publicidad. Se anunció que los legionarios restantes regresaban a Inglaterra y, en efecto, marcharon a Copenhague, donde embarcaron para Londres; pero en el Sund transbordaron al *Emilia*. La maniobra no fue descubierta por los observadores rusos y el *Emilia* navegó por el Báltico sin sospechas.

En su extremidad nordeste la costa de Prusia se estira en una larga y estrecha faja de terreno que cierra una cierta extensión de agua conocida por Kurische Haff. El plan era llegar en botes a la faja indicada, transportar éstos a través de ella y navegando a remo por el Haff, alcanzar la tierra firme. Desde allí, una marcha de dos o tres horas a través de Prusia, donde esperaban no ser descubiertos, los llevaría a la frontera de Lituania. La idea era bastante descaballada, pero además sobrevino un inesperado y precoz desastre. Los botes habían sido comprados en Hamburgo y a nadie se le ocurrió comprobar si eran aptos para navegar. Cuando el *Emilia*, bajo el manto de la noche, alcanzó el lugar fijado, fue arriado el primer bote, y treinta y dos aventureros polacos y franceses se metieron en él; pero tan pronto se puso en marcha empezó a llenarse de agua y se hundió como una piedra. En la oscuridad y la confusión sólo ocho hombres pudieron ponerse a salvo; los veinticuatro restantes no volvieron a ser vistos. Con esta pérdida fueron tan severamente minados los recursos morales y numéricos de la expedición que fue abandonada de común acuerdo. Los legionarios volvieron a Suecia y de allí a Inglaterra, donde fueron alojados en Woolrich en tanto se dispersaban. Los líderes quedaron en Suecia, enfrascados en mutuas recriminaciones entre ellos y con Bakunin sobre las causas del desastre. El último y patético documento de la expedición es una carta escrita desde Woolwich por un superviviente, que se describe a sí mismo como «literalmente muerto de hambre» con una asignación diaria de un chelín y tres peniques, y suplica a sus amigos que le den la oportunidad de «morir dignamente por Polonia en vez de morir aquí de inanición».

Bakunin, que no había tomado parte en la última y desesperada intentona a bordo del *Emilia*, pasó el invierno de 1863 en Estocolmo. Su reputación resultó algo empañada por su participación en una empresa que había terminado no sólo ignominiosamente, sino ridículamente. La gran rebelión polaca, careciendo de ayuda exterior, iba siendo lenta pero implacablemente aplastada por el peso abrumador de las armas rusas.

Pero la energía de Bajun Bakunin no conocía desgaste; no podía permanecer ocioso. Perdida la causa de Polonia, sus pensamientos se dirigieron otra vez a su país natal. Estableció subrepticiamente correspondencia con lo que había quedado del Comité *Tierra y Libertad* en Petersburgo, intrigó a Finlandia con la esperanza de poner en pie una nueva subversión contra el Gobierno ruso y repartió (o alardeó de ello) setecientos ejemplares de distintas proclamas revolucionarias en el interior de Rusia. Y en medio de todas sus otras actividades aún halló tiempo para arruinar totalmente sus relaciones con Herzen mediante una violenta disputa con el hijo de éste.

El joven Alejandro, que contaba ya veinticinco años, había disfrutado ampliamente de la prerrogativa juvenil de dar al padre buenos motivos de ansiedad. Enviado a Suiza cinco años antes de completar sus estudios, se había enamorado de una muchacha germano-suiza emparentada con Karl Vogt, el amigo de Herzen; eran unos amores irregulares y Herzen miraba desfavorablemente la boda, por lo que se sintió aliviado cuando Alejandro partió, con una expedición científica, para Islandia. La ausencia y la reflexión hicieron su trabajo y a la vuelta se rompió el compromiso. Pero lo peor vino después. Alejandro volvió a Inglaterra y allí sedujo a una respetable muchacha de la clase trabajadora, llamada Carlota Hudson, que le dio un hijo.

Herzen había deseado desde mucho tiempo atrás iniciar a su hijo en la arena política; ahora encontró una razón adicional para mandarlo fuera del país. En mayo de 1863 lo envió a Estocolmo, con la plena aprobación de Bakunin. No está claro qué especie de funciones esperaba Herzen que el joven llevara a cabo, pero ciertamente no esperaba las consecuencias. El joven Alejandro, que hasta el momento no había mostrado ni inclinación ni aptitudes para la política, dio a entender a Bakunin que, en virtud de la posición de su padre, era el representante acreditado de *Tierra y Libertad* en Suecia. Replicóle Bakunin que ya ocupaba él esta posición y que no toleraría interferencias. Los dos se mantuvieron en sus trece y se originó una disputa. Parece que el comportamiento de Alejandro fue vano y necio de forma poco corriente aun para su edad, y Bakunin era un niño irresponsable; emplearon las pocas semanas siguientes en Escotolmo difamándose mutuamente ante sus amigos comunes. Finalmente, Herzen ordenó a su hijo que volviera. Oficialmente culpaba por igual a ambos por este absurdo e indigno *contretemps*, pero la indulgencia paternal exacerbó aún más sus sentimientos contra Bakunin.

A partir de aquí los acontecimientos se sucedieron rápidamente hasta la ruptura final. Tras la partida de Alejandro, Bakunin reinaba solo en Estocolmo. En agosto, en el transcurso de un banquete público, se proclamó a sí mismo el representante de *Tierra y Libertad*, y soltó un grandilocuente discurso en honor de la organización. Con ingenua ponderación (ya que su auditorio era, políticamente, una mezcla), la describió como «una sociedad patriótica de amplia base, conservadora,

liberal y democrática a la vez». Comprendía, declaró, todas las clases del pueblo ruso: «*generales y oficiales en masse*, altos y bajos funcionarios, terratenientes, comerciantes, curas e hijos de curas, campesinos y millares de disconformes viejos creyentes». Estaba organizando sus propias finanzas, su propia administración, su propia Policía, y pronto contaría con su propio ejército. Finalmente, terminó, se había llegado a «una alianza formal» con el Comité Nacional Polaco que constituía ahora el Gobierno revolucionario provisional de Polonia. Bakunin extendió las manos en señal de bienvenida a todos los «patriotas suecos» en nombre de *Tierra y Libertad*.

No es conocida la impresión que este discurso produjo en los oyentes suecos, pero Herzen, en Londres, se puso furioso. No hizo mucho caso de la indiscreción; hacía tiempo que había perdido la poca fe que una vez tuviera en *Tierra y Libertad*, pero su exacto espíritu no podía tolerar que un hombre que vivía tan poco como Bakunin en el reino de los duros hechos tomara sus más fantásticos sueños como realidades y así los proclamara ante el mundo. Poco le importaba que Bakunin hubiese hecho el ridículo con su jactancia, poco le importaba que hubiese puesto en ridículo a *Tierra y Libertad*, pero sí le importaba, y en gran manera, que hubiese expuesto al ridículo a quienes, como Herzen y Ogarev, se habían asociado públicamente con él y con aquella asociación. Intentó desautorizar formalmente a Bakunin en las páginas de *La Campana*, pero, aunque con dificultades, fue disuadido de ello por el más tolerante Ogarev.

El otoño reveló el daño que la identificación con la aventura polaca había hecho *La Campana*. La insurrección polaca había despertado los instintos chauvinistas latentes en la sociedad rusa. La prensa oficial eventó el tradicional odio ruso hacia Polonia, y Herzen y sus amigos no fueron ya acusados de reformistas, sino de enemigos del país. El amigo de Polonia sólo podía ser el enemigo de Rusia. A los ojos del ruso medio, *La Campana* se convirtió en el órgano no de la ilustración, sino de la traición, y su difusión, que había medrado durante años bajo la persecución de la Policía, se hundía ahora bajo la influencia del histerismo de guerra, disminuyendo hasta insignificantes dimensiones. Para completar su ruina, un polaco llamado Petkiewicz, probablemente pagado por el Gobierno ruso, publicó en Bruselas una «carta abierta» donde se acusaba a «Herzen y Cía.» y al «triunvirato de Londres» de haber empujado a Polonia a la rebelión con promesas de ayuda de una poderosa y extensa organización revolucionaria que había resultado ser un mito. Esta «carta abierta» fue ampliamente citada por la prensa de Moscú. El ínfimo contenido de verdad de esta acusación y el intento de identificar a Herzen y Ogarev con los peores excesos de Bakunin aumentaron las iras de Herzen. Ogarev lo disuadió otra vez de una disputa pública; pero en diciembre escribió un artículo en *La Campana* en el cual, citando la acusación contra «Herzen y Cía.», señalaba acremente:

A quién incluye en esta «compañía» lo ignoro. Los editores de *La Campana* no son ninguna compañía, no son más que dos: Herzen y Ogarev.

Todo el mundo comprendió que ello significaba la recusación formal de Bakunin, pero ningún bien hizo a *La Campana*. Herzen no escapó a las acusaciones contra la antigua alianza y fue simplemente ridiculizado en la prensa oficial por su pueril intento de sacudirse un socio indiscreto.

En octubre, Bakunin dejó finalmente Suecia y volvió a Londres. Herzen se hallaba entonces en el extranjero y el inevitable encuentro entre los dos hombres fue pospuesto; se efectuó a principios de diciembre en París. Unas transacciones financieras en las que Bakunin usó de su habitual desorden e indiferencia con respecto a la cuestión de débitos y créditos hicieron aumentar el enojo de Herzen hasta el punto de ebullición. Recibió a su antiguo amigo en un estado de irritación febril:

Veré a Bakunin [escribió a Ogarev la víspera del encuentro], aunque considero esta perspectiva terriblemente desagradable; detesto la falsedad. Lo hago por ti, Ogarev.

Pero el encuentro resultó mejor de lo que hubiera podido esperarse. Herzen era demasiado modesto y demasiado vergonzoso para sus agravios de orden económico, y se sentía demasiado cansado o demasiado desesperanzado para increpar a Bakunin por su parte de responsabilidad en el declive de *La Campana*. Bakunin, quizá aliviado al no serle recordadas unas inoportunas obligaciones monetarias, pareció «sinceramente deseoso de paz y decidió no hacer nada que promoviera escándalo». Y se separaron con una cordialidad un poco forzada por ambas partes. Herzen, a vueltas todavía con sus penas y sus errores, regresó a Londres. Bakunin, que raramente hallaba tiempo para recuerdos y nostalgias, se dirigió resueltamente al Sur y siguió viaje para Italia. En Italia pasó los cuatro años siguientes, durante los cuales no volvió a cruzarse en el camino de Herzen. Sus encuentros posteriores fueron pocos e insignificantes, pero Bakunin reaparecerá en un extraño episodio que siguió a la muerte de Herzen.

Ya se ha citado en un capítulo anterior el retrato escrito de Bakunin contenido en *Mi pasado y mis pensamientos*. Bueno será ahora citar el de Herzen hecho por Bakunin, menos brillante de color, menos incisivo, pero igualmente apto:

Herzen ha presentado —y continúa sosteniendo— magníficamente la causa de Rusia ante el público de Europa, pero en cuestión de política doméstica es un inveterado escéptico, y su influencia no sólo no es alentadora, sino que es desmoralizadora. Es, en primer lugar y ante todo, un escritor de genio, y reúne todas las brillantes condiciones y todos los defectos de su profesión. Cuando en Rusia se halle bien establecida la libertad será, más allá de toda discusión, un magnífico periodista, quizá un orador, un estadista y hasta un administrador; pero decididamente no es de la madera de que están hechos los caudillos revolucionarios.

CAPÍTULO XII

LOS ULTIMOS AÑOS DE HERZEN

Se ha dicho que tan sólo los jóvenes o los enfermos —enfermos de cuerpo o de alma— escriben sus diarios. El diario de Herzen se divide en dos períodos. En los días de su juventud le confiaba los pesares de su exilio y la historia de los galanteos con su primera Natalia. Tras su matrimonio fue dejado de lado durante veinte años. Luego, a los sesenta años, fue de nuevo abierto, principalmente para recibir, en ocasión de aniversarios y otros momentos apropiados, tristes reflexiones sobre los sufrimientos y calamidades de sus años de actividad. El día de Año Nuevo de 1864 hizo la siguiente anotación:

> Desde 1851 no había entrado en un nuevo año con una tal sensación de horror; veo que no puedo esperar ningún punto brillante ni en mis asuntos personales ni en mis asuntos públicos...
>
> Incluso los vínculos de toda la vida se han desvanecido. Nos humillamos *nosotros mismos* a los ojos de los demás. ¿Es la vejez? Los laureles se han esfumado; sólo quedan caras viejas intentando parecer jóvenes.
>
> Ninguna armonía en la vida doméstica. Crecen las dificultades en la tarea, los egoísmos son más obstinados y todo se derrumbará sobre las generaciones que suben.
>
> Por todo alrededor, tristeza, horror y sangre.

El año 1864 justificó sus presentimientos. Prosiguió la rápida declinación de *La Campana* hasta la impotencia y la insignificancia y fue un año de continuo infortunio doméstico que culminó en abrumadora tragedia.

El nacimiento de los mellizos había disipado finalmente el sueño de Herzen de ver todos sus hijos reunidos bajo un mismo techo. En el verano de 1862, Malwida expuso su intención de trasladar su residencia de París a Italia por razones de salud y propuso llevarse consigo a Olga. La experiencia había demostrado que Olga no podía vivir con Natalia y

no podía pensarse en separarla ahora de Malwida. Herzen tuvo que aceptar a la fuerza la proposición y aún, con el corazón dolorido, hizo por su parte otra. La situación de Tata en casa se hacía cada vez más difícil. La atmósfera triste y nerviosamente tensa de la casa de Natalia no podía ofrecer nada a una muchacha de dieciocho años. En tal ambiente era imposible el trabajo y Tata había expresado el deseo de desarrollar su talento en el arte. Haciendo justicia a ambas familias, a las que él quería lo mismo, Herzen sabía que debían vivir separadas, y cuando Malwida partió para Italia en diciembre mandó a Tata con ellas. La separación fue amarga para el infeliz padre, y más aún porque fue obra suya. El único consuelo que podía ofrecerse a sí mismo al verlas marcharse, en la estación, era que la educación de Tata había virtualmente llegado a su término bajo su cuidado y que no había crecido ignorando, como Olga, la lengua de su madre.

El verano de 1864 vio reunida la familia completa, incluyendo a Malwida, en suelo británico por última vez. Lo pasaron en Bournemouth, un pequeño balneario cómodamente accesible en ómnibus desde la próxima estación de Christchurch. Aquí, el delirio de Natalia hacia la autoconmiseración y la autodefensa alcanzó de nuevo una intensidad elevada, y rebasó los límites de la discreción que hasta entonces la había retenido. Hasta el momento, Natalia había respetado la cámara secreta del corazón de Herzen, el *sanctusanctórum* donde él rendía culto a la memoria de su difunta esposa, y había participado, o lo había simulado, en este culto; tenía en el relicario su propio rincón como la amiga a quien la difunta madre había legado el cuidado de sus hijos, y aquel culto le había servido incluso para santificar su *liaison* con Herzen. Natalia hallaba consuelo a menudo en la idea de que desde allá arriba, en alguna parte del otro mundo (en el que, en momentos de menos emoción, no creía), la primera Natalia los miraba y bendecía la unión entre el hombre que había sido su marido y la mujer que había sido su amiga más querida. Fue especialmente característico de los últimos románticos invocar la aprobación del otro mundo para sus amores ilícitos. «Estoy segura», dijo Emma Bovary a su primer amante Roger, «que nuestras madres, juntas, en el cielo, bendicen nuestro amor».

Pero este culto era, a fin de cuentas, demasiado artificial para sostenerse bien. Natalia en realidad no se engañaba a sí misma. Sabía que su homónima y amiga, cuyas humanas cualidades comprendía mucho mejor de lo que Herzen las había comprendido nunca, no estaba más calificada que la mayoría de los mortales para gozar del pedestal y la aureola de una diosa, y la amargaba tener consciencia de que en el corazón y el pensamiento de Herzen la esposa difunta contaba, y contaría siempre, más que la amante viva. Sentíase agraviada en la misma forma que se agravió en Petersburgo cuando el amigo de Ogarev pensaba, obviamente, más en él que en ella. Pero no hubo inmediata provocación. Sin embargo, en Bournemouth, mientras Herzen leía a Tata en voz alta los capítulos de *Mi pasado y mis pensamientos*, en que

narra la historia de la tragedia de su esposa —los capítulos que sólo debían ver la luz cincuenta años después de su muerte—, algo estalló de pronto: Natalia interrumpió la lectura con ofensivas y escarnecedoras palabras. Siguió una escena de recriminaciones. Se intercambiaron insultos que no podía ser fácilmente olvidados. Pasó un mes entero sin que hubiera reconciliación. Herzen encontró incluso dificultades para mantener un «exterior decente» en consideración a los hijos y le dijo a Natalia que quería «cubrirlos a todos de vergüenza». Ella se rió a carcajadas y replicó mordazmente que «si tuviera dinero les enseñaría una o dos cosas». Amenazó con llevarse a sus hijos a Rusia y habló de mandar una petición al zar. Herzen le replicó, por escrito, que si hacía eso, él haría público ante todo el mundo el secreto (que hasta el momento ella había ocultado incluso a su propia madre) de la paternidad de sus hijos. Ninguna de las amenazas fue formulada seriamente, pero Herzen y Natalia habían llegado al punto en que las ganas de herir al otro habían borrado cualquier otro sentimiento.

Si bien Natalia en aquel momento no abrigaba estas intenciones de regresar a Rusia, participaba, sin embargo, de la corriente ilusión de las personas histéricas de que en cualquier parte estaría mejor que donde estaba. La vida se había hecho intolerable en Inglaterra. Durante el verano se celebraron en Bournemouth diversos consejos de familia, amargos y borrascosos, y se decidió que, tras doce años de residencia, Herzen abandonaría su domicilio de Inglaterra y trasladaría su familia y sus efectos a Suiza. Además de las razones domésticas existían también razones públicas para el cambio. La tirada de *La Campana*, que en los días de prosperidad fluctuaba entre dos y tres mil ejemplares, había bajado a la mezquina cifra de quinientos. Estaba visiblemente muriéndose, y el traslado a Ginebra, donde en los últimos años se habían congregado muchos refugiados, parecía ofrecer la última y angustiosa esperanza de reavivar su prestigio.

Además, Ginebra poseía, a los ojos de Herzen, otra ventaja sobre Londres: estaba más cerca de Italia que, verosímilmente, parecía que iba a convertirse en la residencia permanente de sus hijos mayores, incluyendo a Alejandro, quien acababa de obtener una cátedra de Fisiología en Florencia. Más difícil era hablar del futuro de Tata. Su migración no había sido un éxito claro. Olga era la única pasión del corazón de Malwida y Malwida se hallaba demasiado inclinada hacia un lado para mantener el equilibrio entre las dos hermanas; cuando reñían siempre era Tata la que estaba equivocada. Ni sobre esto ni sobre cualquier otra cuestión era posible discutir con Malwida. La convicción que abrigaba de su recto proceder era aplastante, y Herzen empezó a considerarla casi tan histérica como Natalia. «Las dos pierden a la vez la cabeza», escribió a su hijo desde Bournemouth, «y Tata, que es menos chiquilla que ellas, las calma». Más tarde o más temprano habría que hacer algo por Tata, y esto le pareció también más fácil en Ginebra que en Londres.

El caso de Ogarev ofrecía dificultades especiales. Su hábito inveterado para la bebida, la creciente frecuencia de los ataques epilépticos y el colapso general de su salud parecían reclamar un cambio urgente de escenario. Pero el estado letárgico de Ogarev se resistía a todo movimiento, y además Mary Sutherland se había convertido en algo necesario para su vida. Todas sus objeciones fueron rebatidas una por una y al fin aceptó marcharse siempre que le fuera permitido llevarse a Mary consigo. Presentóse todavía otra dificultad de carácter parecido. La familia había sostenido hasta entonces a Carlota Hudson y a su hijo en Londres, y si bien el joven Alejandro se daba por satisfecho olvidando su juvenil imprudencia, Herzen no podía abandonar a un niño por cuyas venas corrían algunas gotas de su propia sangre. Carlota Hudson había rehusado su invitación para entregarle su hijo; por lo tanto, al final, Carlota y el chico, cuyo nombre era Alejandro pero al que se conocía por el remoquete de «Toots»[1], fueron ambos incluidos en la caravana ginebrina[2].

Establecida así la principal cuestión, siguió un prolongado debate acerca de la fecha de partida, que terminó en un compromiso. La impaciente Natalia dejaría Inglaterra con sus tres hijos en noviembre; el recalcitrante Ogarev permanecería allí hasta la primavera próxima; Herzen, una vez depositados Natalia y los niños en alguna parte de Francia, iría a Ginebra para disponer la instalación de la familia y la imprenta en aquella ciudad, regresaría a Inglaterra para supervisar la partida de Ogarev, Tchorzewski, Ciernecki y la imprenta, así como los demás seguidores.

El programa fue puesto en obra, pero ya en sus primeras realizaciones fue interrumpido por una brutal y abrumadora tragedia. Tan pronto Herzen y Natalia llegaron a París con los tres niños, se desencadenó en la ciudad una epidemia de difteria y los dos mellizos, que recientemente habían cumplido los tres años, sucumbieron a la enfermedad y el 3 de diciembre murió la niña. En este trágico momento toda la responsabilidad de las decisiones recayó exclusivamente sobre Herzen. Y cuando el pequeño ataúd fue llevado a Montmartre, donde debía esperar su eventual traslado al panteón familiar de Niza, reflexionó cuánto hubiera gozado la pequeña difunta jugando con las magníficas borlas de plata del paño mortuorio. Luego, pasados ocho días, el niño siguió a su hermana. Ogarev apresuróse a acudir desde Londres, pero era evidente que no se hallaba en condiciones de viajar solo y con ello

---

[1] «Trompetilla» *(N. del T.)*.

[2] La actitud de Herzen con respecto a «Toots» no se halla libre de incongruencias en toda esta embarazosa cuestión. No quiso dejar al chico con su madre, pero se puso furioso cuando su hijo diole su propio nombre de Alejandro y, también posteriormente, cuando Mary Sutherland intentó hacer de Carlota una señora responsable llamándola «señora Herzen». El niño creció con el nombre de Alejandro Herzen y se estableció en Italia, donde murió el 1 de enero de 1933.

aumentaba, más que aliviaba, las preocupaciones de Herzen. Herzen y Natalia tenían pocas relaciones en París y, por una rara coincidencia, la única que les ofreció consuelo y ayuda fue madame de Salias, aquella cuya indeseada presencia había estorbado el noviazgo de Ogarev y Natalia quince años antes.

El doble zarpazo barrió del corazón de Herzen todas las amarguras y resentimientos de los últimos meses, pero casi destruyó la salud mental de Natalia. Diose a pensar que ella, y sólo ella, había insistido en la marcha inmediata cuando los demás se habían conformado a pasar el invierno en Londres; recordó que fue ella quien insistió de nuevo para una parada en París en vez de viajar directamente hacia el Sur. Con su obstinación, dos veces repetida, había atraído la desgracia sobre la cabeza de sus hijos, y se acusaba ella misma, ante quien quería escucharla, como su asesina. De vez en cuando su mente retrocedía desde la tragedia de su muerte a la tragedia de su nacimiento. Súbitamente, un rayo de puritana luz teológica surgió en ella, y vio en la muerte de los mellizos el castigo de sus propias culpas. Pero la culpa no fue solamente suya. Y en estos momentos odiaba a Herzen, partícipe de su pecado, tanto como se odiaba a sí misma. Tras la tragedia estuvo semanas sin desnudarse; dormía tan sólo unas pocas horas en una silla o en un diván y vagabundeaba sin objeto de habitación en habitación. Durante veinte años, o más, sostuvo un cuaderno donde religiosamente registraba los sueños en que se le aparecían sus hijos.

Se hizo esencial sacar a Liza de la infectada ciudad. Cuatro días después de la segunda defunción Herzen y Natalia marcharon con ella a Montpellier. Durante el viaje se resfrió, pero no se desarrolló la infección, y tras dos o tres días de angustiosa enfermedad se recobró rápidamente. Después de Navidad, Herzen dejó a Liza con su madre en Montpellier y se fue a Ginebra. Allí encontró, sin muchas dificultades y gracias a un amigo ruso, una espaciosa casa de campo rodeada de un jardín con árboles abundantes, junto a una de las principales rutas que salían de la ciudad. Sobrellevaba el nombre imponente de Château de la Boissière. Contenía más de treinta habitaciones y había sido ocupada en otro tiempo por una auténtica gran duquesa, la divorciada esposa del zar loco Pablo I. A pesar de tan distinguidas características el alquiler era de cinco mil francos anuales. En Londres se suponía que los extranjeros debían pagar más que los nativos, y las casas que Herzen había alquilado nunca le habían costado menos de seis guineas semanales; el magnífico Château de la Boissière representaba una considerable economía en su presupuesto.

Cuando en Ginebra estuvo todo dispuesto Herzen volvió a Montpellier y, por último, a Londres. Sus últimas semanas en Inglaterra las pasó en la pensión de Ogarev, en Richmond. Se hicieron las pocas despedidas necesarias y se llevaron a cabo algunos preparativos que faltaban para la marcha definitiva. El último número de *La Campana* en Inglaterra aparecería el 1 de abril, y luego, Ogarev, Ciernecki y el resto

de la partida levantarían el campo y saldrían en cómodas etapas hacia Ginebra. En el interin, Herzen trasladaría los dos pequeños ataúdes de París a Niza, llevaría a Natalia y Liza a Cannes y alcanzaría el Château de la Boissière a tiempo para dar la bienvenida a los viajeros procedentes de Londres.

La tarde del 15 de marzo de 1865, Herzen embarcó en Dover en el correo de Calais y dejó las costas inglesas para siempre. En el transcurso de doce años y medio no había echado raíces en el país. Aquí encontró un puerto de refugio, pero no los brazos de la amistad. Los ingleses habían sido tolerantes. Estaban demasiado ocupados en sus propios asuntos para interesarse en los de él. No les importaba lo que un extranjero pensara de ellos y daban a entender claramente que ellos raramente pensaban nada respecto a un extranjero. era recibido en todas partes con cortesía, pero con fundamental indiferencia. No había habido calor para el lado expansivo de la naturaleza de Herzen, y cuando se despidió quizá sus impresiones se hallaban indebidamente nubladas por sus sufrimientos personales de los primeros y los últimos años de su estancia en Inglaterra. Su espíritu revivía, naturalmente, las circunstancias de su llegada y su partida y olvidaba los momentos gozosos que existieron de por medio. Mirando, sin embargo, hacia atrás, en los años de su vida no había muchas cosas específicamente inglesas cuya pérdida lamentara, excepto quizá la mostaza Colman, los encurtidos ingleses y la salsa de setas. Sólo los dos polacos tuvieron algún pesar por abandonar su país de adopción. El galante Tchorzewski, abandonado en la fea Ginebra, echaba de menos «les belles vues de Haymarket», el barrio de las prostitutas elegantes; y Ciernecki y su esposa, que habían vivido cinco años al abrigo de la imprenta en Caledonian Road, «soñaban todavía en los abiertos cielos de King's Cross y los amplios horizontes de Tottenham Cour Road».

La gran reunión en el Chateau de la Boissiere tuvo lugar a mediados de abril. Ciernecki y la imprenta fueron instalados convenientemente en una parte de Ginebra, y Mary y Carlota, con sus retoños, en otra. Pero Herzen pronto experimentó la fuerza de la máxima horaciana acerca de quienes se apresuran a cruzar el mar. Ogarev siguió bebiendo y Natalia encontró Ginebra un lugar tan intolerable para vivir como Londres o Bournemout, y se demostró que la miserable agitación del año último era tan compatible con el clima suizo como con el inglés. Hasta el magnífico Château de la Boissière no colmó las esperanzas en él depositadas, y Herzen descubrió que «se habia sacrificado el confort a beneficio de las salas de recepción». De nuevo reaparecieron las recriminaciones.

No puedo llegar a comprender [escribió Herzen a Ogarev el 5 de junio] qué quiere Natalia de mí. ¿Qué les hace falta? ¿Cómo puede irse a Rusia? ¿Qué quiere indicar al «anunciar» su separación de ti? ¿Y a quién? Son los crónicos malentendidos. ¿Por dónde quiere empezar? Tata lo sabe, Sacha lo sabe. ¿Querrá indicar que va a comunicarlo a la Policía? ¡E irse a Rusia en invierno! Tampoco tú podrás hallar una solución, pero piensa en una respuesta. Acabaré diciendo:

«*Haz lo que mejor te parezca. Han muerto dos. Llévate al tercero bajo tu responsabilidad.*»

Antes de terminar el verano, Natalia había tenido violentas peleas con Tata, con Olga y, naturalmente, con Malwida von Meysenburg. Habló incluso de volver a Inglaterra, de donde tan precipitadamente había huido. En septiembre se llevó Liza con ella a Montreux, al otro extremo del lago.

Liza tenía ahora siete años y ni su madre ni su aya inglesa, miss Turner, eran una compañía ideal para esta alegre y nerviosa chiquilla.

Natalia ha perdido [escribió Herzen a su hijo, por aquel tiempo] toda capacidad para educar a una niña. Cuando Liza hace una travesura ella llora, habla de morir, etc. Miss Turner es una boba, aunque de buen natural, o mejor dicho, no es una boda, es una mujer inglesa: para los patrones ingleses no es tan estúpida.

Había llegado el momento de que Liza recibiera una educación más *regular, y la búsqueda de una escuela se convirtió en el tema constante de* la difícil odisea de Natala. Ninguna escuela le gustaba, y cuando quería molestar de modo especial a Herzen iniciaba suavemente el tema de fundar una escuela ella misma. El invierno pasado en Montreux fue seguido por una estancia de pocas semanas en Lausana. El otoño siguiente escogieron Niza. La sepultura de sus difuntos hijos atraía y ataba a Natalia a la pequeña ciudad costera, tan llena de trágicos recuerdos para el hogar de Herzen; y en Niza permaneció dos años. La atmósfera de mausoleo, irresistible para una madre, podía no ser la más apropiada para el desarrollo normal de la hija superviviente; pero aquí, en una escuela regida por una mujer americana, parece que fue donde Liza recibió la única educación consecuente que jamás le tocó en suerte. Luego vino la infructuosa búsqueda de una escuela en Alsacia, seguida, durante los últimos años de la vida de Herzen, de experimentos varios en Bruselas, Florencia y París. Durante todo este periodo el infeliz Herzen dividía *su tiempo entre Natalia y Ginebra, y los años eran una inacabable* serie de insultos, lágrimas y amenazas. He aquí un extracto de una de las cartas de Herzen a Natalia, escrita en 1866 y que no difiere, substancialmente, de docenas de otras:

Desde ayer me siento como si hubiera pasado una seria enfermedad. ¡Te atreviste a proponerme que no debiera ver a Liza durante varios años! Y puedes hacer eso después de todo lo que ha sucedido y sabiendo cuán necesaria me es! Nunca lo permitiré si antes no he muerto o no he enloquecido. Tú crees que me asusta el juicio de la sociedad porque no he querido que la gente nos arrastrara, a nosotros y nuestro nombre, por el fango. Estás equivocada. Haré a mis amigos, cercanos y lejanos, jueces de este intento de arrebatarme, por un irrefrenable capricho, el hijo que estoy intentando salvar con mi ilimitado amor. No permitiré nunca que consumes este crimen. *Llamaré a juicio a tu hermana y a tu padre.* Encontraré a gente que venga especialmente desde Rusia.

Es raro volver a encontrar en estos poéticos desvaríos del perturbado anciano la noción del «tribunal de honor» que ya había intentado invocar para confusión de Herwegh.

Entre estas tormentas de ira y llanto había relámpagos de reconciliación y de nuevos propósitos para el futuro. Por parte de Natalia tales momentos iban acompañados por un reavivado ardor sexual, o quizá estaban dictados por el mismo. Este era el único medio seguro de agradar a Natalia, y Herzen le hubiera gustado más si hubiese exhibido menos filosófico despego.

Tan sólo las relaciones íntimas [escribió a Orgarev] pueden volverla en sí por una temporada. Sí, es un formidable remedio. Puedo darte mi palabra: lo he estudiado y estoy seguro de ello.

De haberse establecido tal diagnóstico en el día de hoy pudiera tomarse por la fácil expresión de una teoría de moda, pero sentado en 1867 por alguien que nunca se había inmiscuido en problemas de psicología morbosa, es convincente. Demasiado apasionada para mantener su propia estabilidad a menos que fueran colmados y libremente satisfechos sus apetitos sexuales, demasiado romántica para despojar su satisfacción de vínculos sentimentales, demasiado honesta o demasiado ignorante de sus propias necesidades para establecer nuevos vínculos aptos para satisfacer sus anhelos físicos, Natalia Ogarev es una figura más familiar, para nosotros, en la literatura moderna que en la de la época en que ella vivió. El infortunio no disminuyó ni un ápice su anhelo de hijos y más hijos. Durante el período que acabamos de ver, dos o tres veces se imaginó estar encinta, y la espera de un hijo, que hubiera puesto a algunas mujeres en condición histérica, restablecía completamente en Natalia, durante unas pocas semanas, su amabilidad y su ecuanimidad. Con el descubrimiento de su error, de nuevo el caos oscurecía su mente.

La marcha de Natalia y Liza a Montreux desvaneció las últimas esperanzas de Herzen en una vida familiar unida en el Château de la Boissière. Malwida y Olga habían vuelto a Italia. Tan sólo quedaban Tata y Ogarev, y el estado de éste iba de mal en peor. Tuvo serios ataques cuando no había nadie junto a él para atenderle y un par de veces se cayó con una vela encendida en la mano. En cierta ocasión, al parecer en ruta para visitar a Natalia y Liza en Montreux, se desplomó al borde del camino, y fue llevado, semiinconsciente, al puesto de Policía de Vevey. La Policía atribuyó su estado, quizá correctamente, no a la epilepsia, sino al alcohol; sus amigos pudieron rescatarlo tras algunas dificultades. Obviamente, requería una constante vigilancia y no se le podía dejar por mucho tiempo solo, pero en este punto su tercera obstinación opuso una barrera insuperable. No quería oír hablar de una enfermera o un cuidador. De necesitar alguien hubiese querido que lo cuidara Mary y no otra persona, y no era cuestión de traerse a Mary a vivir en el Château. Sobre esto, en consideración al bienestar de la familia, Herzen impuso un veto absoluto. Pero, a pesar de todo, Ogarev debía estar con Mary; se *encontró un chalet en el amable suburbio de Lancy, donde el antiguo* propietario de cuatro mil siervos se instaló en la primavera de 1866 con Mary y Enrique Sutherland, y con Carlota Hudson y Toots.

Cuando Ogarev se hubo marchado, el Château resultó más desmesurado que nunca y se reveló como un costoso capricho, por lo que Herzen y Tata se mudaron a una pequeña casa de planta baja en el Quai Montblanc, el nuevo barrio residencial en la orilla opuesta del lago. Un año más tarde se mudaron de nuevo al Boulevard Plainpalais, en el centro de la ciudad. Herzen, en constante movimiento, había perdido la necesidad y también el gusto de poseer un hogar estable. Desde los gloriosos días de Orsett House no había vivido nunca bajo el mismo techo por más de unos pocos meses. Se convirtió, de hecho, en lo que en espíritu había sido ya desde su partida de Moscú en 1847: un vagabundo sobre la faz de la tierra.

Tampoco en el traslado de la imprenta Suiza acompañó a Herzen la buena fortuna política. En Inglaterra, *La Campana* se había granjeado la irreductible oposición de los tímidos liberales, que preferían el patriotismo a la libertad, y había perdido la circulación en Rusia, pero todavía retenía su prestigio, cualquiera que fuera su valor, entre la pequeña colonia de los refugiados políticos de Londres. En Ginebra hasta esto se había perdido. Había numerosos emigrados rusos residentes en Suiza, pero eran hombres de una generación nueva y de otra escuela ideológica. Ya al alquilar el Château de la Boissière, Herzen había albergado sus temores:

> En los últimos días [escribió a Ogarev el 2 de enero de 1865] me he dado cuenta de que a pesar del *palazzo* que Kasatkin encontró para mí, Ginebra es imposible o, cuando menos, casi imposible, debido a tanto entrometido y tanto intrigante. Quizá sea gente bienintencionada, pero la importancia que se dan oscurece el panorama.

No obstante, aunque estaban más que justificadas por los hechos, ahogó sus aprensiones, pero desde el primer momento se estableció una abierta enemistad, amarga y mutua, entre Herzen y los rusos de Ginebra.

Sus causas eran profundas, aunque no, excepto para el propio Herzen, oscuras. Herzen pertenecía a la generación rusa de los años cuarenta; debido a la educación recibida conservó en gran medida las tradiciones y las costumbres del aristócrata ruso. El romanticismo era su religión, el liberalismo su fe política y la democracia constitucional su ideal para Rusia. La generación de los años sesenta había crecido en una Rusia que Herzen nunca conoció. En Londres había tenido su primer roce con Chernyshevsky y, más tarde, con los campeones de *Tierra y Libertad*. Pero los nihilistas *en masse* eran un nuevo y extraño fenómeno para él a su llegada a Ginebra. Estos jóvenes eran materialistas en religión y revolucionarios en teoría y práctica. Sus opiniones eran tajantes y decisivas. El primer paso para llevar adelante la reforma era demoler estrepitosamente la totalidad del sistema en existencia; el segundo paso era prematuro discutirlo. Eran agresivos en todo. Los años cuarenta les parecían una época casi antediluviana, y los escritos políticos de Herzen les inspiraban el sano menosprecio que sienten los alumnos de

las escuelas superiores por los cuentos de hadas de su infancia. El primer número de *La Campana* aparecido en Ginebra contenía una carta abierta de Herzen al zar a raíz de la muerte de su hijo primogénito, en la que exhortaba a Alejandro a enmendar su camino, y era, en substancia, una acusación débilmente velada. Puso en ella su mejor trabajo y es considerada como una buena pieza de periodismo combativo. Cuando los jóvenes radicales clamaron contra esta carta, simplemente sirvió para convencerle cuán capciosos y cuán deshonestos eran. No pudo comprender que cada una de sus palabras constituía una grave ofensa para aquellos hombres que estaban absolutamente convencidos de que el único instrumento que legítimamente debía usarse en relación con los autócratas no era la pluma, sino el revólver o la bomba.

Las diferencias políticas pueden ser amargas, pero carecen del peculiar grado de exasperación personal que alcanzan cuando están en juego cuestiones de dinero. En Londres, Herzen siempre se hallaba dispuesto a meter mano en el bolsillo para atender a los refugiados necesitados, y su generosidad no se había agotado cuando cruzó el canal. Pero en Ginebra las apelaciones a su caridad fueron mucho más numerosas que en Londres y últimamente sus recursos se habían visto severamente mermados. Sus tres hijos mayores continuaban todos dependientes de su apoyo y en la actualidad no se hallaban reunidos bajo el techo familiar, con lo que los esperados subsidios experimentaron un considerable aumento. Natalia y Liza vivían ahora aparte y había que mantenerlas. La imprenta, que no hacía mucho cubría sus propios gastos, se había convertido en una pesada carga financiera. Además, sus rentas ya no estaban intactas: entre sus inversiones había bonos de algunos Estados del sur de la Unión Americana. Las peticiones de los rusos de Ginebra, siempre en aumento, acabaron por descomponerle los nervios. «Doy y doy, y acabaré cansándome de dar», dijo a un visitante durante su primer año en Ginebra. «Yo no soy Creso.»

A los rusos de Ginebra, impreparados como estaban para aceptar a Herzen como su oráculo político, no les desagradaba utilizarlo como su banquero, pero en cuanto descubrieron que no era una fuente inagotable le pagaron con toda la esperanza de una humillada independencia. Empezaron a circular rumores acerca de los extraños principios de este millonario revolucionario. ¿No había vendido sus tierras y sus siervos a buen precio cuando abandonó Rusia? ¿No era amigo de Rothschild? ¿No poseía una casa de su propiedad en el barrio elegante de París y bonos en la mayoría de los Gobiernos capitalistas de Europa y América? ¿No había recibido abundantes fondos de parte de ricos simpatizantes para dedicarlos a la causa revolucionaria. Y, sin embargo, estaba en Ginebra viviendo como un real personaje en una lujosa mansión, publicando un periódico que nunca había sido revolucionario y que desde hacía mucho tiempo nadie leía, y negando toda ayuda a sus pobres y humildes hermanos que trabajan activamente por la revolución. Tales rumores eran la comidilla de la colonia rusa de Ginebra, yendo en aumento

cuanto más circulaban. Los sentimientos se fueron excitando, y burlas y denuestos lanzados por excitados compatriotas cayeron sobre Herzen hasta en las calles.

El más hábil y enérgico de los radicales oponentes de Herzen era un joven llamado Alejandro Serno-Solovievich, hermano menor del Nicolás Serno-Solovievich, cuyo artículo en apoyo de *La Gran Rusia* fue tan temerariamente publicado por Ogarev en *La Campana*. Nicolás regresó a Rusia, fue detenido por la Policía y murió mientras cumplía condena en Siberia. La detención de su hermano actuó sobre los nervios del impresionable Alejandro. Por aquel tiempo también había abandonado Rusia y visitó Londres, donde fue amablemente recibido por Herzen, y, por último, se estableció en Ginebra. Aquí encontró un hogar en una pensión regentada por una dama rusa, una tal madame Shelgunov.

Madame Shelgunov fue una figura notable. Su marido era un joven publicista radical que propugnaba los avanzados puntos de vista a la moda acerca de las relaciones de los sexos y de las obligaciones resultantes del matrimonio; y su esposa, con su consentimiento y aprobación, tomó por amante a un amigo y colega del esposo, un tal Mikhailov. Desgraciadamente, las atenciones de la Policía rusa le robaron, de un solo golpe, marido y amante, los cuales pasaron unos meses en la cárcel y luego fueron deportados a Siberia. La doblemente despojada esposa y amante los siguió hasta allá, donde estuvieron en breve y extática unión. Pronto, sin embargo, madame Shelgunov descubrió que su salud requería una prolongada estancia en alguna zona de clima más hospitalario, y emigró a Ginebra, donde, con su habitual espíritu de empresa, estableció una modesta pensión para emigrados rusos. Aproximadamente por la época en que llegó Alejandro Serno-Solovievich, ella estaba dispuesta para cualquier nuevo adorador, y Alejandro asumió el papel con distinción. Era un ardoroso y excitable amante. Sus nervios no se habían recobrado todavía de la condena y muerte de su hermano, y a madame Shelgunov le producía, secretamente, un cierto temor, si bien al temor pronto se añadió la pasión, ya que era tan excitable como excitante. Además, sus principios radicales eran intachables, y la dama, aunque veleidosa en cuanto a las individualidades, fue siempre fiel a sus convicciones.

Al cabo de un tiempo madame Shelgunov empezó a cansarse de su inquieto amante. Entonces se hallaba encinta de él, y cuando nació el niño lo mandó tranquilamente a Siberia junto a su marido, para que lo criara junto con el chico que le había presentado (en el más ortodoxo sentido de la palabara) unos años antes. Algunos amantes se hubieran sentido muy aliviados con este práctico y expeditivo método de desembarazarse de un estorbo, pero Alejandro estaba hecho de una materia más apasionada, y al descubrir lo que había ocurrido se sumió en un tempestuoso delirio acerca de los sagrados derechos de la paternidad y trató de matar a su amante. Pero había ya perdido todo poder sobre ella. Madame Shelgunov estaba tan hastiada como asustada. Tan

habilidosa como siempre, persuadió a las autoridades locales de que Alejandro se encontraba en tal estado mental que era imprudente dejarlo suelto. Y se acordó recluirlo en un asilo. Así, habiendo resuelto satisfactoriamente el asunto del hijo y del amante, se hallaba de nuevo dispuesta a encararse con la sociedad radical de Ginebra.

Todo esto ocurría mucho antes de la llegada de Herzen al Château de la Boissière. Natalia relata cómo una tarde, estando todos sentados en el Château, irrumpió Alejandro Serno-Solovievich, desgreñado y con ojos extraviados, en el círculo familiar. Acababa de escapar del asilo de alienados, y tras caer de rodillas y pedir perdón a Herzen por los vituperios que contra él había amontonado, pormenorizó extensamente la historia de sus quejas contra su última amante. Este relato, como otros que adornan las *Memorias* de Natalia, no es estrictamente veraz. Alejandro, al estar salvadoramente encerrado en el asilo de alienados de Ginebra, no había tenido todavía oportunidad de insultar a Herzen ni lo hizo hasta algún tiempo después de que este último hubiera dejado el Château de la Boissière. Es probable que esta salida del asilo fuese menos teatral de lo que pretende Natalia, pero, sea como fuese, las autoridades locales no lo requirieron para ingresar de nuevo, y pasó los cuatro años siguientes en Ginebra dedicado a actividades políticas, que sólo cesaron con su fallecimiento, a los treinta y un años, en 1869.

Fue en el verano de 1866 cuando la guerra entre Herzen y los radicales entró en su fase decisiva. En abril, aproximadamente cuando Herzen se mudó del Château al Quai Montblanc, un joven estudiante llamado Karakozov disparó contra Alejandro II en Petersburgo. Fue el primer intento de usar el asesinato como arma política y dividió de nuevo profundamente la opinión a favor y en contra del nihilismo. *La Campana*, consecuente con sus principios, rehusó aprobar el atentado y se refirió a su autor con la despreciativa y anónima denominación de «algún fanático». Los radicales, que hicieron de Karakozov su héroe, arremetieron furiosamente contra Herzen. Herzen agravó aún más la ofensa publicando otra «carta abierta» al zar. Y se produjo la ruptura. Luego, en diciembre, escribió un largo artículo que se publicó en diversos números de *La Campana* con el irónico título de *Triunfa el orden*. En sus primeros párrafos era sencillamente una repetición más de la ya tan repetida exposición de sus puntos de vista acerca de la política europea y rusa, y no despertó especial revuelo. Pero la bomba estaba al final, donde Herzen definía sus relaciones con los radicales. Tras pagar tan bello tributo al caudillo radical Chernyshevsky, que había sido deportado a Siberia en 1864, declara abiertamente que nunca había habido antagonismo alguno con el movimiento acaudillado por Chernyshevsky en Rusia y el movimiento existente en el extranjero representado por Ogarev y él mismo. «Constituíamos un complemento uno del otro.» De esta forma Herzen ofrecía la rama de olivo a los radicales y ello implicaba que aquellos que ahora le atacaban no eran auténticos discípulos de Chernyshevsky.

Este pasaje desencadenó en los radicales de Ginebra, especialmente en Serno-Solovievich, una indignación frenética. No disponían de periódico alguno, pero hallaron la forma de hacer pública una réplica colectiva que tomó la forma de una «carta abierta» a Herzen, firmada por Serno-Solovievich e impresa privadamente en Vevey en la primavera de 1887, bajo el título *Nuestros asuntos domésticos*. Serno-Solovievich no había tenido a menudo el lujo de usar la imprenta y descargó toda la elocuencia acumulada que hasta el momento sólo había hallado salida en pensiones y cafés sobrecalentados.

Desde hace mucho tiempo [escribió] he dejado de leer vuestro periódico y de interesarme por él. Vulgares y muy conocidos sones, frases retóricas y llamamientos, viejas variaciones sobre un viejo tema, ocurrencias alguna vez inteligentes pero más a menudo sosas, lugares comunes acerca de *Tierra y Libertad*... Todo esto se ha convertido en algo demasiado tedioso, demasiado aburrido, demasiado repulsivo... Sí, la generación joven os ha comprendido. Y *porque os ha comprendido* se ha alejado de vosotros, asqueada. ¡Y soñáis aún en ser su guía, en que «tenéis un poder y una fuerza en Rusia», en que podéis ejercer todavía el caudillaje y representar a la juventud! ¿Vos, nuestro caudillo? Ja, ja, ja... La generación joven os ha sobrepasado en mucho en el conocimiento completo de hechos y aconteceres. Sin daros cuenta de que habéis sido dejado atrás, agitáis las debilitadas alas con toda vuestra fuerza, y luego, al ver que el pueblo sólo se ríe de vos, acusáis rabiosamente a la generación joven de ingratitud para con su maestro, el fundador de la escuela, ¡el primer gran sacerdote del socialismo ruso! Vos sois un poeta, un pintor, un artista, un narrador de historias, un novelista..., lo que queráis, pero *no* un jefe político, y menos aún, un pensador político, el fundador de una escuela y una doctrina...

¡Que vos erais el complemento de Chernyshevsky! ¡Que marchabais codo con codo con Chernyshevsky! No esperaba de vos tal idea, y eso que os he estudiado muy a fondo... ¡Vos el complemento de Chernyshevsky! No, señor Herzen. Es ya demasiado tarde para buscar refugio tras Chernyshevsky. *Troppo tarde*, pasó la oportunidad. Entre vos y Chernyshevsky no hubo, no pudo haber, nada en común. Sois dos elementos opuestos que no pueden existir uno al lado del otro, ni siquiera uno cerca del otro. Representáis dos naturalezas hostiles que no se complementan, sino que se destruyen. Os diferenciáis completamente en todo, no sólo en vuestra filosofía de la vida, sino en vuestra actitud para con vosotros mismos y para con los demás; no sólo en las cuestiones generales, sino en los más nimios detalles de la vida privada...

El engreimiento es vuestra gran desgracia y os ciega totalmente... Descended a la tierra, olvidad que sois un gran hombre, recordad que las medallas con vuestra efigie fueron acuñadas no por una posteridad agradecida, sino por vos mismo, por vuestra riqueza manchada de sangre. Observad más de cerca lo que os rodea y quizás entonces os deis cuenta de que vuestras resecas hojas y vuestras culebras de papel no interesan a nadie, de que vos, señor Herzen, sois un hombre muerto.

Herzen leyó esta cruda diatriba en un estado de ánimo cercano a la desesperación. La sutileza de sus argumentos podía triunfar ante cualquier Serno-Solovievich, e incluso podía ganarle puntos en una mera competición de lenguaje vulgar y bajo: el año anterior se había referido a

sus enemigos radicales como a «esta sífilis de nuestros anhelos revolucionarios». Pero ni invectivas ni sutilezas podían refutar —al contrario, más bien lo reforzarían— el hecho de que el planfeto hubiese sido tan certeramente lanzado. Herzen había perdido la confianza de la generación ascendente. Podía aún tener razón a sus propios ojos, pero ya no estaba a la vanguardia de un gran movimiento. Su estrategia podía ser perfecta, pero el ejército ya no lucharía bajo su mando. Era un general sin ejército. Y agachó la cabeza ante el vendaval. Era un hombre viejo y muy fatigado. «El folleto de S-S.», escribió a Natalia, «es tan repugnante que no me atrevo a mandártelo».

Durante varios meses suspiró por hallarse libre de los agobios de *La Campana*. Ogarev aún escribía, pero no se podía confiar en él —si es que alguna vez se pudo— para llevar a cabo su parte de trabajo diario editorial. La producción mecánica estaba todavía, naturalmente, en las capaces manos de Ciernecki. Pero la responsabilidad era únicamente para Herzen, y con su constante viajar actual y la declinación de su salud no podía soportar la carga. Y se le ocurrió una brillante idea. El 1 de julio *La Campana* cumpliría su décimo aniversario; la celebración podía tomar la forma de unas vacaciones de seis meses. Si Herzen hubiera sido un hombre joven habría encontrado alguna resonante contestación al descaro de Serno-Solovievich, pero ahora la réplica digna era el silencio. *La Campana* había funcionado invariablemente toda una década entera, sin vacilaciones ni cambios. Era merecedora de un respiro.

Herzen se dio cuenta, en su corazón, de que esto era el fin. Sólo tenía cincuenta y seis años, pero las decepciones de su público y, aún más, las de su vida personal lo habían hundido antes de tiempo. Hicieron aparición los primeros síntomas de una diabetes y era un mártir del eczema. Visitó a varios médicos y en su correspondencia empezaron a reflejarse largamente las curas ensayadas. *La Campana* reanudó su publicación el 1 de enero de 1868, pero ahora en francés, a fin de obtener un público internacional en vez de uno puramente ruso. Ocasionalmente publicó un suplemento en lengua rusa para recordar a la gente lo que había sido. Pero la empresa estaba condenada al fracaso. «¿Les interesa a los franceses saber la verdad de algo y aún mucho menos acerca de Rusia?», escribió Turguenev. La leña estaba húmeda y el fuego no se prendió.

> Nos hemos equivocado [escribió tristemente Herzen a Ogarev al aparecer el primer número]. Está claro que a nadie le interesa una *Campana*, sea francesa o sea rusa. En tales condiciones no puedo trabajar.

Añade que los radicales los miran como «unos viejos bullangueros que han perdido el sentido», y su tono sugiere que está inclinado a aceptar esta definición. *La Campana* luchó en francés durante el año 1868 y murió de inanición.

En el verano de 1868, Herzen, presintiendo quizá que lo hacía por

última vez, reunió a su alrededor a todos los miembros dispersos de su familia. Alquiló por un mes el magnífico Château de Prangins, que se levanta en medio de un jardín bien poblado de árboles, sobre el lago de Ginebra, no lejos de Nyon. Aquí empezó a reunirse toda la partida a mediados de agosto. Llegó el primero Herzen con Natalia, Liza y Tata; luego hubo que ir a buscar a Ogarev, estático como siempre y remiso en escapar, aunque fuese por unas pocas semanas, del celoso cuidado de Mary; más tarde llegaron Olga y Malwida, que estaban en Alemania, y finalmente Alejandro con su joven esposa Teresina, con quien se había casado quince días antes en Florencia. La reunión se prolongó hasta mediados de septiembre. En paz con el mundo y consigo mismo, el viejo Herzen presidió su tribu con la dignidad de un patriota y la munificencia de un *grand seigneur*. De nuevo tuvo, por unas breves semanas, la sensación de aquella amplia y desahogada vida que no conoce las vulgares preocupaciones políticas o económicas, la vida del caballero ruso que instintivamente persistía en él, aun en sus más revolucionarios momentos, como el ideal del bienestar personal.

Pero al mirar alrededor de la mesa, muchas nubes oscurecieron sus ojos y le asaltaron tenebrosos pensamientos. Acerca de la tragedia de Natalia nada se podía decir que no se hubiera dicho mil veces en los últimos diez años; mejor era no pensar más en ello (dado que seguía el camino de la locura) y rogar secretamente que nada viniera a perturbar la paz del corto verano de Prangins. Más preocupación sentía Herzen al fijarse en su más viejo amigo —su único amigo, en realidad—, el camarada de las aspiraciones de juventud y de los triunfos de la madurez. Ambos, Herzen y Ogarev, habían sido duramente golpeados en la lucha por la vida, pero mientras el primero buscó un pasajero refugio en una confortable villa a la orilla de un lago suizo, Ogarev se había retirado para siempre a vivir en el rococó «castillo en el aire» de su propia fantasía, poblado en parte por graciosas formas de un pasado romántico y en parte por la gente iletrada de los barrios bajos ingleses. Ogarev se había convertido en un enigma. No le afectaba la diferencia entre el pasado y el presente, vivía igual e indiferentemente en ambos. Ya no pertenecía a este mundo, y cuando, silencioso y abstraído, se sentaba entre sus compañeros nadie podía estar seguro de si su cerebro se hallaba embebido en fragancias poéticas o en vapores de alcohol. Herzen era un hombre de carne y de sangre que se hallaba en condiciones materiales, utilizando ampliamente el término, para vivir noventa años. No podía vivir, como Ogarev, inmaculado en medio de la suciedad, en un mundo de espectros incorpóreos.

De entre sus hijos, a los que tanto amó, podía mirar con gratitud y confianza despejada de nubes a Tata y Liza. Tata, que había alcanzado los veinticuatro años, se había convertido en la compañera y confidente de sus años declinantes. No poseía una notable capacidad, y en esto su cariñosa ambición paternal quizá se había frustrado, pero sentía que incluso en el caso de que él hubiera muerto ahora podía confiar en las

genuinas cualidades de su cabeza y su corazón. Era una rusa y era su hija: no podía hacerle mejor cumplido. Tampoco sentía miedo alguno por Liza. A los diez años ya era la más precozmente inteligente de sus hijos, y quizá la mas parecida a él. Su educación irregular parecía haberle acelerado, más que impedido, el desarrollo del buen sentido; poseía, de modo natural, cierta suficiencia, un carácter un tanto intrnsigente y autoafirmativo, pero todo esto pasaría. Herzen tenía para Lisa la indulgencia del hombre viejo para con su hijo más pequeño y estaba contento de ella. Podría ser una figura en el mundo y aunque no tenía derecho legal a su nombre, le haría honor.

Pasó luego a su único hijo. Habían transcurrido más de doce años desde aquella víspera de Año Nuevo en Richmond, cuando él había consagrado solemnemente al joven Alejandro a la causa de Rusia y la revolución. La promesa no fue cumplida. Alejandro no pudo ser inclinado a nada más que a un amable interés para con la patria que había visto por última vez cuando contaba ocho años de edad y con la reacción común de la juventud contra su medio ambiente. No quería saber nada de política ni de revolución. Herzen, dolido por la defección, consideró a su hijo débil e irresoluto. Era sensible a los encantos femeninos, como lo había sido su padre antes que él, pero no había tratado bien estos asuntos. Empezó con unas relaciones, luego rotas, con una muchacha suiza; luego tuvo el escándalo de Carlota Hudson y Toots, y ahora, súbita e irreflexivamente, se había ligado, en un precipitado matrimonio, con una chica italiana de humilde origen.

Fue un extraño romance. Tata, durante su estancia en Florencia, prosiguió celosamente sus estudios de dibujo y pintura. Un día, ella y su hermano observaban una bandada de muchachas que salían de una fábrica vecina. Una de ellas, una llamativa morenita de dieciséis años, atrajo su atención, y Alejandro, descuidadamente, manifestó que aquella que tenían ante los ojos era una belleza más digna de ser pintada que la vieja criada que Tata usaba como modelo. Tal sugestión dio su fruto. Se acercaron a la muchacha y tras largas negociaciones (sus padres eran unos honrados trabajadores y veían la invitación como cosa sospechosa) se acordó que, mediante una conveniente gratificación, la chica posaría para que Tata la retratara[1]. La nueva modelo, cuyo nombre era Teresina Felici, demostró ser no sólo bella, sino también inteligente. Una vez terminadas las sesiones de pose, hermano y hermana siguieron interesándose por ella. Alejandro era impresionable y Tata bondadosa de por sí, y entre los dos arreglaron las cosas para que Teresina pudiera tener ciertos vestigios de educación. Fue una disculpa brillante. Su belleza maduró y el interés de Alejandro maduró también con ella. Dos años después del primero encuentro, él habló de matrimonio, y a pesar de la áspera oposición de Herzen la boda se efectuó. Ante las súplicas de su

---

[1] El retrato de de Teresina pintado en esta ocasión se halla todavía en poder de Mlle. Herzen.

padre. Alejandro prometió aguardar un año, pero fue más fuerte la naturaleza y el matrimonio se llevó apresuradamente a cabo, sin el consentimiento del padre, a primeros de agosto de 1868.

La muchacha era, indudablemente, una belleza, pero era también, *como se lamentaba Herzen, «una plebeya cien por cien, fría y* calculadora...», y la deslumbraba el dinero en contraste con su anterior pobreza». No tenía «ni nacimiento, ni casta, ni educación», y no hablaba otro idioma que el suyo. Pero lo peor era que Alejandro estaba contento con ella y pasaría el resto de sus días enseñando a estudiantes italianos o suizos, viviendo en un limitado confort con su *bourgeoise* esposa italiana y engendrando un montón de hijos. Herzen, a la edad de Alejandro, ya había efectuado un matrimonio romántico, había cumplido una sentencia de destierro por sus opiniones y sobresalía de entre los demás. Y era una figura en el mundo. El joven Alejandro —reflexionaba, con más que una sombra de menosprecio— no era el hombre que su padre había sido.

Pero los nubarrones más oscuros cruzaron ante la cara de Herzen cuando sus ojos se posaron en las delicadas facciones y la grácil figura de Olga, que se acercaba ya a los dieciocho años. Cuando diez años atrás el carácter de Natalia había conducido a Olga fuera del hogar y él dejó que Malwida se la llevara a París y luego a Italia, ¿se paró a pensar que estaba perdiendo a su segunda hija para siempre? ¿Se le ocurrió que ésta, en un país extraño y entre gente extraña, se formaría un nuevo círculo de intereses y relaciones, y que ahora, cuando ya se hallaba al borde de su condición de mujer, las palabras y las ideas de su padre serían totalmente extrañas para ella? Pues esto es lo que había sucedido. Había ya rumores de un pretendiente *en forma de savant francés llamado Monod. Herzen,* que estuvo con él, lo calificó de «un capaz y honesto conservador» ¡Qué bajón, para una hija de Herzen, pensar en casarse con un típico miembro de la mojigata *bourgeoisie* francesa! Pero en todo caso, llegara o no la cosa a buen fin, había perdido a Olga. Durante todos esos años había agradecido a Malwida sinceramente el haber salvado a su hija del ingobernable carácter de Natalia, y ello la había separado irrevocablemente de él.

Miró a Malwida, sentada entre ellos, con una mezcla de respeto, que no le podía negar, y de disgusto que apenas podía ocultar. Estaba tan segura de sí misma como siempre, como una obsesa, como una *desaprensiva* en la persecución de un fin que cree que es bueno. Se había transformado (no se requería mucha transformación) en una acicalada y engreída solterona que hablaba mucho de sus dolencias y de los climas en que podía o no podía vivir. La franela era su religión y predicaba la franela para la cura de todas las enfermedades de la carne. Si un hombre se hubiera tragado arsénico —se chanceaba Herzen— le hubiera dicho que podría salvarse vistiéndose de franela. En su devoción por Olga, los años le habían hecho todavía más concentrada, más dominante, más recelosa. Vigilaba con ojos de lince todo intento de *rapprochement* entre

Olga y los demás miembros de su familia como a una amenaza para su propia paz espiritual. No fueron mal las cosas en Prangins, pero cuando seis meses más tarde, en un esfuerzo para recobrar o, en cierto modo, conocer a sus hijos, Herzen invitó a Olga a visitarlo sola por un mes, la respuesta fue una firme negativa. «No estaría bien para Malwida.» El rechazo alcanzó al padre en el corazón. Olga había caído totalmente bajo el dominio de la voluntad de hierro de Malwida, y Herzen escribió a su hijo que «el criminal egoísmo de Malwida se ocultaba bajo una capa de idealismo». Al final dijo, incluso, palabras amargas para su hija.

En realidad, Olga no quiere a nadie y es una devota de la Meysenbug, como un chiquillo lo es del aya que lo mima, lo defiende y oculta sus faltas.

Todos habían conspirado por respeto y afecto hacia Herzen, para lograr que la reunión de Prangins fuera un éxito, pero todos se sintieron aliviados cuando, a mediados de septiembre, tocó a su fin. Malwida había contado los días hasta que pudo sacar a su pupila de la peligrosa e inconveniente atmósfera del desorden ruso. Alejandro, consciente de la desaprobación del duro corazón de su padre bajo la cortés acogida dispensada a él y a su esposa, no quiso prolongar la prueba. Ogarev dormía mal en Prangins y a menudo recibía cariñosas e impacientes epístolas de Mary Sutherland tendiéndole la mano. Entre Herzen y Natalia amenazaba una recrudescencia de la eterna discusión sobre la educación de Liza. Se intercambiaron las despedidas apropiadas y, recogiendo cada uno su equipaje, se dispersaron todos... por última vez. Herzen, advertido por los médicos de su enfermedad, se fue a practicar una cura de seis semanas a Vichy. Antes de Navidad, Natalia y Tata cayeron enfermas de viruela, una calamidad que alivió la tensión moral habitual por unas semanas. Herzen tenía entonces ante sí solamente un año de fatigado vagabundeo.

Los últimos meses de su vida empezaron aproximando tal vez el fin con una tragedia estrictamente previsible. En otoño de 1869, Herzen estaba en París con Natalia y Liza. Tata se hallaba en Florencia con Alejandro y su esposa y Olga con Malwida. Tata estaba recibiendo, desde hacía pocos meses, las atenciones de un italiano llamado Penizi, cuyo galanteo le gustaba pero cuyo carácter inspiraba desconfianza. Tata dudaba. Herzen estaba, sin embargo, preocupado de que su hija favorita se casara con un italiano, y desde París le escribió cautelosas cartas, rogándole aplazara toda decisión hasta estar más segura del estado de su corazón. Sospechando la oposición, el ardoroso Penizi arreció en el ataque y pidió una respuesta inmediata. Tata lo despidió. Luego, un día, apareció mostrando una pistola y poniéndose melodramático anunció valientemente su intención de saltarse la tapa de los sesos. Ella permaneció irresoluta. Y entonces, en vez de llevar a cabo su amenaza, Penizi optó por la menos drástica alternativa de recorrer la ciudad difundiendo calumnias acerca de Tata. Ciertamente, esta conducta se

asemeja de modo superficial a la de Herwegh con la *primera* Natalia, y la historia las une alrededor de una frase, indistintamente atribuida a Herzen y a la misma Tata, según la cual «ella había también hallado su Herwegh».

Puede que el lector se sienta inclinado a estar de acuerdo con el comentario de Herzen de que nada hubiese pasado de haber habido en aquel lugar una mujer sensata. Pero Tata no consultó a nadie, excepto al débil y condescendiente Alejandro, a la joven e irresponsable Teresina y a la acicalada y antipática Malwida. Tenía un temperamento impresionable. No estaba acostumbrada a tratar con hombres jóvenes que se amenazan a sí mismos con pistolas y tuvo un serio trastorno nervioso en el que imaginaba hombres en acecho en la oscuridad de las habitaciones para suicidarse ante ella o bien matarla. Se remitió un telegrama a Herzen, refiriéndose a «un trastorno mental», que lo aterrorizó, y en pocas horas recogió el equipaje y salió hacia el Sur con Natalia y Liza. Dejó a éstas en Génova y siguió, por postas, hasta Florencia. Allí las cosas no estaban tan mal como había temido. Las imágenes desencadenadas por el choque estaban ya desapareciendo y los principales síntomas eran un agotamiento físico y un extremado nerviosismo. Cuidó a su hija con la ternura y la ansiedad de una madre y en una quincena pudo llevársela, a salvo con él, de nuevo a París, lejos de la gente de Florencia, tras un viaje en cómodas etapas. Natalia y Liza regresaron también con ellos. Olga y Malwida siguieron unos días más tarde. Estas, en París, tenían sus propios quehaceres no desconectados con Monod, el joven *savant*.

Y así, ocurrió que cuando Herzen, pocas semanas después, fue sorprendido en París por su enfermedad fatal, se halló rodeado por tres de los cuatro hijos supervivientes. El 14 de enero de 1870 se quejó de un dolor en pecho y costado y al día siguiente el médico diagnosticó una inflamación de los pulmones. Durante varios días su estado fue serio, pero no desesperado. El 19 de enero pareció reanimarse y dictó un característico telegrama a Tchorzewski, en Ginebra:

> Pasado gran peligro. Disgustado con los médicos, aquí como en todas partes. Mañana trataré de escribirte.

Aquella misma tarde tuvo accesos de delirio y a primeras horas de la mañana del 21 de enero falleció. Tata, Natalia y Liza, Olga, Malwida y Monod estuvieron presentes en sus últimos momentos.

Herzen había perdido su importancia política. Poca gente lo conocía en París, y su muerte no causó sensación. Sólo la Policía, irascible y nerviosa (Pierre Bonaparte, el reprensible primo del emperador, acababa de matar a un periodista radical y el entierro casi había constituido un motín), sospechó la posibilidad de una manifestación e insistió en que el *cortège* debería partir para el Père-Lachaise una hora antes del momento previsto. Tan sólo un puñado de amigos siguió al féretro. En febrero el

cuerpo fue trasladado al panteón familiar de Niza. Dos años más tarde le fue erigida en éste una desafortunada estatua de tamaño natural en bronce. En ella, Herzen, severo y con levita, mira todavía, desde lo alto de su pedestal, hacia el azul Mediterráneo.

Capítulo XIII

UN VOLTERIANO ENTRE LOS ROMANTICOS

Entre las páginas de la vida de Herzen revolotea, por los años sesenta, la figura de otro exilado político ruso: el príncipe Pedro Dolgorukov. Entre los destinos de ambos existe, a primera vista, la más estrecha analogía. Ambos eran miembros de la casta aristocrática de terratenientes; ambos habían abandonado por voluntad propia su país natal en busca de una libertad de pensamiento y de palabra que les era negada en suelo ruso; ambos fueron proscritos por el Gobierno de Rusia, y ambos dedicaron su vida a atacar al Gobierno ruso públicamente por medio de la prensa. Sin embargo, aquí termina su parecido. Los dos hombres ofrecen un contraste fundamental en cuanto a carácter y tradición. Por edad, Dolgorukov era más joven que Herzen, pero en espíritu pertenecía a una generación anterior. Dolgorukov era el auténtico retoño de una de las grandes familias que habían regido Rusia bajo los sucesores de Pedro el Grande. Fue por puro accidente de su idiosincrasia personal que se convirtió en rebelde en vez de ministro. Nunca se encontró totalmente cómodo entre los demás refugiados en el extranjero; generalmente, la incompatibilidad era mutua. Participaba de sus opiniones políticas, pero sus sentimientos íntimos le eran ajenos y antipáticos. Dolgorukov era un racionalista del siglo XVIII; Herzen y Ogarev eran idealistas del XIX. Si Herzen fue escéptico, lo fue como reacción por sus fallidas esperanzas. Dolgorukov era escéptico por tradición y por convicción de toda su vida. Fue un volteriano entre románticos.

Pedro Dolgorukov nació a fines de 1816 y quedó huérfano en el primer año de su vida. Fue criado por su abuela, y a la edad conveniente entró, como su aristocrático linaje exigía, en el cuerpo de Pajes Imperiales. Al igual que su abuelo, su padre y sus tíos, parecía destinado

a una brillante carrera militar, pero a los quince años, una falta, cuya naturaleza no ha sido registrada, causó su degradación y posteriormente su despido del cuerpo. Este precoz infortunio amargó la totalidad de su carrera subsiguiente. Tal mancha en el escudo arruinó sus posibilidades de ser distinguido en cualquier rama del servicio imperial. Mediante influencias obtuvo un cargo menor en el Ministerio de Instrucción Pública, recientemente creado. Sin embargo, este humilde rango pareció a los ojos del ambicioso joven menos un favor que una desgracia. Tampoco fue bien recibido en la sociedad petersburguesa. Su presencia resultaba desagradable y cojeaba ligeramente. Intentó compensar estas desventajas con el diestro uso de una lengua cáustica, pero su maestría con esta arma mermó aún más su popularidad.

Contaba, a pesar de todo, con amigos entre los jóvenes elegantes de la ciudad, y fue protegido, entre otros, por el embajador de los Paises Bajos, barón Heeckeren, un viejo *roué* que halló compensación a sus decadentes fuerzas alentando intrigas y aventuras en la generación ascendente. Probablemente participó en muchas travesuras maliciosas, pero también en esto le persiguió la mala suerte y por una de estas aventuras su nombre se ha visto marcado para siempre en las páginas de la historia. El joven Dolgorukov conocía las maneras y costumbres de la sociedad en que se movía. Cuando, en otoño de 1836, sin haber cumplido aún los veinte años, escribió una hoja anónima satirizando a Alejandro Pushkin, debió de haber tenido en cuenta la posibilidad de un trágico *dénouement.* Los hombres de aquella época quitaban la vida a los demás y arriesgaban la propia por los menos biliosos insultos; pero él no podía prever, a pesar de toda su fantasía y su malicia, que su víctima sería celebrada por la posteridad como el más grande de los poetas rusos, y que, cerca de cien años más tarde, los biógrafos, los historiadores de la literatura y los peritos calígrafos trabajarían todavía para desembrollar los más nimios hilos de esta trágica madeja y establecer su culpabilidad.

El fatal documento que se hizo llegar simultáneamente a Pushkin y a varios de sus amigos, reza, en su texto original francés, como sigue:

Les Grand-Croix, Commandeurs et Chevaliers du Sérénissime Ordre des Cocus, réunis en Grand Chapitre sous la présidence du vénerable Grand Maitre, de l'Ordre, Son Excellence D. L. Narychkine, ont nommé à l'unanimité Mr. Alexandre Pouchkine coadjuteur du Grand Maitre de l'Ordre des Cocus et Historiographe de l'Ordre.

Le secrétaire perpétuel,

CONDE J. BORCH[1]

---

[1] Los Grandes Cruces, Comendadores y Caballeros de la Serenisima Orden de los Cornudos, reunidos en Gran Capítulo bajo la presidencia del venerable Gran Maestre de la Orden, Su Excelencia D.L. Narychkin, han nombrado por unanimidad al señor Alejandro Pushkin coadjutor del Gran Maestre de la Orden de los Cornudos e Historiógrafo de la Orden. — El secretario perpetuo, CONDE J. BORCH (N. *del T.*)

La alusión era brutalmente obvia. Dmitri Naryshkin había ocupado durante muchos años una sobresaliente posición en la corte de Alejandro I, donde su esposa reinaba como la amante favorita del zar, y el conde José Borch era otro noble cuya esposa había hecho carrera gracias a la distribución, generosa pero discriminada, de sus favores. Natalia Pushkin rivalizaba en encanto con estas notables bellezas y, al decir de algunos, en flaqueza, e incluso circulaban rumores de que había prendido en la sensibilidad amorosa del zar Nicolás I. Su marido podía muy bien ser promovido a un alto cargo en la Serenísima Orden de los Cornudos.

Nunca se han podido hallar pruebas concluyentes de la infidelidad de Natalia, y puede que Pushkin dijera la verdad cuando trató de amparar su reputación, pero lo cierto es que ella y su hermana sentían, en el otoño e invierno de 1836, amorosas inclinaciones hacia un bello francés llamado George Dantès. Este joven había sido adoptado como hijo por el barón Heeckeren, y añadiendo el apellido del barón al suyo propio se llamó a sí mismo Dantès-Heeckeren. Cuando Pushkin recibió el diploma de la Orden de los Cornudos sospechó inmediatamente que por allí andaba la mano del barón Heeckeren. Sabía que el nombre de su mujer había sonado como comprometido por la amistad, por otra parte inocente, con Dantès, y vio en todo el asunto un despreciable complot contra su honor urdido por el padre y el hijo adoptivo. Y retó al joven a duelo.

Tras diversos y vanos intentos de reconciliación el duelo se celebró en febrero de 1837 y Pushkin cayó mortalmente herido. Dantès huyó del país. El zar pidió la retirada del embajador de los Países Bajos y se negó a recibirlo antes de la partida. Luego, a pesar de las laboriosas investigaciones de la Policía, el asunto tocó a su fin. Aunque nadie dudaba de que la cosa había tenido origen en el círculo del barón Heeckeren, permanecía incierto el autor material. Las sospechas se dividieron entre el propio barón, un tal príncipe Gagarin y el príncipe Pedro Dolgorukov. Pronto, sin embargo, menguó el interés por el caso, y sólo veinticinco años más tarde un escritor llamado Ammosov, en un folleto titulado *Los últimos días de Pushkin*, citó por su nombre por primera vez a Dolgorukov como autor de la hoja. Dolgorukov, que en aquel momento se hallaba en Londres, respondió con una indignada negativa que se publicó en *La Campana* y en otros periódicos rusos. Una vez más el interés decayó por falta de prueba evidente. El asunto no tuvo solución hasta 1927, año en que dos ejemplares de la hoja fueron sometidos, junto con muestras de la escritura de Heeckeren, Gagarin y Dolgorukov, a un perito calígrafo del Departamento de Investigación Criminal de Leningrado, quien declaró, sin lugar a dudas, que la hoja había sido escrita, aunque con letra disimulada, por Dolgorukov.

Poco después del duelo y de la muerte de Pushkin, Dolgorukov abandonó toda pretensión de aspirar a una carrera oficial y se fue a París. El estudio de genealogías se había convertido en su afición

favorita, y halló en el pasado histórico de las grandes familias rusas ancho e interesante campo para su espíritu malicioso e investigador. En enero de 1843 publicó en París, bajo el seudónimo de «Conde Almagro», un folleto titulado *Notice sur les familles de la Russie*. Se trataba de un trabajo sobre el tema, más vivaz de lo que sugiere el título, en el que Dolgorukov pintó a los antecesores y las antecesoras de la mayoría de sus amigos como unos monstruos inhumanos y sanguinarios, cuyos pasatiempos más inocentes eran la traición y el regicidio. Las autoridades no tardaron en descubrir la identidad del «Conde Almagro» y Dolgorukov fue invitado por el embajador ruso en París a regresar a Rusia. Algo sorprendentemente, se halló dispuesto a obedecer la intimación «tan pronto como hubiese tenido tiempo de consultar con su médico y reparar su carruaje»; en el momento que puso los pies en suelo ruso fue detenido y, tras examen del caso, confinado por doce meses en Vyatka, donde Herzen había cumplido tan recientemente una larga sentencia de destierro por una indiscreción menos notoria.

Durante unos años Dolgorukov se mantuvo inactivo. Parecía haber aprendido la lección y se ocupaba en preparar una monumental *Colección de genealogías rusas*, exenta de toda la escandalosa materia del libelo de París. En 1848 tuvo lugar el interludio de un desafortunado matrimonio. Como la mayoría de los hombres que habían frecuentado al barón Heeckeren, Dolgorukov prefería los placeres homosexuales, y la única satisfacción que halló en la boda fue la de maltratar cínica y brutalmente a su esposa. Esta tuvo de él un niño y luego lo abandonó para siempre. La *Colección de genealogías rusas*, terminada y publicada en cuatro volúmenes entre 1855 y 1857, fue acogida con algún aplauso, pero este logro relativamente respetable no fue, ni con mucho, suficiente para satisfacer su orgullo de autor. Simplemente le avivó la apetencia para más resonantes éxitos. Recordó los alegres días del «Conde Almagro» y pensó que había sobrepasado ya los cuarenta años y su acuciante ambición de dejar su marca en el mundo todavía no había sido satisfecha. En 1859 abandonó Rusia por voluntad propia, y tras un breve intermedio en Italia, donde se entrevistó con Cavour en Turín y tuvo un duelo en Florencia, se estableció de nuevo en París. Vendió sus propiedades y consiguió transferir al extranjero un capital de cerca de un cuarto de millón de rublos.

Dolgorukov pasó los nueve años restantes de su vida en el exilio que él mismo se impuso. A estos años se debe el lugar que ocupa en esta galería de retratos. Puede ser que el éxito de Herzen y *La Campana* excitaran la celosa ambición de Dolgorukov antes de dejar Rusia; en cualquier caso, el ejemplo de Herzen fue, durante los pocos años siguientes, su principal fuente de inspiración. En abril sacó a la luz en París, esta vez con su verdadero nombre, un libro titulado *La vérité sur la Russie*. Abandonando la liviana chismografía personal del «Conde Almagro», se limitó a una implacable revista de la historia y las instituciones de su país, y expuso unos elaborados proyectos de reforma

para todas las ramas de la administración. Se refirió a Alejandro II en términos de una exagerada e hipócrita cortesía, pero los zares anteriores no salieron tan bien librados de sus manos. Citó, aprobándolo, lo dicho por Napoleón de que Alejandro I era «tan falso como un griego del imperio bizantino», y describió los treinta años de reinado de Nicolás I como «una guerra de treinta años contra la civilización y el buen sentido». No fue ahorrada ninguna de las instituciones existentes, excepto el zar.

El Gobierno de Rusia es en este momento [escribía como conclusión] exactamente como una nave que se balancea en el océano a merced de los elementos y sin dirección alguna. El capitán está animado de las mejores intenciones, pero los contramaestres y los pilotos son increíblemente estúpidos. Entre ellos y los pasajeros existe una indomable aversión mental y una incesante lucha. Pero el capitán no piensa en reemplazarlos por hombres capaces y prefiere esperar que contramaestres y pilotos mueran y que los hombres capaces alcancen una tranquila vejez antes de confiarles el mando del barco. Y, entretanto, la nave puede dirigirse hacia un arrecife...

En *La vérité sur la Russie*, Dolgorukov tiene mucho cuidado, mientras expresa su personal estima para Herzen, en apartarse de las opiniones de éste. Herzen es socialista, y él, Dolgorukov, es monárquico constitucional. Sin embargo, a pesar de esta diferencia de opinión, sus armas han sido claramente tomadas del arsenal de Herzen. Su proyecto de reforma contiene ideas tan caras a Herzen como la liberación de los siervos, la abolición del castigo corporal y la supresión de la censura. Mandó un ejemplar del libro a Herzen, y en el verano de 1880 fue a Londres para visitarle.

La cantidad de cartas que en éste y los siguientes años van encabezadas con la fórmula «Honorable Príncipe», dan testimonio a la satisfacción de Herzen respecto a este nuevo y distinguido recluta de la causa. «El libro de Dolgorukov», escribió a un amigo, «es muy bueno. Muchas anécdotas de los galeotes, a quienes en Rusia llamamos ministros». En público hablaba del libro aún con mayor calor, y en las páginas de *La Campana* le dio la bienvenida procurando allanar las aparentes diferencias en principio entre Dolgorukov y él, exponiendo que existen indudablemente circunstancias que hacen necesarias «formas transitorias» como la monarquía constitucional. Su única lamentación era que Dolgorukov había ocultado a medias la identidad de alguna de sus víctimas usando tan sólo sus iniciales en vez de los nombres completos.

En otoño del mismo año, Dolgorukov fundó un periódico ruso con el título de *El Futuro*, impreso en Leipzig y publicado en París. La imitación de *La Campana* era flagrante, pero halagadora. El mismo explicó a Herzen que él tocaba en *do menor* y Herzen en *do mayor*, «lo que me induce a concluir», escribe Herzen a Turguenev, recordándonos que vivía en la edad de oro de los juegos de palabras, «que *El Futuro* es el

frère uterin de *La Campana*». *El Futuro* murió prematuramente a los pocos meses: las autoridades rusas habían aplicado (si hemos de creer a Dolgorukov) «áureas medidas de persuasión» al impresor. Le sucedió *El Hombre Justo*, publicado en Bruselas, primero en ruso y luego en francés (bajo el título *Le Véridique*), y éste a su vez dejó paso a una *Hoja de Noticias* que continuó su precaria existencia hasta 1864. Ninguna de estas publicaciones, a pesar de haber adquirido una cierta notoriedad por sus revelaciones acerca de la vida privada de rusos prominentes, actuales y pasados, nunca gozó de la autoridad moral de *La Campana*. El príncipe Dolgorukov era hombre de recursos y poseía en abundancia aquella clase de talento que a menudo se confunde a sí mismo con un genio, pero no podía rivalizar con Herzen ni como pensador ni como estilista, ni, sobre todo, en la esencial cualidad de inspirar confianza en su sinceridad. No existe motivo válido para considerar sus opiniones como insinceras, pero cuando se analiza su conducta aparecen siempre a los ojos del observador el descontento y la ambición personal como los principales ingredientes de su carácter.

En el ínterin, la carrera periodista de Dolgorukov fue puntuada, y casi interrumpida, por un episodio que requirió toda su destreza y seguridad para desembarazarse de él. Los orígenes del asunto se remontan a 1856, cuando se hallaba ocupado, en Rusia, con el último tomo de su *Colección de genealogías rusas*. Entre las familias cuyas genealogías aparecían en este volumen se hallaba la del príncipe Vorontsov. Al igual que muchas familias nobles rusas, los Vorontsov hacían remontar su linaje a Rurik y los varingos[2], pero las brumas del pasado se cernían sobre su más remoto origen, lo que permitió sarcásticos comentarios de que los Vorontsov contemporáneos representaban tan sólo la mera reaparición de un nombre antiguo en el siglo XVII, no autorizada por ninguna continuidad de sangre. En 1856 el príncipe Dolgorukov escribió al príncipe Miguel Vorontsov pidiéndole le proporcionara documentos que arrojaran luz sobre los puntos oscuros del árbol familiar. La carta estaba concebida en términos de exagerada cortesía, pero en el mismo sobre se encontró una nota sin firma y escrita en letra desfigurada que decía lo siguiente:

> Su excelencia el príncipe Vorontsov dispone de un medio seguro para obtener que su genealogía se estampe en el Libro Ruso de Genealogías en la forma que le interesa. Este medio consiste en pagar al príncipe Dolgorukov 50.000 rublos de plata y todo se arreglará conforme a sus deseos. Pero no hay tiempo que perder.

No existe nada registrado acerca de lo que el príncipe Vorontsov pensó al recibo de esta misiva. Escribió una formal y cortés respuesta a la carta del príncipe Dolgorukov y añadió la siguiente posdata:

[2] Los *varingos* fueron el primitivo pueblo ruso. Rurik (o Riurik) fue su primer monarca, en 862. *(N. del T.)*

Con gran sorpresa he encontrado en su carta una nota sin firma cuya letra no parece ser la suya. Le mando una copia de ella. Quizá pueda usted descubrir quién ha tenido la audacia de introducir tal nota en una carta sellada por usted *con su propio* sello. He considerado necesario conservar el original junto a la carta con que me ha honrado, pero estoy dispuesto, en cuanto nos veamos, a poner en sus manos dicha nota para el caso que desee usarla con el propósito de descubrir la persona que la escribió.

El príncipe Dolgorukov expresó su asombro ante la extraordinaria «nota de una mano desconocida» introducida en un sobre sellado con su propio sello, pero no mostró deseos de proseguir la investigación. En el transcurso de aquel año murió el príncipe Vorontsov y pareció que el incidente había terminado para siempre.

Pero Dolgorukov no se libró tan fácilmente del asunto. El príncipe Vorontsov se había callado, pero cuando en abril de 1860 publicó en París *La vérité sur la Russie*, un redactor halló la oportunidad de publicar en un periódico de noticias denominado *Le Courrier du Dimanche* el relato completo de la historia de la petición de los 50.000 rublos, afirmando rotundamente que la nota, había sido obra de Dolgorukov y suprimiendo sólo el nombre de la persona a quien fue dirigida. Era imposible permanecer silencioso ante esta pública acusación y Dolgorukov escribió una réplica que el mismo *Courrier du Dimanche* insertó en su propio número. En ella negaba todo conocimiento de la mencionada nota, apuntaba que había sido fabricada por el príncipe Vorontsov y afirmaba que aunque había pedido que le fuese mostrado el original no lo había conseguido nunca. Esta última afirmación era manifiestamente falsa. Vorontsov le había ofrecido mostrarle la nota y Dolgorukov, discretamente, había ignorado la oferta. Pero como la otra parte había fallecido no pudo contradecirle, y de nuevo pareció que el escándalo había sido convenientemente enterrado.

No obstante, la nueva alegación contra el príncipe Vorontsov le pareció demasiado al hijo mayor de éste, que le había sucedido en el título, y el príncipe Simón Vorontsov interpuso una acción judicial contra Dolgorukov en el tribunal Civil del Departamento del Sena, por difamación de su padre. Instaba al tribunal a declarar que el autor de la anónima petición de 50.000 rublos era Dolgorukov, a obligar a éste a publicar el veredicto en diversos periódicos a sus propias expensas y a abonar el coste de la acción al demandante. Un duelo entre dos príncipes rusos que ponían mutuamente en tela de juicio sus respectivos honor y veracidad ante un tribunal francés, fue un espectáculo que despertó un cierto interés en el París del Segundo Imperio. La causa se prolongó desde diciembre de 1860 hasta enero de 1861. Fue presentado el original de la misiva anónima y se llamó a un perito calígrafo. Este declaró que la nota era escrita de mano de Dolgorukov. En virtud de este pronunciamiento, el tribunal dictó sentencia a favor del demandante, al que dio satisfacción en los tres extremos solicitados.

Un carácter con menos recursos que Dolgorukov podía haber

sucumbido a tan aplastante golpe, pero él empeñó todo su prestigio en procurarse una aureola de mártir y rápidamente proclamó y vociferó que el asunto entero no era más que un complot político, que la Policía de Alejandro II había conspirado con la de Napoleón III para castigarle por las opiniones subversivas expresadas en su libro, y que donde se hallaban en juego intereses políticos la conducta de un tribunal francés era una simple parodia de justicia. La sentencia podía incluso ser explicada basándola en influencias personales. Todo el mundo sabía que el duque de Morny, medio hermano del emperador, tenía todos los resortes de la justicia en sus manos; y el duque de Morny estaba casado con una Troubetskoy. Era natural una alianza entre la antigua y principesca casa de los Troubetskoy y la antigua y principesca casa de los Vorontsov. Este ardid era ingenioso y plausible, y Herzen, entre otros, fue cogido en él. Ardiendo en justa indignación ante la victimación de un emigrado político, escribió en *La Campana,* en un lenguaje de desacostumbrada violencia:

Raramente un tribunal ha pronunciado sentencia con tan completo desprecio de pruebas positivas excepto, naturalmente, en un país donde los jueces son escogidos de entre la chusma de aristócratas rusos que viven en París.

Desgraciadamente, el perito calígrafo soviético que examinó de nuevo el documento en 1927, y que difícilmente podía ser sospechoso de complicidad con la Policía de Alejandro II o de Napoleón III, no dudó en apoyar el veredicto del tribunal francés. El también opinó que la petición anónima de 50.000 rublos y el diploma de la Serenísima Orden de los Cornudos procedían de la pluma del príncipe Pedro Dolgorukov.

Alguien hubo, de todas formas, incluso en aquel tiempo, que no se impresionó por las protestas de inocencia de Dolgorukov. Turguenev, por su condición de residente en París, quizá conoció el asunto mejor que Herzen. Vivía en una situación de orgulloso distanciamiento de los asuntos políticos, que le permitía sostenerse fácilmente entre los dos campos y no participaba en absoluto de la firme convicción de Herzen, según la cual, ante una diferencia de criterio entre un emigrado político ruso y un tribunal francés, debía ser necesariamente este último el equivocado. En esta ocasión dio pruebas de un poder de discriminación poco frecuente y escribió a Herzen lo que sigue:

Harás bien si en el futuro evitas tocar el asunto ni con el dedo meñique. Dolgorukov —entre nosotros— es moralmente un hombre muerto, y no enteramente sin razón. Has hecho cuanto has podido en *La Campana;* era necesario apoyarle por principio, pero ahora déjalo a su destino. Intentará convencerte, pero niégate. Inútil decirte que ello no te obliga a apoyar a los Vorontsov. Adopta la actitud de Júpiter, situado por encima de todas estas querellas.

Pero Herzen no quiso a modo alguno escuchar las advertencias del

buen sentido. Se había metido en la cabeza que Dolgorukov era un hombre, si no de su mismo cuño, sí, en cierto modo, en su misma situación, y que hubiera sido cobardía y traición abandonarlo en la hora de la necesidad. Al año siguiente se presentó otra oportunidad de demostrar su lealtad. Cuando Ammosov publicó su folleto acusando a Dolgorukov de ser autor del escrito contra Pushkin, Dolgorukov publicó en su *Hoja de Noticias* un indignado mentís de toda complicidad en el asunto. Herzen, una vez más, aceptó sin más pruebas el *démenti* y lo reprodujo en *La Campana*.

No obstante, a pesar de todos estos servicios, está claro que el acercamiento de Herzen a Dolgorukov fue más político que personal, y las relaciones entre los dos fueron más cordiales cuando no estaban juntos. En 1863 Dolgorukov estuvo corto tiempo en Londres y los roces fueron constantes. Dolgorukov había conservado mucho más que Herzen los prejuicios esenciales del aristócrata ruso; las maneras superiores y despóticas que le hicieron impopular en Petersburgo en su juventud no habían menguado con la edad y el exilio. Con su temperamento provocó algunos incidentes embarazosos. Uno de los más divertidos lo cuenta Natalia Ogarev en sus *Memorias*. «Debe recordarse —explica— que los ingleses consideran el pan duro más saludable y lo *prefieren al pan tierno*, y que es *más fácil cortar el pan duro* en rebanadas finas, que untan luego con mantequilla y las comen en grandes cantidades en el té de la tarde.» El príncipe Dolgorukov ignoraba este raro gusto nacional, y cuando en un hotel campestre halló el pan duro en el plato lo echó inmediatamente por la ventana. El comportamiento del camarero estuvo a la altura de la ocasión. Aproximándose a Tchorzewski, que acompañaba al príncipe, le preguntó cortésmente si su amigo se hallaba a menudo sujeto a estos ataques. Tchorzewski tuvo dificultades para hacerle comprender que el príncipe estaba libre de toda sospecha de alienación, explicándole que se trataba de «un caballero de muy mal genio».

Alguna vez la ofensa fue más seria. Un domingo, después de comer en casa de Herzen en Tendington, Dolgorukov atacó violentamente a Polonia en presencia de varios polacos que se hallaban sentados a la mesa. *Herzen perdió su temperancia y gritó que en su casa no se debían* oír ataques a la martirizada Polonia. Dolgorukov cogió su sombrero y su bastón y se marchó sin despedirse de nadie; las relaciones estuvieron rotas durante diez días. Tales incidentes parece que no eran infrecuentes. Otra pendencia de carácter cómico ilustra la clase de genio que poseía Dolgorukov en sus años de decadencia. Una vez oyó casualmente decir a Jules, cocinero francés de Herzen, que ocasionaba más molestias él solo que todos los demás huéspedes juntos, y sacando un cuchillo que llevaba siempre consigo, se puso a insultar y amenazar al cocinero. Este se arrojó impetuosamente sobre el príncipe y la refriega adquirió visos alarmantes. Herzen y un amigo separaron a los contendientes, y Dolgorukov, rabioso, dijo que no pondría más los pies en aquella casa hasta que Jules

fuese despedido. La historia tuvo el subsiguiente final: viendo que Herzen no tenía intención de desprenderse de su cocinero, Dolgorukov invitó a Jules a su casa y la reconciliación se llevó a cabo ante una botella de champaña.

La pendencia con Jules tuvo lugar después de que ambos, Herzen y Dolgorukov, hubieran emigrado a Ginebra, donde en 1867 Dolgorukov publicó el primer tomo de sus llamadas *Memorias*. Ningún libro ha llevado nunca título tan inapropiado. Consiste en un sistemático *exposé* de las actividades de las principales familias rusas durante la primera mitad del siglo XVIII, un monótono y nauseabundo relato de inmundicias, sangre y torturas. Herzen le dio la bienvenida en *La Campana* con un estusiasmo del que el lector moderno puede difícilmente participar, pero incluso él hubiera preferido algo que comprometiera más directamente a los contemporáneos dirigentes de Rusia.

Hemos visto a los bisabuelos de nuestros verdugos de Petersburgo y Moscú [termina la recensión]. Echaremos ahora un vistazo a sus abuelos y pediríamos sinceramente al autor que cuanto antes nos ponga en relación con sus padres.

El primer tomo de las *Memorias* representa el último acontecimiento en la curiosamente estéril y embrutecida carrera de Dolgorukov. En el verano de 1868 se puso al borde de la muerte, afecto de hidropesía, en Berna. Su único hijo, un joven de dieciocho años, acudió desde Rusia a verle, pero aquel hombre infortunado no había creído nunca en la virtud humana y no tenía ciertamente motivos para esperar ningún afecto filial. Apareció en él el convencimiento de que su hijo había sido enviado por el Gobierno ruso para apoderarse de sus papeles, las comprometedoras notas para más tomos de las *Memorias*, que podrían *ser peligrosos para* su propia época. Su decaído espíritu volvióse hacia un amigo de cuya sinceridad y de cuyo honor (aunque a menudo se hubiera peleado con él) no podía dudar, un amigo que quizá conservara todavía algún vestigio de confianza en él. Mandó llamar a Herzen para instituirlo heredero y albacea de estos papeles.

Herzen, que a la sazón se hallaba en Lucerna, respondió a la llamada y acudió a Berna. En el camino se encontró con George Henry Lewes y Mary Ann Evans, cuya compañía reavivó sus decaídos ánimos. Con todo, no había sospechado el horror que le esperaba al lado de la cama del moribundo príncipe. «Ningún escritor trágico», dijo luego a Turguenev, «ha inventado nunca nada más terrible. Quizá algún día describa este lecho de muerte». No dejó constancia literaria de ello. *Mi pasado y mis pensamientos* no alcanzó a los últimos años sesenta, pero frases sueltas de una carta escrita a Ogarev, mientras estaba todavía bajo la inmediata impresión del hecho, trazan para nosotros los perfiles de la escena.

Dolgorukov está muy mal [escribió el 11 de julio, cinco semanas antes del fin], pero su robusta constitución lo sostiene como una fortaleza. Le han drenado

el agua por las piernas, que fluye continuamente. Completamente hundida la cara, resulta en cierto modo dignificada. Habla inconexamente y tiene los ojos empañados. No sabe cuán cerca se halla de la muerte, aunque lo supone. Y, sobre todo, se agita en su interior una terrible lucha. Estuvo enormemente contento de verme, pero sin demostrarlo me estrechó la mano y me dio las gracias. En el mundo entero sólo tiene confianza en mí y en mi substituto Tchorzewski. Por la mañana llamó a éste y a Vogt, a quienes contó que su hijo le había envenenado por la noche con un líquido amarillo que había vertido de una botella. (Mejor que no repitas esto a nadie.) Luego, tras varias acusaciones tremendas, llamó a Vogt para que dijera a su hijo que regresara en seguida a Rusia, asegurando que podía pasarse sin él, y no habló más del asunto. Vogt, aterrorizado, llevó el mensaje. El hijo, naturalmente, se enfadó; entonces Dolgorukov lo llamó y le pidió perdón. Cuando llegué hizo salir a todo el mundo y asiéndose a mí con las dos manos se incorporó y fijó sus extraviados ojos en los míos. «Herzen, Herzen, por el amor de Dios. En nadie confío sino en ti, a nadie respeto sino a ti. Dime: ¿es todo esto locura y delirio?» «Puedes ver por ti mismo que es locura. Nada te ha sucedido.» «Sí, sí, evidentemente fue delirio. ¿Qué opinas? ¿Delirio?» (Y diez veces repitió lo mismo.) Luego, bruscamente, bajando los ojos repitió dos veces: «No, pero desde ahora, por el amor de Dios, vigila lo que hagan conmigo.»

Herzen no podía hacer nada más. Y pasados dos días, tras otra salvaje escena entre Dolgorukov y su hijo, huyó de aquella pesadilla. El 17 de agosto un largo final coronó por fin esta infortunada existencia. Hasta que la cercanía de la muerte no alteró sus nervios, Dolkorukov había sido siempre excesivamente racionalista para creer en el afecto humano o para sentir su necesidad, y sus convicciones sólo habían sido el instrumento de su ambición. En la noticia obituaria que apareció en *La Campana*, las rutinarias expresiones de pesar eran prontamente seguidas por la triunfal aseveración de que sus papeles estaban «en manos seguras», y que un día contribuirían a la derrota de los esbirros del imperio zarista.

En el último momento Herzen había rehusado el papel de albacea literario. Los papeles pasaron a las «seguras manos» de Tchorzewski, y la extraña historia de su destino pertenece a un posterior capítulo.

Capítulo XIV

EL *AFFAIRE NECHAEV*, O EL PRIMER TERRORISTA

En toda historia de la revolución debe haber un lugar reservado para la sobresaliente figura de Sergio Nechaev. Nechaev fue uno de aquellos hombres que por la pura fuerza de una personalidad dominante se imponen a sus contemporáneos y a la posteridad. En el transcurso de una metafórica carrera, que terminó a los treinta y cinco años, no culminó, literalmente, nada. Tenía pocos seguidores y estos pocos merecían más llevar el nombre de incautos que de discípulos. La conspiración que llevó su nombre, y por la que muchos de ellos sufrieron encarcelamiento y deportación, no fue ni siquiera un fiasco: fue, simplemente, agua de borrajas. Nechaev creía en la destrucción del orden existente no porque tuviera, como Herzen, una romántica fe en la democracia o, como Bakunin, una más romántica fe en la naturaleza humana: creía en la revolución como dogma válido y suficiente por sí mismo; y no creía en nada más. Su originalidad y su importancia histórica radican en la incondicionalidad de su creencia y en la forma en que la trasladó a la práctica. No se limitó a la mera proclamación, sino que actuó sobre la hipótesis de que la moral no existe y de que, en interés de la revolución (del que él mismo era el único juez), todo el repertorio de crímenes, desde el asesinato a la más pequeña ratería, era legítimo y laudable; cosa que, al fin y al cabo, podía incluso no haber sido tan extraordinariamente desconcertante. Pero Nechaev llevaba su lógica aún más allá. Aplicaba estos principios con igual alacridad a sus enemigos que a sus presuntos amigos. Engañó a cuantos conoció, y cuando ya no fue capaz de seguir engañando, su poder desapareció. Su audacia no tuvo límites y llevó su valor personal al límite extremo de la temeridad. Era una abrumadora y sin par combinación de fanático, fanfarrón y mal educado.

Sergei Nechaev era hijo de un cura de pueblo ruso, una clase de gente despreciada, ignorante y frecuentemente inmoral. Tuvo una distinguida carrera escolar que le sirvió, principalmente, para encender en él una desmesurada ambición. Sus enemigos lo tacharon luego de «iletrado» o «semiletrado», pero debemos suponer que estos términos insultantes iban dirigidos más a sus maneras o a su moral que a su educación en el más estrecho sentido de la palabra. Probablemente estaba destinado a la misma profesión que su padre; a los veintiún años, que alcanzó en 1868, era profesor de Teología en una escuela de Petersburgo. Los círculos estudiantiles, en el Petersburgo de los años sesenta, hervían de ideas revolucionarias, y el joven Nechaev fue particularmente susceptible a ellas. Pronto se convirtió en el espíritu dirigente de un pequeño grupo de estudiantes cuya ambición era promover una revolución en Rusia. No se ha probado que tuvieran organización alguna o se entregaran a algo más peligroso que la palabrería juvenil, pero las autoridades vigilaban atentamente sus movimientos. Antes de mucho, Nechaev y sus camaradas fueron llevados a presencia de la Policía e interrogados, y Nechaev fue puesto bajo «observación policial».

El ingenioso y emprendedor joven, oliendo el peligro, o fastidiado de la monótona profesión de maestro de escuela, decidió desaparecer y —lo que era mejor— hacerse una reputación con la desaparición. Envió a sus camaradas una nota en la que les decía que había sido arrestado y lo llevaban a «una ignorada fortaleza». La nota daba a entender que la había arrojado por la ventana de un furgón de la Policía, y que, recogida por un estudiante anónimo, éste la había mandado a su destino. No había en esta historia nada francamente improbable, por lo que sus compañeros estudiantes no encontraron ninguna dificultad en creerlo, y mientras organizaban un mitin para pedir su libertad, él ya estaba en camino hacia el Sur. En marzo de 1869 atravesó la frontera con un pasaporte falso y se dirigió a Suiza, el hogar espiritual de los mártires de la revolución.

No fue simple coincidencia que el primer personaje a quien se acercara a su llegada a Ginebra fuese el veterano Bakunin. En el campo de extremistas Bakunin se hallaba en aquel momento en el punto más alto de su reputación. Su inmenso prestigio revolucionario atrajo al joven, que esperaba compartirlo algún día, aunque por el momento sólo contaba con energía, fe en sí mismo y fértil imaginación. Al igual que todos los que visitaban a Bakunin, Nechaev quedó impresionado por la gigantesca figura y la personalidad magnética del viejo luchador, y resolvió impresionarlo a su vez. Le expuso que acababa de evadirse de la fortaleza de Pedro y Pablo, donde había sido encarcelado como cabeza de grupo de un movimiento revolucionario estudiantil, y había sido a Suiza como delegado del Comité Revolucionario Ruso, que tenía el cuartel general en Petersburgo y que estaba organizando la revolución en todo el país.

Bakunin nunca había encontrado a nadie cuyo talento para el *bluff*

superase al suyo y, sobre todo, no había dado nunca con nadie que tuviese su propia y singular habilidad para inventar sociedades políticas de las que era el comandante en jefe y cuyas filas apenas existían fuera de su imaginación. Pero por una afortunada, aunque ilógica, concesión de la suerte, los que gozan engañando a los otros son, por regla general, a su vez engañados con mayor facilidad. Dado que en el temperamento de Bakunin no anidaba el escepticismo, creyó cuanto Nechaev le dijo. Este participaba del don de Bakunin de despertar la admiración y confianza de sus nuevas relaciones, y Bakunin se entusiasmó a las primeras de cambio, como otros se habían entusiasmado tan a menudo con él. Pronto empezó a designar a Nechaev con el tierno apodo de «Boy» (Bakunin recordaba unas pocas palabras inglesas de sus años de estancia en Londres), y entre ellos se establecieron las más afectuosas relaciones, al tiempo que Bakunin expresaba la mayor impaciencia por participar en la labor y en los laureles del Comité Revolucionario Ruso. Más tarde circuló entre los *emigrés* de Suiza una misteriosa historia, según la cual Bakunin habría entregado a Nechaev un documento prometiéndole implícita obediencia «hasta el punto de falsificar billetes de banco», y que firmó, en señal de completa sumisión, con un nombre de mujer: «Matrena». Se ha dicho que esta declaración se encontró entre los papeles de Nechaev después de su detención y que fue destruida, pero el testimonio es demasiado frágil para ser digno de crédito. Si existió algún documento con la firma «Matrena», probablemente se trataba de una clave (forma de mixtificación a la que Bakunin era muy aficionado) no investida del siniestro significado que el rumor le atribuyó.

La difusión de esta historia, verdadera o falsa, indica suficientemente la ascendencia de Nechaev sobre el viejo revolucionario. El entusiasmo de Bakunin puede explicarse en parte por las circunstancias en que se hallaba. Se había peleado con Herzen, y el débil y blando Ogarev no contó por mucho tiempo como luchador en la causa revolucionaria. En cualquier caso, ambos habían perdido el contacto efectivo con Rusia.

La llegada de Nechaev trajo a Bakunin un soplo de la tierra nativa a la que ya no volvería a ver, pero que, en medio de sus preocupaciones internacionales, todavía a veces llenaba sus sueños; y vio en ello una oportunidad de trabajar por la causa de la revolución en el país que aún tenía más cerca del corazón. Ninguna otra tierra hubiera podido ejercer el mismo efecto. El lado sentimental de su naturaleza, que parecía haber muerto desde hacía largos años con los recuerdos del hogar y de la niñez, lo hizo reabrir y revivir este peligroso y seductor «Boy» ruso.

Este nuevo entusiasmo lo sacó del letargo que, en los últimos años, tendía a hacer presa en él. Cuando Herzen llegó a Ginebra en mayo —fue su última reunión con sus viejos amigos— encontró que Bakunin «había mejorado mucho de salud; había perdido cincuenta libras de grasa siguiendo una dieta, pero consumía enormes cantidades de carne y de vino». Estaba trabajando como una locomotora, pero una locomotora «que había dado demasiado vapor y corría fuera de railes». Durante

la primavera y el verano se imprimieron en Ginebra una docena, o más, de proclamas y folletos para ser distribuidos en Rusia por Nechaev. Lucían títulos como *A los estudiantes de la Universidad, A nuestros jóvenes hermanos de Rusia* o *El catecismo revolucionario,* y algunos de ellos llevaban la firma de Nechaev. La mayoría fueron escritos por Bakunin, algunos quizá por el propio Nechaev, y uno o dos por Ogarev. Publicóse un único número de un nuevo periódico bajo el título de *La Justicia del Pueblo,* que era el nombre que Nechaev había dado a su imaginaria organización.

Bakunin, sin embargo, no estaba contento con esta colaboración puramente literaria y, hubiese o no existido la declaración firmada «Matrena», no hay duda alguna acerca de la autenticidad de otro documento suficientemente notable de por sí. Lleva fecha del 12 de mayo, y dice lo siguiente:

> El portador de la respuesta es uno de los representantes acreditados de la Sección Rusa de la Alianza Revolucionaria Mundial. Núm. 2.771.

Lleva la firma «Michael Bakunin», y en el sello estampado figuran las palabras «Alianza Revolucionaria Europea. Comité Central». Es un tanto raro, aunque característico, que Bakunin no hiciera ningún esfuerzo para introducir a su nuevo *protegé* en su «Alianza Secreta», nebulosa sociedad secreta a través de la cual había buscado hasta entonces promover la causa de la revolución en Europa; ni siquiera —por cuanto sabemos— le informó de su existencia. Y no pudo resistir la tentación de inventar, en la excitación del momento, una Alianza Revolucionaria Europea o Mundial totalmente nueva, de la que nunca volvió a oír hablar y de la que libró un certificado con un número que daba a entender, a aquellos escogidos a quienes quería impresionar, que en esta nunca oída organización había, por lo menos, otros 2.770 miembros obedeciendo sus órdenes en distintos rincones de Europa. Así, Nechaev, que se autotitulaba representante de un inexistente Comité Revolucionario Ruso, recibió de Bakunin autoridad para actuar en Rusia como representante de una inexistente Alianza Revolucionaria Europea. Deliciosa situación, con pocos paralelos en la comedia o en la historia. El punto interesante del que nos faltan pruebas es hasta qué punto se engañaron mutuamente.

Había, sin embargo, un sólido fundamento de realidad en otro aspecto de las relaciones entre estos dos magníficos charlatanes: ambos precisaban dinero y ambos carecían de inclinación —aunque no de habilidad— para ganarlo por métodos ordinarios. Varios años atrás, Bakunin había hablado por primera vez de escribir sus Memorias, y por aquel tiempo recibió una tentadora oferta por parte de Buloz, el famoso editor de la *Revue des Deux Mondes.* Pero en tanto que pudiera pedir dinero prestado, el orgullo le prohibía recurrir al vulgar expediente de trabajar para obtener el pan de cada día. La llegada de Nechaev le

proporcionó una excelente oportunidad para obtener dinero por medios más de su agrado. Todo buen revolucionario debería contribuir realmente a la causa que Nechaev vino a representar; durante la preparación del estadillo revolucionario, los que lo preparaban podían considerarse con títulos legítimos bastantes para vivir de los fondos aportados por estos hipotéticos donadores.

Pero además había algo todavía más sólido en perspectiva. En 1858, un rico y excéntrico terrateniente ruso llamado Bakhmetiev se había convertido al comunismo y, con el firme fanatismo del idealismo ruso, diose a fundar una comunidad modelo en una isla de cualquier parte del Pacífico. Lanzado por este camino visitó a Herzen y Ogarev en Londres y, considerando que poseía más dinero del que era necesario para su proyecto, les entregó la suma de 800 libras para propaganda revolucionaria en Rusia. Una vez cumplido este caritativo acto, Bakhmetiev se desvaneció en el Pacífico y jamás se volvió a oír hablar de él. Incluso su existencia pudo parecer un cuento de hadas para la entrada, en los libros de un banco de Londres, de un crédito de 800 libras en la cuenta conjunta de Herzen y Ogarev. Estos, con su escrupulosidad y precaución habituales, se habían contentado con hacer uso sólo de los intereses de esta suma para destinarlos a propaganda, y en 1869 el capital del «fondo Bakhmetiev» se hallaba todavía intacto. ¿Qué podía ser más apropiado, dijo Bakunin, que gastar este fondo, de cuya existencia se había probablemente enterado por Ogarev, en la empresa revolucionaria apadrinada por «Boy» y por él mismo?

El escepticismo que toda la vida había profesado Herzen se había intensificado con la edad. Había conocido a Nechaev en Ginebra y le desagradó profundamente. No tenía confianza en Bakunin y no quería oír nada de plan. Pero el débil y desmoralizado Ogarev no podía luchar contra la constante presión de Bakunin y Nechaev y, a instancias suyas, siguió importunando a Herzen con cartas en apoyo de la proposición. Herzen, debilitado y ya enfermo, tampoco podía resistir indefinidamente tanta incomodidad, y a fines de julio accedió a que Ogarev pudiera disponer como le apeteciera de la mitad del fondo. Indicó que, cuando menos, el dinero estaría mejor empleado montando una imprenta revolucionaria en Ginebra, y añadió —bastante acremente— que tal empresa serviría más para proporcionar un medio de vida seguro a Bakunin que para las aventuras de Nechaev en Rusia. El consejo fue desoído y la suma de diez mil francos (400 libras) pasó a manos de Bakunin y luego, presumiblemente algo disminuida, a las de Nechaev.

La visita de Nechaev a Suiza había tenido, en verdad, un éxito superior a todo lo que razonablemente podía esperarse. Había obtenido un mandato firmado por el famoso revolucionario Bakunin en nombre de una Alianza Revolucionaria Europea que (cualquiera que fuese su opinión personal acerca de su valor) serviría para impresionar a sus colaboradores estudiantes en Rusia, y además había conseguido disponer, sin trabas, de una cantidad de dinero sustancial. En posesión

de estos valiosos accesorios y armado con paquetes de folletos y proclamas, a fines de agosto regresó a Rusia. El invierno se emplearía en la organización de la revolución. Nechaev aseguró a Bakunin que la proyectada revolución empezaría, sin falta, el 19 de febrero de 1870, noveno aniversario de la liberación de los siervos.

Poco dice a favor de la habilidad o vigilancia de la Policía rusa el que Nechaev, con tal hoja de servicios y tales intenciones, pudiera entrar en Rusia, permanecer tres meses en ella, cometer un crimen notorio y regresar a Suiza sin prisa especial, sin daño y sin ni siquiera molestias. Pero así fue como ocurrió. Nechaev estableció su cuartel general en Moscú. El nombre de Bakunin todavía actuaba a modo de conjuro en los círculos revolucionarios; Nechaev, como representante de una mítica Alianza Europa, pidió absoluta obediencia a sus seguidores. Sus ideas acerca de la organización revolucionaria eran elementales y parece que se limitaron a la formación de grupos de cinco miembros, cada uno de los cuales constituía un comité revolucionario secreto. Las funciones de estos grupos eran mal definidas, pero tenían un rasgo singular y característico: ningún grupo tenía contacto con otro e incluso era desconocido de los demás, y todos dependían absolutamene de la dirección y coordinación de Nechaev.

Las cuidadosas investigaciones hechas subsiguientemente por la Policía no lograron descubrir plan concreto alguno de revolución preparada por esta notable organización que compartía, casi exclusivamente, el elemento de apariencia y *bluff*, tan importante ingrediente de las actividades revolucionarias de Bakunin y Nechaev; no existía hecho alguno suficientemente probado para la acusación. En Moscú, un estudiante llamado Ivanov, que pertenecía a uno de los famosos grupos de cinco, mostrábase inclinado a negligir la primera y más perentoria obligación que incumbía a los elementos de la sociedad: la incuestionable obediencia a los mandatos de Nechaev; y éste vio la importancia de cortar la rebelión incipiente mediante un *coup* dramático. Temía, o pretendía temer, que Ivanov iba a denunciarlos, y persuadió a los demás miembros del grupo que se unieran a él a fin de asesinar al traidor en perspectiva. Alcanzaría así dos objetivos: se desembarazaría de un rebelde y ataría los otros a él por su complicidad en un crimen común. Nechaev difería de sus camaradas en la pronta disposición para llevar a la práctica la crueldad de la que otros sólo hablaban. El asesinato de Ivanov fue obra de Nechaev, pero los restantes miembros del grupo se hallaban presentes. En el último minuto les embargó el pánico y por poco no se estropeó el plan entero; su poco glorioso papel se limitó a la aquiescencia más que a la ayuda.

El asesinato de Ivanov, en el que Dostoievsky basó la intriga de su novela *Los endemoniados*, tuvo lugar el 21 de noviembre de 1869, cuatro días después fue hallada la víctima en una charca. Rápidamente fueron conocidos los detalles del crimen y produjeron enorme impresión. Nechaev, realmente sorprendido por la magnitud de la sensación

provocada, se dio cuenta de que no podía contar, por más tiempo, con el letargo de la Policía, y se preparó para la fuga. Salió de Rusia a mediados de diciembre y a primeros de enero de 1870 reaparecía en Suiza.

Entretanto, había ocurrido un cambio en el modo de vida de Bakunin. Sus circunstancias domésticas eran especiales. En los años de destierro en Siberia se había casado con Antonia Kwiatkowski, hija de un comerciante polaco de la ciudad de Tomsk. Ella era veinticinco años más joven que su marido, bonita, con la cabeza vacía, despreocupada y carente por completo de la fiera energía y el entusiasmo revolucionario que animaba a su esposo. Fue un matrimonio raro para su condición, que quizá sólo pueda explicarse por falta de otros pretendientes en la aburrida sociedad de una pequeña ciudad siberiana. Pero por parte de él tal matrimonio fue aún más raro. En ningún período de su vida le habían atraído o interesado las mujeres; todo lleva a pensar que este gigante de sobrehumana energía era sexualmente impotente. Tras su fuga, la esposa le siguió a Europa, se unió a él en Suecia y juntos viajaron por Francia e Italia. En Nápoles se enamoró de un joven abogado italiano llamado Gambuzzi, un socialista amigo de Bakunin, y se convirtió en su amante. En 1867 los Bakunin dejaron Italia para irse a Ginebra, donde, al poco de llegar, Antonia daba a luz un hijo.

En la primavera de 1869, aproximadamente en la época en que Nechaev aparece por primera vez en Suiza, Antonia marchó a Nápoles con el niño para visitar a su amante. Poco después escribió que se hallaba otra vez en cinta y que volvería al lado de su marido a fines de año. Bakunin no se sorprendió en absoluto. Nunca había pedido, ni esperado, fidelidad, y se hallaba poseído de los mejores sentimientos de afecto para la simple y amable esposa y su prole. Pero la charlatanería de Ginebra acerca del nacimiento del primer niño había herido su sensibilidad. En aquel momento pocos lazos le ataban a Ginebra, y decidió retirarse durante todo el invierno, informando de su paradero tan sólo a unos pocos íntimos. Escogió la parte italiana de Suiza, y a principios de noviembre se estableció en la pequeña ciudad de Locarno, al borde del lago. Era «como el reino de los cielos», escribió a Ogarev, «tras la árida y enormemente prosaica atmósfera de Ginebra». Además, era dos veces más barato. En diciembre, cuando se cumplían ocho meses desde que se había marchado con el hijo, Antonia regresó de Italia.

Por lo tanto, cuando Nechaev volvió a Ginebra, en enero de 1870, se encontró con que Bakunin se había ausentado desde hacía algún tiempo. Obtuvo de Ogarev su dirección y a principios de febrero peregrinó a Locarno, donde halló a su amigo y cómplice enfrascado en la inesperada tarea de traducir la obra cumbre de Marx, *Das Kapital*, al ruso. Bakunin era de nuevo pobre; su esposa se le había presentado recientemente con una hija y aceptó el encargo de un editor ruso de traducir *Das Kapital* por la cantidad de 1.200 rublos (120 libras), de los que había recibido 300 por adelantado. Bakunin estaba ya cansado de los retorcidos párrafos de Marx, y nada le costó a Nechaev convencerle de que un trabajo de esta

índole era impropio de un genio, que tan sólo debiera emplearse en una más directa promoción de la revolución. Los 300 rublos recibidos y ya gastados parecían de momento constituir un obstáculo, pero Nechaev supo cómo tratar este aspecto del asunto. No es conocido hasta dónde Bakunin se identificó con la idea y los medios de Nechaev para librarle de su contrato, pero la cosa consistió en escribir una perentoria carta al editor requiriéndole, en nombre del comité secreto de *La justicia del Pueblo*, para que dejar en paz a Bakunin y amenazando con desagradables consecuencias en la eventualidad del incumplimiento de la orden. Puede que la suerte de Ivanov hiciera pensar al editor, un judío ruso llamado Polyakov, que la amenaza no se hallaba completamente vacía de sentido[1].

La supresión de esta obligación libró a Bakunin de un trabajo impropio, pero le privó, también, de la perspectiva de obtener 900 rublos más de la misma fuente, y con todo ello no resolvía el problema de la subsistencia; ni él ni Nechaev podían vivir de los inexistentes recursos de un comité imaginario. Y entonces pensaron de nuevo en el «fondo Bakhmetiev». Herzen acababa de morir en París, y Ogarev, el superviviente depositario del fondo, estaba presumiblemente autorizado para disponer de la mitad restante. La idea les pareció llegarles demasiado oportunamente para demorar su ejecución ni un solo momento. Bakunin pidió urgentemente a Ogarev que la reclamara a los albaceas del patrimonio de Herzen.

> No es sólo tu derecho [escribió el 22 de febrero], sino tu deber sagrado, y ante este sagrado deber toda consideración de delicadeza personal debe ser desechada. En este asunto debes actuar con severidad romana, debes ser un Brutus.

Bakunin no se contentó con cartas. Tras reflexionar, pareciéndole el asunto demasiado vital, pidió prestados 80 francos al hijo de su patrona para pagar el viaje y, a mediados de marzo, se marchó a Ginebra (adonde Nechaev le había precedido) para estar en el escenario de la acción.

Ogarev no vaciló en aceptar el romano papel que le fue asignado y escribió al joven Alejandro Herzen, quien, con la prontitud del que desea impacientemente lavarse las manos de un fastidioso asunto, reconoció la obligación y se trasladó en persona a Ginebra para hacer efectivo el dinero. El acto se realizó con todas las formalidades. Estaban presentes —además del joven Herzen y Ogarev— Bakunin, Nechaev, Natalia Ogarev, Tata Herzen y dos o tres rusos más. El joven Herzen puso la suma de 10.000 francos, que constituía la segunda mitad del fondo, en manos de Ogarev (quien entregó un recibo), que a su vez la entregó a

[1] Este incidente figura entre los cargos que Marx adujo contra Bakunin en 1872 y que determinaron la expulsión de éste de la Internacional.

Bakunin y éste la pasó a Nechaev. Nechaev no dio ningún recibo, esperando que sus amigos confiaran en su «honor revolucionario». Y cuando, pocas semanas después, Ogarev se lo pidió, respondió escuetamente que no era costumbre de su comité dar recibos.

Este notable acontecimiento no permaneció mucho tiempo secreto. Cundió la voz por los círculos revolucionarios de Ginebra y se extendió a Londres, donde Karl Marx pronto recogió tan sabroso chisme:

> Entre otras cosas [escribió a Engels el 24 de marzo] hay el interesante hecho de que Bakunin, que hasta el momento había atacado furiosamente a Herzen, empezó inmediatamente después de su muerte a entonarle himnos y ahora ha coronado su propósito: los fondos de propaganda, alrededor de unos 25.000 francos anuales, que el rico Herzen recibió de Rusia (de su partido), han sido transferidos a Bakunin. Parece que a Bakunin le gustan esta clase de «herencias», a pesar de su prejuicios contra las herencias en general.

Marx, siempre dispuesto a creer lo peor de sus adversarios, creyó a pies juntillas este curioso fárrago de realidad y ficción. En una carta a Kugelmann, escrita pocas semanas más tarde, afirma osadamente que Herzen había estado recibiendo una pensión anual de 25.000 francos del «pseudosocialista partido paneslavo de Rusia». Sin embargo, circuló con mucha más aceptación el descrédito del viviente Bakunin que el del difunto Herzen; dos años más tarde, Marx todavía hacía circular asiduamente el rumor de que Bakunin vivía de los subsidios que llegaban de Rusia. A lo largo de 1872 Bakunin tomó cartas en el asunto e indujo a Ogarev a firmar un documento declarando que «Bakunin no se hallaba presente cuando yo (es decir, Ogarev) puse el dinero en manos de Nechaev en presencia de Natalia Herzen». Pero Ogarev estaba, a fines de 1872, demasiado agotado de cuerpo y alma para que su firma tuviera mucho valor de convicción. En realidad Bakunin era tan inescrupuloso como imaginativo; su presencia en el acto en cuestión queda bien atestiguada por el desinteresado testimonio del joven Alejandro Herzen. Su papel en todo el asunto es claro. El fue el primer instigador de la transferencia y el canal a través del cual pasó el dinero. Pero el único que se benefició fue Nechaev.

El «fondo Bakhmetiev» no fue el único nidal donde Bakunin y Nechaev pusieron sus codiciosos ojos durante la entrevista de Locarno; en cuestión de necesidades financieras la revolución era un abismo sin fondo. El siguiente episodio de esta poco edificante historia se centra en la persona de la hija mayor de Herzen. El primer pensamiento de Tata cuando murió su padre fue para Ogarev, que había recibido el golpe solitariamente recluido en Ginebra, y se apresuró a visitarlo, cariñoso impulso que tuvo lejanas consecuencias.

Tata Herzen, como su hermano y su hermana, había heredado de su padre una pequeña fortuna, pero, a desemejanza de ellos, había heredado asimismo un sincero, si bien mal definido, estusiasmo por la revolución. A Nechaev ya se le había ocurrido que entusiasmo y fortuna

podían ser convenientemente puestos al servicio de la causa revolucionaria, y su presencia en Ginebra le proporcionó una espléndida oportunidad. Tata era de naturaleza romántica e impresionable y acababa apenas de recobrarse de su infortunado asunto con el italiano Penizi, por lo que se hallaba en un momento de particular susceptibilidad para nuevos atractivos y para dar un objetivo nuevo a su vida. Ogarev sirvió otra vez de sumiso aunque inconsciente instrumento de Nechaev. En ausencia de este emprendedor joven (que estaba con Bakunin en Locarno) encendió la excitable imaginación de Tata hablándole de la inminente revolución rusa, de la estrecha cooperación entre los emigrados en el extranjero y los revolucionarios del interior, que Nachaev había ido a establecer, así como del propósito de resucitar *La Campana*, cosa que él había propugnado calurosamente. Por el momento, y a falta de otra ocupación, Tata intentó poner un poco de orden en el caos de los papeles de Ogarev y escogió creer que se había empeñado en un trabajo de importancia revolucionaria. Regresó a París con Natalia y anunció firmemente su intención de establecerse en Ginebra.

Tal anuncio dio la señal para una ruda batalla. El joven Alejandro, que había sucedido a su padre en la dignidad de jefe de la casa Herzen, protestó contra el proyecto de su hermana alegando su débil salud. Bakunin, informado por Nechaev, no tuvo más escrúpulos para con la fortuna de Tata que para con el «fondo Bakhmetiev». Temeroso de la debilidad de Ogarev, apeló a éste con su usual y apasionada vehemencia:

Debes, y sólo tú puedes hacerlo [reza su carta del 22 de febrero], salvar a tu hija mayor[2]. Si tendrá capacidad e interés para trabajar por la causa de Rusia ya lo veremos. Tú, desde luego, no violentarás sus opiniones ni sus deseos en nombre de un patriotismo abstracto y a despecho de su salud y su felicidad, cosa que no iría con tu carácter. Pero *yo* creo y *tú* crees que en la causa rusa hallará una nueva vida, aunque *ellos* crean lo contrario. El futuro demostrará quién tiene razón y quién está equivocado. Pero lo primero es que la salves. *Porque yo no dudo, Ogarev, que si permanece con ellos perderá la cabeza.* Debes librarla del *inconsciente e instintivo* egoísmo de esta gente, que se ocultan a sí *mismos* bajo una máscara de buenas razones y del usual buen sentido *bourgeois*. ¿Acaso la pobre y querida Tata no ha de tener otro camino en su vida que convertirse en el aya de los niños de Alejandro o la «cuidadora de mamá Natalia», o la compañera de aquella virgen germano-wagneriana-pomeraniana[3], con el consuelo de permitírsele pintar unos pequeños y bonitos cuadros *ins Blaue hinein*?...[4].

Tienes que insistir en que Tata se venga contigo, y para prevenir que te lo

---

[2] O sea, Tata. Los asuntos familiares de Herzen y Ogarev estaban los suficientemente embrollados para que Bakunin escribiera como si no sólo Liza, sino todas las hijas de Herzen fueran nominalmente de Ogarev.

[3] O sea, Malwida von Meysenburg. Ésta se había encontrado con Wagner en París en 1860 y era desde entonces una ferviente devota de él. Lo de «pomeraniana» parece haber sido un rasgo de imaginación de Bakunin.

[4] En tonos azulados. *(N. del T.)*

nieguen *bajo el pretexto de que eres un* exalté *o un loco, o de que has perdido el juicio,* debes mostrarte el más razonable de los seres. No les escribas una carta inflamada de patriotismo, sino una carta bien razonada y con unas gotas de *escepticismo. Para ellos el escepticismo es buen sentido y fue en este buen sentido* que murió nuestro querido Herzen.

Es posible que de haber leído la carta alguien con más espíritu crítico que Ogarev hubiese argüido que el «inconsciente e instintivo egoísmo» no era monopolio de una de las partes.

La resolución de Tata se mostró irreductible y Alejandro apeló a Natalia para que no la dejara ir sola a Suiza. Hacia fines de febrero, Natalia, Tata y Liza salieron juntas de París para Ginebra y tomaron habitaciones en una pequeña pensión no lejos de Ogarev. Alejandro escribió a Natalia en términos de evidente alivio.

Te agradezco de todo corazón tu carta. Estaba más que alarmado por la pobre Tata y me había inquietado mucho, pero confieso que su última carta me ha tranquilizado. Ya no está enferma. Pero se la han llevado. Dice que está a punto de conocer todo lo que se está haciendo y que si ve que no está de acuerdo con sus métodos y objetivos, o no puede hacer nada, los dejará y regresará conmigo. Todo lo que podemos hacer es hacerle constantemente presente el lado desfavorable de la totalidad del asunto, y cuando se haya convencido lo dejará.

Pero tan pronto como Natalia y Tata se habían aposentado en Ginebra estalló un nuevo escándalo. Se estaba preparando una colección de trabajos póstumos de Herzen para su publicación. En los últimos años de su vida, Herzen había escrito una serie de *Cartas a un viejo camarada*. El «viejo camarada» no era otro que Bakunin, y las cartas constituían un vigoroso y razonado ataque a toda su política, a la cual calificaba, nada impropiamente, de «ciego caminar en falso tras el Desconocido Dios de la Destrucción». Bakunin y Nechaev de algún modo se enteraron, en Locarno, de que el destino de estas cartas era el de ser incluidas en el primer volumen de los trabajos póstumos; parecía importante con vistas a sus intenciones respecto del «fondo Bakhmetiev» y la herencia de Tata, que ellos pudieran ser considerados como herederos espirituales de Herzen, y desde su ángulo de enfoque la publicación de las cartas sería singularmente inoportuna. Y decidieron prevenirse. Ante todo intentaron una persuasión pacífica a través de Ogarev como intermediario, pero pronto se dieron cuenta de que era necesario tomar medidas más drásticas, y Nechaev recordó el método tan felizmente empleado con el editor ruso de *Das Kapital*. Así, pues, el 7 de marzo se remitió una comunicación al joven Alejandro, avalada con el membrete «Oficina de Agentes Extranjeros de la sociedad revolucionaria rusa *La Justicia del Pueblo*», en la que se requería a la «familia de Herzen» para que desistiera de la publicación de tales cartas, añadiendo que si su aviso no era tenido en cuenta, *La Justicia del Pueblo* se vería obligada a recurrir a medidas «menos delicadas». Pero la amenaza cayó

en el vacío. Nechaev había juzgado mal a su hombre, y a la única reacción provocada por el ultimátum fue de indignación. Las *Cartas a un viejo camarada* aparecieron a su debido tiempo y ningún miembro de la familia Herzen sintió la mano vengativa de *La Justicia del Pueblo.*

Estos acontecimientos hicieron a Alejandro más ansioso de rescatar a su hermana de la fatídica influencia bajo la que había caído, pero entonces fue imposible sacarla de allí. A mediados de marzo, Bakunin llegó a Ginebra en persecución del «fondo Bakhmetiev» y, por primera vez, introdujo a Tata en casa de Nechaev. Este contaba con un magnetismo natural para coronar el objeto de su ambición y en seguida ejerció presión sobre ella para que pusiera servicios y fortuna a su disposición. Bakunin y Ogarev, activo e insistente el primero, pasivo y complaciente el segundo, se prestaron ambos a este desagradable juego. «Una mujer joven y bonita siempre puede ser útil», respondió Bakunin cuando Tata preguntó cómo ella podría servir a la causa, y acabó sugiriéndole que existen hombres ricos, jóvenes y viejos, a quienes se les podía inclinar al interés de la revolución. Pocos meses más tarde, cuando ya había roto con Nechaev, Bakunin escribió con respecto a aquél en términos de raro candor:

> Si lo presentáis a un amigo lo primero que hará será sembrar la discordia, el escándalo y la intriga entre vosotros y os hará pelear. Y si el amigo tiene esposa o una hija, hará todo cuanto pueda para seducirla y hacerle un hijo, a fin de sacarla así del poder de la moral convencional, e involucrarla, aun a pesar de ella, en alguna protesta revolucionaria contra la sociedad.

La acusación es realmente singular procediendo de un impugnador tan resuelto del orden social existente, y lo que es aún más, tratándose de alguien que tres meses antes había hecho cuanto estuvo en su mano para convertir a la hija de un viejo amigo en un instrumento de Nechaev.

No fue por falta de celo en Bakunin que Tata Herzen escapó ilesa del cepo que había ayudado a prepararle. Nechaev la empleó primeramente en la tarea inocente y desprovista de aventura de escribir direcciones en sobres, sugiriéndole que ello le sería útil para luego falsificar cheques. De todas formas, su intención inmediata era el proyecto de resucitar *La Campana* como órgano de propaganda de sus ideas, y para este propósito le hacía falta el dinero de Tata y el nombre de Herzen. Pero Nechaev desconocía el freno y el tacto y carecía de experiencia en el trato con jóvenes damas que habían recibido una esmerada educación y se hallaban empapadas de convencionales nociones de moral y de conducta. La chica, deslumbrada y fascinada en el primer momento, estaba asustada. Natalia Ogarev, actuando por una vez con sentido, le recordó la antipatía de su padre por Nechaev; su hermano se mostraba francamente hostil a todo el asunto y, tras buena lucha, Tata le negó su nombre para la nueva publicación. Nechaev, enojado por la obstinación de esta «señorita de tres al cuarto», tuvo que recurrir a Ogarev. Y el

primer número de la nueva época de *La Campana* apareció el 2 de abril de 1870, con el siguiente prefacio:

Hacia una nueva orientación de La Campana

Presento esta nueva aparición de *La Campana* con la firme convicción de que la aceptaréis con toda devoción por la causa de la libertad rusa. Vosotros no traicionaréis la bandera levantada por Herzen, bajo la cual todo hombre de pensamiento libre puede expresar sus ideas y opiniones, sin perjuicio, naturalmente, del principal propósito de la liberación de Rusia. Con esta convicción nunca podremos hallar motivo alguno de desacuerdo, y permaneceré, hasta el final de mi vida, vuestro devoto colaborador.

N. OGAREV

La reaparición de *La Campana* fue un completo fracaso, y tras seis números dejó de publicarse. Presumiblemente, su breve carrera fue financiada por el «fondo Bakhmetiev».

Con la corta resurrección de *La Campana* Nechaev alcanzó la cumbre del prestigio y del éxito, pero —si bien no se produjo ningún hecho decisivo que señalara el comienzo de su decadencia— a partir de este punto, por alguna intangible razón, todo empezó a irle mal. Un ruso llamado Lopatin, cuyas credenciales revolucionarias eran impecables, llegó a Ginebra. Era el único hombre que había visto a Nechaev en acción en Rusia y en Suiza, e hizo el mejor uso de sus conocimientos: expuso a Tata Herzen y a todo cuantos quisieron escucharle la verdadera historia de la muerte de Ivanov. Contó que las cicatrices de los dedos de Nechaev eran las huellas mortales de la víctima, que en su agonía había mordido al asesino hasta llegar al hueso[5]. Aseguró a sus oyentes que Nechaev no había estado nunca encarcelado en Rusia y que su alegada fuga de la fortaleza de Pedro y Pablo, de la que tanto alardeaba, era una invención suya tan sólo emparejada en audacia con la del Comité Revolucionario Ruso y su vasta organización, que jamás habían existido fuera del creativo cerebro de Nechaev. No todos creyeron a Lopatin, pero las dudas fueron minando el crédito de Nechaev. Por otra parte, la diplomacia y el servicio secreto rusos se habían vuelto más activamente interesados en su captura, e incluso las autoridades suizas se convencieron de que Nechaev era un personaje peligroso. En mayo, la Policía detuvo equivocadamente a un *emigré* ruso llamado Serebrennikov, por Nechaev, y lo tuvo unos días preso hasta que su identidad fue establecida. Nechaev permaneció oculto en Ginebra o sus alrededores, moviéndose rápidamente de un lugar a otro sin dejar nunca dirección. Una vez Ogarev había enviado a Tata en misión secreta por cuenta de Nechaev al pequeño pueblo montañés de Le Locle, en el Jura. Otra vez

[5] Es curioso consignar que en la novela de Dostoievsky y *Los endemoniados*, que sigue estrechamente la historia del asesinato de Ivanov por Nechaev, los dedos del asesino son mordidos no por la víctima, sino por el suicida-maníaco Kirilov.

Natalia y Tata tuvieron escondido a Nechaev unas semanas en su casa. Pero el hechizo se había roto y las dos no hicieron ningún secreto de su impaciencia para sacudirse tan engorroso huesped.

El final llegó en una violenta disputa con Bakunin. Es singular que ninguna de nuestras abundantes fuentes acerca del asunto Nechaev no dé ninguna explicación coherente de la ruptura; el campo se halla, por lo tanto, abierto a las reconstrucciones especulativas. Los biógrafos amigos de Bakunin dicen que éste no podía tolerar por más tiempo la singular impermeabilidad de Nechaev respecto a las consideraciones morales, pero observadores más despegados recuerdan el proverbio sobre querellas entre ladrones. Probablemente la explicación de la querella es de orden crematístico y psicológico. Ya en febrero Bakunin debió, según sus propias palabras, «superar una falsa vergüenza», y presentó a Nechaev las «condiciones en que él podría entregarse totalmente a la causa». Incluso dio cifras, cifras que, marginalmente, arrojan una interesante luz sobre el coste de la vida en Suiza en aquella época: 150 francos al mes si permanecía el Locarno y 250 si tenía que ir a Ginebra. Pero Nechaev ya no era, en la primavera de 1870, el desamparado vagabundo que hiciera aparición en Suiza un año antes. Encaramado en los hombros de Bakunin había alcanzado una posición de algún relieve en los círculos revolucionarios y, gracias al «fondo Bakhmetiev», de independencia material. En resumen: ya no necesitaba a Bakunin. Se había dado cuenta de su vanidad de veterano y de su impotencia ante las cosas prácticas, y vio que ya no podía esperar ni temer nada de él. Ciertamente su ayuda no merecía pago alguno, y la gratitud no era una cualidad reconocida por Nechaev. Bakunin no fue invitado a participar en la reaparición de *La Campana*, y cuando éste escribió una carta criticando su ambigüedad programática, se publicó una réplica editorial que se refería a «hombres de escaso amor propio que permanecen alejados de todo trabajo activo so pretexto de no estar de acuerdo con este o el otro punto de detalle». A Bakunin le afectó amargamente el despreciativo olvido del joven; su orgullo tuvo que pagar caro su anterior entusiasmo. Poseía en verdad una naturaleza imperiosa y raramente le preocupaban los escrúpulos, pero había sido superado en esta lucha por el imperioso y nada escrupuloso «Boy».

El 14 de junio Bakunin escribió a Ogarev, desde Locarno, que parecía inevitable una ruptura con «Boy», ruptura que tuvo lugar cuando, al mes siguiente, se presentó en Ginebra. Nechaev, que todavía se sostenía entre los papeles de osado fanático y de aventurero pirata, se dio cuenta de que el juego había terminado. No se preocupó. Había exprimido a estos bobos rusos hasta dejarlos secos. Suiza se había vuelto demasiado peligrosa para él y decidió llevar sus actividades a la más amplia arena de Londres. Llevóse consigo un montón de documentos comprometedores pertenecientes a Bakunin, Ogarev y otros, robados —o por lo menos así lo decía Bakunin— para hacerles un chantaje a sus propietarios en cuanto se presentara una ocasión favorable. Bakunin empleó los días

siguientes escribiendo cartas de prevención a sus congéneres políticos de varios países acerca del «Boy», a quien antes les había encomendado como la niña de sus ojos.

La historia de Nechaev puede ahora ser rápidamente concluida. En Londres fundó un nuevo periódico ruso, *La Comuna*, que sólo tuvo dos números de vida, en el primero de los cuales figuraba un ataque a Herzen y una carta abierta de Ogarev y Bakunin en la que osadamente les reclamaba «el saldo del fondo Bakhmetiev». La suma en cuestión se elevaba a 1.410 francos con 50 céntimos que, aparentemente, representaban los intereses pendientes en el momento en que el «fondo» fue partido y que habían quedado en manos de Ogarev; pero como éste había «prestado» parte a Bakunin, era de presumir que no estuvieran disponibles. No ha quedado rastro de la estancia de Nechaev en Londres. Dos años más tarde fue lo bastante temerario para volver a Suiza y se estableció en Zurich con nombre y pasaporte falsos. Sin embargo, su presencia fue denunciada por un polaco llamado Adolfo Stempkowky, un pintor de rótulos que tras haber actuado como patriota en la insurrección de 1863 se había convertido en agente secreto ruso. El Gobierno de Rusia consiguió convencer al Gobierno federal que el asesinato de Ivanov no era un crimen político, sino un delito común, y las autoridades suizas, en vez de amparar a Nechaev como refugiado político, decidieron su extradicción como criminal. Bakunin cuenta que habiendo tenido noticia del peligro que corría Nechaev y no guardándole rencor por el pasado, mandó un mensajero a Zurich para prevenirle. Nechaev se encogió de hombros, comentó que los bakuninistas trataban de echarlo de Zurich y permaneció en su disparatado paraíso hasta que unos días después la Policía lo detuvo. Esta más que dudosa anécdota permite a Bakunin cerrar el patético capítulo de sus relaciones con Nechaev con una especie de victoria moral.

Nechaev sostuvo en el juicio una inquebrantable actitud de desafío. Protestó, vociferó contra el hecho de ser considerado como un criminal común y no como un reo político, y fue retirado de la sala dando grandes voces. La sentencia fue de veinte años de cárcel, que normalmente debían cumplirse en un penal de Siberia, pero las autoridades prefirieron mantener a este peligroso joven más al alcance de sus ojos y lo encerraron en la fortaleza de Pedro y Pablo. Existe la leyenda de que consiguió comunicar, gracias a un centinela complaciente, con sus amigos de fuera de la prisión, y cuando éstos le preguntaron si debían concentrar sus esfuerzos en libertarle a él o en asesinar al zar, enfáticamente les conjuró a ignorar su destino y a trabajar día y noche para la muerte del opresor. Fracasó en la intentona, que él mismo jactanciosamente se había atribuido, de escapar de aquellos torvos muros, pero tuvo la satisfacción de enterarse, en el año noveno de su cautividad, de que se había llevado a cabo con éxito el asesinato de Alejandro II. Poco después moría de escorbuto, a los treinta y cinco años de edad.

CAPÍTULO XV

EL *AFFAIRE POSTNIKOV*, O EL ETERNO ESPIA

Al final de la sexta década del pasado siglo, el más importante y eficaz agente de la sección extranjera de la Policía secreta rusa era un tal Karl Arved Roman, de origen letón y de cuna relativamente humilde. Escogió la carrera militar, y sus distinguidos servicios en la guerra de Crimea le valieron rápidos ascensos, hasta alcanzar el grado de coronel. Pero además de sus proezas militares ostentaba también otras cualidades: al comienzo de la indicada década fue adscrito a la famosa Tercera División de la Cancillería Imperial, cuartel general de la Policía secreta. En 1869, cuando había cumplido los cuarenta años, obtuvo un retiro y se fue al extranjero «por razones de salud». Escogió Suiza como lugar de residencia, donde siguió prestando sus valiosos servicios a las órdenes de la Tercera División.

Su primer éxito en el extranjero fue una de aquellas sencillas jugadas que llevan la marca del genio. Había transcurrido un año desde la muerte del príncipe Dolgorukov en Berna y la guarda de sus papeles en las «seguras manos» de Tchorzewski, que Herzen había anunciado triunfalmente en *La Campana*, causó las correspondientes aprensiones en Petersburgo. Dolgorukov había alardeado mucho de las revelaciones que algún día podría hacer y nadie sabía qué secretos dañinos podían encerrar estos famosos papeles. Durante meses nada se oyó acerca de ellos. Tchorzewski carecía de la energía y de los fondos necesarios para su publicación. Nada había hecho que justificara la confianza depositada en él por el moribundo príncipe Dolgorukov cuando, como llovido del cielo, apareció en escena un coronel retirado ruso llamado Postnikov, que simpatizaba claramente con los revolucionarios y que estaba

dispuesto no sólo a emprender la publicación de los papeles de Dolgorukov, sino a pagar incluso una bien redondeada suma de dinero por el privilegio. La suma se acordó en 7.000 rublos. Tchorzewski picó el anzuelo, y, con la plena autorización de Herzen y Ogarev, entregó los documentos. El dinero con que se pagaron procedía de los cofres de la Tercera División y el coronel retirado no era otro que Karl Arved Roman. Los comprometedores papeles pronto fueron guardados en lugar seguro en Petersburgo.

El victorioso *coup* se llevó a cabo en octubre de 1869, cuando aún no hacía dos meses que Roman había llegado a Suiza. Pronto se vio ocupado en otro trabajo. En el invierno de 1869-70 recibió instrucciones para descubrir, sin alarmar al objeto de la investigación, el paradero de la conocida princesa Obolensky. Zoe Obolensky merece ocupar un lugar propio en toda recensión de los anticonvencionales aristócratas rusos del siglo XIX. Era una hija de la antigua familia rusa Sumarokov y casó dentro de la escasamente menos antigua familia rusa Obolensky. Su marido, el príncipe Obolensky, era un fiel servidor del zar y ocupó, sin descrédito alguno, el cargo de gobernador civil de Moscú, pero pasado algún tiempo la conducta de la princesa había provocado desfavorables comentarios. No hacía mucho que exhibía una marcada repugnancia para la sociedad de su marido, y prefería vivir, con sus hijos, casi continuamente en el extranjero. Estas desavenencias domésticas no eran lo suficientemente raras para justificar un escándalo de primera magnitud, pero en la conducta de Zoe había un aire de convicción y desafío que la distinguía de la categoría ordinaria de esposas errantes. Y la rareza no se limitaba a las acciones. En la aristocracia rusa, una conducta impropia constituía, antes que nada, una falta de tacto; pero profesar ideas impropias era un crimen imperdonable. Y las ideas de la princesa Obolensky, aunque vagas, eran decidida y ostentosamente de carácter radical.

El escándalo se hizo notorio por el año 1865, cuando la princesa y sus hijos residían en Italia. Alquiló un palacio en Nápoles, y su personal doméstico consistía en un pequeño ejército de ayos, gobernantas y sirvientes, más un médico privado que trajo consigo de Rusia. La ciudad de Nápoles había sido largamente famosa por su destreza y su persistencia en mantener subterráneas intrigas revolucionarias. Hacía cinco años que Garibaldi y los mil habían llevado a cabo la «liberación» de Nápoles y la habían incorporado al recién nacido reino de Italia, pero no se permitió que estos acontecimientos interfirieran en la venerable tradición del descontento político. Los impetuosos libertadores habían prometido el advenimiento de una edad de oro, pero los napolitanos no tardaron en descubrir que la cotidiana aleación aún contenía una generosa mezcla del más bajo metal, e incluso se oyeron voces rumoreando que el rey Víctor Manuel, reinante en Turín o en Florencia, no era mejo. que una reencarnación del propio Rey Bomba, de bendita memoria, cuyo vacilante trono había sobrevivido tan difícilmente a la

revolución de 1848. Alrededor de este núcleo local de conspiradores en potencia se reunía una abigarrada formación de revolucionarios nacionales e internacionales, para todos los cuales la princesa Obolensky, con la franca hospitalidad de los aristócratas rusos, tenía abierta su casa. En el verano, cuando la vida se hizo imposible en la ciudad, alquiló la mitad del más amplio hotel de la isla de Ischia, donde siguió atendiendo a sus huéspedes con igual prodigalidad, entre las frescas brisas del Mediterráneo. La princesa era de las que no hallaban incompatibilidad alguna entre una vida lujosa y las ideas democráticas.

Entre los discípulos de la revolución que se solazaban al sol inmersos en la lujosa hospitalidad de Zoe Obolensky había dos eslavos: Bakunin, que se había instalado en Nápoles con su esposa, y un polaco llamado Mrockowski. Bakunin había emprendido en Nápoles la tarea de montar una Hermandad Internacional Revolucionaria; su política suplía en énfasis su carencia de precisión, y la organización era más vaga aún que la política. El núcleo de la Hermandad lo constituían un puñado de periodistas y abogados italianos, y su carácter internacional parece que se reducía a la presencia, de Bakunin, hasta que, por un feliz acontecer, se alistó entre sus miembros la princesa Obolensky. Ello implicaba mutuas ventajas: la princesa gozaba de la sensación de ser una auténtica conspiradora y Bakunin gozaba de la más grande profusión de comodidades jamás conocidas en sus anteriores veinticinco años de vagabundeo desde que salió de Rusia.

Pero, a la larga, Mrockowsky tuvo más para ofrecer a la princesa de lo que podía ofrecerle Bakunin. Era costumbre en la ortodoxia moral y política del siglo XIX actuar juntos; la princesa se hubiera considerado inconsecuente si no se hubiese embarcado con ambos a la vez, si bien el emprendedor y diestro polaco supo llegar tan lejos en su favor que se convirtió en su amante. Zoe, en su espíritu de reto que tanto agravó sus ofensas a los ojos de la familia, no intentó siquiera ocultar el hecho. Mrockowsky ingresó también en la Hermandad Internacional; incluso existe constancia de un viaje emprendido por él a Francia y Bélgica para captar nuevos adeptos a la causa.

El idilio napolitano duró un par de años, y en 1867 la princesa Obolensky y su amante marcharon a Suiza, donde tomaron una casa en los alrededores de Vevey. Por una extraña coincidencia, o porque no deseaba perder de vista a tan magnánima protectora, Bakunin abandonó Italia aproximadamente al mismo tiempo y se instaló en Ginebra al otro extremo del lago. Pero tanto las rentas de la princesa como su entusiasmo por Bakunin se hallaban en descenso y, desde el mismo momento de su llegada a Suiza, Bakunin reanudó la vida de penuria y ocasionales beneficios, característica de sus últimos años. Parece incluso que los amantes se recluyeron en una oscura existencia, que contrastaba inesperadamente con la ostentosa *grandeur* de Nápoles. Poco se oyó hablar de ellos durante dos años, hasta que, hacia fines de 1869, Roman recibió órdenes de investigar el paradero de la princesa, que había

culpablemente negligido informar de su residencia a su marido o al cónsul ruso correspondiente.

Pronto se reveló el motivo de estas instrucciones. El príncipe Obolensky, incitado por su cuñado el conde Sumarokov, había mostrado un súbito interés por el destino de sus hijos, expuestos durante cinco años al contagio de las opiniones y el modo de vida de su madre. Los dos nobles solicitaron la ayuda del Gobierno de Rusia para la recuperación de los niños, y el Gobierno de Rusia la solicitó, a su vez, al Gobierno federal suizo. Roman no halló dificultad alguna para localizar a la princesa y su poco convencional familia. A comienzos de 1870 el príncipe Obolensky se trasladó a Suiza para recuperar a sus retoños. Un miembro del Gobierno federal suizo aguardaba al príncipe en la estación del ferrocarril; acompañados de una patrulla de guardias, se personaron en la villa de la confiada princesa. Parece que Mrockwsky no se hallaba presente; en todo caso no tomó parte en la escena. Los guardias apartaron a la princesa, que no dejaba de chillar, y el secuestro de los hijos fue llevado a cabo sin tropiezos. Zoe nunca volvió a verlos. Ella y su amante marcharon a Mentón, donde, habiéndose secado las fuentes de recursos de la princesa, Mrockowsky se ganó la vida como fotógrafo. La misión de Roman había sido coronada nuevamente por el éxito. Bakunin, que temía que Nechaev podía participar del destino de los hijos de Obolensky, dirigió una furibunda acusación contra las autoridades suizas bajo el título *Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo.*

Una obra más importante se esperaba, sin embargo, de fiel y eficaz agente de la Tercera División. El asesinato de Ivanov y la huida de Nechaev a Suiza habían despertado a la Policía de la singular indiferencia con que había contemplado las precoces aventuras de aquel joven, y fue confiada a Roman la tarea de descubrir el paradero de Nechaev. Este fue un asunto del todo distinto al de la oculta princesa Obolensky. Nechaev, al revés de la princesa, suponía que sería perseguido y estaba en guardia. Roman sólo vio una esperanza de llevar a cabo tan importante captura: introducirse en la confianza de quienes se podía esperar que conocían los secretos de Nechaev. El círculo de Herzen, Ogarev y Tchorzewski constituía un punto de partida adecuado; desde el momento que había penetrado en él como el coronel retirado Postnikov, editor en perspectiva de documentos de Dolgorukov, debía mantenerse a toda costa en su papel y era, por lo tanto, necesario que mostrara pruebas de que el asunto de la edición iba adelante. Propuso, pues, a sus jefes de Petersburgo que se publicaran, en efecto, los papeles de Dolgorukov, suprimiéndose los pasajes que pudieran ser desagradables para las autoridades. No era necesario, precisó, especial apresuramiento; Tchorzewski había ya perdido un año entero. Tan pronto como fuera publicado el trabajo podría, si fuese necesario, comprarse directamente al impresor la totalidad de la edición, asegurándose así que no se pondría ningún ejemplar en circulación. Pero tenían que publicarse y, sobre todo, él debía tener en su poder los originales, que deberían

devolverle desde Petersburgo, a fin de que Ogarev y Tchorzewski (Herzen acababa de morir en París) pudiesen ver de vez en cuando que seguían en sus manos, ya que de otra forma podrían despertárseles sospechas. La publicación costaría a la Tercera División 4.000 francos, más otros 3.000 para sus gastos personales durante seis meses. La suma era considerable, pero este cebo ofrecía una oportunidad de rastrear las huellas de Nechaev hasta su secreto cubil.

La Tercera División, cuya organización era todavía primitiva, contaba con pocos agentes del calibre de Roman y, sobre todo, no tenía idea de cómo encontrar a Nechaev. El plan de Roman los dejó sorprendidos, pero, al final, a regañadientes, pero admirando su empresa y su ingenio, consintieron. Roman, que con el nombre de Postnikov circulaba entre París, Bruselas y Ginebra, recibió de nuevo los papeles de Dolgorukov o, por lo menos, los que las autoridades no consideraron demasiado impropios para imprimir, discutió cuidadosamente con Tchorzewski y Ciernecki el orden y la forma de su publicación y confió la traducción del ruso al francés a un viejo *emigré* que había combatido a las órdenes de Garibaldi.

Habiéndose así «cubierto» impecablemente, Roman-Postnikov púsose al trabajo de sacar a sus amigos algún indicio del paradero de Nechaev. Hizo coger a Tchorzewski una solemne borrachera a expensas del erario ruso, y habiéndole conducido a casa en estado de semiinconsciencia, tuvo la oportunidad de registrar su piso, pero ni sus papeles ni su conversación revelaron el precioso secreto, por lo que sacó la conclusión, bastante correctamente, que no lo conocía. Durante los primeros meses de 1870 se hizo íntimo amigo de Ogarev, al que pronto designó con el afectuoso diminutivo usado por sus íntimos, Aga, a quien en sus últimos informes describe como un hombre «que ha bebido hasta olvidar» y del cual no se podía obtener ninguna información coherente. Viose con Natalia Ogarev, a la que llama «Madame Herzen», pero no pudo obtener de ella otra cosa que un retrato de su «último marido». Roman era hábil, pero Nechaev había tomando sus precauciones: raramente permanecía largo tiempo en un sitio y nunca comunicaba su residencia ni aun a los mejores amigos.

Estos resultados negativos produjeron una triste decepción tanto a Roman como a sus superiores. Éstos eran exigentes y recelosos, y Roman se vio ante la perspectiva de que su misión, y aun su carrera, terminaran en la desgracia. Pero en este momento crítico se abrió un nuevo camino ante él. A medidados de abril de 1870 fue presentado a Bakunin, que había llegado a Ginebra procedente de Locarno. Pocas semanas antes Roman había unido, en uno de sus informes, a Ogarev y Bakunin definiéndoles como «hombres cuya carrera había terminado», y había dado, recibida de segunda mano, la siguiente descripción de este último personaje:

A Bakunin no le queda mucho tiempo de vida. Se halla en avanzado estado

de hidropesía, que ya le ha llegado al cerebro. Se ha convertido, dicen, en una bestia salvaje a consecuencia (por encima de toda otra cosa) de su ingobernable temperamento y su incapacidad para satisfacer sus apetitos sexuales.

Tras la entrevista nunca más se oyó hablar a Roman del decaimiento físico y mental de Bakunin. El agente estaba demasiado ansioso de justificarse a los ojos de sus jefes insistiendo en el valor de su nuevo amigo. No hay duda que en aquel momento Bakunin se hallaba en estrecha relación con Nechaev, y circulaban incluso rumores de que éste vivía con él en Ginebra en la misma casa. Roman se apresuró a comprobar estos rumores visitando a Bakunin el mismo día de haberse efectuado la presentación. Lo encontró en una pensión de las afueras de la ciudad. Alargó bastante la visita a fin de convencerse de que Nechaev no vivía allí y de que Bakunin no lo esperaba en un futuro próximo. El más hábil espía difícilmente podía esperar descubrir algo más en una primera visita. Desafortunadamente, antes de que Roman tuviera tiempo de estrechar más las relaciones, Bakunin regresó a Locarno.

Roman tenía un poderoso motivo para exagerar la importancia de Bakunin en sus informes a Petersburgo, puesto que le proporcionaba una justificación para continuar en su cargo; pero no hay duda que, como tantos otros, también él había caído bajo el hechizo del hirsuto y desdentado veterano. Bakunin fue, claramente, la personalidad más impresionante de los revolucionarios rusos en Suiza. No era tan sólo la fuente de información más probable sobre Nechaev, sino que desde el punto de vista de un agente del Gobierno ruso merecía por sí mismo la más estrecha observación. Roman argumentó en este sentido a su Gobierno con toda la elocuencia y el ingenio de que fue capaz.

Pero la impresión no había sido exclusivamente unilateral: Bakunin no olvidó las maneras amables y el ingenuo entusiasmo de su visitante; cuando volvió a Ginebra de nuevo, en junio, apresuróse a visitar a su vez al «gallardo coronel». Era el momento de la pelea con Nechaev; con la defección de éste, Bakunin había perdido su único contacto directo con la tierra natal y Postnikov parecía admirablemente calificado para llenar el vacío. Aunque ardiente revolucionario —explicaba— todavía no se había comprometido en el país y podía entrar y salir libremente de Rusia. Parecía llovido del cielo. Bakunin le dijo que él y Ogarev deseaban hacer salir un nuevo periódico que ocupara el lugar de *La Campana*, y todo cuanto les hacía falta era alguien que pudiera ir a Rusia y regresar con noticias fidedignas de los hechos revolucionarios de allá. El coronel retirado Postnikov era el hombre más adecuado para esta misión, y cuanto más vaciló, tanto más insistieron Bakunin y Ogarev. La amigable discusión produjo una intimidad más estrecha, y transcurrida una semana Bakunin comunicó algunos secretos a su nuevo aliado. Si no descubrió el escondrijo de Nechaev fue tan sólo porque lo desconocía. Pero Postnikov vacilaba todavía ante el propuesto viaje a Rusia, y nada había decidido aún cuando Bakunin regresó a Locarno, a fin de mes.

La causa de estas vacilaciones era sencilla. Postnikov estaba dispuesto, pero Roman tuvo que telegrafiar a Petersburgo para permiso y fondos. Era, y en este punto no se equivocó, una excelente oportunidad para informar verbalmente a sus superiores y obtener nuevas instrucciones. Al fin recibió la necesaria autorización, y Ogarev telegrafió a Bakunin en Locarno la agradable noticia de que Postnikov emprendía el vieje. Antes de irse, Postnikov comió con su querido amigo Ogarev para conmemorar el cumpleaños del último y le obsequió —de nuevo, sin duda, a expensas del erario ruso— con una pipa.

Además de la recogida de información, Bakunin confió otra misión delicada al agente de la Tercera División. Bakunin había abandonado Rusia treinta años atrás, en 1840, y sólo la había vuelto a visitar como preso. Su padre y su madre habían fallecido hacía largo tiempo, pero él no había recibido nunca su parte (o lo que consideraba su parte) de los bienes de la familia; las cartas mandadas a su hermanos y hermanas o habían sido ignoradas —quizás nunca llegaron a su destino— o habían merecido tan sólo puras evasivas. Bakunin no sólo cargó a Roman con otra carta más, sino que le suplicó que visitara su vieja casa, en Premukhino, en la provincia de Tver, e hiciera un llamamiento personal a la familia, mostrándoles como testigo fehaciente las estrecheces en que su infortunado hermano estaba obligado a vivir. Roman cumplió fielmente estas misiones. Entregó personalmente la carta (después de haber depositado una copia en los archivos de la Tercera División) en Premukhino y regresó con setenta rublos para Bakunin. La pequeñez de la suma sugiere más un acto de caridad que el reconocimiento de una reclamación. Roman, a su regreso a Ginebra, puso el dinero en manos de Ogarev para que fuera transferido a Bakunin, y, hombre metódico, pidió un recibo, que fue enviado con su siguiente informe a las autoridades de Petersburgo.

Roman regresó a Ginebra en los primeros días de septiembre en medio de la excitación provocada por la *débâcle* de Sedán, la proclamación de la Tercera República Francesa y la inminente ocupación de París por los prusianos. Los alarmantes sucesos de las pasadas semanas habían resonado hasta en la pacífica Locarno. El estallido de la guerra entre los Gobiernos de Francia y Prusia pareció, a quienes eran enemigos declarados de todos los Gobiernos, una ocasión llovida del cielo; Bakunin dirigió ávidamente la mirada a su alrededor en busca de señales de una incipiente revolución y escribió un folleto altamente inflamado en forma de unas imaginarias *Cartas a un francés*. Su objetivo, según contó a su amigo Ogarev, era probar que «si de la presente guerra no se originaba en Francia la revolución, el socialismo moriría por muchos años en toda Europa».

Bakunin no pretendía mantener, entre los poderes en lucha, la imparcialidad que sus principios parecían exigir. Por las venas de todos los eslavos fluía el odio a todo lo teutón, y Bakunin, además de poseer esta herencia común, había sido iniciado en las enseñanzas de los

eslavófilos, que creían que Pedro el Germano había sido la fuente de todo lo malo de la Rusia moderna. Sus sentimientos para con Francia era de otro matiz, pero no menos altamente coloreados. La Revolución francesa, más allá de toda disputa, había dado nacimiento al socialismo moderno, y las únicas teorías socialistas que Bakunin conocía se habían elaborado en Francia. Francia fue la pionera y la campeona de la nueva ilustración, y si bien gozaba con la caída de Napoleón *III*, estaba indefiniblemente horrorizado ante la perspectiva de ver Francia invadida por las tropas prusianas y el pueblo francés sometido al odiado yugo teutón. Clamó ruidosamente por un alzamiento popular, que debería no sólo rechazar al invasor, sino iluminar la revolución en toda Europa.

Era en Lyon donde Bakunin tenía especialmente fija la mirada. Lyon era una de las principales ciudades industriales de Francia, la más cercana a la frontera suiza y, sobre todo, allí residía un activo grupo de sus amigos y discípulos políticos, el más importante de los cuales era un tal Albert Richard. El momento era crítico. La opinión pública de Lyon dudaba, no entre imperio y república (después de Sedán, Napoleón apenas contaba con ningún amigo en Francia), sino entre la república de Gambetta y una nueva revolución. Los amigos de Bakunin izaron la bandera roja y llamaron a su jefe a escena. El veterano decidió «llevar mis viejos huesos a Lyon y jugar allí, quizá, mi último papel».

Por ello, cuando el 9 de septiembre Postnikov salió de Ginebra hacia Locarno para informarle personalmente de su visita a Rusia, Bakunin ya se hallaba en camino de Locarno a Ginebra y Lyon; y así sucedió que tuvieron un teatral encuentro en las calles de Lucerna cuando Postnikov estaba aguardando la diligencia (todavía no se había perforado el San Gotardo y no existía ferrocarril para la Suiza italiana) en la que llegó Bakunin. Este, soltando rápidamente el portamantas, se echó en brazos de Postnikov y le besó tres veces en la mejilla. En este extraño escenario recibió, de un agente del servicio secreto ruso, los primeros saludos de sus hermanos tras muchos años de silencio. Postnikov no tenía otra cosa que hacer que volver sobre sus pasos, por lo que acompañó a Bakunin en su viaje hasta Berna. Los fondos de la Tercera División le permitieron tomar billete de primera clase, mientras su menos opulento compañero viajaba en segunda; y quizá fuera esta diferencia lo que inspiró a Bakunin la idea de aprovechar la ocasión para obtener un préstamo. Le pidió 250 rublos. En un rasgo de candor añadió que no podía «honradamente» prometerle la devolución del dinero en un plazo definido, pero que lo haría a la primera oportunidad. Postnikov se abstuvo. No estaba seguro de que fuese ésta una clase de gasto que la Tercera División aceptara en sus cuentas. Pero Bakunin, mientras paseaban por el andén de la estación antes de ocupar sus respectivos compartimentos, insistió, y no tuvo más remedio que acceder. Sin embargo, Postnikov no llevaba encima tan gran cantidad de dinero y le prometió que en cuanto llegara a Ginebra lo entregaría a Ogarev para que se lo remitiera.

Los dos viajeros se separaron en Berna. Roman regresó a su cuartel general de Ginebra y Bakunin siguió a Neuchâtel para ponerse de acuerdo con su amigo Guillaume, el impresor, respecto a la publicación de las *Cartas a un amigo francés*. Unos días más tarde, en vísperas de la salida de Bakunin hacia Lyon, se encontraron de nuevo en Ginebra, y Bakunin pidió al «gallardo coronel» que lo acompañara. En el transcurso de la conversación dejó caer la excitante noticia de que Nechaev estaba en Lyon. Roman se apresuró a informar a Petersburgo y pidió autorización para proseguir la caza en suelo francés. Bakunin dejó Ginebra en la tarde del 14 de setiembre con dos camaradas, uno ruso y otro polaco, y llegó a Lyon al día siguiente.

En Lyon la confusión era completa. A la caída de Napoleón III se proclamó una república y en el Ayuntamiento se instaló un Comité de Salvación Pública. Este título altisonante respiraba el espíritu revolucionario tradicional. Sus objetivos políticos eran imprecisos y no quedaba claro, ni mucho menos, qué era lo que trataba de «salvar». Unos hablaban de salvar la revolución, otros pedían que se llevara a cabo una «unión sagrada» de todos los partidos para salvar a Francia de Bismarck. El primer acto del comité fue mandar tres delegados, uno de los cuales era Albert Richard, a París, para negociar con el nuevo Gobierno republicano de Gambetta, cuyas relaciones con él eran totalmente indefinidas. Finalmente, el mismo día de la llegada de Bakunin a Lyon se efectuaron elecciones municipales y el prematuro y algo ridículo Comité de Salvación Pública abdicó en favor del nuevo Concejo Municipal.

Bakunin, gigante entre pigmeos, pronto se adueñó de la situación, y su primera idea fue constituir, como de costumbre, un comité revolucionario; en ausencia de Richard echó mano de un sastre llamado Palix, y el piso de Palix se transformó en improvisado cuartel general de una organización revolucionaria que se denominaba a sí misma, con singular impropiedad, Comité para la Salvación de Francia. Bakunin se hallaba ahora de nuevo en su elemento; por primera vez, desde los gloriosos días de 1848, saboreaba el gozo embriagador de la revolución.

> Me da vueltas la cabeza [escribió a Ogarev]. Hay mucho que hacer. No existe todavía una revolución real, pero existirá. Todo está preparado y a punto para una revolución real. O todo o nada. Espero un próximo triunfo.

Organizó mitines de trabajadores y su fácil elocuencia obtuvo en todas partes brillante éxito. Se acordaron resoluciones pidiendo la destitución de la oficialidad y su sustitución en el mando por gente elegida por el pueblo, la liberación de los soldados encarcelados por motivos políticos, la imposición de contribuciones a los ricos y la publicación de una lista de «espías y *provocateurs*». Por el momento Bakunin era el hombre más popular de Lyon. «En el primer día de una revolución», había dicho de él alguien, en París, en 1848, «es un perfecto tesoro; en el segundo día habría que matarlo».

Alentada por su éxito inicial, la Federación de Comités para la Salvación de Francia (el único comité existente ya se había multiplicado en la imaginación de Bakunin) lanzó una proclama que se fijó por las calles de Lyon el 26 de septiembre. Esta proclama ostentaba una veintena de firmas, entre ellas las de Bakunin, Palix y Richard, pero su estilo delataba claramente la mano del primero. He aquí el texto de este característico documento:

REPUBLICA FRANCESA
FEDERACION REVOLUCIONARIA DE COMUNAS

La desastrosa situación del país, la impotencia de las autoridades y la indiferencia de las clases privilegiadas ha puesto a la nación francesa al borde del abismo.

Si el pueblo organizado para la revolución no actúa rápidamente, el futuro está perdido, la Revolución está perdida, todo está perdido. Inspirados por la inmensidad del peligro y considerando que la desesperada acción del pueblo no debe ser demorada un momento más, los delegados de la Federación de Comités para la Salvación de Francia, en la sesión del Comité Central, han acordado proponer la adopción inmediata de las siguientes resoluciones:

1.° Habiéndose mostrado impotente la máquina administrativa y gubernamental del Estado, es abolida. El pueblo francés asume la total posesión de su destino.

2.° Se suprimen todos los tribunales criminales y civiles y se substituyen por la justicia del pueblo.

3.° Se suprime el pago de impuestos y deudas hipotecarias. Los impuestos serán sustituidos por las contribuciones de los comunitarios federados extraídas de las clases ricas en proporción a las necesidades de la seguridad de Francia.

4.° Habiendo dejado de existir, el Estado no intervendrá en el pago de las deudas privadas.

5.° Se suprimen todas las organizaciones municipales existentes y se sustituyen en todas las comunas federadas por Comités de Salvación de Francia, los cuales ejercerán todos los poderes bajo la inmediata vigilancia del pueblo.

6.° Los Comités de las capitales de Departamento enviarán dos delegados a la Convención Revolucionaria para la Salvación de Francia.

7.° Esta Convención se reunirá inmediatamente en el Ayuntamiento de Lyon, dado que se trata de la segunda ciudad de Francia y la mejor situación para proceder enérgicamente a la defensa del país. Esta Convención, apoyada por la totalidad del pueblo, salvará a Francia.

¡¡¡A LAS ARMAS!!!

Según la constancia que de estos acontecimientos dejó Richard, los miembros franceses del Comité para la Salvación de Francia no participaban de la confianza ni el optimismo de su colega y líder ruso. Secretamente no estaban persuadidos de la eficacia de los métodos de Bakunin para salvar a Francia, y eran aún más escépticos acerca de la

popularidad de estos métodos entre el proletariado francés. Su tempestuosa energía los arrastró a firmar la proclama, pero sólo se vieron forzados al desatinado intento de traducir este *programa en acción* por circunstancias imprevistas cuando ya habían ido demasiado lejos para retroceder. El difunto Comité de Salvación Pública había nacionalizado, en un momento de entusiasmo, las fábricas, y las había convertido en Talleres Nacionales. El concejo municipal que heredó esta bendición del comité se encontró con que el experimento estaba agotando sus últimos recursos. Ante ello escogió este poco propicio momento para reducir los salarios en los Talleres Nacionales de tres francos a dos y medio por día. Tal acción estuvo bien calculada para despertar la indignación incluso en el pecho de aquellos que carecían de interés abstracto en la revolución, y el Comité para la Salvación de Francia estudió la situación. Bakunin deseaba aprovechar la ocasión para un llamamiento general de la clase trabajadora a las armas. Cierto es que su proclama terminaba con las palabras «¡A las armas!», pero ello era un recurso oratorio que nadie cumplió, y Bakunin se hallaba solo en su afán de pasar de las palabras a los actos. Puesto a votación, el comité decidió organizar una manifestación pacífica.

Al día siguiente, en respuesta al llamamiento del comité, una multitud de algunos miles se concentró ante el Ayuntamiento, y los delegados de los obreros penetraron en su interior para pedir que fueran restablecidos los jornales de tres francos, pero los consejeros municipales habían adquirido prudentemente otros compromisos y no se hallaban en la casa. Cuando la multitud tuvo conocimiento de ello irrumpió violentamente en el edificio con los miembros del comité tras ellos. Nadie sabe concretamente lo que ocurrió, pero sólo habían tenido tiempo de soltar algunos discursos cuando apareció un destacamento de la Guardia Nacional, que echó a la multitud del interior, arrestó a Bakunin y a uno o dos más y restableció el orden.

Sin embargo, la incruenta batalla del 28 de septiembre pasó por varias fases de real compromiso. Una hora después, de nuevo la multitud hizo irrupción dentro del edificio, desarmó al pequeño destacamento y soltó a Bakunin. El comité se encontró, con algo de sorpresa por su parte, de nuevo amo de la situación, y resuelto a no desperdiciar oportunidad se sentó a deliberar sobre la formación de un gobierno provisional. Bakunin, nunca a la baja, aconsejó la detención del alcalde y los dirigentes *bourgeois*, pero no estaba claro con qué fuerzas se podrían llevar a cabo estas detenciones, y nadie más hizo ninguna otra sugerencia. En este momento empezaron a converger en la plaza diversas compañías de la Guardia Nacional. Los miembro del comité, atisbando por las ventanas, viéronse rodeados no ya or entusiastas partidarios, sino por los fusiles *Chassepot* de la Guardia, y cuando oscureció se deslizaron fuera de la casa, ocultándose vergonzosamente. A la caída de la noche los consejeros municipales se reinstalaron sin menoscabo alguno gracias a su volatilización. Al día siguiente Bakunin, tras haber

pedido prestado a Palix el importe del viaje, dejó Lyon, trasladándose furtivamente en tren a Marsella. En su posterior relato de la tragicomedia de Lyon atribuye tranquilamente el fracaso a la «traición» y la «cobardía» de los demás miembros del comité, incluido Richard, de quien no volvió a hablar nunca con respeto. Y los franceses replicaron atribuyéndolo al engaño de este dominante ruso, que había pretendido enseñar cómo se hacen las revoluciones, a los herederos de la más grande revolución de la historia.

En medio de la conmoción del 28 de septiembre llegaba a Lyon otro personaje: el coronel retirado Postnikov, que pocos días antes había recibido una carta de Bakunin rogándole que pidiera prestados 500 rublos a Tchorzewski para necesidades de la revolución. «O moriré», había escrito Bakunin, «o muy pronto devolveré el dinero». A pesar de sus teóricos puntos de vista sobre la propiedad privada, tenía la firme convicción que una revolución triunfante era un lucrativo negocio para sus promotores. A la carta había seguido un telegrama en el que Antonia suplicaba a su hermana Julia que «fuera en seguida a Lyon y que le trajera vistas de Suiza». En este ingenuo cifrado, «Antonia» es Bakunin; la «hermana Julia», Postnikov, y las «vistas de Suiza», las recién impresas *Cartas a un francés*. Los 500 rublos no se habían obtenido, pero Postnikov llegó debidamente a Lyon con 300 ejemplares del famoso folleto. No encontró, sin embargo, a su amigo aquel día, y en los próximos fue informado de que ya había huido. En cuanto a Nechaev, el otro objeto de su búsqueda, no halló rastro alguno de él; o no había estado nunca en Lyon (la hipótesis más probable) o se había marchado antes de la revuelta. Roman-Postnikov regresó cabizbajo a Ginebra y lo explicó a sus superiores en un esfuerzo apologético.

Tenía razón al predecir su disgusto respecto a este viaje infructuoso. Recibió, sin más, orden de regresar a Lyon y seguir la búsqueda de Nechaev, en quien estaban más interesados que en el enfermo y desacreditado Bakunin. Entretanto la reacción había triunfado en Lyon. Alguien había disparado contra el alcalde y las autoridades estaban nerviosas. La Policía siguió con interés las andanzas de Postnikov y llegó a la sabia conclusión que era un cómplice de Bakunin. Fue detenido, y luego lo soltaron con la condición de que abandonaría la ciudad en las próximas veinticuatro horas. «He servido durante nueve años», escribió pesarosamente en su informe, «y nadie me había ofendido. Y ahora he tenido que sufrir las ofensas de estos ruines y vulgares franceses».

A su regreso a Ginebra, a fines de octubre, Postnikov halló dos cartas que le había mandado Bakunin desde Marsella. En la primera le suplicaba que contribuyera en la medida que pudiese a la «causa común»; la segunda llevaba incluida otra carta que debería remitir, «observando las mayores precauciones», a los hermanos de Bakunin, y en la que, aunque no ha sido conservada, podemos asumir con seguridad que pedía dinero. Esta carta fue debidamente remitida por Roman a sus jefes, que la reexpidieron a su destino. El incidente divirtió al jefe de la

Tercera División, que, jocosamente, anotó en el informe de Roman:

No se imagina el viejo revolucionario que la Tercera División lleva su ternura al extremo de poner sellos a las cartas que manda a sus hermanos.

Bakunin pasó tres semanas cuidadosamente oculto en Marsella, donde vivía carente de las contribuciones para la «causa común», vendiendo sus escasos bienes. Hasta que la situación se hizo demasiado peligrosa. Los miembros locales de la Internacional recogieron suficiente dinero para su regreso y le aseguraron la complicidad de un capitán amigo. Se afeitó la barba, se cortó su áspera melena y se colocó unas gafas azules. Con este disfraz embarcó de incógnito con destino a Génova. Fue su último viaje a Francia. A finales de octubre regresó a Locarno.

Se acerca el último episodio de esta encantadora amistad entre el apóstol de la revolución y el agente de la Tercera División. Los espías policiacos no siempre son unos melodramáticos villanos; es singular descubrir en los informes de Roman rasgos de un creciente y cordial afecto hacia su confiada presa. Llegó a mirar al desamparado viejo revolucionario como su especial encargo, y una y otra vez, frente a la insistencia de sus jefes sobre la importancia de hallar a Nechaev, insistía en la necesidad de «una completa observación de Bakunin». Este, nuevamente en Locarno, pronto escribió que sus recursos se hallaban de nuevo exhaustos. Su familia había sido amenazada por los tenderos con negarle más crédito, aun para las más simples necesidades de la vida diaria. Había perdido tanto la fe en su estrella que ya ni prometía la devolución de los préstamos que pedía. Pero usaría de una receta: el «gallardo coronel», en su próxima visita a Rusia, podría recoger dinero de la participación de Bakunin en la hacienda familiar. El corazón de Postnikov no pudo negarse, y los 300 rublos que le mandó, si bien figuraron en las cuentas de la Tercera División, era claramente más asunto de sentimiento que de empresa.

Pero la separación estaba próxima. En enero, Roman, que acababa de publicar una primera entrega de los papeles de Dolgorukov (cautelosamente limitado a la época de Catalina la Grande) y que ya había confesado francamente su incapacidad para verter más luz sobre el paradero de Nechaev, fue finalmente llamado a Petersburgo. Efectuó una visita de despedida a Ogarev en Ginebra, quien derramó lágrimas sensibleras sobre su vida pasada, gastada en vana labor por un ideal que estaba más lejos que nunca de su realización. El encuentro de despedida con Bakunin tuvo lugar en Berna. La salud del viejo luchador había sido minada por el fracaso de Lyon y por las penalidades de su fuga. Respiraba pesadamente, se quejaba de hinchazón y dolor en las piernas y comía y bebía poco. Pero su espíritu permanecía entero y todavía habló jovialmente de la desarticulación del imperio austriaco —su sueño durante treinta años— y de la guerra general europea, que posiblemente

se propagaría a la propia Rusia. Creía que la guerra era inminente, y suplicó particularmente a Postnikov que a su llegada a Rusia estudiara vías y medios de propaganda en el Volga y en los Urales, que consideraba los campos más prometedores para su empresa misionera. Invitó a Postnikov a visitar a sus hermanos en Premukhino y, finalmente, le pidió un último préstamo de sesenta francos. Los dos hombres se abrazaron y se separaron, Postnikov sabiendo y Bakunin sospechando que no se encontrarían más. Bakunin lloró como un chiquillo.

La partida de Suiza dio fin para siempre a la breve pero notable carrera del coronel retirado ruso Postnikov. Karl Arved Roman no le sobrevivió mucho tiempo. Murió al cabo de unos meses de su regreso a Petersburgo. Ni Bakunin ni Ogarev descubrieron jamás la identidad ni la misión del agente secreto de la Tercera División a quien tan confiadamente habían acogido.

Capítulo XVI

EL POBRE NICK - II

Cuando en 1858, Nick Ogarev, a sus cuarenta y cinco años, se enamoró de Mary Sutherland, se embarcó por última vez en una aventura por el mar del romance. No parecía un brillante principio el de tal episodio. El noviazgo con su primera esposa en Penza, o con Natalia Tuchkov en Aksheno, habían estado envueltos con la pura fragancia del amor celestial. Las relaciones con Mary Sutherland empezaron por una solicitación sórdida y vulgar en una sucia taberna de Londres. Por un capricho del destino, el desgraciado fin de todas aquellas aventuras soñadas desmentía las promesas del comienzo y, en cambio, los ideales románticos que María y Natalia defraudaron y destruyeron se vieron triunfalmente vindicados en la persona de una prostituta inglesa. Sus últimos años transcurrieron, inesperada e increíblemente, en la atmósfera de serena tranquilidad que irradia de una armonía doméstica y de una confianza conscientemente justificada. Es, con mucho, el más romántico capítulo de la romántica vida de Ogarev.

En la conducta de Ogarev hubo más continuidad de lo que a primera vista parece. En efecto: de hecho, cuando instaló a Mary Sutherland en Mortlake, lo único que hizo fue cambiar un ideal romántico por otro. El sueño de la «unión de tres personas en un solo amor», que había seguido al descubrimiento de la pasión de su esposa por Herzen, rápidamente se desvaneció y lo substituyó por otro de los sueños favoritos de los románticos del siglo XIX: la regeneración por el amor de la mujer caída, que no fue, sin embargo, su primera persecución de la efímera visión de la prostituta purificada. En 1847, entre la deserción final de María y el asunto con Madame de Salinas, visitó la famosa feria de Nizhny Novgorod, donde se entregó, según una de sus cartas de la época, a «una orgía de embriaguez» y se llevó consigo a una prostituta, a quien trató de

educar y que «se portaba mejor de lo que él hubiera esperado nunca». Evidentemente, el experimento duró poco y su final no es conocido, pero en él encontramos, aun antes de su matrimonio con Natalia, el germen del sentimiento que, diez años más tarde, floreció en su romántica afección por Mary Sutherland.

Ogarev nunca había gozado de un amor feliz, y si sus más tempranos y prometedores sueños habían resultado ser tan sólo vanas y crueles ilusiones, ¿qué garantía tenía de que este nuevo sueño no se desvanecería cuando tratara de cogerlo con las manos? Era ésta una pregunta que ni el romántico Ogarev pudo evitar plantearse. Se agarró al último rayo de esperanza. Pero lo atormentaban serias dudas. Dudaba de la realidad y de la profundidad del afecto de Mary por él y —peor aún— dudaba de la realidad y profundidad de sus propios sentimientos hacia Mary. En una carta al frío y desapasionado Herzen daba por descartada su posibilidad de dicha, con la afectada indiferencia de un hombre mundano.

Es, desde luego, imposible que a mi edad pueda amarme una criatura inculta, de entendimiento simple según todas las apariencias, aunque quizá —Dios lo sabe— suficientemente astuta. Puede que por su parte sólo exista «amistad para un compañero», pero, por la mía, se trata, creo, de la pasión de un hombre viejo. ¡Bonita situación! No puedo entregarme a ella sin una *arrière-pensée* y esta *arrière-pensée* —la duda de la realidad de los sentimientos por ambas partes— representa el elemento trágico de mi vida. Pero al mismo tiempo prevalece, más a menudo que cualquier otra, una disposición de ánimo jovial y amable. Todo sería un juego ridículo si el doloroso escepticismo de un momento no fuera equilibrado por otros de una extraña felicidad; y nuestras actuales relaciones se encaminan a dar un paso serio... Entretanto, ella, como un *enfant du peuple*, sigue ineducada e infantil, aunque lejos de ser estúpida; a veces resulta sorprendente su comprensión de las cosas serias. Si es persona astuta, no puedo decirlo, pero tiene algo suave y apacible en el proceder que me llena el corazón, ésta es la verdad, y si su astucia consiste en vivir confortablemente, ella y su hijo, con treinta chelines a la semana, muy contento la perdono; es completamente natural. El resultado es que estoy asustado y dolido, y contento, y quien triunfa es la Sinrazón.

A esta carta siguió una conversación, y a la conversación otra carta, en la que Ogarev mostró de nuevo a su amigo un escéptico despego que en realidad estaba lejos de sentir:

¿Qué me mueve? La posibilidad de dar una educación adecuada a un ser susceptible de ser educado, un ser cuyas peculiaridades (procediendo de un medio carente de toda educación) no son demasiado destacadas y en el que percibo la necesidad de una devoción absolutamente ingenua. Puedo equivocarme, sí. Pero soy lo bastante viejo y lo bastante fuerte para ser capaz de renunciar a ello sin dolerme lo más mínimo. Salvaré al chico por cuanto el chico (y no es parcialidad) posee un notable talento y una bondadosa naturaleza. Pero, claro, espero algo más; digamos que

sobre mis años de decadencia
el amor echará un rayo de despedida.

...Bien, supongamos que estoy equivocado, que no tengo razón. ¡Salvaré de todos modos al chico! Indudablemente soy incapaz por mi edad de cualquier apasionamiento, pero al lado de esto puedo ejercer mi influencia trabajando, y sé que esto es bueno. Si fracaso, el fracaso no me matará, y en cambio, intentar levantar (perdón por las ingenuas palabras) a una mujer caída y a un niño merece sufrir algún trastorno. No todos los días se presentan estas oportunidades. Si fracaso, tanto peor; pero ello no me matará. ¿Y si no estoy equivocado? La mera posibilidad de un éxito merece el riesgo de equivocarse...

Y si realmente es una equivocación, no me lamentaré y salvaré al chico. Eso está decidido.

Por un milagro entre mil casos, no fue una equivocación. A lo largo de seis años Mary Sutherland vivió en Mortlake con su hijo, y Ogarev la visitaba, amándola, proveyendo a sus necesidades económicas y observando su educación y la del chico. Se conservan más de treinta cartas de las que escribió durante este periodo[1]. Todas tienen una notable uniformidad de tono y carácter. Muchas de ellas carecen de fecha, pero la que sigue debe de ser una de las primeras:

Querida Mary: No puedo decirte cuán complacido estoy por vuestro alojamiento. Parece del todo adecuado para una vida tranquila y feliz. La pasada noche he pensado en muchas cosas. Desde que sólo bebo agua me siento más esclarecido en todo y creo que vuestro alojamiento es confortable. Ahora debemos emprender seriamente la enseñanza y el estudio de ambos, tú y tu chico; ahora puedo ser un maestro enérgico. Fijemos ciertos días de la semana y empecemos a trabajar. ¿Me preguntas por qué? Pues porque, querida, todo lo que es capaz de ensanchar el conocimiento y el espíritu os dará más interés por la vida —interés de la más honorable especie— y a ti te hará más fácil el educar a tu hijo. Estoy tan plenamente seguro de esta idea, que haré todo cuanto esté en mi mano para enseñaros todo lo que pueda explicaros de lo que sé y lo que pienso. Debéis perfeccionar vuestros conocimientos, ya que éste es el único camino para una pacífica y honorable vida y el único camino para alcanzar una vejez dichosa sin reproches y sin remordimientos. Vamos a empezar seriamente el trabajo la semana próxima. Te quiero mucho, Mary, y a tu chico también, y quiero que lleguéis a ser las mejores criaturas del mundo, con las que pueda estar más que encantado. Te bendigo y te beso, mi niña.

Buenas noches.

Pocos días después, otra carta, la más ardorosa de toda la colección, continúa esta rara mezcla de amor y gramática:

---

[1] Apenas es necesario decir que estas cartas, así como las de Mary a Ogarev que serán citadas más adelante, fueron escritas en inglés. Desafortunadamente sólo existe disponible una traducción rusa que difícilmente puede conservar el sabor del original en este caso en que los autores eran el uno extranjero y la otra iletrada.

No puedo expresar cuán contento, cuán feliz me he sentido, chiquilla mía, Mary mía, al leer tu carta. ¿Es realmente verdad que me quieres tanto? ¿Es realmente verdad que yo, un viejo, pueda ser tan amado, pueda ser tan feliz? Oh, seguramente te burlas de mí, y si es una burla me volveré loco. Pero no, tengo verdadera confianza en ti y soy tan dichoso como un joven que ama por primera vez en su vida. Deja que te bese mil veces, Mary mía, deja que te bese hasta morir. Soy tan feliz que empiezo a temer la muerte, cosa que nunca me había ocurrido antes. Y quiero vivir. Me encuentro tan lleno de vida, tan joven, que a veces me asombra, puesto que es tan contrario a mi edad y hasta a mi carácter. Pero sé una cosa: que en tus besos olvido todos mis sufrimientos y que quisiera vivir y morir con tus besos.

Naturalmente, hay algunos errores en tus cartas, Mary, pero también hay algo más: el verdadero lenguaje del corazón; y es esto lo que me deleita. Tan sólo puedo escribirte estas pocas líneas todos los días; no tengo tiempo para más. Pero mañana te escribiré tu primera lección de gramática y te explicaré la construcción del *verso*. Verás cómo la lección no será tan difícil como tú piensas. Procuraré hacértela interesante.

Buenas noches, Mary mía.

La fundamental humildad del carácter de Ogarev mantiene estas cartas libres de matiz alguno de protección y superioridad, que pocos hubiesen podido evitar en su caso. En otras habla de Mary, sin afectación ni fingida modestia, como de su guardián y consejero moral. He aquí un billete característico:

Mi querida, querida, querida, y mil veces querida Mary. Gracias por tu cariñosa carta, gracias por tus amonestaciones contra la bebida. Todos los que me han querido me han dicho lo mismo, y tú, tú debes salvarme de este vicio que me deshonra. Si yo te he ayudado *realmente en la vida, tú debes salvarme*. Y te diré cómo. ¡Pero cómo he negligido mis clases de redacción! Y todo a cuenta de mi embriaguez. Debemos aconsejarnos el uno al otro acerca de todo, Mary mía. Te beso con todo el corazón. Tu serás mi ángel bueno.

Veamos ahora otra carta de autorreproche, aunque sobre motivo distinto:

¿Cómo pudo ser que temiera la presencia del príncipe y su esposa[1] y no ocupara mi lugar a tu lado como hubiera sido natural? ¿Temía las habladurías, quizá no sólo por mí mismo? ¿Temía causarte molestias si hubiera ido contigo? ¿O es que soy simplemente un cobarde ante la opinión pública en una materia en que, por propia convicción interior, desprecio tal opinión? Esta idea no me deja en paz y me hace despreciarme a mí mismo. ¿Y si en vez de resultarte embarazoso yendo a ti hubieses sentido sólo *chagrin* por mi desaparición sin haberte tomado de la mano? ¿Y si te hubiese ofendido simplemente porque consideré, como debía, mi conducta y cedí a la influencia de mi propia cobardía? Quizá te rías de esta carta, querida mía, pero te aseguro que no existe sentimiento peor que el desprecio por uno mismo.

---

[1] No existen indicios de la identidad de este príncipe a menos que se tratara del príncipe Golitsin, en cuyo caso la «esposa» debería haber sido la joven dama de Voronezh.

A pesar de su apasionada devoción por Mary y de su creencia romántica en la igualdad de los hombres, Ogarev estaba obligado a someterse a determinados prejuicios sociales. Nunca intentó imponer la presencia de Mary a Herzen o a su familia; y mientras permaneció en Inglaterra Mary siguió viviendo sola con su hijo en la pensión donde él la visitaba. El azar le ayudó a resolver uno de los problemas inherentes a tan inestable unión proporcionando a Mary una ocupación para sus largas horas solitarias. En la pensión de Mortlake halló a una mujer que vivía, con ocho hijos supervivientes de los diez que había tenido, en una cocina del sótano, donde raramente había algo para cocinar y donde una sola cama constituía todo lo que la familia disponía para dormir. Su marido estaba en la cárcel por fraude y, según Ogarev informó a Herzen, se trataba de «una mujer realmente educada, aunque con un ligero matiz de religiosidad que los sufrimientos le habían despertado». Antes de su matrimonio con un francés había sido institutriz. Gustaba de mostrar unos versos que había escrito en días más felices; actualmente trabajaba de costurera, y los chicos mayores construían juguetes para vender, en un inapreciable esfuerzo para proveer a la familia con algo de comer. La bondadosa Mary compartía con ellos comida y vestidos, los ayudaba en el trabajo y, en compensación, *recibía lecciones de gramática inglesa*. Ogarev contribuía a su sostenimiento con una libra y rogó a Herzen que contribuyera también con la misma cantidad. Los innumerables chiquillos fueron para Henry unos compañeros de juego llovidos del cielo; Ogarev cordialmente lo aprobó, pues, aunque iban descalzos y estaban mal nutridos, las buenas maneras nada cuestan y habían sido esmeradamente educados. Por otra parte, la madre había visto dema-siado *de cerca la cara a la necesidad para preocuparse por el estado* social de su benefactora o indagar sobre las fuentes de su caridad.

Hablando en general, Ogarev se hallaba en estos momentos demasiado absorbido en el cuidado del amor y la educación para que sus cartas arrojen luz sobre la vida en Inglaterra durante este período; pero existe una referencia ocasional a un *fait divers*, recogido de la prensa contemporánea.

Dos muchachas han muerto de hambre en Chelsea; estaban tan delgadas que no tenían carne sobre los huesos y su piel era de un color verdoso. Fue ahorcado un hombre que se había abierto la garganta, pero que había sido devuelto a la vida. Lo ahorcaron por suicida. El médico había advertido que era imposible ahorcarlo mientras por la abertura de la garganta pudiese respirar, pero no escucharon su advertencia y lo colgaron [1]. Inmediatamente se abrió la herida del cuello y el hombre volvió de nuevo a la vida, a pesar del ahorcamiento. Ello dio tiempo a convocar a los concejales (*sic*) para decidir lo que se debía hacer, y al fin los concejales se reunieron y lo ataron por debajo de la herida *hasta que murió*. ¡Oh, Mary mía, qué sociedad tan demente y qué civilización tan estúpida!

---

[1] Debe registrarse que la ejecución debió de ser pública. Las ejecuciones fueron públicas en Inglaterra hasta 1868.

A otra carta pertenece lo siguiente:

Puedes leer en el periódico la discusión habida en el Parlamento acerca del aumento en el número de infanticidios. Alguien propuso abrir una institución donde mujeres y muchachas pudiesen tener sus hijos de forma que ni el nacimiento ni la crianza les costara nada. En mi país existen ya tales instituciones. Pero la mayoría del Parlamento rechazó la proposición por *inmoral*. Comprenderás una vez más por qué Robert Owen no tuvo éxito en este país

Durante la mayor parte de este periodo Ogarev no vivió bajo el mismo techo que Natalia y Herzen, sino solo, en pensiones. Siguió soportando el «Manicomio» de Putley hasta que fue levantada la casa en noviembre de 1858; luego vivió nuevamente con Herzen en Alpha Road, Regent's Park, durante la estancia de Natalia en el Continente en 1860. Poco después del regreso de ésta, se colmó la copa de sus sufrimientos y se fue a una habitación amueblada en Richmond, desde donde podía alcanzar más fácilmente el refugio de los brazos de Mary en Mortlake. Al igual que Herzen, Ogarev era asimismo incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, y por sus irregularidades e inveterados hábitos tenía frecuentes altercados con sus patronas. Y así lo encontramos en Sydenham, en Putney, en Wimbledon y, finalmente, de nuevo en Richmond. Las seguridades dadas a Mary en su primer impulso apasionado de «sólo beber agua» fueron olvidadas. La claridad de visión que había atribuido al uso de esta bebida se le mostró, a la larga, menos agradable que la obnubiladora intoxicación del alcohol. La sociedad ahuyentó los últimos frenos sociales y convencionales a sus excesos y estos años de solitario por las pensiones de Londres, atemperados por las sentimentales peregrinaciones a Mortlake, marcan un paso decisivo en la declinación de su salud y sus facultades. A los cincuenta años, que cumplió en el último año de su andadura a través de los suburbios londinenses, era ya un viejo.

Fue en abril de 1865 cuando Ogarev, acompañado por Mary y Ciernecki, llevó a cabo el dificultoso viaje de Londres hasta Ginebra. El primer año lo pasó en esta ciudad, en el Château de la Boissière y en las condiciones que ya han sido descritas en anteriores capítulos: Mary siguió, como en Londres, viviendo aparte. Luego, en la primavera de 1866, vino la mudanza al suburbio de Lancy, donde estuvieron instalados por primera vez bajo el mismo techo; esta vida casi marital dominó pero no curó los hábitos de Ogarev. En febrero de 1868, de nuevo se cayó en la calle y se fracturó la cadera. Nunca recobró totalmente el uso de la pierna, y durante el resto de sus días anduvo dificultosamente con muletas o con un bastón. Poco después del accidente, él y Mary se mudaron a una pequeña casa de la extrañamente llamada Rue des Petits Philosophes. «Para la calle bueno es tener uno grande», escribió Herzen a Tata, «y no es malo para Ogarev ser tan

modesto». La casa estaba rodeada de un jardín con flores y la pared orientada al sur estaba cubierta por una enredadera. En estas idílicas condiciones Ogarev vivió una vida de «inmovilidad mineral, atemperada por la vecindad de una taberna a la derecha y otra a la izquierda».

Desde entonces Mary se convirtió, como aya y cuidadora, en una necesidad tanto física como moral para la existencia de Ogarev. No se podía mover sin ella y, exceptuando su breve visita a Prangins en el verano de aquel mismo año, nunca más se separaron. Todas las primeras cartas de Mary han desaparecido, pero la casualidad conservó en los archivos de la familia Herzen un grupo de cuatro que escribió a Ogarev durante su estancia en Prangins. La medio iletrada Mary ofrece, como era de esperar, una incoordinación casi completa sobre el papel. Sus cartas pueden pasar como clásicas del lugar común, pero revelan la profundidad de su solicitud para Ogarev, tanto como las limitaciones de su mente. Son absolutamente uniformes y monótomas, y casi cualquier fragmento podría servir para ejemplarizar toda la pequeña colección:

¡Señor, cómo vuela el tiempo! Recibí tu carta el viernes y estuve tan contenta. Había empezado a pensar que algo ha sucedido. ¿Y ahora cómo te encuentras? Estuve muy satisfecha de encontrar tus calcetines; te los mandaré con el señor T. [Chorzewski]. Probablemente, el señor T. vendrá mañana a verme, pero no lo sé seguro. Ahora voy a decirte buenas noches, querido, estoy tan cansada, mañana terminaré. Un besito.

Estoy mejor, pero mañana tengo que ir a por la faja. La que me hicieron no me ajusta bien. Me la hicieron más ancha que la vieja y tienen que hacerme otra exactamente igual que la vieja. Hoy he tenido un día muy atareado con muchas tonterías. Espero que el señor T. esté todavía en Berna. Hoy es domingo, justo las siete de la tarde, supongo que en este momento estarás cenando. Todavía no me ha venido la regla. Estoy contenta que desayunes en tu cuarto. No me he tomado el hierro todavía porque como estoy tomando magnesia tengo el estómago en muy mal estado. ¿Cómo está Toots? Dale un beso de mi parte. Si viene el señor T. te mandaré con él alguna cosa, pero espero que no le retendrán mucho tiempo, quizá un par de días.

No, no bebo mucha cerveza ahora. Son las nueve. He cenado con Henry. Hoy no ha salido, ha estado trabajando todo el día. Te manda saludos. Estoy contenta de que sigas bien. Tu cuarto debe ser muy bonito con una ventana al lago. Estoy muy contenta que Olga tenga buena voz. La historia de las señoras y las compotas me ha hecho reír. Me gustaría saber lo que sueñas. Yo no he soñado nunca contigo. Echaré esta carta al correo esta tarde, la última cosa, para que la recibas mañana.

Adiós, querido. Te beso muy tiernamente.

Los fragmentos supervivientes de la correspondencia entre Ogarev y Mary no nos pueden proporcionar una pintura completa o coherente de sus extrañas relaciones, pero no puede caber ninguna duda acerca de la sinceridad de su mutua devoción. No contienen ni una sola palabra de reproche, de irritación, de desacuerdo, de algo que no sea de la más perfecta armonía y confianza. «Nunca me ha ofendido», escribió Ogarev

en sus últimos años, «siempre me ha tratado con respeto y con gratitud por la educación de Henry, me ha cuidado en las enfermedades y ha luchado conmigo contra el vicio de la bebida, aunque nunca osó impedírmelo». Existe ciertamente una constante tentación, cuando se escribe sobre Mary Sutherland, de seguir el ejemplo del propio Ogarev y substituir la mujer viva por la romántica figura de la prostituta redimida por el amor; se hace difícil recapturar la viviente personalidad de la mujer que en otros tiempos paseó por las calles de Londres buscando clientes en las tabernas del West End.

Los rasgos desagradables que encontramos en nuestro material sobre Mary Sutherland provienen en su mayor parte de la pluma amargamente hostil de Natalia Ogarev. Es ella quien nos cuenta la historia del terrible fin de Carlota Hudson, antigua amante del joven Alejandro Herzen. El suceso tuvo lugar en 1867 cuando Carlota, abandonada y olvidada por su amante, vivía con su chico Toots, bajo el mismo techo que Ogarev, Mary y Henry, en Lancy. He aquí cómo Natalia Ogarev relata el trágico suceso en sus *Memorias:*

Cuando [Carlota] vino de Londres con su pequeño Toots, la instalaron en casa de Ogarev. Mary pronto tuvo celos del afecto que Carlota inspiraba a Ogarev y a su propio hijo Henry. Carlota miraba a Ogarev como a un padre, y cuando oyó de labios del mismo Ogarev ciertos reproches que no comprendía, se dio cuenta de que Mary la había pintado con tintas oscuras. El último día lloró amargamente, pidió vodka a Mary, que se lo dio, y por la tarde desapareció. Ello dio ocasión a la virtuosa Mary para propagar la historia de que Carlota había dejado el niño a su cuidado y se había ido con un nuevo amante. Pero el Ródano le dio su castigo y vengó a su desgraciada víctima. Cuatro años más tarde desenterró el cuerpo de Carlota de un banco de arena y la trajo a la superficie. La policía había registrado la desaparición de una muchacha inglesa de Lancy e invitó a Mary a reconocer los restos de su víctima. Llevaba todavía una bota en un pide y un manojo de llaves en el bolsillo; Mary reconoció las llaves y los restos. ¿No se estremeció su corazón por su perversa calumnia?

Se necesita el concentrado espíritu vengativo peculiar de Natalia Ogarev para encontrar el principal motivo del suicidio de Carlota Hudson no en la cruel deserción de su amante, sino en la insignificante inquina de su compatriota[4]. Sin embargo, la historia contiene ciertos elementos de verosimilitud. Mary Sutherland se encontraba aislada en un país extranjero en compañía de otra mujer inglesa, más joven y atractiva que ella, quien, aunque probablemente de parecido origen social, se había contentado con un solo amante y se había mantenido en un plano más elevado de respeto a sí misma. No es muy probable que las

[4] Cuando en 1870 fue recuperado el cuerpo de Carlota Hudson, Ogarev escribió su último poema, y su diagnóstico de la tragedia es, al mismo tiempo, el más bondadoso y el más simple:

Cedió su cerebro: tan dificultosa fue su vida.
Y el amor y la añoranza la ahogaron.

relaciones entre las dos mujeres y sus respectivos hijos fuesen suaves o fáciles. Los celos eran un sentimiento que, con todas sus limitaciones, Mary entendía perfectamente; y si Carlota mostró, voluntaria o involuntariamente, señales de hallar favor en el apacible e impresionable Ogarev, puede que sus celos hubiesen sido abundantes y virulentos. Probablemente, al desaparecer Carlota, Mary se sentiría aliviada por no tener ya a nadie que le disputara la posesión del afecto de Ogarev, y podía muy bien haber sentido algo así como un calor de autoconsciente virtud al creer que Carlota no era mejor de lo que en otro tiempo ella había sido. De todas formas, esto no es otra cosa que una reconstrucción a base de conjeturas sobre lo apuntado por Natalia Ogarev acerca del estado de espíritu de Mary en la época del trágico fin de Carlota.

Otro episodio, también recogido por Natalia, muestra de modo más plausible y más convincente que Mary pudo, en aquella ocasión, volver a las tradiciones de su origen y de su clase. Fue cuando en 1870 las autoridades suizas dudaban todavía entre detener y entregar a Nechaev al gobierno ruso como criminal común o concederle el derecho de asilo como refugiado político. La colonia de rusos emigrados se reunió una tarde en un café de Ginebra para discutir su actitud. ¿Iban a alejarse de Nechaev, considerado como un malhechor, o iban a declararse «solidarios» con él y solicitar el apoyo del gobierno suizo? Natalia Ogarev, que con Tata Herzen, asistía a la reunión, se encontró, casualmente o intencionadamente, sentada al lado de su marido. Los debates eran acalorados y prolijos. Ogarev, como ocurría a menudo, no estaba totalmente sobrio y no tomó parte en las discusiones; tan sólo murmuraba, casi inaudiblemente, de tanto en tanto: «¡Tened piedad de él! ¡Favor para él!».

A medianoche, cuando la asamblea estaba a punto de terminar en plena confusión, Mary Sutherland irrumpió en el café. Andaba con paso inseguro, pero quizá Natalia Ogarev pecó de poco caritativa cuando, no habituada a la justa emoción de la mujer que a última hora recupera a su hombre de una taberna, la supuso ebria. Mary no podía comprender por qué una bandada de emigrados rusos estaban reunidos de noche en un café para discutir su «solidaridad» con Nechaev, ni por qué Ogarev había sucumbido de nuevo a las gemelas tentaciones de la política y el alcohol, ni, sobre todo, por qué tenía que estar sentado, en alcohólica armonía, al lado de aquella esposa que tan descarada y cruelmente le había abandonado doce o más años atrás. Estas cosas no encajaban con la filosofía de Mary. Y reaccionó de un modo perfectamente normal. Se abrió paso a codazos por entre el gentío hasta llegar al lado de Ogarev y levantando los puños se puso a insultar a Natalia en perfecto *cockney*. Natalia miró alrededor en busca de socorro, protestando con fingida alarma de que «ella no sabía luchar», y Nechaev y algunos otros rusos echaron sin ceremonias a Mary del café. Nechaev, que en sus últimas semanas había visto muchas cosas del *ménage* de Ogarev, expresó la juiciosa opinión de que Ogarev «ya entraría» en el asunto al llegar a casa.

La muerte de Herzen, a principios de 1870, constituyó un golpe irreparable para su amigo de toda la vida. Mientras Herzen vivió, el movimiento que había creado se mantuvo, aparentemente y en cierta manera, intacto; y en este movimiento Ogarev ocupaba indiscutiblemente un puesto de honor. Pero al morir, la organización entera se desplomó, como un cuerpo en el que se ha extinguido la vida. La carrera revolucionaria de Ogarev había terminado. Durante unos meses sirvió como instrumento en las manos de Bakunin y de Nechaev, que lo dejaron de lado al descubrir que su docilidad era simple flaqueza. La familia se dispersó y ya no había más motivo que sujetara a Ogarev en Ginebra que el hábito y la inercia.

El impulso final para un cambio de costumbres y de lugar de residencia parece haber salido de una pelea con Natalia. Ogarev sentía un amor tierno y profundo por la hija que llevaba su nombre; y en tanto que, Natalia, en su inquieto vagabundeo por Francia, Suiza e Italia, le hubiera traído alguna vez a Liza para verle, probablemente se hubiese quedado gustosamente. Pero accidentalmente —en 1873 aproximadamente— sobrevino lo inevitable: el abierto e irremediable choque entre la desdeñosa y vengativa Natalia y la celosa y susceptible Mary Sutherland. Ogarev lo relata con palabras característicamente suaves y humildes:

Natalia vino últimamente a mi casa a insultar a Mary, diciendo que todo el mundo se maravillaba de que un hombre como yo pudiera haberse ligado a una mujer tabernaria, y que los rusos de Ginebra habían dejado, por ello, de visitarme. Todo lo que yo puedo decir es que los que realmente eran mis amigos no dejaron de ir a mi casa, y que el hecho de que no me visitaran los falsos amigos fue ciertamente causa de regocijo y no de *chagrin*. Además, Natalia podría ver que soy yo más hombre tabernario que Mary una mujer tabernaria. Podía haber recordado mis borracheras en la época en que estaba estudiando química en Yakhontovo y me bebía el alcohol de los tubos de ensayo... Transmití a Mary los insultos de Natalia, y Mary inmediatamente le pidió que se fuera. Desde entonces no he visto más a Natalia y, naturalmente, no tengo deseos de verla. Le escribí una carta exponiéndole cuán mezquina y cruel había sido su última visita. Nunca la contestó y sólo me escribió otra insultante que rehusé contestar. Ante esto decidí romper toda relación entre nosotros, y así parece haber sucedido, a mi completa satisfacción.

Al recordar cómo trató a Olga Herzen (ahora Olga Monod) no puedo considerar a Natalia como una mujer justa y de buen corazón. Sólo estoy apenado por la pobre Liza, pero no se puede hacer nada, no se la puede ayudar. La influencia de Natalia es para estropear cualquier vida. Los defectos de su carácter, es decir, la maldad, la envidia, el egoísmo, son más crueles y más difíciles de evitar que nuestros pecadores pero cándidos vicios.

Tal fue el epitafio del esplendoroso romance que había empezado un cuarto de siglo atrás, después de la derrota de Madame de Salias, con un alegre intercambio de visitas y cartas entre Aksheno y Yakhontovo.

Al año siguiente la decisión fue tomada. Exceptuando a Tata Herzen,

que iba a verle de vez en cuanto, Ogarev se hallaba ahora completamente distanciado de sus amigos rusos y sus antiguas asociaciones. Era natural que el futuro debía descansar en Mary, como era asimismo natural que ella, que había preservado toda su insularidad y nunca pudo asimilar el idioma y las costumbres extranjeras, deseara volver a su propio país. En septiembre de 1874, vendidos todos sus muebles excepto una mesa de comedor, embarcaron en Génova en un barco destinado a Newcastle-on-Tyne. De allí se dirigieron al Sur y se instalaron en una pequeña casa en un humilde barrio de Greenwich. Debió de ser cosa de Mary escoger esta ciudad, que puede hubiera sido el lugar de su nacimiento.

Y ya casi estamos al final de la historia del pobre Nick. Vivió allí cerca de tres años, en una habitación poblada de reliquias de sus difuntos amigos. Un busto de Granovsky ocupaba un lugar predilecto en una rinconera. Colgadas de las paredes, fotografías de Herzen, Belinsky y Stankevich y un gran óleo representándole a él, joven. Había también un marco que contenía, uno al lado del otro, retratos de Herzen, Bakunin y él mismo, con la leyenda «Campeones de la Libertad». De todos los camaradas de su generación sólo Bakunin vivía todavía. Y fue un raro acontecimiento el que llegara a Greenwich —como sucedió en noviembre de 1874— una carta del viejo veterano, ahora establecido con la familia de su esposa en la pequeña ciudad de Locarno, al borde del lago.

> Lo más importante de todo [escribió Bakunin] es que me escribas cómo y con quién vives, con quién te relacionas y con quién pasas el tiempo. Me temo que la sociedad inglesa de tu mujer, a quien envío mis saludos, no debe ser particularmente interesante para ti (careciendo de la bendición de la Iglesia) y que en Londres, más que nunca y más que en cualquier parte, sentirás la soledad; y a nuestros años tal sentimiento es difícil de soportar. Aunque existe un consuelo: la proximidad de la muerte.

Pero Bakunin, aun con la salud estropeada, seguía manteniendo el espíritu inquieto de la juventud y el sentimiento de resignación sólo le duraba unos pocos momentos. Terminaba la carta recomendando a su viejo amigo que leyera la *Autobiografía* de John Stuart Mill en la que (conjuntamente con los trabajos de Schopenhauer) se había enfrascado recientemente.

> ¿Has leído la *Autobiografía*? Si no lo has hecho, léela sin falta. Es un trabajo extraordinariamente interesante e instructivo. Escríbeme cuando la leas e indícame algo que valga la pena. Ya hemos enseñado bastante, hermano. En la vejez hay que volver a aprender. Causa más gozo.

Sin embargo, era raro que llegara a Ogarev alguna voz del atareado y turbulento mundo del que había formado parte. Su retiro era completo y nadie de los que le habían querido en otro tiempo estaba enterado de cómo se iban arruinando sus facultades. «No puedo subir a ningún carruaje», escribió a su hermana en Rusia, «me da vueltas la cabeza. Tan

sólo salgo de paseo por Greenwich con mi pierna lisiada, pero puedo pasear bien». Su mentalidad volvió gradualmente a la infancia y a menudo hablaba incoherentemente de su país y de los días de su juventud. Cuando algún raro visitante ruso iba a Greenwich, a través de «una espesa niebla amarilla que olía a polvo de carbón, sulfuro y salazones», a presentar sus respetos al viejo revolucionario, le preguntaba si los guardias rusos llevaban todavía alabarda, un armamento que ya había sido abandonado mucho antes de que él hiciera su aparición en la humanidad. Mary Sutherland, «menuda, cabello negro, menos angulosa y menos autosatisfecha que la mayoría de las mujeres inglesas», se movía eficazmente tras la tetera y explicaba que Nick no tenía uno de sus mejores días; cuando el visitante había dicho adiós a la frágil figura bajo el mechero de gas del vestíbulo, se daba cuenta que sólo tenía ante sí el vacío armazón de lo que había sido un hombre. El pobre Nick contaba tan sólo sesenta y dos años, pero la enfermedad y la incontinencia habían agotado su vitalidad, y lentamente y sin sufrimientos se iba desmoronando.

Cuando, a principios de junio de 1877, la proximidad de su fin dejó de ser una incógnita, Mary telegrafió a Tata Herzen y ésta acudió escoltada por Gabriel Monod, el marido de Olga. El pobre Nick sólo era consciente intermitentemente. Reconoció a Tata, a la que habló en inglés, el idioma de su vejez. Vivió unos días en estado de coma interrumpido de vez en cuando por momentos confusamente conscientes. En sus últimos e incoherentes murmullos, apenas percibidos por el atento oído de Tata, volvió a su lengua nativa. Y no se refirió ni a Mary Sutherland, ni a Natalia Tuchkov, ni a María Roslaslev —las tres únicas mujeres que habían sido más que algo pasajero para su tierno corazón—, sino a Herzen, el único amigo que, para bien o para mal, había dominado su vida entera. En la tarde del 12 de junio dejó de respirar.

Tata no se quedó para el funeral. Se había roto el último y único eslabón que le había hecho posible soportar la compañía de Mary Sutherland; y había pulgas en la cama. Escogió un lugar para la sepultura, proveyó de lo necesario para las exequias y luego, acongojada, regresó a París. Unos meses más tarde recibió por correo una fotografía de la tumba con Mary sentada al lado, vestida de luto como una viuda. El sitio puede todavía hallarse en el cementerio de Shooter's Hill; y el peregrino, apartando a un lado la vegetación que cubre y oculta casi la losa, aún puede leer la inscripción que recuerda que «Nicolás Ogareff, de Aksheno, Penza, Rusia», nació el 6 de diciembre de 1814 y murió el 12 de junio de 1877. Nadie sabe lo que les ocurrió al busto de Granovsky y a los cuadros y las fotografías entre los que el pobre Nick pasó sus últimos años. Probablemente, tarde o temprano hallarían su destino en la tienda de algún chamarilero del East End.

CAPÍTULO XVII

LA ULTIMA TRAGEDIA

La muerte de Herzen privó a Natalia de un centro de gravedad en su agitada e infortunada vida. El amplio clan que en otro tiempo se había reunido a su alrededor en Londres se había dispersado completamente. Los mellizos habían muerto, Olga estaba a punto de casarse con un francés, el joven Alejandro era ahora un padre de familia en Florencia, Ogarev estaba en Ginebra al cuidado de su amante inglesa. Sólo quedaban Natalia, Tata y Liza —dos desvalidas mujeres y una niña— bastante bien situadas económicamente, pero sin casa, ni país, ni rumbo fijo en la vida. Era natural que tras unos pocos meses en Ginebra —los angustiosos meses del *affaire* Nechaev— Natalia deseara vivir, con toda seriedad, el plan que tantas veces, en los últimos siete años, había revoloteado por su alocada mente. Así que decidió, en la primavera de 1871, regresar a Rusia con su familia, llevándose a Tata y Liza. Y esta narración terminará con el relato de su partida.

Decidida la marcha, el gobierno ruso intervino de nuevo —como en tiempos pasados— fatal y efectivamente en la vida de los Exiliados Románticos, y por boca de su cónsul en Ginebra, denegó a estos peligrosos conspiradores la autorización para regresar a su país.

La negativa, que se repitió al año siguiente, tenía toda la apariencia de ser definitiva y Natalia reemprendió aquellas andanzas sin objeto, vagabundeando de ciudad en ciudad por la Europa occidental, que se había convertido en su segunda naturaleza. La encontramos en Zurich, en Florencia, en Niza y en París. Vive a veces con Tata y otras sin ella, pero Liza es su compañera inseparable. En otro tiempo había sido deseo de Herzen que la muchacha se llamara Herzen-Ogarev para así conmemorar en su persona la unión de los dos amigos de toda la vida, pero desde la muerte de Herzen, Liza había usado abiertamente su

nombre y Natalia estaba orgullosa cuando la gente hacia notar su parecido con él. A Natalia se la conocía ahora generalmente como la viuda de Herzen; con la muerte de éste y la desaparición de Ogarev, la embarazosa e inconvencional situación se había esfumado. Y no existe ninguna prueba de que la conciencia de un origen irregular influyera en modo alguno en la anormal evolución de Liza.

Liza, el «vástago de un águila y una serpiente», heredó de su padre su ancha frente y su vivaz inteligencia. No era una simple parcialidad de hombre viejo para el último de sus hijos lo que la señaló como la más brillante de todos ellos. Una muchacha rusa, estudiante, llamada Elizaveta Litvinov, que estuvo con ella en Zurich durante el invierno de 1872-73, detectó en Liza «una inteligencia excepcional, delicados sentimientos y un comienzo de elevadas ambiciones». Otras características parecen más claramente legado de su madre. Antes de cumplir los ocho años pidió a sus padres que no dijeran a los visitantes ingleses en hoteles y pensiones donde paraban que había nacido en Inglaterra, a fin de que admiraran más su conocimiento del inglés. Parece que la necesidad de llamar la atención y ser admirada, llevada hasta un extremo histérico, se insertó desde edad temprana en el carácter de Liza.

Elizaveta Litvinov nos ha dejado una inolvidable pintura del aspecto externo de madre e hija:

> La hija es alta y fina, vestida a la moda, elegante, con *chic* francés. La madre es bajita, con el cabello corto [1] y gris, aprisionado bajo un sombrero, y luce una cinta alrededor del amarillo cuello. Viste desaliñadamente, toda de negro, pero con adornos de colores contrastados: marrón en la chaqueta, azul en el sombrero, verde en el traje. La hija anda rápidamente, con pasos largos; la madre se afana tras ella con un trotecillo, bandeando y tropezando. La hija no tiene la menor idea de las dificultades de su madre para mantenerse cerca de ella. Cuando se da cuenta de que la ha adelantado, se para, mira despreciativamente hacia atrás y se encoge de hombros con impaciencia. A primera vista una se queda sorprendida de la irregularidad de facciones de la chica, pero su ancha frente, sus inteligentes ojos gris claro, de osado mirar, y una tez delicada, compensan la primera impresión. Su expansión es una mezcla de imperiosidad y timidez. La estropea mucho tener el labio superior saliente, cosa que, con toda evidencia, conoce, por lo que constantemente se lo está mordiendo con sus pequeños y finos dientes.

La timidez de Liza era la reserva de una orgullosa y retraída naturaleza sin inclinación alguna a compartir con quienes la rodean los movimientos de su corazón. La imperiosidad se manifiesta ampliamente en su actitud para con su madre. Liza se dio pronto cuenta de la medida de la quejosa maternidad de Natalia, cariñosa, alocada y sin objeto, y

---

[1] El cabello corto en las mujeres era, en aquella época, el reconocido distintivo de opiniones radicales.

ésta dejó de tener influencia alguna en su hija salvo en el ejemplo contagioso de la agitación y la insatisfecha avidez para las emociones turbulentas. Separada de su madre, Liza podía sentir todavía un afecto sincero hacia ella, pero obligada a vivir en su compañía la trataba con una trágica mezcla de hostilidad y menosprecio, sentimientos que, sin embargo, no excluían una gran parte de consciente o inconsciente imitación. De vez en cuando, Tata Herzen intervenía en estas difíciles relaciones en calidad de *tertium quid* más bien torpe. Llena de intenciones generosas, dando tumbos en medio de un cenagal de incomprensiones crónicas, se veía alternativamente engañada e insultada por ambos lados. De las tres, Liza era la más decidida y la menos escrupulosa, con la ingenua ausencia de escrúpulos de la extrema juventud; y era ella quien sacaba más del juego. Una y otra vez suplicaba a Tata que la separara de Natalia, y se ponía histérica, a imitación de su madre. En el verano de 1817 se llegó al punto de ruptura, y la víspera de su decimoséptimo cumpleaños Liza declaró que no podía vivir por más tiempo bajo el mismo techo que su madre. Se convino en que Tata la acompañaría a efectuar una visita a Alejandro y su familia en Florencia, cuya duración se dejó, atinadamente, indeterminada, y en septiembre dejaron sola a Natalia en Zurich y partieron para Italia, vía Ginebra.

En Florencia, en la villa de Alejandro Herzen, situada en las lomas de Fiésole, empezó, en otoño de 1874, el último acto de la corta vida de Liza. El otro actor principal fue un *savant* francés llamado Charles Letourneau. Este era ya conocido como autor de un trabajo que llevaba el título de *La Physiologie des Passions*, recordado ahora principalmente como una de las fuentes de inspiración de Emilio Zola. En el año 1875 publicó un libro de biología, y esos dos trabajos fueron seguidos por otros numerosos tratados de carácter científico o filosófico. Vivió hasta 1902 y nada existe en su vida anterior y posterior que indique que su parte en la tragedia de Liza fuese otra cosa que un imprevisible e irrelevante episodio en una carrera por otra parte ordinaria. Cuando se encontró con Liza por primera vez había alcanzado los cuarenta y cuatro años, vivía con su esposa y dos hijos pequeños en Florencia, donde ocupaba un cargo de lector en la Universidad, y mantenía relación con Alejandro Herzen y su familia, aunque no amistad íntima.

Se había proyectado, cuando Tata y Liza abandonaron Suiza, que las dos pasarían, todo lo más, dos o tres meses en Florencia, para reunirse luego con Natalia en París, para pasar el invierno; pero a fines de noviembre se cambiaron los planes y se acordó que pasarían el invierno en Florencia.

¡Tata hace su voluntad! [escribió Liza a su madre] ¡Tata lo ha decidido! Sabe Dios por qué nos quedamos, pero nos quedamos. La naturaleza humana es extraña; alguna influencia secreta ha empujado a Tata a hacer lo que yo deseaba; y lo deseaba doblemente desde que supe que tú no te oponías. «Pasaremos el invierno aquí.» No hay que buscarle motivos secretos, no hay ninguno.

¿Recuerdas que estando en Zurich te dije que no quería ir a París y que algo me atraía en Florencia? Pues he de decirte que aquí siento un bienestar físico que algo juega en el asunto. Ya no soy la «criatura cansada», como tú solías llamarme. Por el contrario, salto y grito con los niños lo mismo que otro niño.

Puede ser que los motivos secretos, cuya existencia tan rotundamente niega, no hubiesen emergido todavía en la conciencia de Liza.

La ingenua alegría con que fue escrita esta carta es, quizá, difícilmente compatible con un completo conocimiento de sí misma, pero el lector de la correspondencia más tardía no halla dificultad alguna en diagnosticar la causa de su ansia por permanecer en Florencia, o el sentido de ese bienestar físico que súbitamente la había invadido. Liza estaba enamorada de Charles Letourneau, y pocas semanas después empezó a escribirle la que debía ser una de las más notables series de cartas de amor jamás escritas por una muchacha de dieciséis años a un hombre treinta años mayor que ella.

La primera de las cartas existentes [2] puede ser citada in extenso como una buena muestra de la totalidad:

Estoy triste y sola y nadie tengo a quien pueda dar la mano en momentos de duda y desesperación. ¿Qué voy a hacer en la tierra? ¿Desear? ¿Por qué desear siempre en vano? Cierto que sirve para matar el tiempo, pero se lleva nuestros mejores años. ¿Amar? ¿Amar a quién? Amar por un momento no vale la pena. Amar para siempre es imposible. ¿Sufrir? ¿Sufrir por una pasión de la que una se reirá tan pronto esté curada de ella? ¿Callar y encerrarse en una misma? ¡Son tan mezquinos nuestros sentimientos, nuestras alegrías tan triviales, nuestros sufrimientos tan insignificantes! ¿Observar la vida y no preocuparse? Quizá esto sea lo mejor, no intervenir en la vida. Pero entonces te das cuenta de que la vida no es más que una vulgar y estúpida burla, un desatinado jugar con palabras.

Así, la carta es, en toda su extensión, una bella y cuidada paráfrasis de un poema de Lermontov, el más popular de los líricos románticos en lengua rusa. Nosotros nos quedamos en la duda de si Letourneau reconoció la fuente o supuso que estaba leyendo una improvisada efusión del desilusionado espíritu de Liza. Esta sigue acerca de su propia persona:

¡Cuán cierto es todo esto! No me lamento de que hayas destrozado todos mis planes para el futuro. Otras veces, en tiempos pasados, veía las cosas bajo mejor luz y me decía a mí misma: «Debes estudiar, no seas perezosa, tienes suficiente curiosidad para hallar interés en la ciencia. Es imposible para cualquier hombre,

[2] La carta en cuestión, al igual que muchas otras, no está fechada. Estas cartas, conservadas por Carles Letourneau y posteriormente remitidas por éste a Natalia Ogarev, fueron halladas entre los papeles de esta última y publicadas más de cincuenta años después de ser escritas. Existe, sin embargo, una débil presunción (no puedo usar otro calificativo) de que el orden en que fueron publicadas es correcto. Ninguna evidencia interna puede ayudar, y ningún cambio de tono puede percibirse a través de toda la serie. La primera carta de Liza a Letourneau que lleva fecha data del 14 de febrero de 1875.

sea como fuere, amar a la misma mujer toda la vida, especialmente si la mujer es... como yo. ¿Y si ama a otra, que haré? Matarme, la vieja historia de siempre. ¿Por qué empezar si la mejor y más segura solución del problema es terminarlo?

En aquellos días yo imaginaba que los hijos eran una inagotable fuente de alegría y de dicha. ¡Qué quimera! Las ansias para con ellos pueden llevar a sus padres a la tumba. 1) Una esposa no ama ya al padre de sus hijos, o él ha dejado de amarla a ella, pero deben seguir juntos y odiarse mutuamente en silencio a causa de los hijos. 2) En la infancia los niños están enfermos a menudo; ¿y qué le ocurre entonces a la madre? Se halla con una ininterrumpida cadena de sufrimientos. 3) Cuando ya han crecido nos atormentan otras preocupaciones acerca de su futuro ¿qué será de ellos?; ¿qué peligros los acechan?; ¿sufrirá su corazón, o su cerebro, o hay que esperar dificultades de orden económico? 4) Y todavía queda el mayor de todos los pesares: tus hijos se alejan de ti, tienen diferentes credos, diferentes ideas, diferentes gustos. ¿Y si alguno de ellos tiene un alma indigna y vulgar o tiene un vacío en vez de corazón?

No, no me quejo de mi destino. Todos los destinos parecen malos. Y si puedo escoger entre todas las existencias posibles, escogeré..., ¡adivínalo! Ser tu sombra, de modo que siempre, siempre, pueda verte. En mi sufrimiento intento consolarme pensando que otras también sufren; ¡pero ya sabes cuán tonta soy! Ayer, estando en la cama me imaginaba que estaba sola en el mundo, que nadie me quería. Y sentí un insensato deseo de estrecharte contra mí, de abrazarte, de ahogarte; cogí la almohada y la estreché convulsivamente mordiendo la sábana. No sé cómo ocurre que cuando estás conmigo, como tú dices, estoy tan abatida; en tu presencia no pierdo tan sólo los sentidos, sino que el corazón me salta como si quisiera salírseme del pecho y decirte que te quiere, que está dispuesto a cumplir todos tus deseos, en una palabra, que es tu esclavo. Preferiría que fueras un verdugo; yo desearía que me torturaras un poco, porque nada hay más terrible que *la indiferencia*.

Au revoir!

Temo que Tata me hará una escena. Simulé tener dolor de cabeza; y es cerca de medianoche y todavía no estoy en la cama.

Esta asombrosa combinación de pasión furiosa y escéptica reflexión no puede, desde luego, ser incluida dentro de los límites normales y permitidos de un amor de adolescente; los investigadores de la herencia pueden comparar el apasionamiento de los dieciséis años de Liza por Letourneau con el de los diecinueve años de Natalia Tuchkov por Ogarev. Si Liza en su abandono pasional por Letourneau vuelve la espalda a Natalia, Natalia dejó en su día a sus padres —y no con menos egoísmo— para fugarse con un amante veinte años mayor que ella. Madre e hija son claramente de la misma madera y la gran precocidad del desarrollo de Liza puede ser atribuida a la gran libertad y a las circunstancias particulares que rodean su crecimiento. La actuación de sus padres fue errónea. En cuanto ella podía recordar, su padre no fue más que una fugaz y ocasional visión; su madre siempre había sido desde su nacimiento, y especialmente después de la muerte de los mellizos, una histérica declarada; y las tensas relaciones entre madre e hija (que inspiraron claramente las precoces reflexiones sobre la maternidad contenidas en la carta que acabamos de citar) crearon en el alma

apasionada e impresionable de Liza el peligroso complejo de una *infancia sin amor*. *Finalmente*, durante diez años fue arrastrada de país en país y de ciudad en ciudad; y su aguda inteligencia no había sido disciplinada por ninguna educación regular. Todas estas circunstancias hicieron de Liza, a los dieciséis años, un ser anormal. Sus abrasadores sentimientos, hasta entonces no fijados en una persona ni en un lugar de la superficie de la tierra, ardieron en el momento de la adolescencia con una incontrolable llama de mórbido apasionamiento sexual.

Tampoco debería, sin embargo, despreciarse el factor literario en la pasión de Liza por Letourneau: ha dejado su marca tanto en el curso del asunto como en su estilo epistolar tan inflamadamente romántico. Los intentos de Natalia Ogarev para dirigir las lecturas de su hija fueron intermitentes, ingenuos y patéticamente inefectivos:

No leas a tontas y a locas [le escribió cuando Liza le confesó haber leído la novela de George Sand *Leone Leoni*]. Consulta antes a Tata. *Leone Leoni*, aunque muy atractivamente escrito, es un libro insano, lleno de pasiones no naturales. Ya te dije antes que no debías leerlo, pero tú aparentemente lo has olvidado.

Tales exhortaciones sólo podían producir un resultado; y Liza —quizás una de las últimas víctimas de este extraño delirio romántico— vivió en un mundo poblado por héroes y heroínas de George Sand.

El otro día [escribió en un carta a Letourneau] hablaban de una novela de George Sand en la cual la heroína hace una declaración formal de amor; X. X[1] exclamó: «¡Qué horror! ¡Hacer una declaración de amor a un hombre que no te quiere! ¡Qué falta de estimación propia!» Y, a este efecto, añadió: «Una cosa *semejante nunca me sucederá*». *Dime, por favor*, ¿*por qué* es peor esto que declarar un hombre su amor a una mujer que no lo quiere? No lo comprendo.

Prontamente sacó partido de su limitado conocimiento de la literatura rusa y no sólo parafraseó la romántica desesperación de Lermontov, sino que encontró en la obra maestra de Pushkin, *Evgin Onegin*, un modelo de conducta y un paralelo a su situación. En *Evgin Onegin*, Tatiana, la más famosa de las heroínas rusas, declara su pasión a Onegin, quien, como Liza recalca cuidadosamente a Letourneau, «tras hablar con ella, le lee una lectura moral y se va» —sólo para arrepentirse en vano en el último canto. La moraleja es ingenuamente obvia y directa para Letourneau, pero él no es como para considerarle un mero e insubstancial héroe de romance.

A mis ojos [prosigue] Georgen Sand y todo el resto del mundo juntos no valen tu dedo meñique; puedes no creerme pero es la verdad. Mi egoísmo me

---

[1] Muchos de los nombres propios de estas cartas fueron borrados por Letourneau antes de mandarlas a Natalia.

asusta. Estoy decidida a decir, en las palabras del proverbio ruso: «Déjame tan sólo verte y la hierba detendrá su crecimiento para que no me distraiga».

Necesitaba verlo, necesitaba verlo todos los días aunque fuese tan sólo media hora. La única alternativa posible es el suicidio, amenaza en la que ella insiste, en un lenguaje que podía muy bien ser forzado y retórico, en casi cada carta que le escribe:

> El Arno contiene muy poca agua para ahogarme. Además, toda la responsabilidad recaería sobre Tata. Pero en París puedo hacer lo que quiera. Sólo puedo ver un argumento contra el suicidio: que *entonces* ya no tendré la más ligera posibilidad de verte. Puede parecerte ridículo que si me preguntaran qué prefiero, si morir o sufrir veintitrés horas y media al día, pero ser la media hora restante la criatura más dichosa de la tierra, escogería sin vacilar lo segunto. Sin embargo, si tuviera la certeza de que jamás había de volver a verte, no dudaría por más tiempo.

La figura de Charles Letourneau es más vulgar y menos compleja que la de Liza. Era demasiado honorable —o quizás demasiado convencional— para sacar provecho, en el más crudo sentido de la palabra, de la pasión que había inspirado. Quedóse, por el contrario, sorprendido y tuvo una vaga conciencia de su anormalidad. Pero si no cayó del lado de los hombres de mediana edad a quienes gusta sentirse locamente adorados por una muchacha de precoces encantos físicos y prematuro desarrollo mental, y aunque se describiera a sí mismo en una carta posterior a Natalia Ogarev, como «uno de los pocos franceses exentos de vanidad», poseía lo bastante de esta última condición —y quizá no se requiere mucho— para sentirse satisfecho con las extraordinarias atenciones de que se veía objeto. Predicó a Liza el buen uso de razón, pero se lo predicó en términos tan amables y apasionados que el efecto de las palabras resultó ostensiblemente contrario a su propósito. El autor de *Les Liaisons Dangereuses* había revelado ya cien años antes los azares de hablar, aun en el más elevado plano moral, con un apasionamiento mediante el que uno cree poder disuadir, pero de Letourneau, que era simplemente el autor de *La Physiologie des Passions*, no podía esperarse que penetrara las más finas sutilezas del corazón humano.

Es difícil determinar hasta qué punto podemos considerar a Letourneau responsable de haber echado la primera semilla de la pasión de Liza durante el invierno de 1874-75. La primera carta existente que escribió a la muchacha data de mayo de 1875[4]. Por este tiempo Tata y Liza ya habían abandonado Florencia y se habían trasladado a París, y Letourneau y su familia se disponían a seguirlas. El momento en que una

[4] Esta carta está colocada en orden erróneo en la colección publicada, donde está fechada aproximadamente por la referencia del último párrafo a la partida de Liza para «Babilonia», o sea, París.

mano hábil hubiese podido ahogar en flor la pasión de Liza había pasado ya sobradamente y la carta de Letourneau fue provocada por la amenaza de envenenamiento en caso de ruptura entre ellos. Véase su respuesta:

He aquí un sermón, mi querido bebé, que debes leer atentamente. ¿Cuántos capítulos tendrá? No lo sé, pero serán varios y extremadamente importantes. Supongo que el calificativo de pequeño «bebé» te habrá enojado bastante. Me hago cargo y cuento con ello. Pero, ¿cómo puedo evitar llamar «bebé» a quien piensa como una criatura y se atreve a comunicar tales pensamientos a personas mayores? Ya habrás adivinado que me refiero a la parte toxicológica de tu carta. Sin embargo, no me entretendré en este punto, puesto que estoy seguro de que tu buen sentido ya te ha llevado a la razón. ¡Qué rara prueba de devoción dejar irrevocablemente a un hombre para probarle que se le quiere! ¡Qué desenfrenado egoísmo causarle un cruel dolor a causa de estar separada de él por obstáculos contra los que él nada puede! No pienses más en tales locuras. No hables más de ellas. Piensa que yo tengo en particular estima a los seres razonables. Por otra parte, es imposible pensar en una unión más estrecha entre nosotros. Un paso así sería ruinoso para ti y criminal por mi parte. Y, aparte de esto, ¿sería el camino más seguro para curarte? Tú no me conoces y no se puede juzgar a la gente por lo que muestran a sus mejores amigos. Siempre existe una cierta cantidad de pose, y tan pronto se ha alcanzado madurez y control de uno mismo, uno oculta sus debilidades, sus defectos, sus sentimientos de toda clase, en parte por temor a la gente embarazosa y en parte por vanidad. Sea lo que fuere lo que pienses, has hecho una pobre elección y es de todo punto necesario que no tengas nada de que arrepentirte, que seas libre, sin límites ni ataduras, libre de secretos reproches y sin nada serio que reprocharme a mí el día que me juzgues como me juzgo yo y como en realidad soy. Este día vendrá, sin duda alguna, pienses lo que pienses. A tu edad, y con tu indómita naturaleza, los sentimientos son tan apasionados que no se tiene en cuenta el futuro, sólo el presente parece importante. Pero el futuro que ahora desprecias será, a su vez, presente, y no debes echarlo a perder. No debes arriesgar todo el futuro por unos pocos días que ahora te parecen la mayor felicidad, pero que pronto te pesarán: en realidad sería cometer un desatino. Sí, sí. Y, como si lo viera: empiezas a hacer pucheritos. Yo no soy otra cosa que un predicador a sangre fría, ya no puedo ser útil para nada más que para predicar, por esto te he escrito un sermón. En lo que concierne a frialdad, intento con todas mis fuerzas conseguirla. No siempre es fácil, sin embargo; tu sentimiento para conmigo, tan sin reservas, tan completo, tan entregado, siempre me conmueve y a veces debilita mi determinación.

Por último (ya que cualquier sermón debe tener su «por último») te ruego que creas que nadie se toma tan vivo interés por ti como yo. Seamos lo que hemos dicho: amigos razonables. Por otra parte, tengo mucha menos gente que me quiere de lo que supones, y nadie como tú. Lo veo, lo sé y no lo olvidaré.

Luego, tras un párrafo de chismes acerca de los asuntos amorosos de sus amigas de Florencia, Letourneau termina como sigue:

Vuestra marcha ha descompuesto, de hecho, nuestra pequeña colonia. Apenas nos vemos los unos a los otros y en realidad ya es hora de que os sigamos a Babilonia. Probablemente lo haremos a finales de esta semana. Naturalmente

os comunicaremos la fecha de la partida cuando esté definitivamente fijada.
¡Hasta nuestro próximo, próximo encuentro!

CH. L.

Los meses de junio y julio vieron a todos los actores del drama reunidos en París o en sus alrededores. Natalia había dejado Zurich y vivía en habitaciones alquiladas. Tata y Liza se instalaron primero en el piso de Olga, ahora casada y madre de dos niños, en los *environs* de París, en Maisons-Lafitte. Pero la situación se hizo así infinitamente más complicada. Liza, el miembro más inteligente del grupo, pronto reanudó su viejo juego de azuzar a su madre contra Tata y aventarle la llama de los celos. Cuanto Tata, ahora ya avizorando completamente el peligro, interceptó cartas de Letourneau y rehusó darle su dirección a Liza, ésta se puso a halagar a su madre e incluso presentó a Natalia la perspectiva de volver a vivir con ella. Letourneau, enterado de la situación, recomendó astutamente a su joven amiga que insistiera en «varias condiciones» (presumiblemente la libertad de su correspondencia con él) como el precio de volver a vivir de nuevo con su madre bajo un mismo techo.

Este cambio en las cosas aisló a Tata, que momentáneamente se halló enfrentada a la triple enemistad de Liza, Letourneau y Natalia. Letourneau escribió a Liza que sus relaciones con Tata, antes amistosas y sinceras, habían llegado ahora «al punto del termómetro en que se hiela el mercurio», y Liza, para dar una explicación al cambio, insinuó maliciosamente que Tata había creído que Letourneau estaba enamorado de ella y desahogaba en él la amargura de su desilusión. Al propio tiempo, Natalia empieza a dirigir reproches a Tata por su falta de franqueza con Liza y con ella y la acusa de interferir sus esfuerzos para «salvar a Liza», entrando además, por otra parte, en amistosa correspondencia con Letourneau. Tata no podía hacer otra cosa que llevarse las manos a la cabeza en actitud de desespero y opinar que «esto terminaría yendo todos al manicomio».

La situación no había mejorado mucho cuando a principios de agosto Letourneau partió con su familia hacia las costas de Normandía. Sus cartas a Liza continúan con la misma mezcla de exhortación racional y coqueteo sentimental, pero además, con una amarga nota de animadversión contra Tata, «ese bloque de hielo», que aparentamente había tenido éxito al oponerse a una propuesta para que Liza acompañara a los Letourneau al mar.

¡Qué poca piedad para con nosotros! A menudo pienso en ello y me duele. ¡Hubiera sido tan fácil y tan simple arreglarlo a no ser por la extraordinaria intervención de la señorita N.! Pero no importa. Tú eres joven y yo aún no soy del todo viejo y podemos lograrlo cualquier día.

El marido de Olga, a quien Letourneau llamaba «el arcángel», recibió aún más áspero trato por su no solicitada intervención. Letourneau

estaba dispuesto a predicar sentido común a Liza, pero había resuelto que nadie más debía participar de tal prerrogativa.

El fuego de la pasión de Liza no mostró signos de debilitamiento, pero en septiembre consintió, por consejo de Letourneau, en acompañar a su madre a Niza. Se había acordado vagamente que Tata las seguiría, pero ésta, que ya había experimentado las dificultades de unas relaciones triangulares con dos seres histéricos como Natalia y Liza, prefirió permanecer en París. Los primeros días, o primeras semanas, en Niza transcurrieron en relativa calma. Natalia se sentía agradecida a Letourneau, cuya influencia había inducido a Liza a volver con ella, cuando todos los otros medios de persuasión habían fracasado, y fue permitida la correspondencia entre él y Liza sin censuras ni interrupciones. Natalia se convenció de que el camino recto para manejar a su hija estaba en perdonarle todos los caprichos y de que ninguno de estos trastornos hubiera tenido lugar a no ser por los maliciosos y mal concebidos esfuerzos de Tata en aplicar medidas de severa represión a una inocente y afectuosa criatura.

No obstante, las cartas no apaciguaron por mucho tiempo a Liza, deseosa de la presencia de su amado. La vida de aislamiento y ociosidad que dejó a madre e hija sin otro recurso que su mutua compañía, ciertamente podía ser desastrosa para sus relaciones aun si madre e hija hubiesen estado más normalmente constituidas; la intranquilidad y la irritabilidad de Liza fueron cada vez más difíciles de disimilar. Para variar un poco, fueron a San Remo. Un medio *flirt* con un turista de Córcega proporcionó una distracción temporal, pero esto no bastaba. San Remo era, simplemente, una miniatura de Niza. Liza tenía dos únicos anhelos: librarse de su madre y regresar a Florencia, donde Letourneau se había ya instalado de nuevo para el invierno. Natalia, delicada, sola y desequilibrada, vacilaba entre varios proyectos; algunos de ellos eran impracticables y los otros fueron rechazados totalmente por Liza. Finalmente, se ofreció a ir con Liza a Florencia, y Liza, no viendo otro camino para alcanzar su principal ambición, consintió en aceptar la compañía de su madre.

A finales de noviembre se trasladaron de Niza a Florencia. Se instalaron con Alejandro y su familia, y los encuentros con Letourneau empezaron de nuevo sobre las viejas bases. Liza manejaba a su madre tan fácilmente como había manejado a Tata el pasado invierno, antes de que a Tata se le despertaran las sospechas. «Tata y Mamma», dijo alegremente a un amigo, «son dos peonzas y yo el niño que las hace dar vueltas». Alejandro y su familia reconvinieron a Natalia por su falta de autoridad sobre Liza, y a Liza por el modo de tratar a su madre, por lo que Liza se revolvió contra Alejandro y lo acusó de «estar de parte de su madre». Las disensiones domésticas y la tensa atmósfera que formaban parte del entorno natural de Natalia, envolvieron el tranquilo hogar florentino y lo prepararon para la culminación de la tragedia.

Los sucesos de las horas finales de la vida de Liza se narran en una

larga carta escrita por Natalia unas semanas después de la catástrofe. De las disensiones familiares salió la proposición de enviar a Liza a Fontainebleau para reanudar su descuidada educación. Liza quería consultar a Letourneau acerca de tal plan, pero él se hallaba enfermo en cama, y Natalia, en un último y débil intento de imponer su voluntad, le prohibió ir a verlo sola. Y propuso acompañar a su hija. «No quiero ir contigo», replicó, «pero ya me desquitaré». La visita no tuvo lugar. Liza pareció recobrar los ánimos y más de una vez anunció, con inusitada animación, que estaba preparando «una gran sorpresa». Una tarde, al anochecer, mientras los niños jugaban y los otros estaban sentados hablando, Liza estaba escribiendo una carta y se interrumpió para preguntar a su madre cómo se escribían correctamente las palabras francesas *traversée* y *fallu*. Ya anochecido dijo a su madre que estaba fastidiada y le habló «muy ásperamente».

Al día siguiente Liza cerró la carta en presencia de su madre, quien supuso que iba destinada a Letourneau. Luego señaló una cesta y un cortaplumas que había comprado en Niza y dijo: «Esto es para Letourneau y esto para Lucía (la hija de Letourneau)». Natalia creyó que estaba hablando de regalos de Navidad.

Por la tarde Liza se quedó sola en casa: no quiso ir con su madre a la ciudad. Al anochecer, cuando la familia regresó, Liza no apareció. Su puerta se hallaba cerrada y nada se oía desde su interior. Rompieron la cerradura y abrieron. Liza yacía en la cama con un pañuelo sobre su cara empapado en cloroformo; estaba muerta. Cerca de ella se encontró la carta que su madre la había visto cerrar aquella misma mañana y que le había visto escribir la tarde anterior. Estaba escrita en francés y rezaba así:

Ya veis, amigos míos, que he intentado hacer la travesía más pronto de lo necesario [*de faire la traversée plus tôt qu'il n'aurait fallu*]. Quizá no tenga éxito. En tal caso tanto mejor. Podréis beber champaña en honor a mi resurrección. No lo sentiré; todo lo contrario. Escribo estas líneas para pediros perdón por el trastorno y los momentos desagradables que os estoy causando. Además, quisiera pediros que dispongáis las cosas para que los que nos acompañaron a la estación cuando salimos hacia París estén presentes en mis exequias, si hay lugar, o al banquete de honor de resurrección (todos excepto los Schiff).

2) Si se me ha de enterrar, comprobad cuidadosamente que estoy muerta, pues despertar dentro del ataúd sería muy desagradable.

3) Pido que aquellas cosas más que se hallen en buenas condiciones de uso sean usadas. Considero que es estúpido conservar o desechar cosas que se hallan en condiciones de ser usadas.

4) No tengo voto en el consejo de familia, pero, sin embargo, deseo expresar mi opinión en materia de dinero. Olga y Tata no necesitan nada, pero me parece que a Mamma se le debe proporcionar una renta para toda la vida (más liberal que aquélla de la que vivía en París), y que el capital y parte de la renta debe ser entregado a Alejandro. Sin embargo, esto no es asunto mío. Adieu. Saludos y fraternidad.

La vida que había empezado diecisiete años y tres meses antes en Laurel House, High Street, Putney, terminó en Florencia con esta trágica y extraordinaria mezcla de desesperación precoz, desafío adolescente y pueril travesura.

La tragedia romántica ha terminado. Hay lágrimas que derramar y angustias y reproches que sufrir, otro ataúd que llevar al feo panteón de Niza y otras cartas de velada recriminación que intercambiar con Letourneau. Luego Natalia pidió de nuevo al zar autorización para regresar, sola, habiendo muerto todos sus hijos, a su patria. Las autoridades se ablandaron y en la primavera de 1877, mientras Ogarev yacía moribundo en Greenwich, ella pudo volver a Aksheno. Elena y Satin habían muerto, pero sus padres vivían todavía, y Natalia gozó de una longevidad a menudo reservada, por ironía del destino, a aquellas cuyos tempestuosos sentimientos han arruinado la vida de hombres más débiles que ellas. Vivió con sus muertos; y cuarenta años después todavía soñaba con tener a Lola-chico y Lola-chica en sus brazos o con dar la bienvenida a Herzen de regreso del viaje. Sólo una vez volvió a la Europa occidental —en su extrema vejez— y a sus sepulturas de la orilla del mar. Murió en Aksheno en 1913, a los ochenta y cinco años de edad.

EPÍLOGO

La tragedia de Liza es una adecuada conclusión para la historia de los Exiliados Románticos. Seis meses más tarde, Bakunin, el en otro tiempo apodado «Liza mayor», murió en Berna, en la misma obstinada actitud, que mantuvo durante toda su vida, de negarse a aceptar un compromiso con la realidad. Un año más, y la muerte de Ogarev en Greenwich se llevó al último de aquella brillante generación de los años cuarenta que habían dejado a Rusia en la plenitud de su fe y su esperanza, y que ahora, treinta años después, yacían en dispersas e ignoradas sepulturas, en suelo francés, suizo o inglés. Antes de su muerte la corriente ya había barrido su pasado y los había dejado en la ribera tristes y desamparados, lejos de las principales corrientes del pensamiento contemporáneo. Es un lugar común decir que la generación de Herzen, Ogarev y Bakunin —como cualquier otra generación— fue una generación de transición; pero la transición por la que esta generación tuvo que pasar fue turbadoramente rápida, y los hombres, como Herzen y Bakunin, procedentes de un país cuyo acervo filosófico y cuyas formas contemporáneas de pensamiento a la moda llevaban un retraso de treinta años con respecto a los de Europa, se encontraron reemplazados mucho antes de haber completado la tarea asignada o de haber empezado a decaer sus facultades naturales. No pudieron disfrutar, como más afortunados profetas, de una vejez reverenciada y admirada. Otras voces arrastraban a sus discípulos mientras ellos aún seguían predicando su evangelio. La historia de los Exiliados Románticos acaba, apropiadamente, en tragedia y —peor aún— en tragedia teñida de futilidad, pero ellos tienen su lugar en la historia. A los cincuenta años de su muerte, la Revolución rusa honró a Herzen como a uno de sus más grandes precursores, dando su nombre a una de las principales vías de la capital, y, para admiración y ejemplo de la moderna juventud revolucionaria, le erigió un monumento, así como a Ogarev, en el recinto de la Unidad de Moscú.

Bakunin podía haber tenido —a no ser por una circunstancia— su justo lugar junto a ellos. Incluso, en justicia, podía haber reclamado un monumento más espléndido, pues Bakunin fue, incomparablemente, el mayor líder y agitador salido del movimiento revolucionario del siglo XIX.

Pero cometió un error. Debía haber muerto, como Herzen, o refugiarse como Ogarev en el retiro y la decrepitud. De hecho, vivió para enfrentar sus debilitadas fuerzas contra el impulso de las nuevas generaciones y disputar a Karl Marx, en nombre del anarquismo romántico, el caudillaje de la revolución europea. En 1872 Marx provocó su expulsión de la Internacional y ello determinó su exclusión, para siempre, del santoral revolucionario. No se encuentra ningún monumento, ningún recuerdo de Bakunin dentro de los confines de la Unión Soviética.

La originalidad de la nueva doctrina revolucionaria de Marx no radica, como han pretendido sus pocos escrupulosos adversarios, en su carácter rapaz o destructivo —Proudhon ya había definido la propiedad como un robo y Bakunin fue, con mucho, más ardiente apóstol de la destrucción que Marx—, sino en la esencia misma de sus postulados. Antes de Marx, la causa de la revolución había sido idealista y romántica, objeto de intuitivo y heroico impulso. Y Marx la hizo materialista y científica, objeto de deducción y frío razonamiento. Marx substituyó la metafísica por la economía, los filósofos y los poetas por los proletarios y los campesinos. Trajo a la teoría de la evolución política el mismo principio de metódica inevitabilidad que Darwin había introducido en la biología. Las teorías darwinista y marxista son estrictamente comparables en la severidad con que subordinan la naturaleza y la felicidad humanas al devenir de un principio científico. Y han demostrado ser los más importantes productos de la ciencia victoriana y los que han ejercido una mayor influencia.

Cuando Karl Marx substituyó a Herzen y Bakunin como la figura más prominente de la Europa revolucionaria, empezó realmente el amanecer de una nueva era. La incolora y respetable monotonía de la vida doméstica de Marx ya ofrece un sorprendente contraste con la abigarrada diversidad de la vida de los Exiliados Románticos. En éstos, el Romanticismo halló su postrera expresión; y aunque sobrevivió en Rusia un puñado de osados terroristas y en Europa otro de pintorescos anarquistas, el movimiento revolucionario adquirió, más y más, a medida que avanzaban los años, las serias, dogmáticas y realistas características de los últimos tiempos victorianos. Y con la persona de este típico *savant* victoriano, Karl Marx entró en una fase cuya vitalidad todavía no se ha agotado.

Indice